BREVE HISTORIA de...

FRANCISCO FRANCO

José Luis Hernández Garvi

Un acercamiento innovador, riguroso y objetivo a la figura del general Franco, fruto de una exhaustiva labor de investigación, al margen de postulados ideológicos. Desde sus primeros pasos como cadete hasta su ocaso como dictador, descubra los aspectos menos conocidos de la vida del Generalísimo y su decisiva influencia en la historia de España



Breve historia de Francisco Franco

Breve historia de Francisco Franco

José Luis Hernández Garvi



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Francisco Franco
Autor: © José Luis Hernández Garvi

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter
Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Reyes Muñoz de la Sierra
Imagen de portada: Franco y Hitler pasan revista a las tropas en Hendaya en su entrevista de 1940

ISBN edición impresa: 978-84-9967-539-8
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-540-4
ISBN edición digital: 978-84-9967-541-1
Fecha de edición: octubre 2013

Conversión digital: www.cuadratin.es

Dedicado a todos los abuelos y padres
de mi generación,
que vivieron una época difícil..

Introducción

Hace un par de años, un adolescente se acercó a mí para preguntarme: «¿Quién era Franco?». Mi cara debió de reflejar expresivamente mi estupor porque inmediatamente añadió «¿no era amigo de Hitler o algo así?», en un intento inútil por encubrir su ignorancia. Al margen de las críticas que de esta escena se pueden deducir contra nuestro sistema educativo, debo reconocer que en ese momento reaccioné de forma un tanto precipitada, sin tener en cuenta el salto generacional que me separaba de aquel joven inquieto y curioso. Para los que como yo empezamos ya a tener una cierta edad, la figura de Franco aún permanece viva en nuestra memoria como el vestigio de un pasado remoto que traspasa el plano histórico en el que está circunscrita para tomar forma en nuestros recuerdos. Sin embargo, para las generaciones que nacieron tras su muerte, es un personaje del que han oído hablar alguna vez y al que no saben situar muy bien en relación con una época concreta ni en un contexto comprensible.

Sin darnos apenas cuenta, han pasado ya muchos años desde que España recobró su libertad, casi tantos como los que duró la dictadura franquista. Esta circunstancia tiene sus ventajas e inconvenientes a la hora de realizar una revisión histórica sobre aquel período. Por una parte, la brecha abierta por el paso de tiempo nos permite realizar un estudio del personaje sin apasionamientos, ya sean a favor o en contra, excesos que sólo contribuyen a distorsionar la realidad. Por otro lado, los años transcurridos han provocado el olvido de unos hechos que merecen ser recordados para evitar futuros errores. Cuando asumí el proyecto de escribir una biografía sobre el general Franco, desde un primer momento tuve claro que debía abordarlo teniendo presentes esos dos condicionantes. De la misma forma, mientras reflexionaba sobre la estructura y contenido del libro, acudió a mi memoria la escena a la que hacía referencia al principio de esta introducción. Se me planteó entonces una cuestión que en ningún caso debía pasar por alto: ¿Cómo presentar a los jóvenes de hoy en día la figura del dictador consiguiendo al mismo tiempo que sus páginas les resultasen accesibles y no demasiado aburridas? El reto se planteaba difícil, más aún teniendo en cuenta la vorágine tecnológica que nos rodea y en la que nuestra juventud estudia, lee, se divierte o relaciona.

La bibliografía sobre Franco y el período sobre el que ejerció su dictadura es muy extensa. Con mayor o menor rigor histórico, el personaje y su tiempo han sido tratados desde todos los puntos de vista. Al documentarme para escribir esta biografía me he encontrado con que muchos de los libros dedicados a él han estudiado la figura del dictador aislándolo del contexto social o histórico en el que se movía o, por el contrario, prestando demasiada atención a sus aspectos personales. Esta disparidad de enfoques sobre el controvertido personaje me sirvió a la hora de dar forma a la estructura de esta biografía, inspiración que se concretó en que si quería escribir sobre Franco debía aunar la vida pública y privada del dictador en relación con los hechos históricos de los que fue protagonista, sin olvidar el contexto internacional en el que se desarrolló su trama.

En lo que hace referencia a la accesibilidad del texto, he procurado mantener un lenguaje claro, sencillo y dinámico, buscando entretener al lector sin descuidar el carácter instructivo del libro. A todos aquellos jóvenes que se acerquen dubitativos, incluso recelosos, a esta biografía, les diría que pierdan el miedo a leer y que guiados por su curiosidad se atrevan a conocer por sí mismos. La historia, aunque cuente cosas horribles, puede resultar muy interesante, quizá porque nos muestra las consecuencias provocadas por las virtudes y defectos de los hombres al mismo tiempo que de ella se pueden extraer valiosas experiencias que nos sean de utilidad para la vida diaria. Para todos aquellos que no son tan jóvenes, en estas páginas encontrarán una aproximación a la figura de Franco que les permitirá conocer aspectos que en su día ocuparon un segundo plano o que nunca fueron revelados. De la misma forma, su lectura servirá para reavivar la memoria de nuestro pasado cercano, despertando los recuerdos de varias generaciones representadas en los abuelos, padres e hijos que vivieron durante los casi cuarenta años de dictadura.

Antes de dejarles a solas con la lectura de estas páginas quisiera agradecer a todo el equipo de la editorial Nowtilus, y especialmente a Isabel López-Ayllón, la confianza que desde un principio depositaron en este proyecto. Sus consejos, comentarios y ánimos siempre me han resultado muy valiosos. Tampoco quisiera olvidarme de mi familia, siempre dispuesta a leer los borradores previos mientras soportaba estoicamente mis cambios de humor cuando me enfrentaba a las dificultades que iban surgiendo en su redacción. Las acertadas observaciones y críticas de mi esposa María Dolores me han servido de gran ayuda. Su compañía siempre ilumina mis pasos. Por último, quisiera mostrar mi gratitud a todos los lectores que se han acercado hasta estas páginas. En estos extraños y difíciles tiempos en los que sólo parece primar la inmediatez de lo fútil y baldío, tiene aún mucho más mérito acudir a la estantería de una librería o una biblioteca dejándose arrastrar por la pasión de la lectura. Espero que estas páginas no les defrauden.

Infancia en El Ferrol

Orígenes familiares

Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco Bahamonde Salgado-Araujo y Pardo de Lama era el larguísimo y ostentoso nombre completo que el que estaba destinado a convertirse en dictador de España tras la Guerra Civil recibió en la pila bautismal. Pero no adelantaré acontecimientos. El 4 de diciembre de 1892 nació en la ciudad gallega de El Ferrol, población que en aquel entonces contaba con unos veinte mil habitantes y que vivía casi exclusivamente de la actividad derivada de su base naval. La familia Franco llevaba sirviendo a la Marina de Guerra en su rama de Administración Naval desde principios del siglo XVII y don Juan Franco de Reyna, uno de sus antepasados, se estableció definitivamente en la ciudad ferrolana en 1730.

Don Nicolás Franco Salgado-Araujo, padre de nuestro protagonista, siguió la tradición familiar y a los dieciocho años ingresó en la Academia de Administración Naval de El Ferrol. Sus profesores alabaron en multitud de ocasiones su capacidad de trabajo y virtudes castrenses, pero también señalaron su actitud inconformista, que no dudaba en manifestar cuando comentaba algunos aspectos de su educación. Con apenas veintiún años fue destinado a Madrid y por voluntad propia solicitó su traslado a Cuba, en aquel entonces una de las últimas posesiones ultramarinas del antiguo Imperio español en América. En esa época, la isla atravesaba un período de relativa calma tras los primeros enfrentamientos entre los rebeldes cubanos que luchaban por su independencia y las autoridades coloniales españolas. A su llegada, Nicolás Franco se encontró con un ambiente de corrupción generalizada en el que muchos de los funcionarios y militares allí destinados se enriquecían o echaban a perder sus carreras. El joven administrador se dejó arrastrar por las costumbres relajadas de la vida en la isla caribeña y durante su estancia llevó una existencia disoluta en la que el ron y las mulatas jugaron un importante papel. Pero a pesar de esas distracciones, desempeñó sus funciones con eficacia y honestidad, manteniéndose al margen de aquellas situaciones que pudieran perjudicar su trabajo.



Fachada de la iglesia de San Francisco en El Ferrol, en donde el futuro dictador fue bautizado.

Tras su período de servicio en Cuba, Nicolás Franco regresó de nuevo a la base de El Ferrol, pero al poco tiempo de su llegada descubrió los escasos alicientes que le ofrecía el deprimente ambiente social de la ciudad provinciana y su inquieto deseo de nuevas experiencias le empujó a solicitar un traslado a las Filipinas, el último reducto de la presencia colonial española en el Pacífico. Al igual que le había ocurrido en Cuba, al joven oficial no le costó demasiado trabajo amoldarse en poco tiempo a las costumbres de su nuevo destino. Miembro de la elitista colonia militar instalada en la base naval de Cavite, Nicolás se encargó de fomentar su fama de incorregible mujeriego. Sin embargo, sus aventuras amorosas dieron mucho de qué hablar cuando dejó embarazada a una joven de catorce años con la que había mantenido una breve relación. El escándalo le obligó a reconocer a un hijo que nació en 1889, poco antes de regresar definitivamente a España huyendo de un error y un pasado que podían perjudicarle.

Destinado de nuevo en El Ferrol, continuó con su vida de soltero sin ataduras mientras hacía gala de una insolencia sin pelos en la lengua que empezaba a molestar a sus compañeros y superiores. Hombre de carácter vehemente y de conducta imprevisible, por el contrario nunca descuidó el desempeño de sus funciones. Amante de su trabajo, cumplió siempre con sus obligaciones aunque su imagen externa pudiera contradecirle. Cuando todo parecía indicar que era el hombre idóneo para

convertirse en un solterón empedernido, Nicolás Franco sorprendió a todos decidiendo sentar la cabeza.

Como no podía ser de otra forma, el oficial conoció a la candidata adecuada para convertirse en su esposa dentro del círculo social que solía frecuentar. Pilar era una de las hijas de don Ladislao Bahamonde Ortega, intendente general de la Armada y antiguo conocido de su padre. Era una muchacha guapa de ojos lánguidos y modales distinguidos, diez años menor que él y con un profundo sentido religioso de la vida. Introvertida y distante, su carácter no tenía nada que ver con el del que iba a convertirse en su futuro esposo. A pesar de la fama que precedía a su pretendiente, el noviazgo continuó adelante y el 24 de mayo de 1890, don Nicolás Franco, contador de navío de treinta y cuatro años, y doña Pilar Bahamonde, dama destacada de la sociedad ferrolana, contraían matrimonio en la iglesia de San Francisco.

Tenso ambiente

El matrimonio se instaló en una casa de la calle María y no tardaron mucho tiempo en tener descendencia. Con escaso intervalo de tiempo entre ellos nacieron Nicolás, Francisco, Pilar, Ramón y María de la Paz, esta última muerta a los cuatro años de edad. Los Franco llevaban una vida sin demasiados lujos y mientras la madre se encargaba del cuidado de la casa y la extensa prole, el padre pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, aunque por su trabajo administrativo no estuviera obligado a embarcarse en los navíos de la Armada.

Las personalidades de Nicolás y Pilar eran muy diferentes, por no decir contrapuestas. Mientras él se caracterizaba por su talante campechano y extrovertido que mostraba sin tapujos ante los demás, su esposa se esforzaba por mantener las apariencias mientras sufría los sinsabores de su matrimonio. Nicolás pretendía llevar el mismo ritmo de vida que había disfrutado de soltero, reticente a someterse a las ataduras y responsabilidades de la vida conyugal. Ante el que juzgaba como reprobable comportamiento de su marido, Pilar encontró refugio en el cuidado de sus hijos y en la religión, soportando con estoicismo la indiferencia que hacia ella empezaba a manifestar su esposo. En las fotografías de aquella época los dos aparecen serios y distantes, teniendo a sus hijos como única excusa para posar juntos.

Con el paso del tiempo el humor de don Nicolás, comprimido entre los rígidos convencionalismos sociales de la estrecha sociedad ferrolana y los reproches silenciosos de su sufrida esposa, experimentó un cambio evidente. Amargado por la vida que llevaba, pasaba muchas horas en el casino, matando el tiempo sin ganas de volver a su casa, ahogando sus penas en alcohol y visitando el burdel en busca de compañía comprensiva. Cuando regresaba al hogar se encontraba con la presencia de su mujer, que le juzgaba desde su rectitud sin decir nada, lo que contribuía a empeorar su malhumor.

Don Nicolás pagaba su frustración con sus hijos, especialmente con Paquito, al que veía como un niño de naturaleza débil y enfermiza. El carácter autoritario del padre convirtió la convivencia familiar en una especie de tiranía paterna a la que nadie se atrevía a enfrentarse y en la que doña Pilar sacó fuerzas de flaqueza para erigirse como protectora de sus hijos frente a los duros castigos impuestos arbitrariamente por don Nicolás ante la más leve falta cometida. Los niños, un tanto atemorizados por la malhumorada presencia de su padre, vivían sometidos a una rígida disciplina que los obligaba a sacar excelentes notas escolares y a portarse bien en casa. Paquito, sumiso y obediente, se limitaba a satisfacer las escasas expectativas que su padre había depositado en él, cumpliendo en el colegio sin esforzarse demasiado, mientras el niño buscaba el amparo de su madre para sentirse a salvo. Doña Pilar terminó ejerciendo una poderosa influencia sobre la mentalidad infantil de su hijo, forjando la personalidad del hombre que terminaría llevando con mano de hierro las riendas de un país destrozado por la Guerra Civil.



Francisco Franco, el primero por la izquierda, posa en esta foto junto a sus hermanos Pilar y Ramón.

La guerra de Cuba

Mientras el matrimonio de los padres de Francisco Franco hacía aguas por todas partes, España se enfrentaba al inicio de una de las peores crisis de su historia cuando los movimientos insurreccionales de Cuba y Filipinas provocaron un aumento de la tensión que amenazaba con desembocar en una guerra colonial de imprevisibles consecuencias. A finales del siglo XIX, nuestro país hacía tiempo que había dejado de ser una potencia mundial de primer orden para convertirse en una nación de segunda fila en el contexto internacional de la época. Tras las sucesivas independencias americanas, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y algunos enclaves repartidos por el Pacífico como la isla de Guam constituían las últimas posesiones del pasado imperial español.

En esos mismos años, Estados Unidos empezaba a desperezarse de su tradicional aislacionismo para convertirse en una potencia emergente que no ocultaba sus ambiciones expansionistas. Las pretensiones norteamericanas habían quedado un tanto defraudadas al quedar excluida del reparto colonial de África y Asia acordado en la conferencia de Berlín en 1884. Cerrada la puerta de esa vía, fijaron su atención en la zona del Caribe y en el Pacífico, donde su influencia empezaba a extenderse hacia Hawái y Japón. En su camino se encontraban las posesiones españolas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, territorios que por su alto valor económico y estratégico se convirtieron en codiciadas presas. La isla caribeña, situada en el patio de atrás del gigante americano, era quizá la más apetecible de todas. En un principio, Estados Unidos pretendió comprarla, realizando sucesivas ofertas al Gobierno español que fueron rechazadas. Para España, Cuba era algo más que una simple colonia, y el mantenimiento de su soberanía se había convertido en una cuestión de prestigio internacional. Considerada como parte del territorio nacional, ocupaba un importante papel en la economía de nuestro país y el tráfico comercial del puerto de La Habana era comparable al que registraba en la misma época el de Barcelona.

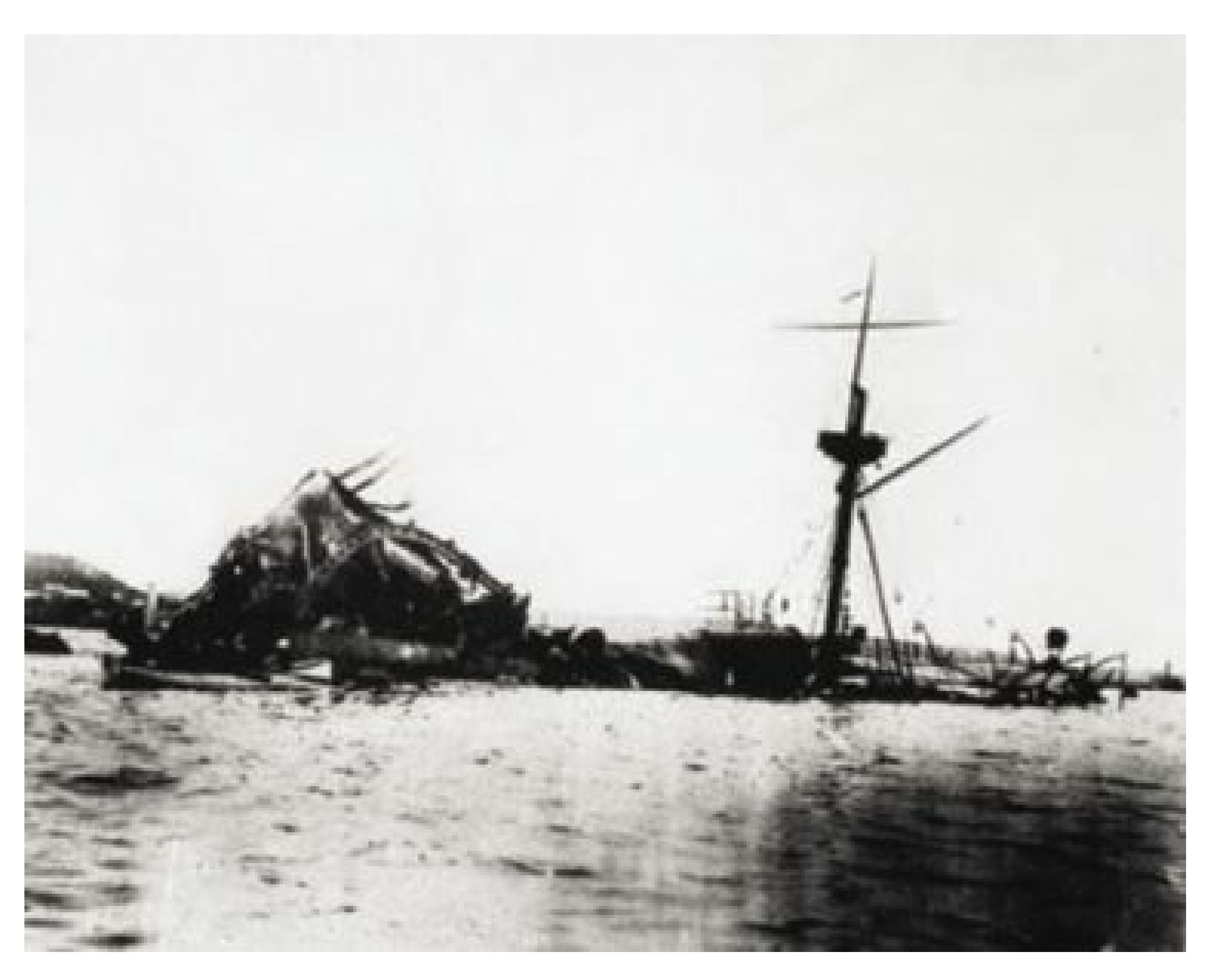
En el último cuarto del siglo XIX creció en la isla un sentimiento nacionalista promovido por la burguesía local, que sentía perjudicados sus intereses en sus relaciones comerciales con la metrópoli. Las rígidas medidas proteccionistas impuestas por España, que impedían la libre exportación de productos cubanos a terceros países imponiendo el consumo de manufacturas españolas, dieron lugar a las protestas que reivindicaban una mayor autonomía en la administración y el reconocimiento de libertades políticas. Estas peticiones fueron sistemáticamente ignoradas por el Gobierno español, lo que provocó un primer levantamiento insurreccional que acabó desembocando en la denominada «Guerra de los Diez Años», conflicto que tuvo lugar en la década comprendida entre 1868 y 1878. La Paz de Zanjón apenas supuso una breve tregua que cerraba en falso las heridas abiertas por la guerra. Aunque en sus términos se incluían concesiones en materia política, la realidad demostró que la situación apenas había cambiado. Decepcionados, los sublevados volvieron a empuñar las armas y entre 1879 y 1880 se reprodujeron los combates contra las tropas españolas en la denominada «Guerra Chiquita».

En este clima de tensión creciente, Estados Unidos decidió aprovechar la oportunidad que se les presentaba para sus intereses en la zona y desde un primer momento apoyaron la causa de los independentistas cubanos. Se desató entonces una dura campaña antiespañola, incitada por los todopoderosos magnates de la prensa amarilla norteamericana Pulitzer y sobre todo W. R. Hearst, en la que se intentó desprestigiar a España por todos los medios, acusándola de país tiránico, analfabeto y caótico, al mismo tiempo que se ensalzaban las virtudes y valentía de los patriotas cubanos, a los que se elevaba a la categoría de héroes por la libertad. El Gobierno español cayó en las provocaciones norteamericanas y la prensa de nuestro país respondió con virulencia a los ataques de Estados Unidos, acusando a sus autoridades de ladrones avariciosos que pretendían anexionarse la isla y a los que España debería dar una lección. Este fuego cruzado de opiniones despectivas y soflamas virulentas, incitado por los respectivos Gobiernos, contribuyó a un rápido deterioro de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Mientras tanto, la situación interna en Cuba se deterioraba por momentos. La política de «guerra total» emprendida por el general español Weyler sólo contribuyó a empeorar aún más las cosas y le hizo ganarse el odio de la población cubana con medidas arbitrarias y represivas dirigidas contra ellos. Al mismo tiempo, en La Habana se sucedían las protestas y los enfrentamientos entre los partidarios de la independencia y los que defendían la permanencia al lado de España. En este clima de tensión, sectores influyentes de la burguesía cubana reclamaron la intervención estadounidense. Fue entonces cuando la Administración norteamericana adoptó en secreto la decisión de intervenir en los asuntos internos cubanos. Lo único que necesitaba era una excusa convincente que persuadiera a su opinión pública de la necesidad de emprender una guerra contra España.

A día de hoy, aún no han conseguido despejarse del todo las dudas sobre lo que realmente sucedió en el puerto de La Habana en la noche del 15 de febrero de 1898. El acorazado USS Maine de la Armada estadounidense se encontraba fondeado en la rada cuando, aproximadamente a las diez menos veinte de la noche, una tremenda explosión sacudió su casco, iluminando la noche con un resplandor de fuego y hundiéndose en pocos minutos. De sus trescientos cincuenta y cinco tripulantes, doscientos cincuenta y cuatro murieron en la tragedia, aunque la inmensa mayoría de los oficiales se salvaron, ya que en esos momentos asistían a una recepción oficial ofrecida por las autoridades españolas. El 25 de enero, el navío había llegado a La Habana con el pretexto de velar por la seguridad de los norteamericanos residentes en la isla, cuando en realidad se trataba de un nuevo acto de provocación de los Estados Unidos que contrarió al Gobierno de Madrid.

Desde un primer momento, quedó claro que la Administración norteamericana se iba a servir de la tragedia para intervenir de forma directa en la isla. Antes de que se iniciaran los trabajos de las respectivas comisiones de investigación, la edición del 17 de febrero del New York Journal, uno de los periódicos de Hearst, recogía la noticia en su portada con el agresivo titular de «La destrucción del barco de guerra Maine se debió al enemigo», al mismo tiempo que recogía las opiniones del entonces secretario de Marina, «Teddy» Roosevelt, afirmando que estaba convencido de que la explosión no se había debido a un accidente. El presidente norteamericano McKinley tenía la guerra que los magnates de la prensa le habían servido en bandeja.



El dramático hundimiento del acorazado USS Maine de la Marina de Estados Unidos frente al puerto de La Habana en 1898 señaló el inicio de la Guerra de Cuba.

Estados Unidos se apresuró a preparar dos modernas y poderosas flotas con la orden de encontrar y destruir las escuadras españolas que pudieran defender las Filipinas y Cuba. Mientras tanto, en medio de un clima de euforia patriótica que impedía ver la realidad de los hechos, los barcos de guerra zarparon desde los puertos españoles dispuestos a enfrentarse con su destino. Las victorias norteamericanas en las batallas navales de Cavite, en las Filipinas, y de Santiago de Cuba, en la isla caribeña, fueron un amargo trance para España. La derrota había sido completa y durante las conversaciones de paz iniciadas en París el 8 de octubre de 1898 Estados Unidos impuso sus condiciones, haciendo valer su posición de fuerza y negándose a ceder en cualquier tipo de concesión. Finalmente, el 10 de diciembre de ese mismo año, nuestro país accedió a la firma del Tratado. Según sus cláusulas, España cedía a Estados Unidos Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam, a cambio de una mísera compensación de veinte millones de dólares. El Desastre del 98 se había consumado y la sociedad española exigió una regeneración de la clase política del país, a la que acusaba de los errores cometidos durante la guerra. Pero las esperanzas de un primer momento pronto quedaron en nada. España iniciaba el siglo XX deslizándose por una peligrosa pendiente que la conduciría a uno de los períodos más turbulentos de su historia. Por aquel entonces, Francisco Franco era un niño de apenas seis años que observaba a los mayores desde una perspectiva infantil. Los comentarios que oía en su casa en boca de los marinos que acudían a hablar con su padre

acusaban a la masonería de la que formaban parte algunos políticos españoles como la principal causa del Desastre. Aquellas conversaciones exaltadas y en apariencia intrascendentes dejaron una profunda huella en la sensibilidad del pequeño Paquito, que las escuchaba desde detrás de la puerta con una mezcla de terror y curiosidad.

Familia rota

Con el paso de los años, la situación en el seno del matrimonio de los padres de Francisco Franco se fue deteriorando hasta llegar a un punto de no retorno. Don Nicolás se sentía cada día más alejado de su esposa y de sus hijos, circunstancia que influía gravemente en su estado de ánimo y en sus relaciones con los demás. Poco a poco se convirtió en un hombre huraño que no aceptaba las críticas de nadie, comportamiento que le hizo perder amigos y que terminó afectando al rendimiento en su trabajo. Cuando la tensión familiar parecía a punto de estallar, el padre recibió en 1907 la orden de trasladarse a Madrid para ocupar un nuevo destino. Aquel cambio suponía un ascenso en su carrera pero le obligaba a permanecer al menos dos años en la capital, circunstancia que don Nicolás se tomó como una auténtica liberación.

Tras aceptar sin dudar aquel traslado, el esposo se negó de forma expresa a que su familia lo acompañase. Había recuperado su libertad y no estaba dispuesto a que su estricta esposa y sus hijos se la arrebatasen. Con ese gesto se hacía efectiva la separación conyugal aunque doña Pilar, siempre atenta a las apariencias y a la opinión de los demás, disfrazó ese abandono bajo el aspecto de una obligación impuesta por el trabajo de su marido. Aunque en un principio su esposa no lo quisiera ver así, don Nicolás se marchó con la intención de no volver jamás con su familia, sospecha que acabarían confirmando los hechos. Instalado definitivamente en Madrid, disfrutaba de los encantos de la gran ciudad, intentando retomar los tiempos de su ya lejana soltería. A pesar de llevar una vida que hubiera resultado escandalosa en El Ferrol, nunca se olvidó de enviar el dinero necesario para mantener a su familia.



Doña Pilar Bahamonde siempre ejerció una gran influencia sobre su hijo Francisco.

Lo que no pudo evitar es que un año después de su partida llegase a la ciudad coruñesa la noticia de que vivía con otra mujer. Doña Pilar se apresuró a mitigar el impacto que aquella indiscreción había provocado en la cerrada y provinciana sociedad ferrolana afirmando que se trataba de una trampa tendida por una criada de la casa que había seducido a su marido con la intención de chantajearle. A pesar de sus esfuerzos, nadie creyó en aquella novelesca versión que tan sólo sirvió para extender los rumores para vergüenza de su familia. Humillada en su círculo social por la infidelidad de su esposo expuesta a los cuatro vientos, doña Pilar decidió comportarse como si su marido hubiera dejado de existir. Sus hijos crecieron a partir de entonces sin pronunciar el nombre de su padre, criados bajo el paraguas protector de una madre omnipresente.

En los primeros años de su infancia, Paquito asistió a un colegio mixto que había muy cerca de su casa y que estaba dirigido por doña Aurora y doña Pepita, dos solteronas conocidas de la familia. De allí pasó al colegio de Primera Enseñanza de don Manuel Comellas, un experimentado profesor que había sustituido a don Marcos, el anciano sacerdote que hasta entonces había estado al frente de la institución. Con el paso de los años Francisco Franco dejó de ser un niño para convertirse en un joven inteligente y despierto que se daba cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor. De carácter tímido e introvertido, se sentía un tanto acomplejado por su baja estatura y su voz aflautada, de la que se burlaban algunos de sus compañeros de clase. Ante los ataques de los demás chicos reaccionó encerrándose en sí mismo y rehusando participar en juegos colectivos.

En el colegio se mostraba aplicado; tenía predilección por las matemáticas y destacaba también por tener una buena memoria. Cuando llegaba a casa y terminaba sus tareas escolares, dibujaba y

sobre todo leía, especialmente novelas de aventuras y biografías de grandes personajes históricos. Encerrado en su cuarto llegaba a pasar horas enteras haciendo volar su imaginación recreando las gestas que protagonizaban los personajes de los libros. Todas estas aficiones contribuyeron a hacer de él un niño distante y los que le conocieron en aquella época coincidían al señalar su autosuficiencia y frialdad en el trato con los demás. Pero a pesar de sus complejos y del impacto emocional que para la personalidad del niño pudo suponer el fracaso del matrimonio de sus padres, no se puede afirmar a ciencia cierta que la infancia de Franco fuera la de un niño infeliz.

La separación efectiva de sus padres en 1907 coincidió con el alejamiento de los hijos del hogar dirigido por doña Pilar. Nicolás tenía dieciséis años y era alumno de la Academia Naval. Paquito, con algo más de catorce años, se preparaba para iniciar su carrera militar y Pilar, que en aquel entonces tenía doce, estudiaba interna en un colegio de monjas. Tan sólo Ramón, el más pequeño de todos, permanecía al lado de su madre. Al abandono de su marido se unió la soledad que se empezaba a instalar en la casa familiar, pero su fortaleza de ánimo le impidió caer en la depresión. Por aquel entonces doña Pilar tenía cuarenta y un años y don Ladislao, su padre, se había trasladado a vivir con ella para hacerse compañía mutuamente. Para ocupar su tiempo libre se dedicó a retomar sus viejas amistades y empezó a dar clases nocturnas para obreros. Discreta y vestida siempre de negro, como si guardase luto por el marido que la había repudiado, leía en la soledad de su casa las cartas que le enviaban sus hijos emancipados.

Marino frustrado

Por razones obvias, los tres hijos varones del matrimonio mostraron una natural inclinación por los estudios navales. En aquel entonces no existía un Instituto de Enseñanza Media en El Ferrol y tan sólo había varias academias privadas dirigidas por marinos que preparaban a los jóvenes para el ingreso en la Escuela Naval. La derrota sufrida en Cuba y Filipinas ante los norteamericanos había supuesto la destrucción de las flotas de ultramar, dejando a España prácticamente sin barcos de guerra. Debido a esta circunstancia, las escuelas navales habían sido clausuradas en 1901, aunque la de El Ferrol fue reabierta en 1903 para cerrarse de nuevo cuatro años más tarde. Habría que esperar hasta 1912 para que las autoridades navales españolas decidieran inaugurar la Escuela Naval de Cádiz.

Debido a todos estos avatares, Nicolás y Francisco, los dos hermanos mayores, veían cómo se les cerraban las puertas para seguir cursando los estudios necesarios para desempeñar la carrera que habían ejercido sus antepasados desde hacía cinco generaciones. Forzados por la tradición familiar, la única opción que les quedaba era prepararse para el ingreso en el Cuerpo General de la Marina, institución que hasta entonces había estado vetada para los hijos de los administradores navales, como era su caso. En ningún momento Francisco se planteó la posibilidad de optar por una carrera militar en el Ejército, elección descartada desde un principio para no contrariar a su padre.

Después de aprobar los dos primeros cursos de bachillerato, se matriculó junto a su hermano mayor en el Colegio de la Marina, dirigido en aquel entonces por don Saturnino Suanzes, un capitán de corbeta amigo de la familia. El centro de enseñanza tenía la peculiaridad de encontrarse a bordo de la fragata Asturias, lo que contribuía a despertar aún más el interés de los alumnos. En sus aulas se impartían clases para formar a los aspirantes a ingresar en la Escuela Naval y durante su formación Francisco Franco se esforzó mucho más de lo que lo había hecho en el colegio. En medio de un ambiente hostil, rodeado por compañeros mucho mayores que se reían de su aspecto enclenque, soportó dos años muy duros que también contribuyeron de forma decisiva a forjar su carácter adulto.

Nicolás aprobó en 1906 el examen de ingreso en la Escuela Naval, e inició sus estudios de primer curso. Pero al año siguiente, mientras Francisco preparaba las pruebas para la nueva convocatoria, se produjo un acontecimiento inesperado que iba a frustrar definitivamente sus expectativas. Las autoridades decidieron entonces cerrar las instalaciones de la Escuela por falta de presupuesto y el aspirante a guardiamarina vio truncada su ilusión de convertirse en marino de guerra. Ante aquel obstáculo insalvable se le planteó, con apenas catorce años, la necesidad de tomar una decisión sobre su porvenir. Sin contar con el apoyo y el consejo de su padre ausente y prescindiendo de la opinión de su madre, Francisco acudió a don Saturnino para pedirle ayuda. El viejo marino le recomendó seguir la carrera militar en el Ejército, augurándole rápidos ascensos y un brillante porvenir en la Infantería. Muchos de sus compañeros de estudio en el Colegio de la Marina también habían optado

por ese mismo camino y Francisco no tardó demasiado en decidirse. Convencido de que era lo mejor para él, aún le quedaba obtener el consentimiento paterno.

Cuando le planteó a su estricto padre su intención de ingresar en la Academia de Infantería de Toledo, en un principio este no se opuso aunque también manifestó sus dudas. Don Nicolás seguía considerando a Paquito un niño poco desarrollado que no iba a soportar el cambio de ciudad ni la disciplina cuartelera de la Academia. Sin embargo, ante la insistencia reiterada de su hijo, no le quedó más remedio que ceder y darle su consentimiento, sorprendido quizá por el grado de madurez que le había mostrado. El anuncio de su partida fue mucho más duro para su madre. Doña Pilar contemplaba cómo sus hijos mayores se marchaban definitivamente de casa dejándola cada vez más sola. En el caso de Paquito era aún peor porque tenía que instalarse en otra ciudad muy alejada geográficamente de su hogar, pero sabiendo que no podía oponerse a sus deseos, consintió resignada. A partir de ese momento, para el joven Francisco Franco se abría un mundo de nuevas ilusiones que alimentaban su imaginación, viéndose quizá como protagonista de aventuras y gestas parecidas a las que le gustaba leer en sus libros.

Juventud en la Academia de Infantería

Un novato en el cuartel

Al principio del verano de 1907 Francisco Franco, por aquel entonces un adolescente de apenas catorce años, viajó hasta Toledo para presentarse al examen de ingreso en la Academia de Infantería. Se presentaron un total de mil quinientos aspirantes, de los cuales sólo trescientos cincuenta consiguieron aprobar. Uno de ellos fue el joven Franco, que ocupó el puesto 251 en el orden de calificación. Tras el examen regresó a El Ferrol, donde pasó el resto del verano impaciente por incorporarse a la Academia. Aquellos días se le debieron hacer especialmente largos, deseando iniciar cuanto antes una vida castrense que él mismo había idealizado. Convertirse en oficial del Ejército significaba para él representar los más altos valores que exigía la patria, adaptándose a unas reglas de honor y disciplina que contradecían la figura de su padre.

A finales de agosto se inauguró el curso en la Academia y Franco y el resto de cadetes novatos tuvieron que pasar por el suplicio de las pesadas bromas y las vejaciones a las que les sometían los veteranos, situaciones humillantes que provocaron que muchos de ellos se sintieran frustrados al descubrir la dura realidad cuartelera a la que a partir de entonces se iban a tener que enfrentar. Durante los primeros días, los cadetes sufrían una fuerte presión mental y física, amedrentados por órdenes constantes y una rígida disciplina que anulaban su personalidad e iniciativa individual con la intención de convertirlos en soldados que no se cuestionasen la naturaleza militar y moral de las instrucciones dictadas por sus superiores. «Franquito», nombre con el que empezaron a llamarle sus compañeros más veteranos, sufrió en carne propia la dureza de la vida militar. Su corta estatura y su aspecto infantil lo convirtieron en objetivo predilecto de las novatadas cometidas por los cadetes de mayor edad, que no dejaron de hostigarle durante los primeros meses en la Academia. Forzado por las circunstancias, el joven Franco experimentó un profundo cambio en su personalidad, dejando de ser un adolescente rebosante de sueños e ilusiones para convertirse en poco tiempo en un joven que había madurado de golpe hasta mostrarse como un hombre taciturno que se enfrentaba a la dura realidad. Comprendió entonces que si quería hacerse respetar, debía enfrentarse a todos aquellos que le hacían la vida imposible en el cuartel. El punto de inflexión se produjo cuando se peleó con el

cabecilla de los veteranos, incidente que demostró a todos sus compañeros que no estaba dispuesto a dejarse pisotear por nadie.



A la izquierda de la foto, un adolescente Francisco Franco posa con su uniforme de cadete de la Academia de Infantería de Toledo junto a su hermano mayor, Nicolás.

El 13 de octubre, Franco juró bandera junto al resto de compañeros de promoción en el Alcázar de Toledo ante la imponente presencia de la estatua de Carlos V que había en el patio de la Academia. Aquella solemne ceremonia supuso para el joven cadete mucho más que un simple trámite protocolario. Para Franco aquel juramento escenificó su entrada en una comunidad de elegidos que tenían como misión defender la patria de sus enemigos exteriores y también de los internos, encarnando unos valores y principios superiores a los del resto de la sociedad española de la época. Sin contacto con otros sectores de la realidad del país, algunos de los cuales aún consideraban a los militares responsables del Desastre del 98, aislados en su mundo cerrado de la Academia, los cadetes concentraban todos sus esfuerzos en asimilar una instrucción impregnada de valores castrenses que los separaba aún más del resto de la población, fanatizando sus ideas hasta el punto de despreciar a los que no pertenecían a su casta de soldados. En este ambiente no es de extrañar que los aspirantes a oficiales sintieran un profundo resentimiento hacia los políticos, a los que acusaban de

ser los máximos responsables de la crisis económica, moral y social por la que entonces atravesaba España.

Aunque Franco había conseguido ganarse el respeto de sus compañeros, no terminó por integrarse en el grupo, manteniendo una actitud introvertida hacia ellos que se caracterizaba por la timidez y su reiterada negativa a acompañarles en sus salidas del cuartel durante los permisos de fin de semana. Aquel cadete silencioso y de aire melancólico se acabó convirtiendo en un bicho raro que renunciaba a participar en las juergas juveniles de sus camaradas por Toledo. Franco ni bebía ni fumaba, tampoco jugaba a las cartas ni visitaba los burdeles de la ciudad, teniendo presente en todo momento el ejemplo indecoroso de su padre al que tanto detestaba. En contra de lo que hacían los demás, él prefería quedarse solo antes que disfrutar junto al resto de sus compañeros de otras diversiones. Los que le conocieron en aquel tiempo lo describieron como un tipo que prefería pasear en solitario recorriendo las estrechas calles del casco histórico de Toledo, visitando sus monumentos más emblemáticos. Ese aislamiento autoimpuesto y de naturaleza casi enfermiza influyó de forma decisiva a la hora de forjar su carácter adulto, determinado por sus sentimientos reprimidos y una idealización de las virtudes militares.

Cadete del montón

Al margen del interés y entusiasmo que despertaban en él los aspectos más llamativos de la vida de soldado, coincidentes con la concepción del honor y la disciplina que él tenía de la vida, a «Franquito» le aburrían las clases teóricas y no se puede decir de él que fuera un estudiante brillante. Cadete dentro del montón, no pudo o no quiso adaptarse al sistema educativo imperante en la Academia de Toledo, enseñanza tediosa y poco atractiva que basaba su modelo en el empleo de métodos memorísticos sin permitir que los alumnos pudieran pensar por sí mismos. Los profesores eran oficiales poco motivados que en ocasiones delegaban sus funciones en jóvenes tenientes con poca experiencia educativa. Los libros de texto eran viejos manuales que exponían tácticas anticuadas que poco o nada tenían que ver con los últimos avances de la época en el arte de hacer la guerra. Además, los cadetes recibían las clases en un entorno demasiado opresivo, pasando más tiempo encerrados entre las cuatro paredes de las frías aulas de la Academia que practicando sus aptitudes militares al aire libre.

A pesar de que era un alumno bastante aplicado que dedicaba numerosas horas al estudio, su rendimiento dejaba bastante que desear y cuando llegaba el momento de demostrar sus conocimientos en los exámenes sus resultados eran mediocres, tal y como reflejaban sus calificaciones. El joven cadete prefería las clases prácticas a las teóricas, disfrutando con la equitación o el tiro antes que hincando los codos con los tediosos y voluminosos libros de texto, muy alejados del concepto repleto de aventuras y gestas que él mismo había construido alrededor de lo que suponía que debía ser la vida de un militar. Si había algún rasgo que como estudiante distinguía al joven Franco del resto de sus compañeros ese era su deseo de adquirir conocimientos que le permitieran saber algo que el resto desconocía, talento alimentado por una imaginación y curiosidad que le hacían sentirse por encima de ellos.

El propio Franco describiría muchos años más tarde como «amoríos prematuros» las cartas que durante su estancia en la Academia escribió a algunas amigas de su hermana Pilar. Se trataba de misivas inocentes que contenían versos de adolescente que servían para que las jóvenes a las que iban dirigidas se rieran de él. Además de sus romances epistolares, Franco conservó su afición por la lectura, robando horas de estudio para dedicarlas a los libros de sus autores favoritos. En algunas ocasiones intentó transmitir sus gustos literarios a sus compañeros de promoción en un gesto con el que tal vez buscaba abrir su caparazón a los demás. Sin embargo, sus tentativas de acercamiento chocaron con la incomprensión y la burla de los demás cadetes.

Estos fracasados intentos por integrarse dentro del grupo terminaron afectando a su delicada sensibilidad, lo que le llevó a encerrarse aún más en sí mismo, mientras que el ambiente de ideología extremista que se respiraba en la Academia también contribuía a dar forma a su carácter. De la misma forma que Franco prefería vivir aislado, el Ejército, como institución del Estado, representaba un autoritarismo que abría una brecha cada vez más amplia con el resto de la sociedad española. Desmoralizados tras la humillante derrota en Cuba y Filipinas, los militares de aquella época tenían

un marcado sentido corporativista que los mantenía fuertemente unidos y los hacía considerarse depositarios de los más altos valores de la patria, opinión que era compartida por los sectores más conservadores y reaccionarios de la España de entonces. Convencidos de su superioridad, algunos militares empezaron a valorar la posibilidad de imponer por medio de la fuerza sus opiniones sobre las de los demás para regenerar un Estado que consideraban fracasado.

Altos mandos, oficiales y suboficiales empezaron a hablar en círculos castrenses sobre la posibilidad de liderar un movimiento que salvase a España de la situación de ruina moral y social en la que ellos creían que se encontraba. De la misma forma, los profesores de la Academia de Toledo transmitían esas ideas a los receptivos y maleables alumnos, que las absorbían haciéndolas suyas. Franco fue quizá uno de los cadetes en los que se arraigó ese sentimiento con más fuerza, hasta el punto de convertirlo en uno de los pilares sobre los que iba a construir su peculiar concepción de la ley y orden por las que se debía regir un estado. Los acontecimientos históricos que estaban a punto de producirse iban a contribuir de forma decisiva a dar forma a la ideología del cadete Francisco Franco, criterios que permanecerían inmutables durante el resto de su vida.

La Semana Trágica de Barcelona

En 1909, España atravesaba uno de los momentos de su historia más convulsos. Apenas habían pasado once años desde el Desastre del 98 y el país aún no había tenido tiempo de recuperarse del tremendo mazazo moral que supuso la pérdida de nuestras últimas colonias en Ultramar. La ansiada regeneración de la vida política y social, que había sido reclamada entonces por amplios sectores de la población, no había llegado a producirse, lo que dio lugar a un descontento generalizado que desembocó en una crisis de valores de la que se hicieron eco los intelectuales de la época. Desde el punto de vista político España estaba sometida a un régimen de alternancia entre los dos partidos mayoritarios, el Liberal y el Conservador, formaciones que se iban relevando en el poder incidiendo en los mismos errores y problemas de décadas anteriores. En 1909, Antonio Maura, del Partido Conservador, estaba al frente del Gobierno y el joven rey Alfonso XIII, que había ascendido al trono hacía poco tiempo, acababa de abrir un nuevo período monárquico.

En cuanto al panorama económico, España había experimentado un notable crecimiento, con un aumento constante de la producción industrial que se concentraba en áreas urbanas. Las principales ciudades del país se convirtieron en importantes centros fabriles que atraían a grandes masas de obreros para trabajar en las nuevas industrias. Sin embargo, las condiciones de vida de los trabajadores eran durísimas. A las interminables jornadas laborales, bajo condiciones insalubres y peligrosas, se unían los bajos salarios. En las callejuelas de los barrios obreros de las ciudades, el nuevo proletariado se hacinaba en pequeñas habitaciones donde malvivían familias enteras. A principios del siglo XX, la esperanza media de vida apenas superaba los cuarenta y un años, el índice de mortalidad infantil alcanzaba el diecisiete por ciento antes del primer año y el analfabetismo se situaba en al menos un cincuenta por ciento de la población, afectando sobre todo a las mujeres. Fue en este caldo de cultivo donde se empezó a gestar un creciente movimiento obrero. Por aquel entonces, Barcelona se había convertido en la locomotora industrial de España. La capital catalana había superado el medio millón de habitantes y ofrecía el aspecto de una ciudad emprendedora, moderna y dinámica. Sin embargo, el trasfondo de los graves problemas sociales de una gran parte de la población permanecía oculto, dispuesto a estallar en cualquier momento.

España era por aquel entonces una potencia de segunda fila que había perdido sus posesiones coloniales. Para resarcirse nuestro país intentaba hacerse un hueco entre las naciones europeas que se estaban repartiendo África, concentrando sus ambiciones en Marruecos. Tras llegar a un acuerdo con Francia para delimitar sus respectivas áreas de influencia, España obtuvo el control del Rif. Lo que en un principio era tan sólo una cuestión de honor patriótico, de pronto adquirió un importante interés económico cuando a partir de 1906 empezaron a explotarse los ricos yacimientos de hierro y plomo situados en Beni Buifur, a tan sólo unos veinticinco kilómetros de Melilla. El 9 de julio de 1909, un grupo de rifeños contrario a la presencia extranjera en Marruecos, asaltó las instalaciones y mató a cuatro trabajadores españoles. En días posteriores se produjeron nuevos ataques, llegando a provocar

la interrupción de la producción minera y la intervención del Ejército español, lo que supuso un aumento progresivo de la tensión en la zona.

Ante esta situación, Maura decidió recurrir al uso de la fuerza para pacificar de forma definitiva el valle del Rif. El Gobierno adoptó entonces una serie de medidas para poner en marcha una campaña militar, y se dictaron órdenes para que la Tercera Brigada Mixta de Cataluña estuviera preparada para embarcarse inmediatamente hacia África al mismo tiempo que se aprobaba un Real Decreto que autorizaba al ministro de la Guerra a movilizar a los reservistas que fueran necesarios. Cumpliendo con estas disposiciones, en Barcelona se iniciaron los preparativos para el embarque de las tropas con destino a Marruecos. El domingo 18 de julio, el Batallón de Cazadores de Reus atravesó el centro de la ciudad para dirigirse al puerto. El desfile de los soldados, en su mayoría catalanes reservistas que se habían visto obligados a abandonar sus trabajos, dejando a sus familias sin recursos y sin derecho a pensión en caso de que murieran o resultasen mutilados, provocó la ira de muchos de los ciudadanos que contemplaban su partida. La multitud, cada vez más airada, comenzó a proferir insultos contra el Gobierno y las autoridades caldeando aún más el ambiente. Mientras los soldados embarcaban se produjeron los primeros incidentes y las fuerzas de seguridad desplegadas en el puerto dispararon al aire para disolver a los concentrados, realizando algunas detenciones.

Los incidentes del 18 de julio y las noticias pesimistas que llegaban sobre la marcha de la guerra en Marruecos crearon un ambiente de gran agitación en la ciudad. Con la caída de la tarde, se formaron grupos espontáneos de obreros que ocuparon las calles de Barcelona mientras se extendía la oposición a la guerra en amplios sectores de la opinión pública catalana. Ante el cariz que empezaban a tomar los acontecimientos, Juan de la Cierva, ministro de la Gobernación, decidió prohibir los mítines contra la guerra y ordenó la detención de los alborotadores, al mismo tiempo que ordenaba el procesamiento de varios directores de periódicos que habían manifestado abiertamente su oposición al envío de tropas a África.

La tensión fue en aumento y el movimiento obrero empezó a preparar una huelga general. En previsión de altercados, las autoridades enviaron a Barcelona un contingente de setecientos guardias civiles para mantener el orden. Mientras tanto, los acontecimientos se precipitaron y el sábado 24 de julio se constituyó el comité de huelga, que la convocó para el lunes 26. A primera hora de la mañana de ese día, el paro se había extendido por toda Barcelona y las poblaciones de los alrededores. El comercio y la industria estaban completamente paralizados y sólo circulaban los tranvías protegidos por guardias armados. Los primeros graves incidentes de la jornada se produjeron entre ellos y los piquetes, y se saldaron con un balance de dos tranviarios muertos y más de once heridos. A primera hora de la tarde se había suspendido el servicio y los tranvías estaban encerrados en las cocheras. El éxito de la huelga era total y en las calles de Barcelona se respiraba el ambiente de calma que precede a la tempestad.



Las columnas de humo se elevan sobre los tejados de Barcelona en el transcurso de la que fue conocida como Semana Trágica.

Las autoridades gubernativas decidieron implantar la ley marcial en la ciudad, medida que como era de suponer no contribuyó a calmar la situación. Se produjeron entonces intentos de asalto a algunas comisarías con la intención de liberar a los huelguistas detenidos y durante los incidentes se produjeron varias víctimas mortales. Al mismo tiempo, las manifestaciones que recorrían las calles de la ciudad eran disueltas a tiros por las fuerzas del orden, dejando un reguero de sangre sobre los adoquines. Lo que en un principio había sido una huelga general degeneró en una auténtica insurrección popular de impredecibles consecuencias. Los promotores de la huelga abandonaron la idea inicial de un solo día de paro para adoptar posiciones revolucionarias. Poco después de la medianoche se produjo el asalto y posterior incendio del Patronato Obrero de San José. El ataque abrió una nueva fase en la escalada de disturbios y sería el primero de una larga serie de edificios religiosos que sufrirían la furia de los alborotadores.

El martes 27 de julio, Barcelona despertó tranquila, sumida en un inquietante silencio. Gran parte de la población permanecía encerrada en sus casas, a la espera de que volviera la calma. Sin embargo, por las calles empezaron a levantarse barricadas que hacían presagiar un aumento de la violencia. En Madrid el presidente Maura, abrumado por las malas noticias que llegaban desde Marruecos, se sacudió de encima el problema de la huelga concediendo carta blanca al ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva. Las medidas que se tomaron iban dirigidas a desacreditar ante la opinión pública a los protagonistas de los incidentes y a todos aquellos que los alentaban, buscando que la corriente revolucionaria se extinguiera por la falta de apoyos. En este sentido, se puso especial

cuidado en propagar el rumor de que los incidentes en Barcelona tenían una connotación separatista. De esta forma se pretendía que los políticos afines y los líderes obreros del resto de España no quisieran sumarse a la huelga. Al mismo tiempo se produjo la suspensión de las garantías constitucionales con el pretexto de la gravedad de los disturbios en la Ciudad Condal.

El miércoles 28, las paredes de la ciudad aparecieron empapeladas con el bando dictado por el capitán general Luis de Santiago. En él se ordenaba a la población que se retirara de las calles, de los balcones y las azoteas, contra las que las fuerzas del orden dispararían sin previo aviso al detectar cualquier posible amenaza. Las maniobras emprendidas por la Policía y la Guardia Civil para restaurar el orden y retirar las barricadas fueron repelidas por grupos armados. En el Paralelo, huelguistas, delincuentes y prostitutas aunaron esfuerzos para enfrentarse a las fuerzas del orden. En la defensa de las barricadas se produjeron varios muertos y heridos entre las fuerzas del orden y los revolucionarios. Mientras tanto continuaron los incendios de edificios religiosos, aunque de manera más esporádica, acompañados de sacrílegas y tétricas procesiones con los cuerpos momificados de los religiosos que habían sido sacados de sus tumbas profanadas. Pero a pesar de la gravedad de estos incidentes la situación tendió a apaciguarse. Ante esta nueva situación, la revuelta quedó en manos de los más extremistas, que se resistían a abandonar las barricadas.

El jueves llegó por mar desde Valencia un numeroso contingente de soldados, al mando del general Germán Brandeis, con órdenes concretas de poner fin a los disturbios usando métodos expeditivos. Las tropas se desplegaron inmediatamente por toda la ciudad, tomando al asalto las barricadas y usando incluso la artillería. Al día siguiente llegaron a la ciudad dos compañías más de infantería y trescientos guardias civiles adicionales para asegurar el mantenimiento del orden público en sus calles. Poco a poco se fue recuperando la calma y se restableció el suministro de gas y el alumbrado público. El sábado 31 de julio amaneció con un nuevo bando dictado por el capitán general en el que se autorizaba a los ciudadanos de Barcelona a poder circular de nuevo con total libertad por sus calles. Las tiendas y mercados volvieron a abrirse, se retiraron los escombros de las barricadas y se reparó el cableado telefónico. La ciudad fue recobrando la normalidad y una multitud de curiosos se acercó a contemplar los destrozos causados por los combates.

Desde la Capitanía General se iniciaron gestiones para que el lunes siguiente las fábricas y las tiendas volvieran a la normalidad. El domingo funcionaron de nuevo los tranvías y en la Rambla abrieron los puestos de flores. Amparada bajo el marco legal concedido por la declaración del estado de guerra, proclamado el 26 de julio y extendido hasta el 17 de agosto, la justicia militar se mostró implacable a la hora de reprimir a los instigadores de la que empezaba a ser conocida como la «Semana Trágica de Barcelona». Se abrieron un total de 739 causas en las que fueron procesadas 1.725 personas, y se dictaron un total de diecisiete condenas a muerte de las que cinco fueron ejecutadas. Las doce restantes fueron conmutadas por prisión perpetua, sentencia impuesta a un total de cincuenta y nueve encausados. Durante los graves incidentes de aquellos días fueron destruidos ciento doce edificios, de los cuales ochenta eran religiosos. Se calcula que los disturbios se cobraron la vida de aproximadamente ciento veinte personas, la mayoría civiles, mientras el número de heridos fue de varios miles. La frialdad aparente de los números adquiere su verdadera dimensión cuando



imaginamos las columnas de humo elevándose sobre Barcelona entre el ruido de los disparos y los cañonazos, con el adoquinado de sus calles manchado por la sangre de las víctimas.

Grandes expectativas

Los soldados enviados ese verano al norte de África para hacer frente a la rebelión rifeña sufrieron una grave derrota en el Barranco del Lobo. Tras la llegada de refuerzos desde la Península, el 20 de septiembre se emprendió una ofensiva que permitió ampliar el perímetro defensivo sobre Melilla sometiendo a las cabilas rebeldes. A pesar de la victoria, el conflicto continuaba latente y amenazaba con volver a estallar en cualquier momento. Los sucesos de Barcelona y Marruecos no tuvieron demasiada repercusión entre los cadetes de la Academia de Toledo, debido sobre todo a que coincidieron con el período de vacaciones. La guerra colonial en África brindaba oportunidades de ascenso y promoción a los oficiales que tenían sus carreras militares estancadas, muchos de los cuales languidecían en sus puestos como profesores en la Academia. Esperanzados con los vientos bélicos que llegaban desde África, no dudaron en manifestar su euforia y contagiársela a sus alumnos recién llegados de sus vacaciones para incorporarse al nuevo curso. La victoria obtenida el 29 de septiembre de 1909 por las tropas españolas en el monte Gurugú desató una ola de entusiasmo entre los cadetes, que salieron a celebrarlo por las calles de Toledo. La guerra en Marruecos había despertado en todos grandes expectativas y los jóvenes aspirantes a oficiales, incitados por sus profesores y superiores, deseaban unirse cuanto antes a las fuerzas coloniales que luchaban sobre el terreno en ese exótico escenario, llegando a plantearse la posibilidad de intensificar y comprimir el temario para acortar la duración del curso y facilitar la incorporación de los alumnos más mayores a la campaña militar.

El coronel Villalba, director de la Academia de Toledo, se encargó personalmente de fomentar entre los cadetes esa vocación africana. Conocedor de los deseos de sus alumnos y de las necesidades del Ejército, que necesitaba cubrir las numerosas bajas que se producían en combate, introdujo en el plan de estudios una serie de reformas educativas que reforzaron las asignaturas de contenido práctico, dando una mayor importancia a las maniobras y a los ejercicios tácticos. Franco fue uno de los cadetes que mejor asimiló los cambios, disfrutando de las clases prácticas al aire libre que le permitían dejar de lado los aburridos libros teóricos que tanto detestaba.

Al final del tercer curso, el joven Francisco Franco recibía su despacho como subteniente en una solemne ceremonia celebrada en julio de 1910 a la que asistió en persona el rey Alfonso XIII. El oficial, recién salido de la adolescencia, dejaba atrás tres duros años de instrucción, de constantes entrenamientos y también de desprecios de muchos de sus compañeros de promoción. Esculpido en el desaliento y la incomprensión, Franco se veía a sí mismo convertido en un hombre dueño de su propio destino. Escudado en su estricto sentido del deber y su alto sentido del honor, se sentía capaz de afrontar cualquier desafío y Marruecos parecía el lugar idóneo para ponerse él mismo a prueba. Pero antes de ver cumplido su sueño tendría que enfrentarse a sus propios fantasmas.

Rutina y frustración

Como hombre organizado y meticuloso, con mucho tiempo para pensar, durante su estancia en la Academia de Toledo Franco había hecho planes sobre su futuro. En todos ellos se veía encarnando los más altos ideales que se presuponían en todo buen oficial del Ejército en el cumplimiento de su deber. Sin embargo, la realidad de los acontecimientos se encargaría de ponerle en su sitio. Con poco más de diecisiete años, el joven subteniente regresó a El Ferrol forzado por las circunstancias. Su discreto expediente militar le cerró las puertas a un ansiado destino en Marruecos mientras veía cómo otros compañeros con mejores calificaciones viajaban al norte de África para convertirse en héroes, morir en combate o tal vez las dos cosas.

Después de recibir su despacho de oficial, en el verano de 1910 Francisco Franco regresó a su ciudad natal y se alojó en el que había sido el hogar materno antes de incorporarse al Regimiento Zamora n.º 8, con base en la ciudad ferrolana, aburrida guarnición de provincias que le ofrecía escasas expectativas de promoción y mucho menos de gloria. Su entusiasmo adolescente por entrar en combate cuanto antes se vio frustrado al descubrir una vida militar sin alicientes en un destino gris con escasa paga y sin posibilidad de alcanzar rápidos ascensos.

Franco se presentó en la casa de su madre luciendo su vistoso y elegante uniforme de subteniente y un bigotillo casi cómico con el que pretendía mostrar una imagen de madurez, aunque en realidad su mirada melancólica, su baja estatura y su voz aflautada parecían aliarse para ofrecer de él un aspecto que nada tenía que ver con el que se debía suponer de un apuesto y aguerrido oficial del Ejército. Aquel verano lo pasó en la casa familiar junto a su madre, mientras ella seguía esforzándose por mantener una imagen austera y digna que la apartase del escándalo protagonizado por su marido, compartiendo esos días con su hermana Pilar y su hermano Ramón, que un año más tarde también ingresaría en la Academia de Infantería.



Luciendo bigote y adoptando un porte marcial, Franco posó para esta foto cuando estaba destinado en el Regimiento Zamora n.º 8 de guarnición en El Ferrol.

Tras sus vacaciones, Franco se unió a su Regimiento a mediados de agosto, unidad que estaba acantonada en el vetusto cuartel de Nuestra Señora de los Dolores, en la parte vieja de la ciudad. Allí sintió cómo las esperanzas que había depositado en su carrera militar se esfumaban en poco tiempo al enfrentarse a la rutina diaria de una pequeña guarnición de provincias. El subteniente novato se vio a sí mismo como un oficial con escasas responsabilidades y poco mando, aunque las circunstancias no consiguieron doblegarle, y consoló su decepción dedicándose por completo a su trabajo y ganándose fama de estricto. Aun considerándolos inferiores, prefería la compañía de sus soldados a la del resto de oficiales, con los que se mostraba introvertido y distante. Cuando se lo permitían sus obligaciones aprovechaba para montar a caballo y, como recompensa a sus demostradas aptitudes en el trato con los reclutas, fue nombrado profesor de la escuela de cabos del cuartel.

Mientras su vida cuartelera discurría por los senderos de la monotonía, Franco tampoco destacaba como un hombre atractivo en el mundo de las relaciones sociales. Por las tardes paseaba en solitario por la calle Mayor de El Ferrol, lugar de encuentro en donde se dejaban ver los personajes más importantes e influyentes de la ciudad. Sin embargo, aquel subteniente bajito que no sabía relacionarse con los demás no llamaba la atención por nada. Caminando arriba y abajo por el paseo se sucedían los saludos protocolarios y de compromiso mientras la mirada triste de Franco intentaba cruzarse con la de alguna hija de la alta sociedad ferrolana sin ningún éxito. Las familias más importantes de El Ferrol no veían a aquel oficial bajito como un buen partido. Sus orígenes discretos, salpicados por la mancha del escándalo de la separación de sus padres, jugaban en su contra. Además se mostraba como un joven demasiado cohibido y escasamente desenvuelto que no sabía cómo tratar a los demás, prefiriendo permanecer en un segundo plano mientras otros oficiales mucho más

apuestos y arrogantes se ganaban los suspiros de las jóvenes más distinguidas de la ciudad y competían por ganarse asimismo la preferencia de sus padres.

Franco se esforzaba por presentarse impecable y marcial, intentando parecer más alto de lo que era, pero su falta de encanto personal no gustaba a las chicas. Su grupo de amistades se reducía a los viejos conocidos de la familia, mientras coqueteaba inocentemente con algunas de las amigas de su hermana Pilar. Los estrictos valores morales y religiosos de su omnipresente madre continuaban pesando demasiado en la voluntad del joven oficial, e influyeron a la hora de elegir sus distracciones favoritas. Franco se convirtió entonces en un católico ferviente que prefería asistir a misas y actos de caridad mientras sus compañeros de la misma edad tenían gustos y aficiones muy diferentes a los suyos.

Los días transcurrían en el cuartel sin novedades, pendientes de las noticias preocupantes que llegaban desde Marruecos. Los partes de guerra hablaban de las gestas y actos heroicos protagonizados por algunos compañeros de promoción de Franco en los combates contra las cabilas rebeldes que tenían lugar en las montañas del Rif. Franco leía ávidamente los informes y escuchaba discretamente los comentarios de las tertulias en el club de oficiales, mientras se lamentaba amargamente y en silencio de su tedioso destino, deseando ser enviado cuanto antes a Marruecos. Sin embargo el tiempo pasaba y los escasos méritos de su hoja de servicios jugaban en su contra. El subteniente contemplaba con pesar cómo otros oficiales y soldados se embarcaban para el norte de África mientras él se quedaba en tierra esperando una oportunidad que nunca llegaba. Incansable ante el desánimo, decidió recurrir a todas las influencias de su familia buscando el ansiado destino en Marruecos.

En 1912, el coronel José Villalba, el antiguo director de la Academia de Infantería en Toledo, fue destinado a Melilla al frente del Regimiento de África n.º 68. Al conocer la noticia, Franco le pidió incorporarse a su unidad, deseo que finalmente se vio cumplido cuando el coronel lo reclamó para cubrir una de las numerosas bajas que se producían en los combates. El 6 de febrero de 1912, Francisco Franco partió de El Ferrol deseando incorporarse cuanto antes a su nuevo destino. Trece días más tarde llegaba a Melilla tras un largo y penoso viaje que vivió como un prólogo a la aventura que estaba a punto de iniciar.

Destino: África

Tierra de promisión

Para los jóvenes oficiales, la guerra en Marruecos era la tierra de promisión en donde crecían las medallas para todos aquellos que con sus gestas fueran capaces de recogerlas. Con tal de conseguir rápidos ascensos y promocionar sus carreras, estaban dispuestos a arriesgar sus vidas con una frialdad que rayaba en la inconsciencia. Nada más poner el pie en tierra africana, Francisco Franco fue uno más de aquellos dispuestos y ambiciosos oficiales que manifestaban su deseo de entrar en combate cuanto antes.

A pesar de las constantes operaciones militares y el estado permanente de guerra, la presencia española en Marruecos distaba mucho de estar fuertemente consolidada, amenazada en todo momento por los rebeldes rifeños que hostigaban de manera continua a los soldados coloniales. Pese a ello, el presidente del Consejo de Ministros, José Canalejas, intentaba transmitir un clima de optimismo sobre la situación en el norte de África. En 1911, tropas españolas desembarcaron en Larache y ocuparon Arcila y Alcazarquivir, operaciones militares que se encontraron con una enconada resistencia de las cabilas rebeldes. En el mes de noviembre, la situación parecía estar bajo control español, pero tan sólo un mes más tarde los rifeños desbordaron sus líneas provocando un elevado número de bajas y amenazando directamente Melilla.

Mientras la situación militar tomaba un cariz peligroso en torno al enclave español, la ciudad se mantenía al margen de los graves acontecimientos que se estaban produciendo en sus proximidades. Melilla se había convertido en un gigantesco campamento militar en el que convivían más de cincuenta mil soldados españoles, sin contar con la población civil y una comunidad marroquí autóctona. En sus calles insalubres y sin servicios básicos suficientes para mantener a la guarnición y a sus habitantes, se mezclaban funcionarios civiles y comerciantes junto a aventureros de la peor calaña, cientos de prostitutas y buscavidas de todo tipo que pretendían hacer negocio con la situación de guerra permanente en la que se vivía. Melilla presentaba el aspecto de una ciudad fronteriza y peligrosa en la que coexistían los vicios y virtudes de sus pobladores en medio de un caos que sorprendía a todo aquel que llegaba por primera vez.

Cuando Franco desembarcó en la ciudad contaba con diecinueve años y prefirió cerrar los ojos ante el ambiente de corrupción generalizado presente en cada rincón de sus sucias calles. Su paso por la ciudad lo consideró como un trámite insalvable que debía superar antes de incorporarse a su unidad y entrar en combate. A mediados del mes de febrero fue instalado en uno de los acuartelamientos de la guarnición, permaneciendo en situación de disponible a la espera de que se produjera una baja en el campo de batalla para que él la cubriera. Mientras esperaba impaciente a que llegase el momento, Franco se mantuvo al margen de las que consideraba tentaciones pecaminosas.



Cuando fue destinado a África, Franco vio cumplido su sueño.

En medio de la guerra las circunstancias cambiaban con rapidez y antes incluso de lo que hubiera imaginado el joven subteniente recibió destino. Una semana después de su llegada a Melilla se le ordenó que se uniese a las filas del Regimiento de África n.º 68 bajo el mando de su admirado coronel Villalba. Casi sin tiempo para recoger sus cosas y presentarse ante su superior, la unidad a la que había sido asignado emprendió la marcha hacia las posiciones en primera línea situadas en las cercanías del monte Tifasor. Sus primeras semanas como oficial en campaña le sirvieron para adquirir la experiencia que iba a necesitar para cuando llegase el momento de entrar en combate, situación que no tardaría demasiado en producirse.

Bautismo de fuego

El 23 de marzo de 1912, las fuerzas españolas lanzaron una gran ofensiva que tenía como objetivo derrotar definitivamente a los rifeños para pacificar al fin la región y defender los intereses de nuestro país en Marruecos ante el expansionismo mostrado por el Protectorado francés, que pretendía ampliar su zona de influencia. Un ejército compuesto por diez mil hombres divididos en seis columnas y con fuerte apoyo artillero avanzó decidido, dispuesto a acabar de una vez por todas con la resistencia rebelde. Sin embargo, su moderno armamento y sus tácticas de guerra convencional poco o nada pudieron hacer para contrarrestar la peculiar forma de combatir de los rifeños. Actuando como partidas de guerrilleros, concentraban sus fuerzas en un punto determinado de la línea de frente española para dar un golpe de mano y después desaparecer antes de que las tropas coloniales pudieran reaccionar respondiendo al ataque. Las bajas de soldados y oficiales no paraban de aumentar mientras los rebeldes se apuntaban una victoria tras otra. En España, las voces contrarias a la guerra encontraban eco en los periódicos que criticaban abiertamente la actitud del Gobierno y del Ejército. Ante la marcha desfavorable de los acontecimientos se decidió detener la ofensiva hasta que los ánimos en la Península se calmasen.



Al comienzo de la década de los años veinte del siglo pasado, se había producido un recrudecimiento de los combates en el norte de África entre las tribus rifeñas y las tropas españolas.

El regimiento en el que Franco mandaba una sección había participado en las operaciones interrumpidas por decisión del Gobierno y los soldados regresaron a su campamento establecido en Ras Medina sin que el joven oficial hubiera tenido oportunidad de demostrar su valor en combate. Atrincherados en su provisional acuartelamiento soportaron el hostigamiento constante de partidas

de rebeldes. Mientras tanto, la situación política en Marruecos experimentó un cambio importante. Ante las medidas de fuerza ejercidas por los franceses y las sublevaciones internas dentro de su propio reino, el sultán Mulay Hafid se vio obligado a reconocer y permitir el Protectorado francés, región que abarcaba desde Fez y Rabat llegando hasta Mogador al sur.

Inspirado por los logros alcanzados por su competidor europeo, el Gobierno español deseaba alcanzar un acuerdo parecido con los marroquíes, pero para ello eran necesarios triunfos militares que consolidasen las posiciones españolas. Con ese objetivo, el 11 de mayo se reemprendieron las acciones militares con el envío de varias columnas de tropas que partieron desde Melilla. Bajo el mando del general García Aldave, el día 14 se inició una ofensiva a gran escala que pretendía acabar definitivamente con la resistencia rifeña. El Regimiento en el que servía Franco formaba parte de la columna del general Navarro que tenía como misión apoyar el ataque de las unidades de Regulares que avanzaban en vanguardia. Durante una carga de caballería indígena contra el grueso de las fuerzas rebeldes, el disparo certero de uno de los soldados coloniales acabó con la vida del legendario Mohamed Ameziane, conocido por los españoles como «El Mizzian», líder rifeño que se había opuesto con las armas a la penetración europea. Su muerte provocó la huida en desbandada de sus hombres, lo que concedió la victoria en la batalla a los españoles.

Aunque Franco había tenido su bautismo de fuego en el mes de marzo durante el transcurso de una escaramuza cuando mandaba una patrulla de reconocimiento, la batalla en la que murió «El Mizzian» supuso para él su primera acción de guerra. Sin embargo, su participación no fue lo suficientemente destacada como para ser recompensada con menciones y medallas. La gloria de aquel día victorioso se la llevaron otros, aunque fuera a título póstumo. Pero de aquella batalla Franco supo extraer una valiosa experiencia que podía servirle para el futuro. El subteniente comprendió que sirviendo como oficial en una unidad de segunda fila iba a tener escasas posibilidades de convertirse en un héroe. Si quería ascender rápido y lucir medallas sobre su pecho, debía unirse a las tropas de élite del Ejército que luchaban siempre en primera línea, aunque para ello tuviera que poner en grave riesgo su vida.

La muerte de «El Mizzian» supuso el fin de la rebelión rifeña y permitió pacificar temporalmente el territorio circundante a Melilla. Franco continuó adscrito a su regimiento y el 13 de junio de 1912 recibió el primero y único de todos sus ascensos obtenido por antigüedad. Con el rango de teniente primero pasó el resto del verano ocupado en misiones rutinarias de patrulla y exploración por delante de las posiciones estáticas españolas. Poco después le fue concedida la Cruz del Mérito Militar por haber pasado tres meses seguidos en campaña. Cuando sus obligaciones militares se lo permitían, Franco pasaba sus ratos libres dedicándose a leer publicaciones militares y aprendiendo árabe y francés, rechazando las invitaciones de los demás oficiales para que les acompañara a disfrutar de los vicios y placeres que les ofrecía la pecaminosa ciudad que defendían y olvidar las penalidades sufridas en el frente. Con veinte años cumplidos se había convencido de que debía hacer algo para cambiar su suerte como soldado, por lo que solicitó el traslado a las tropas de Regulares indígenas, la mejor unidad de combate que el Ejército tenía desplegada en Marruecos.

Primer amor

Durante las Navidades de 1912 Franco conoció en Melilla a Sofía Subirán, una joven de la que se enamoró perdidamente. Sofía pertenecía a una familia con una larga tradición militar. Su padre era coronel y su tío era el comandante general de la plaza. Conocida de una amiga de su hermana Pilar, Franco la vio por primera vez durante la celebración de un baile de gala en la Comandancia General. El teniente no causó una buena impresión en la joven que, como ella misma se encargaría de desvelar en una entrevista concedida muchos años después, lo encontró demasiado aburrido para su edad. Franco no sabía bailar y era un pésimo conversador. Además, su timidez y aire melancólico jugaban claramente en su contra, presentándolo aún menos atractivo para las mujeres.

Como pretendiente el teniente dejaba mucho que desear, y aunque se portaba con Sofía como todo un caballero, sus escasos encantos no impresionaron a la joven, que nunca le dio esperanzas. A pesar de las insinuadas calabazas, el insípido oficial lo siguió intentando con la perseverancia que caracterizaba su carácter. Pero además de encontrarse con la indiferencia de su amada, Franco tuvo que enfrentarse a la oposición del padre de Sofía, que tampoco veía con buenos ojos las intenciones del teniente, al fin y al cabo un subordinado al que no consideraba digno de su hija y del que desconfiaba, sospechando que buscaba acercarse a la joven para medrar ante él consiguiendo ascensos y un buen destino. A pesar de las dificultades, Franco lo siguió intentando escribiéndole cartas de amor que le enviaba a través de su asistente, misivas que Sofía rompía sin llegar a leerlas, aunque guardó algunas postales de los destinos exóticos en los que se encontraba su enamorado.

Con el paso del tiempo y ante la falta de respuesta por parte de la joven, Franco comprendió que no tenía nada que hacer. El silencio y la indiferencia de Sofía ante su insistencia probaban que no estaba enamorada de él y el teniente pensó que era mejor olvidarse de ella. De la misma forma que dejaba a un lado todo aquello que pudiera distraerlo de conseguir su objetivo, en muy poco tiempo Franco olvidó su fracaso amoroso y se concentró de lleno en su carrera militar, dispuesto a dedicar todos sus esfuerzos en convertirse en un héroe. Si sus discretos encantos personales eran insuficientes para escalar socialmente y subir hasta donde quería llegar, estaba convencido de que la gloria y la fama obtenidas en el campo de batalla le abrirían las puertas que hasta entonces se le habían cerrado. Con la esperanza de que llegase ese momento, el ambicioso teniente seguramente se veía a sí mismo como un personaje admirado por todos aquellos que hasta entonces lo habían despreciado, soñando con el día en que los pondría a todos en su sitio.

En el fragor del combate

El 12 de noviembre de 1912, falleció asesinado José Canalejas en un atentado perpetrado por anarquistas. Tras la muerte del presidente del Consejo de Ministros, el conde de Romanones le sustituyó al frente del ejecutivo y tomó las riendas de la situación en el norte de África. El 27 de ese mismo mes se firmó un acuerdo con Francia sobre los límites de separación de los respectivos Protectorados que las dos naciones ejercían sobre Marruecos. Como consecuencia del tratado, el 19 de febrero de 1913 el general Alfau, alto comisario de España en la región, ocupó pacíficamente Tetuán, formalizando con ese gesto la instauración del Protectorado español del que la ciudad marroquí se convertiría en capital. Muchos rifeños reaccionaron hostilmente a la ocupación y las tribus de Yebala y Gomara lideradas por El Raisuni, un caudillo legendario al que muchos consideraban el legítimo heredero del trono marroquí, se levantaron en armas estableciendo su cuartel general en las escarpadas montañas que rodeaban las posiciones españolas de Tetuán. Esta situación supuso un cambio del teatro de operaciones para las tropas españolas desplegadas en Marruecos, desplazándose a la región central del Protectorado.

El 15 de abril de 1913, el teniente Franco recibió su ansiado destino en un tabor, unidad militar de tipo batallón en la que se encuadraban los Regulares indígenas. A los pocos días asumió el mando de una sección en el campamento de Sebt, intentando adaptarse a las especiales características de estas aguerridas tropas de choque. Estos soldados marroquíes despreciaban a los oficiales que no mostraban su valor con decisión, mientras obedecían ciegamente hasta la muerte a los mandos que compartían con ellos los peligros del combate. El físico de Franco lo hacía candidato a pertenecer al primer grupo y los hombres bajo su mando lo recibieron con recelo. Sin embargo, el teniente se esforzó desde un principio por contradecir las apariencias. Como primer gesto, les dirigió una enérgica arenga montado sobre un caballo blanco que disimulaba su corta estatura. Pero aquellos soldados curtidos no se dejaban impresionar tan fácilmente con palabras que la mayoría ni siquiera entendían. Si quería ganarse la lealtad y confianza de sus hombres, Franco debía demostrar con hechos su valentía. Sabía que si no estaba a la altura de las circunstancias, lo más probable es que perdiera su autoridad ante ellos y se volvieran contra él.

El 11 de junio de 1913, dos columnas españolas bajo las órdenes del coronel José García Moreno y el general Miguel Primo de Rivera convergieron camino de Tánger dispuestas a sofocar la rebelión. En previsión de los duros combates que se avecinaban, se reclamó la presencia de las tropas de Regulares de Melilla para que participasen en la vanguardia de las operaciones. El 17 de junio el teniente Francisco Franco embarcó para Ceuta junto a sus hombres y el tabor al que pertenecía su sección se estableció en Lucién cuatro días más tarde. Los mandos españoles sabían que los Regulares eran los soldados que mejor se adaptaban a la forma de combatir del enemigo y contaron con ellos para utilizarlos como punta de lanza de la ofensiva que estaba a punto de iniciarse.



Las tropas de Regulares indígenas jugaron un importante papel en las campañas africanas.

Al mando de su sección, Franco participó en continuas acciones de guerra en el sector que tenían asignado. El general José Marina Vega, nuevo alto comisario del Protectorado español en Marruecos y comandante en jefe, decidió lanzar una gran ofensiva en la que participaron más de veinte mil soldados. Los Regulares de Franco fueron movilizados y participaron en la que fue conocida como acción de Beni Salem, en la que los rebeldes amenazaron las posiciones españolas cercanas a Tetuán. Por su participación en los encarnizados combates de aquella jornada, el teniente Franco recibió su primera mención en un parte de guerra emitido por el mando superior. En aquellos días también destacaron jóvenes oficiales como el comandante Sanjurjo o el capitán Emilio Mola, personajes que un par de décadas más tarde cruzaron sus destinos con el de Franco para desempeñar un papel protagonista en uno de los períodos más trágicos de la historia reciente de nuestro país.

Por la acción de Beni Salem, Franco fue ascendido a capitán en marzo de 1915. Durante los meses siguientes participó en numerosas operaciones militares rutinarias sin demasiado lustre, y en septiembre fue condecorado por méritos de guerra. El joven capitán de veintidós años empezaba a llamar la atención en círculos castrenses. Su peculiar forma de ejercer el mando, acompañando a sus hombres en primera línea y mostrando una sangre fría ante el peligro que impresionaba a los que le seguían, crearon en torno suyo la imagen de un oficial competente, discreto y valeroso. Delante de sus compañeros de armas continuaba mostrándose como un hombre distante que hablaba muy poco y apenas se relacionaba con los demás a no ser que fuera para cuestiones relacionadas con el servicio.

Mientras la situación en Marruecos parecía estabilizarse, el resto de Europa se desangraba en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. Los periódicos españoles comenzaron a prestar más atención informativa al desarrollo de la contienda europea que a los acontecimientos en Marruecos. Pero el silencio de la prensa no significaba que los combates hubieran cesado en el norte de África. Al mismo tiempo, el espionaje alemán desplegó una visible actividad en la región en apoyo de las conversaciones que había iniciado su Gobierno con el de Eduardo Dato para establecer en el Protectorado español una colonia de explotación de recursos controlada por ellos en beneficio de su esfuerzo de guerra. Ante la negativa a aquel plan, expresada por el jefe del ejecutivo español, y para perjudicar los intereses franceses en la zona, los alemanes se dedicaron a intrigar entre los rifeños,

pagando sobornos para incitarles a una nueva rebelión que obligase a Francia a retirar tropas del frente europeo para enviarlas a Marruecos.

En marzo de 1915, Franco recibió el mando de la tercera compañía del Tercer Tabor de Regulares de Melilla. Por aquel entonces, el general Francisco Gómez Jordana había sustituido a José Marina Vega al frente de la Alta Comisaría del Protectorado y al poco tiempo de tomar posesión del cargo inició conversaciones con El Raisuni en un intento por llegar a un acuerdo de paz con el líder rifeño. Tras duras negociaciones, se consiguió obtener de él un compromiso de alto el fuego cuando las autoridades españolas pusieron encima de la mesa una cantidad de dinero superior a la que le pagaban los alemanes. Mientras los generales se enredaban con asuntos diplomáticos, Franco vivió un período de relativa tranquilidad. La junta de oficiales del tabor lo nombró entonces cajero de la unidad, función administrativa en la que no se sentía especialmente cómodo. Pero el impaciente capitán no tendría que esperar mucho para volver a entrar en acción y apostar su vida contra el destino para satisfacer sus ambiciones. Hasta entonces, Franco había tentado demasiadas veces a la muerte. De los cuarenta y dos jefes y oficiales que entre 1911 y 1912 se habían incorporado a los Regulares de Melilla, tan sólo siete quedaban ilesos a finales de 1915. Franco era uno de estos últimos y hasta entonces había tenido mucha suerte, pero lo que no sabía era que estaba a punto de agotar su fortuna.

Herido de muerte

A pesar del importante paso que para alcanzar una paz definitiva había supuesto la sumisión de El Raisuni, aún quedaban núcleos de resistencia que debían ser sofocados por las tropas españolas. Para acabar con ellos, Gómez Jordana ordenó una ofensiva contra la cabila de Anyera perteneciente al Territorio de Yebala, uno de los cinco en los que se había dividido administrativamente el Protectorado. Se trataba de un grupo de rebeldes irreductibles financiados por los servicios secretos alemanes para desestabilizar la zona. Establecidos en una franja costera que iba desde las afueras de Ceuta hasta la playa de Alcazarseguer, desde sus posiciones podían controlar la ruta que llegaba hasta Tánger, poniendo en peligro las comunicaciones entre las dos ciudades bajo mandato español. El Alto Mando del Protectorado ordenó tomar el principal puesto fortificado de los rebeldes situado entre los poblados de El Biutz y Ain Yir, separados entre sí por dos lomas, un lugar que podía ser bien defendido por los rebeldes.

Para cumplir con esa peligrosa misión, el 27 de junio de 1916 partió de Tetuán hacia Ceuta un tabor de Regulares al mando del comandante Enrique Muñoz Güi, cuya tercera compañía estaba al mando del capitán Franco. Los efectivos españoles enviados para someter a la cabila de Anyera superaban los diez mil hombres, ejército que fue enviado para tomar al asalto las estratégicas colinas. La que fue conocida como «loma de las trincheras» consiguió resistir una primera embestida de la caballería española. Tras su fracaso en su intento por tomar el objetivo, se decidió que el tabor de Regulares del comandante Muñoz marchase al frente del segundo asalto. Los soldados indígenas, guiados por sus oficiales, se lanzaron entonces a pecho descubierto contra las posiciones que ocupaba el enemigo. En los intensos combates que tuvieron lugar a continuación murió el comandante Muñoz y su segundo quedó gravemente herido. El capitán Franco se dio cuenta de la situación y rápidamente asumió el mando del tabor. Se le había presentado la oportunidad que tanto tiempo había estado esperando y dispuesto a aprovecharla dirigió personalmente a los «Regulares» en un ataque suicida contra las trincheras en las que estaban parapetados los rifeños. Mientras avanzaba decidido al frente de sus hombres, sintió un fuerte dolor en el abdomen que le hizo desplomarse.

Incapaz de moverse pero consciente, tirado sobre el árido terreno que empezaba a empaparse con la sangre que manaba de su herida, uno de sus Regulares cargó con él al hombro hasta conseguir ponerlo a salvo llevándolo hasta la retaguardia, mientras los soldados indígenas y españoles tomaban aquella colina. En un primer momento, Franco fue evacuado a un puesto de primeros auxilios donde el médico que lo atendió confirmó la gravedad de la herida. El balazo no afectaba a ningún órgano vital, pero sin sulfamidas ni antibióticos con los que tratar la infección el joven capitán tenía las horas contadas. El cirujano de campaña lo desahució, convencido de que no llegaría con vida a un hospital en retaguardia. Consciente de la gravedad de su estado, Franco solicitó al padre Carlos Quirós Rodríguez, capellán castrense, que le confesara y le diera la extremaunción.

En contra de lo que todos hubieran esperado, el estado de Franco se estabilizó y finalmente fue trasladado al Hospital General de Ceuta. A pesar de su apariencia frágil y enfermiza, su organismo

resistió logrando detener la infección. Lo que en un principio parecía una herida mortal de necesidad quedó reducido a una cicatriz que le quedaría como recuerdo de su cita pospuesta con la muerte. Durante su larga estancia en el hospital le visitaron por separado sus padres, a los que recibió con la misma frialdad que ellos mismos le habían enseñado. Aquella recuperación milagrosa le sirvió para convencerse a sí mismo de que gozaba de cierta invulnerabilidad, habiendo sido elegido quizá por la providencia para protagonizar en el futuro una misión de especial trascendencia, creencia firme que ya no le abandonaría durante el resto de su vida.

Por su actuación en el combate de la «Loma de las trincheras», Franco fue propuesto para ser promovido a comandante. Sin embargo el ascenso le fue denegado en un primer momento por el número excesivo de oficiales que en su misma situación atascaban los escalafones. El capitán también había sido propuesto para la Laureada de San Fernando, la máxima condecoración del Ejército, pero tras concluir la redacción del expediente previo a su concesión, en el informe se pusieron de manifiesto varias irregularidades que contribuyeron a su denegación, entre ellas el elevado número de bajas producidas durante el asalto y la propia actitud de Franco durante la investigación, atribuyéndose actos de heroísmo que en realidad no había protagonizado.

La decisión de los mandos en este sentido provocó en Francisco Franco una frustración y resentimiento que durarían largo tiempo. El joven oficial se consideraba merecedor de la alta condecoración y nunca les perdonaría que no se la concedieran entonces. Aunque posiblemente nunca llegase a confesárselo a nadie, debió de pensar que la negativa estaba condicionada por envidias profesionales, pero llegado el momento se desquitaría de la afrenta. Finalizada la Guerra Civil y consolidada su posición como jefe del Estado al frente de una dictadura personalista, uno de los primeros decretos que firmó fue el de concederse a sí mismo la Laureada, aunque para que no fuera tan evidente utilizó un burdo subterfugio. El documento, con fecha del 19 de mayo de 1939, estaba firmado por el vicepresidente del Gobierno, general Gómez Jordana, y el ministro de Defensa Nacional, general Fidel Dávila, atendiendo a la supuesta petición unánime de todos los poseedores de la Gran Cruz Laureada de la Orden de San Fernando. En un breve acto celebrado antes del inicio del Desfile de la Victoria de aquel año, celebrado en el paseo de la Castellana madrileño, se procedió a dar lectura pública del decreto y a imponer la medalla a Franco. El encargado de hacerlo fue el general Varela, que ostentaba por duplicado esa misma condecoración. El 17 de julio del año siguiente, se repetiría la ceremonia en el Palacio Real de Madrid durante la celebración de un acto en conmemoración del cuarto aniversario de la sublevación contra la Segunda República. La razón que explica esta doble ceremonia estaría en la procedencia de la primera insignia que le fue impuesta en el paseo de la Castellana, perteneciente al general Marina. En esa segunda ocasión, sus compañeros de armas quisieron obsequiar al dictador con una lujosamente decorada hecha especialmente para él.

Volviendo al escenario africano, el 3 de agosto de 1916 el capitán Franco partió de Ceuta hacia El Ferrol con dos meses de permiso para que se terminase de recuperar de la herida de la que aún estaba convaleciente, licencia que se acabó prolongando hasta el 1 de noviembre, fecha en la que se reincorporó a su tabor en Tetuán. El último día de febrero de 1917, Franco fue ascendido a comandante con efectos retroactivos desde el combate de El Biutz. Sin embargo, no había una vacante para ese rango en los Regulares, circunstancia que le obligó, con evidente disgusto, a

abandonar el Protectorado cuando fue destinado el Regimiento del Príncipe n.º 3 de guarnición en Oviedo. Después de cinco años de servicio en Marruecos, el joven comandante tenía que dar por terminada su primera etapa africana y retomar una carrera castrense tediosa y lejos del peligro.

Paréntesis africano

El 4 de marzo de 1917, Franco se despidió de sus Regulares en Tetuán y se dirigió a Ceuta para embarcarse hacia Algeciras, desde donde cogió un tren con destino a Madrid. A su llegada a la capital fue sometido a un nuevo reconocimiento médico en un hospital militar y tras estudiar su caso le recomendaron pasar un mes de reposo antes de incorporarse a su destino en Oviedo. Mientras Franco disfrutaba de su nuevo permiso, Europa continuaba sufriendo los padecimientos de la Primera Guerra Mundial. En su contexto, un nuevo acontecimiento histórico iba a conmocionar a la opinión pública internacional. Durante el otoño de 1917, Rusia se convulsionó con el estallido de la Revolución bolchevique que terminaría derrocando al zar y supondría el ascenso al poder de Lenin.

Durante esa misma época, la vida política y social española atraviesa un nuevo período de inestabilidad provocado en gran parte por la situación derivada del conflicto mundial. La posición de neutralidad mantenida por España permitió que nuestro país se convirtiera en uno de los principales proveedores de materias primas, alimentos y productos manufacturados de ambos bandos. La guerra enriqueció a aquellos que hicieron grandes negocios aprovechándose de la sangría europea, lo que dio lugar a que la mayor parte de la producción industrial y agrícola se dedicase a la exportación, provocando a su vez la escasez de los productos básicos en el mercado interno y un incremento descontrolado de los precios. Los sectores más desfavorecidos de la sociedad española sufrían impotentes los efectos de una inflación galopante que empeoraba aún más sus precarias condiciones de vida, mientras la clase política, ajena a los problemas de la mayoría de la población, miraba hacia otro lado. Esta situación de crisis institucional y social se tradujo en una radicalización del movimiento obrero, que decidió recurrir a la fuerza para defender sus derechos, teniendo como ejemplo la Revolución bolchevique.

En medio de este ambiente de creciente tensión, los militares destinados en la Península también decidieron emprender medidas para defender sus intereses, creando las llamadas «Juntas de Defensa». Los mandos y los oficiales se sentían muy molestos por los bajos sueldos y los numerosos ascensos y condecoraciones que recibían todos los que habían combatido en África. Estos mismos militares acusaban a los políticos de ser los principales responsables de la situación que se vivía en el seno del Ejército. Las Juntas comenzaron a presionar al Gobierno para que introdujera reformas, exigencias a las que la Administración del Estado daba largas sin atreverse a oponerse a ellas pero tampoco asumiendo su adopción. Los sucesivos gobiernos necesitaban al Ejército para hacer frente a la escalada de agitación social que se vivía en el país y mantener el orden en las ciudades, por lo que no les convenía oponerse frontalmente a los deseos de los militares. En medio de un clima generalizado de incertidumbre que presagiaba un empeoramiento de la situación, los políticos se mostraban cada vez más débiles, intentando contentar a unos y a otros buscando los apoyos necesarios para mantenerse en el poder.

A finales de mayo de 1917, Franco se había incorporado a su nuevo regimiento en Oviedo. La mayoría de sus compañeros en el acuartelamiento estaban afiliados a la Junta de Defensa local y entre

ellos aquel comandante de veinticuatro años, el más joven de España, pronto adquirió fama de silencioso y discreto, despertando los lógicos recelos por ser un militar «africanista» y envidias profesionales apenas disimuladas. Para no herir susceptibilidades y evitar cualquier tipo de confrontación, Franco se unió a la Junta del cuartel aunque no compartiera muchos de sus postulados.

Meses después de su llegada a Oviedo, estalló en Asturias una huelga general de carácter revolucionario que en jornadas posteriores se extendió a varios puntos de España. El general Ricardo Burguete, capitán general de Asturias, declaró el estado de guerra en la región, dispuesto a reprimir a sangre y fuego a los huelguistas. Ante el agravamiento de los disturbios, el regimiento de Franco fue movilizado y al frente de una columna compuesta por cien soldados reforzada con guardias civiles, patrulló las cuencas mineras con la misión de mantener el orden a toda costa, antes de regresar sin novedad a Oviedo el 29 de agosto, tres días antes de que la huelga alcanzase su fase más virulenta. Burguete ordenó entonces reprimir a los huelguistas sin contemplaciones y durante los enfrentamientos murieron dos centenares de mineros. Parece ser que el comandante Franco no participó directamente en la represión, pero como oficial del Ejército tuvo que juzgar bajo la ley marcial en vigor a varios de los detenidos durante los disturbios.

Franco no se mostró especialmente estricto con los acusados y años más tarde confesaría en una entrevista a uno de sus biógrafos que cuando vio por sí mismo las condiciones de trabajo a las que estaban sometidos los mineros, con un cierto carácter paternalista llegó a entender los motivos por los que se rebelaron y que los llevaron a cometer actos de violencia. Con esas declaraciones Franco no pretendía justificar el comportamiento de los huelguistas, contrario a los conceptos de ley y orden que tenía profundamente inculcados, pero comprendía su actitud. Con su arraigado clasismo, los consideraba inferiores pero reconocía las injusticias que sufrían, llegando a compararlos con los soldados que tenía bajo su mando y a los que con un adecuado sistema de premios y castigos se podía llevar por el buen camino.

Finalizada la huelga y terminados los juicios, Franco volvió a su tediosa vida en un cuartel de una guarnición de provincias. Por las mañanas se dedicaba a cumplir con sus rutinas castrenses mientras que por las tardes se esforzaba por mantener cierta vida social, confiando en que sus medallas y la fama de héroe que le precedían pudieran abrir algunas puertas en el reducido círculo aristocrático de la ciudad sin necesidad de llamar a ellas. El joven comandante también se hizo asiduo de alguna tertulia, buscando con ese forzado gesto derribar los muros de su aislamiento. Sin embargo, su experiencia en combate parecía haber retraído aún más su introvertida personalidad, convirtiéndolo en un hombre solitario y sin amigos. Cuando acudía a la tertulia solía permanecer en silencio, a no ser que le preguntasen directamente, y tan sólo cuando se discutía sobre la guerra en Marruecos sus compañeros de mesa podían escuchar su voz atiplada durante un buen rato, aunque siempre ponía especial cuidado en no expresar su opinión particular sobre la marcha del conflicto o sobre cualquier otro tema que se plantease. Parecía un hombre más maduro de lo que aparentaba físicamente y su comportamiento, frío, distante y un tanto misterioso, lo presentaba como un individuo de personalidad hermética, que calculaba las consecuencias de cada uno de sus actos y que parecía dispuesto a mostrarse implacable a la hora de conseguir sus objetivos.

Franco se alojaba en un hotel de Oviedo y todos los días por la tarde salía a dar un paseo a caballo, luciendo su estrella de comandante en el pulcro uniforme y sus relucientes medallas ante la selecta sociedad de la capital asturiana. Serio y circunspecto, se mostraba altivo, como si realmente despreciase a todos aquellos que lo observaban, los mismos a los que no sabía cómo adular para conseguir que le permitieran entrar en su círculo de amistades. Franco era un personaje conocido en todo Oviedo, que incluso había aparecido en la prensa nacional de la época como un héroe reconocido de la Guerra de Marruecos, pero no era bien recibido en los ambientes elegantes de la ciudad, salones en donde los militares no gozaban de una alta consideración. El orgullo de Franco, implicado en una guerra personal contra el resto del mundo, les devolvería con creces su indiferencia.

Carmen Polo y la Legión, un amor compartido

Una chica distinguida

Salvo sus llamativas apariciones en público, Franco llevaba en Oviedo una vida caracterizada por la austeridad y la rutina. Había retomado su afición por la lectura al mismo tiempo que estudiaba libros sobre temas militares, manteniéndose al margen de las diversiones, a veces un tanto escandalosas, que protagonizaba el resto de oficiales del acuartelamiento. Su rectitud y aparente control férreo de sus instintos comenzaron a ser un recurrente tema de conversación entre los demás oficiales, que comenzaron a burlarse del «comandantín», nombre despectivo que utilizaban a sus espaldas para referirse a él, insinuando la supuesta virginidad de su tímido compañero.

Mientras los maliciosos rumores se extendían, sus esfuerzos por hacerse un hueco en la cerrada sociedad de la ciudad tuvieron finalmente éxito y Franco fue admitido en el Real Automóvil Club de Oviedo al mismo tiempo que era invitado a los actos celebrados por el Círculo Mercantil. La ampliación de su hasta entonces reducidísimo grupo de conocidos, que no de amigos, le permitió encontrarse con una joven de la que inmediatamente se enamoraría con esa concepción desapasionada y protocolaria que él tenía del amor.

Carmen Polo Martínez-Valdés era una adolescente de apenas diecisiete años que no destacaba especialmente por su belleza pero que tenía un aire distinguido y en público se mostraba alegre y desenvuelta. Carmen nació el 11 de junio de 1900 en el seno de una acomodada familia de la capital asturiana. Esbelta y delgada, en las escasas fotografías existentes de ella en aquella época llama poderosamente la atención el extraordinario parecido físico que tenía con Sofía Subirán, el primer amor de Franco. Había quedado huérfana de madre cuando tenía trece años, creciendo bajo los cuidados de Isabel Polo Flores, una tía paterna famosa en Oviedo por su belleza, mujer elegante que presumía de sus orígenes nobiliarios y con buenos contactos en la alta sociedad de la ciudad. Felipe Polo, el padre de la joven, era un abogado y prominente hombre de negocios con numerosas propiedades, conocido por su carácter enérgico y audaz, amante de la caza y de los caballos. Junto con Felipe, Isabel y Zita, sus hermanos menores, Carmen Polo había recibido una esmerada educación que incluía el aprendizaje de idiomas y las clases de piano, que la convirtieron en una

refinada señorita que había sido instruida para ser la distinguida esposa que todo caballero de provecho pudiera desear.



La belleza y distinción de Carmen Polo enamoraron al entonces joven comandante Franco.

Parece ser que Carmen Polo y Francisco Franco se conocieron por primera vez durante la celebración de una típica romería asturiana y ambos se causaron mutuamente una buena impresión. Tras despedirse de ella desplegó para conquistarla una ofensiva en toda regla que incluía tácticas de un asedio militar. Como arma principal utilizó su habitual método de cortejo. El joven comandante se dedicó a escribirla varias cartas en las que expresaba sus sentimientos hacia ella utilizando un lenguaje extremadamente educado y formal que parecía extraído de una novela romántica decimonónica, misivas que enviaba al colegio de las Salesas donde estudiaba Carmen. A pesar de su aparente sincero amor y de su meteórica carrera militar, Franco se enfrentó a la muralla de protección levantada por las monjas que velaban por la educación de la joven, dedicadas a interceptar todas las cartas que le dirigía su enamorado comandante. Para vencer la resistencia de las religiosas y poner de manifiesto sus honestas intenciones, Franco decidió cambiar de estrategia y en un atrevido gesto empezó a asistir a misa todos los días a las siete y media de la mañana en la capilla del colegio donde estudiaba Carmen, escuchando las oraciones y cánticos de las jóvenes mientras esperaba cruzar la mirada con los ojos de su amada.

La familia de Carmen Polo tampoco consideraba al comandante Franco como un buen pretendiente para ella. Tanto su tía como su padre lo veían como un advenedizo sin oficio ni

beneficio que buscaba un matrimonio de conveniencia para ascender socialmente. Isabel Polo consideraba poca cosa a aquel oficial bajito y sin lustre familiar que pretendía ser el novio de su querida sobrina. Por otra parte su hermano, un hombre de ideas políticas liberales que se oponía a la guerra en Marruecos, tampoco estaba conforme con que su hija se pudiera llegar a casar con un oficial «africanista» dispuesto a poner su vida en peligro con tal de conseguir medallas y ascensos. Pero la familia de Carmen no contaba con la perseverante obstinación del «comandantín». Franco no era un hombre que se rindiera fácilmente y estaba decidido a hacer formal su relación con su amada a pesar de la frontal oposición de la tía y el padre. En aquellos momentos el noviazgo no pasaba de ser simplemente platónico. Durante tres años se intercambiaron románticas notas y cartas inocentes sin tener prácticamente contacto físico. Finalmente, la insistencia de Franco se vería recompensada cuando en 1920 consiguió vencer la oposición de la familia de Carmen haciéndose público el noviazgo entre ambos.

Además de gastar parte de sus energías en enamorar a Carmen y superar los obstáculos que otros habían puesto a su relación, Franco no desatendió su carrera militar y buscó ser admitido en un curso de Estado Mayor que le permitiera estar bien situado en el escalafón de cara a futuros ascensos. Sin embargo no fue admitido en la Escuela de Guerra, fracaso que le afectó profundamente y que intentó compensar con un curso de inferior nivel para oficiales en la Escuela de Tiro de Valdemoro en Madrid. Franco pasó dos meses asistiendo a unas clases que no suscitaron demasiado su interés, pero allí conoció a un oficial histriónico que a partir de entonces jugaría un trascendental papel en su vida. El teniente coronel José Millán-Astray era un militar vehemente y excéntrico, que después de casarse en 1906 con Elvira Gutiérrez de la Torre le confesó a su esposa que había jurado mantener su castidad para siempre. A partir de su encuentro en el curso, los dos oficiales iniciaron una amistad inquebrantable que duraría hasta la muerte de Millán-Astray en 1954. Al final de las clases, a Franco se le encargó la redacción de la memoria oficial en la que aparecieron las ponencias de todos los participantes, entre ellas las de su nuevo amigo, trabajo que terminó durante su estancia de una semana en Madrid. Este gesto marcó el inicio de una colaboración mutua que se intensificaría en los años siguientes.



El prometedor comandante Franco y el estrambótico Millán-Astray fueron grandes amigos. Sin embargo, su camaradería se acabaría debilitando con el paso de los años.

A su regreso a Oviedo, Franco consumió su tiempo hasta las vacaciones estivales pronunciando un ciclo de conferencias sobre lo aprendido en el curso recibido en Valdemoro a las que asistieron los oficiales de la guarnición. En el verano de 1919 disfrutó del permiso que le correspondía visitando a su madre en El Ferrol. Por aquel entonces su noviazgo con Carmen Polo todavía no era oficial y buscando quizá la apertura de un segundo frente por si finalmente era rechazado, durante su estancia en el hogar familiar Franco empezó a cortejar a María Ángeles Barcón, una joven que había sido elegida reina de los juegos florales y que era hija de un importante industrial de la ciudad. María Ángeles era, en casi todos los sentidos, mucho mejor partido que Carmen Polo y parece ser que las intenciones del comandante fueron correspondidas por la joven, que no veía con malos ojos a su pretendiente. Por primera vez en su vida, Franco quebrantaba sus altos principios jugando con el amor de dos mujeres, pero posiblemente no lo hacía para poner a prueba sus facultades como conquistador, sino para tener una doble oportunidad que le asegurase el éxito. En un principio, María Ángeles y Francisco Franco salieron acompañados por un grupo de amigos comunes, para después aparecer paseando solos por la ciudad, lo que parecía confirmar la relación. El cortejo a doble

banda del comandante con Carmen Polo y María Ángeles Barcón también le sirvió a Franco para adquirir experiencia en el trato con mujeres. En poco tiempo el joven oficial había dejado de ser un hombre tímido y retraído, que no sabía desenvolverse socialmente, para convertirse en un militar que sabía explotar sus encantos haciéndose valer ante dos mujeres que suspiraban por conseguir su amor.

Durante aquel verano de 1919, el noviazgo con María Ángeles avanzó lentamente sin llegar a concretarse, y al igual que le ocurría con la familia de Carmen Polo, el padre de la joven ferrolana también se oponía a que su hija pudiera casarse con un comandante al que consideraba un cazadotes. La enérgica actitud del progenitor, que prohibió a María Ángeles volverse a encontrar con él, acabó definitivamente con una relación que apenas había dado sus primeros pasos. La joven ferrolana y el comandante jamás volverían a verse.

Casi un año después, en junio de 1920, Franco acudió a Madrid para asistir a la jura de bandera del príncipe de Asturias en representación de la guarnición de Oviedo. Allí volvió a encontrarse con Millán-Astray, que le puso al corriente de sus planes para crear un «Tercio de Extranjeros» en el Ejército, una unidad de choque con características coloniales hecha a imagen y semejanza de la Legión Extranjera francesa. Franco se contagió del entusiasmo transmitido por su amigo y se comprometió a ayudarle en su proyecto, pidiéndole que contase con él en caso de que las autoridades militares y ministeriales dieran luz verde a la creación del Tercio. Ilusionado con la perspectiva de regresar a Marruecos después de varios años de carrera militar estancada, Franco volvió a Asturias. A su llegada retomó su vida social, en donde las cosas por fin parecían ponerse de su parte. La tía y el padre de Carmen Polo, impotentes y derrotados ante los deseos de los dos enamorados, consintieron en el noviazgo. Franco veía con satisfacción cómo se despejaba el horizonte de su vida ante sus propios ojos.

En la Legión

En octubre de 1919, Millán-Astray salió de Melilla con la misión de iniciar una gira de inspección por los acuartelamientos que la Legión Extranjera francesa tenía en Argelia para copiar su organización y métodos de instrucción. El militar español había defendido con la vehemencia que le caracterizaba sus planes de creación del Tercio en medio de los vaivenes que agitaban la vida política de nuestro país, consiguiendo finalmente la autorización que necesitaba para organizarlo. Por Real Decreto del 28 de enero de 1920, siendo ministro de la Guerra el general José Villalba Riquelme, se estableció la creación de la nueva unidad militar de élite del Ejército español. Denominada en un principio Tercio de Extranjeros, en poco tiempo empezó a ser conocida como la Legión. En sus orígenes estaba compuesta por tres «banderas», unidades de tipo y composición parecida a la de un batallón del Ejército.

Obtenido el beneplácito del Gobierno, Millán-Astray constituyó en las principales capitales de provincia banderines de enganche para reclutar a los aspirantes a convertirse en legionarios, sin importar que fueran nacionales o extranjeros y sin hacer preguntas sobre su pasado. A cambio se les ofrecía una generosa paga y una visión romántica de la vida militar en un destino exótico que prometía aventuras y en el que podían alcanzar la gloria ofreciendo su vida por un ideal. Para las autoridades civiles y militares, la creación de la Legión resolvía algunos de los problemas a los que se enfrentaban. Su carácter profesional evitaba el sistema de reclutamiento de reemplazos forzosos para una guerra colonial que resultaba impopular y que había provocado numerosas protestas y disturbios en numerosas ocasiones. Al mismo tiempo, los generales iban a contar en el campo de batalla con una unidad que tenía un elevado nivel de entrenamiento y de alto espíritu combativo.

Al igual que le había ocurrido a Franco, José Millán-Astray había hecho carrera en las campañas africanas ascendiendo por méritos de guerra. Hombre de acción, carismático entre sus hombres, impetuoso en sus palabras y en sus actos, sin embargo no se distinguía por sus dotes organizativas. Él mismo se dio cuenta de que si quería sacar adelante su proyecto, necesitaba contar con la ayuda de un militar experimentado que completase sus carencias, un oficial metódico y tenaz que no se dejase llevar por el desánimo durante el período de creación de la nueva unidad. Millán-Astray pensó desde un primer momento en el comandante Franco para ocupar ese puesto. En septiembre de 1920, el teniente coronel le remitió un telegrama invitándole a que se uniera a la Legión. Franco no se lo pensó dos veces y acudió inmediatamente a la llamada de su amigo.

En aquel momento, el joven comandante acababa de anunciar oficialmente su compromiso con Carmen Polo y la pareja había comenzado con los preparativos de la que esperaban que fuera una sonada boda de la que hablase toda la ciudad de Oviedo. El telegrama de Millán-Astray había pillado a Franco completamente por sorpresa y sabía que la aceptación de su ofrecimiento iba a suponer un brusco aplazamiento de sus inmediatos planes de futuro. Pero sus deseos de volver a Marruecos para conseguir nuevos ascensos y medallas que lucir en su uniforme se interponían por delante de todo lo

demás y eran más fuertes que las ataduras que le mantenían ligado a la Península, aunque estas fueran las que le unían a la que estaba llamada a convertirse en la mujer de su vida.

Carmen Polo recibió la noticia de la inminente partida de su novio hacia el escenario bélico que representaba Marruecos con la lógica preocupación y decepción. Las informaciones que llegaban sobre la situación en la zona del Protectorado eran alarmantes y la temprana separación de los novios, forzada por el deseo de Francisco Franco de incorporarse cuanto antes a su nuevo destino, hicieron que Carmen Polo derramase las primeras lágrimas por su amado. La ilusionada novia veía cómo los planes de boda se posponían indefinidamente hasta que él volviera, si es que finalmente regresaba vivo.

Culto a la muerte

Franco emprendió el largo viaje con destino a Marruecos ilusionado con el nuevo proyecto, dejando atrás a una compungida Carmen Polo sin sentirse especialmente conmovido. El 10 de octubre de 1920 se embarcó en Algeciras para cruzar el Estrecho en el mismo barco en el que viajaban los primeros doscientos reclutas de la Legión. Se trataba de hombres de las más variadas procedencias, la mayoría de ellos con vidas desarraigadas y episodios oscuros a sus espaldas que no querían contar. En el puerto de Ceuta los esperaba impaciente Millán-Astray. Formados precipitadamente sobre el muelle, el teniente coronel les dirigió una improvisada arenga en la que les expuso cuáles iban a ser los principios por los que se iba a regir el ideario legionario. Con un tono enérgico que no dejaba lugar a dudas, Millán-Astray les dijo expresamente que «…habían venido a morir», haciendo referencia a lo que se esperaba de ellos en el campo de batalla y estableciendo desde un primer momento la máxima por la cual se iba a regir su código de honor, caracterizado por un desprecio a la vida y un culto a la muerte que tomaría forma en lemas como «¡Viva la muerte!» o «¡A mí la Legión!», que el propio Millán-Astray se encargaría de difundir.



De la mano de Millán-Astray, Franco inició una meteórica carrera militar sirviendo en la Legión.

Aún impresionados por aquel recibimiento, a aquellos hombres de dieciocho a cuarenta años, que se habían alistado cobrando una paga de algo más de cuatro pesetas diarias, les quedó muy claro lo que se les iba a exigir. Su teniente coronel sabía que la mayoría de ellos eran personas marginadas que no esperaban nada que les pudiese ofrecer la vida, y él les brindaba la oportunidad de convertirse en

«novios de la muerte». A través del compañerismo y un espíritu de cuerpo que nunca habían experimentado, Millán-Astray esperaba conseguir de ellos los máximos sacrificios. Durante sus primeros años como oficial, el fundador de la Legión había combatido en Filipinas durante el Desastre del 98 y estando allí entró en contacto con el bushido, el férreo código militar por el que se regían los samuráis japoneses. Inspirado por sus preceptos, el fundador de la Legión quiso adaptarlo a la mentalidad española, redactando el Credo Legionario a su imagen y semejanza, un decálogo repleto de referencias al honor y el sacrificio de los soldados como miembros de una unidad de élite.

Los primeros voluntarios se instalaron provisionalmente en un campamento situado a tan sólo tres kilómetros de Ceuta. Nada más llegar, el comandante Franco les aplicó un durísimo programa de instrucción y entrenamiento que en un tiempo récord transformó a los reclutas en soldados profesionales. El 16 de octubre los legionarios establecieron su cuartel general en Dar-Riffien, instalaciones recién inauguradas que se encontraban situadas en la carretera que iba de Ceuta a Tetuán. En un principio se organizaron tres compañías bajo el mando directo de Franco, tropas que serían el núcleo originario de la Primera Bandera. Mientras él se encargaba de las tareas logísticas y organizativas, Millán-Astray emprendió una gira de relaciones públicas para mostrar los logros alcanzados a las autoridades militares y buscar los apoyos que necesitaba para completar el desarrollo de su proyecto, al mismo tiempo que estimulaba el alistamiento de nuevos soldados para la Legión abriendo nuevos centros de reclutamiento y recorriendo cuarteles.

El 31 de octubre de 1920, las tres primeras Banderas del Tercio juraron bandera, y apenas dos días después, la Primera recibió la orden de partir hacia un campamento de «Regulares» situado en la desembocadura del Uad Lau, a unos ochenta y cinco kilómetros al sur de Ceuta. Franco dirigió personalmente a sus hombres en su primera misión y bajo sus órdenes continuaron con sus ejercicios de instrucción en los alrededores de una posición española que debían defender a cualquier precio. En aquellos días tuvieron la oportunidad de poner en práctica lo que habían aprendido, realizando algunas maniobras y misiones de patrullas que tenían como objetivo descubrir los movimientos sospechosos del enemigo. Fueron seis largos meses que sirvieron a los legionarios para adquirir la experiencia necesaria antes de entrar en combate. Pero algunos de ellos no pudieron soportar la rígida disciplina, los duros entrenamientos y la tensión constante a los que Franco los sometía. Los que no estaban dispuestos a respetar la autoridad de los mandos pronto serían testigos de la aplicación de un implacable correctivo que haría que a partir de entonces todos obedecieran sin rechistar.

Escarmiento implacable

El propio Franco no tendría inconveniente en explicar él mismo años después las circunstancias en las que se produjo una falta grave de disciplina que él no dudó en reprimir con toda dureza. Durante el período en que la Primera Bandera permaneció destinada en Uad Lau se produjeron deserciones constantes y numerosos casos de insubordinación. Para frenar estos actos que afectaban a la moral y mermaban la capacidad militar de la Legión, Franco solicitó a Millán-Astray permiso para aplicar medidas disciplinarias ejemplarizantes. El comandante propuso por escrito al teniente coronel someter a consejo de guerra sumarísimo a los desertores y a los irreductibles que desobedecieran las órdenes, fusilando a los que fueran declarados culpables. La implacable sugerencia de Franco sorprendió incluso a Millán-Astray, que contestó a Franco diciendo que no podía autorizar algo así sin aplicar las garantías previstas en el Código de Justicia Militar. Como era habitual en él, el comandante no se dio por vencido y solicitó una reunión personal con su superior para intentar convencerlo. Mientras se desarrollaba el cruce de cartas entre los mandos de la Legión, se produjo un hecho que precipitó los acontecimientos.

Un día, uno de los legionarios, que había dado varias muestras de insubordinación, arrojó un plato de comida contra un oficial. Tras ser informado del incidente, Franco hizo formar ante él a la Primera Bandera al completo. Después de escuchar el testimonio de los implicados, ordenó arrestar al culpable del acto de indisciplina y escogió un pelotón de fusilamiento para que ejecutase la sentencia sumarísima que él mismo acababa de dictar. Cumplidas sus órdenes, Franco hizo desfilar a todos los legionarios por delante del cadáver de su compañero ajusticiado para que sirviera de escarmiento a aquellos que pudieran tener en algún momento la intención de desobedecer una orden. El comandante informó posteriormente a Millán-Astray sobre lo sucedido, asumiendo toda la responsabilidad y alegando que había sido necesario aplicar un castigo ejemplar para restablecer la disciplina y garantizar la supervivencia de la Legión. Ante aquella política de hechos consumados, a su superior no le quedó más remedio que transigir con el método aplicado por Franco, impresionado aún por la cruel determinación demostrada por su comandante. Millán-Astray se encargó de echar tierra sobre el asunto para que fuera olvidado cuanto antes, pasando página antes de que alguien pudiera exigir responsabilidades y perjudicase la imagen de la Legión.

Tras el fusilamiento, los actos de indisciplina y las deserciones cesaron por completo, dando terriblemente la razón a Franco, que se había mostrado ante sus hombres como un oficial implacable. Como oficial responsable de su entrenamiento, estaba dispuesto a pulir a los legionarios, a los que consideraba como escoria humana, hasta convertirlos en las mejores tropas de combate del Ejército. Temido y odiado por sus hombres, había conseguido canalizar la agresividad contra el enemigo de los legionarios, que pasaron a mostrarse dispuestos a desafiar a la muerte si así se lo ordenaban sus oficiales. Al mismo tiempo, Franco se había ganado su respeto y admiración, compartiendo con ellos sus sufrimientos y arriesgando la vida a su lado sin rehusar el combate. El joven comandante se mostraba más próximo a los soldados que al resto de los oficiales, con los que


prácticamente no tenía relación, estableciendo también un sistema de premios y castigos con los que se había ganado su lealtad inquebrantable.

El desastre de Annual

El largo período de inactividad de los legionarios en el campamento de Uad Lau empezó a pasar factura y la tensión acumulada durante tantos días amenazaba con estallar en cualquier momento. Los soldados se sentían frustrados a pesar del intenso programa de entrenamientos y maniobras a los que los sometía Franco para mantenerlos ocupados. Sin embargo, cuando la situación bélica en el Protectorado parecía haberse calmado, a comienzos de 1921 empezaron a extenderse los rumores que hablaban de una inminente revuelta protagonizada por las cabilas rifeñas. Una noche los rebeldes mataron a un legionario que estaba de guardia en el campamento y durante su entierro los ánimos de los más exaltados reclamaron venganza mientras Franco los observaba, aparentemente impasible pero sintiéndose orgulloso al comprobar que su entrenamiento psicológico y militar había dado sus frutos. El comandante los tranquilizó prometiéndoles que muy pronto entrarían en acción y tendrían la oportunidad de desquitarse.

El 12 de febrero de 1920, el general Manuel Fernández Silvestre tomó posesión del cargo de comandante general de Melilla. Nada más asumir el cargo emprendió una ambiciosa ofensiva que tenía como objetivo hacerse con el control de la bahía de Alhucemas. El general decidió, no se sabe muy bien si por iniciativa propia o cumpliendo órdenes de procedencia desconocida, abrir la ruta que unía Melilla con Alhucemas, región de orografía abrupta desde la que los rifeños lanzaban sus ataques. Tras varios meses de preparativos, en enero de 1921 se inició el avance de las tropas españolas contra las posiciones rebeldes. Los soldados que participaban en la operación eran en su mayoría de reemplazo, con escasa moral, mal equipados y peor entrenados. Pero a pesar de todos los problemas, las fuerzas de Silvestre penetraron profundamente en territorio enemigo tras una serie de rápidas incursiones y sin sufrir apenas bajas. El objetivo final de la bahía de Alhucemas estaba cada vez más próximo y en la Península se empezó a creer en una solución definitiva y pacífica al conflicto. Sin embargo las buenas noticias ocultaban los graves errores cometidos por Silvestre durante su avance.

Las tropas procedentes de Melilla se habían dispersado en más de ciento cuarenta puestos fortificados que se extendían a lo largo de una línea de aproximadamente ciento treinta kilómetros, perdiendo toda su efectividad y alargando unas líneas de suministros que no se podían proteger. Las posiciones españolas, defendidas por desmoralizados y asustados soldados sin experiencia en combate, aisladas y sin apenas suministros, se convirtieron en fácil objetivo de los rifeños. En la primavera de 1921, el general Silvestre había instalado su cuartel general en Annual, población desde la que pensaba lanzar su ofensiva definitiva sobre Alhucemas. Desoyendo las órdenes de su superior, el alto comisario del Protectorado general Berenguer, el 1 de junio de 1921 Silvestre ordenó ocupar la posición estratégica del monte Abarrán, situado a unos ocho kilómetros de Annual y muy cercano a la costa. Sobre la cima se emplazó una batería de artillería defendida por un contingente de tropas españolas, «Regulares» y supuestos aliados de las cabilas amigas. Confiado y optimista por la marcha de los acontecimientos, Silvestre regresó a Melilla pero tuvo que volver precipitadamente para asumir

de nuevo personalmente el mando de las operaciones cuando se conoció la noticia de la toma del monte Abarrán por los rebeldes. Liderados por Abd el-Krim, un antiguo aliado de los españoles que había decidido cambiar de bando al sentirse ofendido por las autoridades coloniales, los rifeños se habían apoderado de los cañones aniquilando a la guarnición que los protegía.

Mientras el general Silvestre intentaba calmar la preocupación de los mandos superiores alegando que a pesar de la pérdida de hombres y material la situación se hallaba bajo control, el 12 de junio las tres banderas de la Legión avanzaban en el centro de una columna mandada por el general Sanjurjo que se dirigía a ocupar Arbaa, una posición elevada que dominaba la ruta de Xauen a Tetuán. Franco marchaba al frente de sus legionarios convencido de que muy pronto iban a entrar en acción. Al mismo tiempo, Silvestre concentró a sus fuerzas cerca de Annual con la intención de reconquistar el monte Abarrán antes de que terminase el mes de julio.

Tras varias jornadas de marcha, los legionarios se establecieron en Xauen, población que se había convertido en un gran campamento militar. Instalado allí, Franco llevaba una vida contemplativa, dedicado a la lectura y a dar grandes paseos, templando sus nervios de acero mientras esperaba el momento de entrar en acción al frente de sus hombres. Con el reinicio de las operaciones, Millán-Astray solicitó marchar en vanguardia y durante los combates se produjeron varias bajas mortales entre los legionarios. Después de varias escaramuzas descendió la actividad bélica en la zona de Xauen y la Primera Bandera legionaria fue enviada al sector de Larache. Con un ejército compuesto por quince mil soldados, los generales españoles habían conseguido rodear a El Raisuni en su feudo de Tazarut, esperando el momento para lanzar una ofensiva definitiva contra él. Cuando todo parecía indicar que los legionarios iban a participar en la vanguardia del asalto, Franco y sus hombres recibieron la orden de trasladarse a Ceuta en donde debían embarcarse hacia Melilla. Durante la travesía conocieron las dramáticas noticias que hablaban del desastre sufrido por las tropas españolas en las cercanías de Annual.

Mientras las tropas del general Berenguer pacificaban Xauen completando el cerco sobre El Raisuni y haciéndose con el control de los caminos que llevaban a Tetuán, Silvestre decidió continuar adelante con su plan para conquistar Alhucemas. El triunfo obtenido por Abd el-Krim en Abarrán aumentó su prestigio entre los rifeños, consiguiendo alzar en armas a todas las tribus de la zona hasta crear un ejército compuesto por varios miles de hombres que emprendieron una guerra de guerrillas con constantes golpes de mano dirigidos contra los aislados puntos fortificados españoles y cortando sus líneas de suministros. Silvestre, creyendo equivocadamente que se trataba de acciones aisladas, no adoptó ningún tipo de medida especial y el 7 de junio ocupó la posición de Igueriben cercana a Annual. Tras varios días de aparente tranquilidad en la zona, el general regresó a Melilla para entrevistarse personalmente con Berenguer y solicitarle refuerzos, municiones, víveres y dinero para comprar a los rifeños antes de lanzar la ofensiva final sobre Alhucemas.

Las tropas españolas atrincheradas en Igueriben no tardaron en ser rodeadas por los hombres de Abd el-Krim, que iniciaron el asedio de la posición. El 18 de julio atacaron un convoy de suministros que había sido enviado desde Annual para socorrer a la guarnición sitiada. Tras duros combates, los soldados consiguieron abrirse paso hasta Igueriben pero quedaron atrapados junto a los asediados. Ante su desesperada situación, acosados por el enemigo y por una sed espantosa que

los enloquecía, Silvestre ordenó el abandono de la posición y el repliegue hacia Annual. Cuando los soldados españoles salieron a campo abierto fueron aniquilados y tan sólo un puñado de ellos consiguió llegar a la relativa seguridad del campamento. Las noticias sobre su huida y la magnitud del ataque enemigo se extendieron rápidamente entre los oficiales y soldados, sembrando una incertidumbre que se transformó en pánico cuando los cañones capturados por los rifeños en Abarrán comenzaron a bombardear a las asustadas tropas españolas en Annual.

El campamento disponía de víveres para cuatro días y muy escasas municiones, careciendo completamente de suministro de agua. Ante la desesperada situación, en la madrugada del 21 al 22 de julio, el general Silvestre celebró un consejo de guerra con sus oficiales para decidir qué era lo más conveniente. Tras la tensa reunión se acordó la evacuación mediante una retirada escalonada. Aquella decisión fue el principio del fin. A las 3:45 de esa larga noche llegó un mensaje por radio del general Berenguer en el que prometía la llegada de refuerzos desde Tetuán, pero ante la gravedad de la situación, una hora más tarde Silvestre se puso de nuevo en contacto con su superior y con el ministro de la Guerra, Luis Marichalar y Monreal, para transmitirles su decisión de tomar «urgentes determinaciones».

Con las primeras luces del día tuvo lugar una segunda reunión de oficiales en la que se decidió la evacuación inmediata, dictándose órdenes para que las tropas se pusieran inmediatamente en marcha. La retirada comenzó a las 11:00 horas, pero las rutas de escape estaban controladas por los rifeños. El repliegue debía ser ordenado y escalonado, pero cuando los soldados españoles abandonaron el campamento y empezaron a ser atacados desde todos lados, se desencadenó un auténtico caos. Presos del pánico, la retirada se convirtió en una huida desesperada en la que cada uno intentaba ponerse a salvo como podía mientras los rifeños los mataban por decenas. Silvestre permaneció en el campamento contemplando cómo sus hombres eran aniquilados. La suerte corrida por el general continúa siendo un enigma, aunque todos los indicios apuntan a que se pegó un tiro al sentirse culpable del desastre o para evitar caer en manos de los rifeños, que se entretenían torturando salvajemente a los prisioneros y descuartizando a los muertos. Nunca fue encontrado su cadáver.



Las fotografías de la época mostraron con toda su crudeza el alcance del Desastre de Annual.

El Regimiento de Caballería de Cazadores de Alcántara, bajo el mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, había sido enviado desde Melilla para cubrir la retirada convertida en una desbandada generalizada. Los jinetes se lanzaron una y otra vez contra el enemigo en sucesivas cargas que apenas sirvieron para retrasar su avance. Con sus caballos exhaustos y los soldados con la mirada perdida, el regimiento se retiró del campo de batalla tras sufrir un ochenta por ciento de bajas. Por su acción, el teniente coronel Primo de Rivera recibió a título individual la Laureada, pero hubo que esperar hasta el año 2012 para que el Consejo de Ministros concediera una colectiva al Regimiento, siendo entregada el 1 de octubre de ese mismo año en una ceremonia presidida por el rey Juan Carlos I.

Tras seis días de agotadora marcha, los agotados supervivientes alcanzaron la posición de monte Arruit, donde se suponía que debían reagruparse. Las pequeñas guarniciones aisladas que estaban repartidas por toda la región habían sido tomadas y sus defensores aniquilados. El camino había quedado sembrado de cadáveres tendidos al sol y los soldados supervivientes bebían su propia orina endulzada con azúcar, la única provisión que abundaba, para calmar la sed que abrasaba sus gargantas. En el campamento el general Navarro, que había llegado desde Melilla al mando de una columna, intentaba organizar la resistencia junto con todos los soldados en condiciones de combatir que pudo recoger. Navarro desistió de intentar una huida hacia Melilla, temiendo que pudiera repetirse la matanza, y ante la desesperada situación de la guarnición, Berenguer le autorizó a negociar

con los rifeños los términos de una rendición para evitar que se perdieran más vidas. El 9 de agosto los soldados españoles abandonaron la posición y entregaron sus armas, confiados en las promesas de conceder clemencia obtenidas de Abd el-Krim. Cuando todos estuvieron desarmados e indefensos, los hombres del caudillo marroquí les atacaron degollando a la inmensa mayoría. De los aproximadamente tres mil soldados que habían buscado refugio en Arruit, tan sólo sobrevivieron sesenta. Los cadáveres de sus compañeros quedaron insepultos como alimento de unos cebados buitres.

La noticia del desastre se extendió rápidamente y muchas de las cabilas que habían permanecido fieles a España decidieron unirse a las fuerzas de Abd el-Krim. Las unidades del Ejército que aún mantenían la disciplina se retiraron hacia Melilla mientras los rezagados eran torturados y asesinados por los rifeños. Vencida toda resistencia, nada se interponía entre los rebeldes y el enclave norteafricano. Tras alcanzar las cimas del monte Gurugú, la indefensa ciudad de Melilla se encontraba a tiro de piedra. Los pocos soldados que habían conseguido escapar a la matanza llegaban con el horror grabado en sus miradas. De sus labios agrietados se podían escuchar relatos espeluznantes que no ahorraban detalles a la hora de describir los padecimientos que habían sufrido y las atrocidades que habían contemplado, testimonios que aterrorizaron a los habitantes de la ciudad y a las tropas de la guarnición. En Melilla apenas quedaban dos mil soldados de reemplazo y la población civil acudía en masa a la parte vieja fortificada en busca de refugio. Cuando parecía que todo estaba perdido, el 31 de julio atracó en el puerto el vapor Ciudad de Cádiz que llevaba a bordo dos banderas de la Legión, tres tabores de regulares y otros tres batallones procedentes de la Península. Al frente de los legionarios estaba el comandante Franco, que nada más poner pie en tierra firme ordenó a sus hombres que desfilasen con su paso característico por las calles de la ciudad en un gesto con el que pretendía devolver la confianza y tranquilidad a la asustada población civil.

Los legionarios se dedicaron en un primer momento a afianzar las defensas de Melilla mientras Franco y sus oficiales reprimían los deseos de sus hombres de atacar al enemigo para vengar a los españoles muertos. Consolidadas las posiciones, a principios de septiembre se inició una ofensiva con los legionarios en vanguardia. Poco a poco se fueron reconquistando las posiciones perdidas donde se encontraron los cuerpos de los miles de soldados españoles muertos durante la retirada. Según las cifras presentadas por el «Expediente Picasso», informe oficial sobre el desastre encargado el 4 de agosto de 1921 al general Juan Picasso por el vizconde de Eza, ministro de la Guerra, la derrota se había saldado con la muerte de más de trece mil hombres. Al contemplar sus cadáveres, en muchos casos mutilados por el enemigo, los legionarios clamaron venganza. Franco consintió entonces en darles rienda suelta para que pudieran descargar sus más feroces instintos sobre los rifeños capturados. Algunas fotografías de la época los muestran posando sonrientes mientras sostienen por la cabellera las cabezas decapitadas de sus enemigos.

Un hombre aclamado

Mientras la clase política discutía las medidas a tomar tras la tragedia, las operaciones militares en Marruecos continuaron. Al frente de sus legionarios, Franco desarrolló una actividad frenética. Las banderas del Tercio participaron en los combates para recuperar las posiciones perdidas y acabar con los focos de resistencia rifeños. En los momentos de calma, el joven comandante dedicaba toda su atención a mejorar las capacidades militares de sus hombres con constantes entrenamientos y maniobras. En algunas ocasiones realizaba vuelos de reconocimiento sobre las posiciones del enemigo en un hidroavión pilotado por su hermano Ramón, personaje con un carácter completamente opuesto al suyo y que representaba todo aquello que el comandante despreciaba en un hombre y en un militar. Avergonzado por el comportamiento de su hermano, que en cierta medida le recordaba al de su padre, Francisco Franco prefería mantener las distancias con él.



Tras la ofensiva lanzada después de lo ocurrido en Annual, los soldados españoles se cobraron una cruel venganza decapitando en muchos casos a sus enemigos muertos.

Durante el mes de febrero de 1922, la situación militar en el Protectorado parecía haberse estabilizado y el comandante decidió tomarse un breve permiso aprovechando que Millán-Astray se había recuperado de las últimas heridas recibidas en una pierna retomando el mando de la Legión. Hacía tiempo que Franco había dejado de ser un joven tímido y sensible para convertirse en un hombre curtido por la guerra que había sido testigo de las peores atrocidades. A pesar de su apariencia fría e implacable, tal vez la tensión de los combates empezó a pasarle factura y antes de que

fuera demasiado tarde decidió reencontrarse con el mundo de relativa paz y tranquilidad que había dejado en la Península. Además tenía una novia que le estaba esperando y con la que iba a casarse, por lo que Franco aprovechó el período de descanso para viajar a El Ferrol y Oviedo.

A mediados de marzo se emprendió una nueva ofensiva contra las fuerzas de Abd el-Krim. El líder rebelde había proclamado la denominada República del Rif con capital en Axdir, decidido a crear un estado independiente y a expulsar a españoles y franceses de Marruecos. Con Franco todavía de permiso, la Legión avanzó al frente de una columna que pretendía tomar el poblado de Tuguntz, pero tras duros combates las tropas españolas fueron rechazadas y debieron retirarse a posiciones defensivas. Cuando el comandante regresó de la Península se encontró con sus tropas desmoralizadas por la derrota, pero al verlo llegar los soldados lo aclamaron como a un héroe en el que confiaban plenamente. Ante la reacción espontánea de sus hombres, que de esa forma expresaban su lealtad hacia él, Franco debió de sentirse como un personaje poderoso capaz de dirigir a las masas.

A finales de junio de 1922, por orden de la Alta Comisaría del Protectorado, se le concedió la Medalla Militar Individual por su destacado papel en primera línea al frente de las dos banderas de la Legión durante la campaña de Melilla. En aquellos días las buenas noticias se le acumulaban y Franco recibió la noticia de la apertura de un proceso informativo para su ascenso a teniente coronel. Dedicado de nuevo en cuerpo y alma a su vida de soldado, a finales del mes de octubre sus legionarios de la Primera Bandera consiguieron desalojar a los rifeños de Abd el-Krim de la posición de Tizzi Azza. Las tropas españolas se atrincheraron en el enclave y para evitar volver a repetir los errores que provocaron los desastres sucesivos de Abarrán y Annual, Franco se preocupó por garantizar un suministro seguro de agua potable para el caso de sufrir un asedio, construyendo varios pozos y mejorando el perímetro defensivo con varias líneas de trincheras y fortines. Durante tres años, los rifeños lanzaron continuos ataques sobre la posición española sin conseguir ocuparla, y los testimonios que hablaban de su heroica resistencia fueron noticia destacada en los periódicos de la época.

La euforia de Franco por los éxitos logrados en el campo de batalla quedó relegada a un segundo plano cuando el 13 de noviembre de 1922 su amigo y mentor Millán-Astray fue destituido como jefe de la Legión, causando baja en sus filas y quedando como disponible forzoso en Madrid. El Gobierno, presionado por los militares de las Juntas de Defensa, muchos de los cuales formaban parte de algunas comisiones en el Ministerio de la Guerra, se vio forzado a tomar la decisión. El fundador del Tercio solicitó entonces darse de baja en el Ejército y publicó un manifiesto a la nación en el que exponía los motivos que le habían llevado a tomar esa decisión, denunciando a los compañeros de armas que habían conspirado hasta conseguir su destitución. Los amigos de Millán-Astray consiguieron convencerle para que retirase su solicitud de baja, pero su comportamiento supuso un pesado lastre en su futura carrera militar. Franco compartía con su amigo y otros oficiales «africanistas» como él su resentimiento hacia la actitud mostrada por los militares de las Juntas, pero en el fondo aspiraba a convertirse en el sustituto de Millán-Astray al frente de la Legión. Sin embargo, su esperado ascenso se retrasaba y mientras el tiempo corría, el teniente coronel Rafael de Valenzuela fue elegido como nuevo jefe del Tercio. Franco apenas pudo disimular su decepción y frustrado pidió un inmediato cambio de destino a una guarnición en la Península. Aún furioso por

lo que consideraba una injusticia y sin importarle las consecuencias que pudiera acarrearle su toma de partido, a principios de año remitió un telegrama a sus superiores en el que se solidarizaba con la actitud del fundador de la Legión. No parece del todo claro si con aquella crítica pretendía defender la postura de Millán-Astray o la suya propia. En todo caso, Franco empezó a sentirse víctima de un complot urdido contra él que no acaba de entender y que sirvió para aumentar sus sospechas contra la clase política y sus compañeros de armas peninsulares, convirtiéndolo en un hombre receloso que desconfiaba de todo el mundo. Agraviado por ellos, debió de pensar que lo que se le negaba en los despachos él lo conseguiría en el campo de batalla.

Una década turbulenta

El deber por encima de todo

Antes de abandonar Marruecos, el 11 de enero de 1923 el comandante general de Melilla impuso a Franco la Medalla Militar Individual en una ceremonia en la que estaban presentes las tres banderas de la Legión. Cuando regresa a la Península para incorporarse de nuevo a su antiguo regimiento en Oviedo, Franco había dejado de ser un militar anónimo para convertirse en un héroe que aparecía en los titulares de un sector de la prensa. Mientras en su fuero interno se seguía preguntando por las razones ocultas que habían aplazado su ascenso, el día 23 de ese mismo mes el rey Alfonso XIII nombró al joven comandante «gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre». Esta distinción real fue interpretada como un reconocimiento por parte de la monarquía a la actuación de Franco en la guerra de Marruecos. Él fue el primer sorprendido con la noticia y cuando en el mes de marzo llegó a Oviedo para encontrarse con Carmen Polo, la hasta entonces no demasiado convencida familia de la novia lo recibió con los brazos abiertos.

Alejado del frente de guerra, Franco retomó los preparativos de su próxima boda y su hermano Nicolás, en nombre de su madre Pilar, pidió a Felipe Polo la mano de su hija Carmen. Mientras el comandante ultimaba junto a su novia los detalles del enlace, en Marruecos volvían a soplar vientos de guerra. En la primavera y verano de 1923 Abd el-Krim lanzó dos nuevas ofensivas en la zona oriental del territorio. A principios de junio los rifeños asediaron la posición de Tizzi Azza mientras la guarnición resistía como podía. El día 5, las banderas de la Legión que habían acudido en su ayuda lograron romper el cerco pagando un alto coste en vidas, entre ellas las del teniente coronel Valenzuela. La gravedad de la situación exigía el nombramiento inmediato de un nuevo jefe para la Legión y todas las miradas se dirigieron hacia Franco. Fue el propio rey en persona quien presionó al Gobierno para que se le ascendiese y pudiera así cubrir el puesto vacante dejado por Valenzuela. El deseo del monarca se vio cumplido y el joven militar recibió el rango de teniente coronel para posteriormente ser nombrado el 8 de junio de 1923 jefe del Tercio con órdenes de incorporarse a su nuevo destino en el menor tiempo posible.

Carmen Polo recibió la noticia como un auténtico jarro de agua fría al comprender lo que suponía. Después de superar los obstáculos familiares y la distancia que la guerra había puesto entre ellos, veía cómo la fecha de su boda con Francisco Franco volvía a posponerse indefinidamente, anteponiéndose el cumplimiento del deber a todo lo demás. El recién ascendido teniente coronel y flamante nuevo jefe de la Legión tuvo claro desde un principio cuáles eran sus prioridades, aunque estas le obligasen a separarse de nuevo de su novia. Cada vez que tuvo que decidir, Carmen Polo ocupó siempre un papel secundario por detrás de su carrera militar. Mientras ella se quedaba resignada y compungida, la familia de la novia aceptó aquel nuevo aplazamiento, presumiendo del favor real con el que contaba el ya famoso novio.

A su llegada a Marruecos, Franco asumió el mando del Tercio, que por aquel entonces había aumentado sus efectivos hasta completar seis banderas. Las primeras semanas las dedicó a una frenética gira de inspección para conocer de primera mano las distintas unidades con las que contaba, haciéndose una idea del estado anímico de sus hombres y de las necesidades que era necesario cubrir de manera inmediata. Para desplazarse con mayor rapidez utilizaba en numerosas ocasiones hidroaviones y avionetas. Sus impresiones se plasmarían en las Prevenciones a las banderas y las Instrucciones generales, normas de actuación y organización para el Tercio que en realidad suponían una revisión del Credo Legionario de Millán-Astray.

Mientras Franco permanecía ocupado con su ambicioso proyecto de refundación de la Legión, en la Península habían comenzado a darse los primeros pasos de una conspiración militar dirigida por varios mandos dispuestos a hacerse con las riendas del poder. Hasta entonces el ruido de sables había pasado completamente desapercibido bajo el fragor de la guerra en Marruecos. Enfrascado en sus propias preocupaciones, Franco había permanecido al margen de las intenciones de sus compañeros de armas, y desconocía completamente sus planes. Tras contribuir con éxito al frente de sus hombres en las operaciones militares para romper el cerco sobre la posición española de Tifaruin, Franco regresó a su campamento avanzado. Nada más llegar, un joven oficial de Estado Mayor salió a su encuentro para comunicarle nervioso que se acababa de proclamar en España una dictadura militar. El teniente coronel, cansado y cubierto de polvo, recibió con indiferencia la noticia.

La dictadura de Primo de Rivera

El 13 de septiembre de 1923, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, dio un golpe de estado incruento que contó con el apoyo de la mayoría de las unidades militares y al que tampoco se opuso la monarquía. Primo de Rivera se apresuró a nombrar un Directorio Militar formado por nueve generales de brigada, cada uno de los cuales se ocupó de un departamento de la Administración. El líder del golpe asumió el cargo de jefe de Gobierno, acaparando en sus manos todos los poderes del Estado. Al mismo tiempo se suspendieron las garantías constitucionales y se restringieron las libertades políticas, al disolverse el Congreso y el Senado y prohibirse los partidos políticos.

Aunque la preparación de la sublevación se había mantenido en el más absoluto de los secretos, la proclamación de la dictadura no sorprendió a nadie. Durante las décadas de 1910 y 1920, los españoles sufrieron los efectos de una crisis institucional y moral que ya duraba demasiados años. Al clima de inestabilidad política se sumaba una fractura social derivada de las duras condiciones de vida en las que vivía una gran parte de la población, que abría aún más la brecha con los sectores más privilegiados. A todo ello se unía la guerra en Marruecos, conflicto impopular que no reportaba ningún prestigio internacional ni tampoco beneficios económicos, salvo para aquellos que tenían contactos con el poder y se lucraban con ventajosos contratos obtenidos mediante corruptelas. En medio de un régimen político sin la suficiente tradición democrática que le hubiera permitido consolidarse, los partidos políticos se habían mostrado incapaces a la hora de resolver todos estos problemas y no tardaron en escucharse voces, algunas de destacados intelectuales, que reclamaban una inmediata regeneración del sistema, aunque para ello fuera necesario dejar de lado la democracia para recurrir a métodos expeditivos.



Con el apoyo del rey Alfonso XIII, el general Miguel Primo de Rivera declaró la dictadura.

Los militares asistían al progresivo deterioro de la situación inmersos en su propia crisis. El Ejército español vivía sumido en un profundo pesimismo que arrastraba desde el Desastre del 98, sentimiento que se había agravado tras la grave derrota sufrida en Annual. Acusados como responsables de aquellos fracasos por amplios sectores de la población, muchos militares consideraban a los políticos como los principales culpables de la situación general que se vivía en España, y de la que sufrían los oficiales en particular. Este sentimiento generalizado era el único lazo de unión entre las dos corrientes que en aquel entonces convivían dentro del Ejército. Por un lado estaban los oficiales miembros de las Juntas de Defensa, la mayoría de los cuales estaban destinados en la Península y se mostraban contrarios a la continuación de la guerra en Marruecos. Por otro se encontraban los «africanistas», militares que habían forjado su carrera en el norte de África y a los que sólo les importaba su promoción dentro del escalafón. Mientras los primeros estaban muy politizados, los segundos se mantenían al margen de cuestiones que no tuvieran que ver con las necesidades del servicio. Debido a su trayectoria militar, el general Miguel Primo de Rivera estaba vinculado al grupo de militares «africanistas». Sin embargo, en varias ocasiones se había pronunciado a favor del abandono del Protectorado en Marruecos, opinión que había despertado los recelos de los oficiales coloniales. La aceptación del golpe de estado por una mayoría de la población como único camino para resolver los graves problemas del país, unido al apoyo de las unidades militares peninsulares, creó una situación de hechos consumados que los «africanistas» se limitaron a contemplar con indiferencia a la espera de recibir órdenes.

El Directorio Militar permaneció hasta que el 3 de diciembre de 1925 se restableció el cargo de presidente del Consejo de Ministros y el Gobierno constituido por militares pasó el relevo al que fue conocido como Directorio Civil, del que formaron parte destacadas personalidades de la vida política anterior al golpe. A pesar de estas medidas aperturistas, las garantías constitucionales permanecieron suspendidas. Sentadas las bases del nuevo Estado, en el plano económico la dictadura de Primo de Rivera se caracterizó por una política intervencionista y un amplio programa de reformas, además de la aplicación de medidas autárquicas y proteccionistas con las que se pretendía desarrollar la industria nacional. Al mismo tiempo, se emprendió un ambicioso plan de construcción de infraestructuras que incluía nuevas carreteras, líneas férreas y centrales hidroeléctricas, obras que actuaron como motor económico y que sirvieron para crear un gran número de puestos de trabajo. Para combatir la conflictividad laboral se recurrió a medidas sociales de carácter populista, como la construcción de las primeras viviendas de protección oficial o el pago de pensiones por jubilación. También se fomentó la natalidad con políticas que brindaban ayudas a las familias numerosas, y algunas tan novedosas para su tiempo como las relativas a la conciliación de la vida laboral y familiar de las mujeres que trabajaban. Todos estos avances, unidos a una favorable coyuntura económica, marcaron una etapa de prosperidad sin precedentes que sirvió para incrementar la popularidad de la dictadura.

Durante los primeros meses del régimen de Primo de Rivera, la situación militar en Marruecos vivió un período de relativa calma a la espera de acontecimientos. Los «africanistas» temían el anuncio de un repliegue que pareció confirmarse en 1924, cuando entre las guarniciones del norte de África se extendió el rumor de la inminente retirada española del Protectorado, despertando la ira de los mandos y oficiales allí destinados. Franco no se había mostrado especialmente entusiasmado con la proclamación de la dictadura, guardándose para él mismo sus opiniones sobre el régimen. No hay duda de que el teniente coronel debió de preocuparse ante las noticias que hablaban de una inminente retirada, pero en aquellos momentos Francisco Franco estaba ocupado en un asunto que reclamaba toda su atención.

Una boda de postín

En el mes de julio de 1923, el jefe de la Legión había recibido la notificación de la licencia concedida por el rey Alfonso XIII para que pudiera casarse, requisito burocrático previo antes del enlace. Tras el fracaso de Abd el-Krim frente a las posiciones españolas en Tizzi Azza, se vivía un período de relativa calma en el Protectorado que fue aprovechado por Franco para solicitar un permiso de cuarenta días y poder celebrar su boda con Carmen Polo, su paciente novia. A mediados de octubre de 1923 llegó a Madrid y fue recibido en audiencia por Alfonso XIII. Franco aprovechó la visita para agradecerle su nombramiento como gentilhombre de Su Majestad y pedir al monarca que ejerciera de padrino en su próxima boda, petición que fue atendida. En medio del ambiente cordial y distendido en el que se desarrolló la audiencia, el rey le preguntó sobre la situación militar que se vivía en Marruecos, al mismo tiempo que se sinceraba con él manifestando su escasa confianza en una resolución del conflicto ventajosa para España. Franco dejó entonces al lado los formalismos y le habló sobre el deber moral y patriótico de permanecer en el Protectorado, hablando de la posibilidad de someter a las cabilas rebeldes mediante un desembarco en la bahía de Alhucemas, idea que se venía comentando desde hacía tiempo entre los altos mandos destinados en África y que el jefe de la legión hizo suya. Impresionado por la capacidad de convicción del joven teniente coronel, Alfonso XIII le pidió que hablase en persona con Primo de Rivera para exponerle sus argumentos en contra del abandono definitivo de Marruecos. Franco le prometió entonces al rey que se entrevistaría con el dictador en cuanto tuviera ocasión. Por una vez en su vida decidió prestar más atención a sus asuntos personales, dejando de lado temporalmente los problemas del norte de África para concentrarse en su boda. Sabía que si se producía un nuevo retraso en la fecha del enlace, Carmen Polo podía terminar cansándose de él.

Después de varios aplazamientos, el 22 de octubre de 1923 Francisco Franco contraía matrimonio con Carmen Polo Martínez-Valdés en la iglesia de San Juan el Real de Oviedo. El teniente coronel tenía treinta años y la radiante novia veintitrés. Por la condición de gentilhombre de cámara del novio, el padrino de boda fue Alfonso XIII y la madrina la reina doña Victoria Eugenia. Los monarcas no asistieron al enlace y fueron representados por el general Antonio Losada, gobernador militar de Asturias, y doña María Pilar Martínez-Valdés, la tía de Carmen. Como se encargaron de reflejar las crónicas sociales de la época, la novia vestía un traje de crespón blanco con cola forrada de tisú, y bajo el velo que cubría su cabeza una diadema de azahar. Franco lucía el uniforme de la Legión, con sus medallas bien visibles, y la llave de gentilhombre que representaba su cargo en la corte, trabajo de orfebrería regalado mediante suscripción popular por la ciudad de Oviedo.

El enlace tuvo una gran repercusión de la que se hicieron eco los medios de comunicación de entonces. La revista Mundo Gráfico encabezaría el reportaje que le dedicó con el titular «La boda de un caudillo heroico». En las fotografías la pareja aparecía sonriente a la salida de la iglesia y en ellas también se podía apreciar la transformación física que Franco había experimentado en los últimos

años. De ser un hombre de aspecto aniñado y mirada melancólica, había pasado a convertirse en un oficial de aspecto gallardo y decidido que había dejado atrás la imagen de militar retraído y silencioso al que nadie invitaba. En aquellos momentos era consciente de la admiración que despertaba a su paso y de su creciente fama. Todos querían estar al lado del joven teniente general con fama de héroe y que se codeaba con la realeza.



El teniente coronel Franco y su esposa Carmen Polo posan sonrientes a la salida de la iglesia donde acaban de contraer matrimonio. El enlace fue todo un acontecimiento social que recogieron los medios de comunicación de la época.

Los novios pasaron la luna de miel en «La Piniella», una finca que los Polo poseían en las cercanías de Oviedo. Tras una breve estancia en la posesión familiar, el matrimonio viajó hasta Madrid, donde fueron recibidos en audiencia por Alfonso XIII. Durante el encuentro el monarca le reiteró su interés personal en que se entrevistase con Primo de Rivera. Forzado por las circunstancias, al oficial recién casado no le quedó más remedio que cumplir con el deseo del que había sido su padrino de boda. Con el beneplácito y la recomendación del rey, Franco acudió a visitar al dictador, que lo recibió con resignada condescendencia. Convencido de que lo mejor para España era abandonar Marruecos, el general Primo de Rivera escuchó sus argumentos con indiferencia, para después despedirlo con la vaga promesa de que su propuesta sería estudiada, subterfugio que en realidad ocultaba su frontal rechazo a cualquier plan que pudiera ir en contra de una decisión que ya tenía tomada. Frustrado tras la reunión, Franco nunca olvidaría aquella humillación de la que se tomaría cumplida revancha en suelo marroquí.

Un líder contestatario

Tras su breve paso por Madrid, a finales del mes de enero de 1924 la pareja de recién casados partió hacia Ceuta, donde embarcaron con destino a Melilla. Desde un primer momento, Franco antepuso sus deberes militares a sus obligaciones como marido. Carmen Polo sufrió las ausencias de su esposo mientras él se dedicaba a inspeccionar las posiciones españolas y prestaba más atención a sus legionarios que a su joven esposa. Aunque todo hacía presagiar que tendría que enfrentarse a una situación así, aquellos primeros años de matrimonio fueron muy duros para Carmen. Abandonada en un lugar desconocido que ofrecía pocos alicientes, dedicó su tiempo a integrarse en la comunidad de familiares de los militares de la colonia. Entre madres, hijas y esposas en su misma situación encontró el consuelo que necesitaba para no derrumbarse.

El teniente coronel Franco, ajeno completamente a los sentimientos de su mujer, pasaba semanas enteras lejos de casa, dedicado por entero a la dirección efectiva de la Legión y a mandar a sus hombres en los combates contra los rifeños. Las escaramuzas eran constantes y el goteo de bajas españolas no dejaba de aumentar. A pesar de la gravedad de la situación, las autoridades militares del Protectorado, siguiendo las órdenes que procedían desde el despacho de Primo de Rivera, mantenían una inactividad que permitía a Abd el-Krim consolidar sus posiciones. Franco contemplaba con disgusto mal disimulado cómo se precipitaban los acontecimientos que anunciaban una evacuación de las fuerzas españolas en el Protectorado, decisión ante la que nada podía hacer mientras veía cómo seguían muriendo soldados durante las incursiones de los rebeldes. Hasta entonces, el carácter de Franco había destacado por su silencio y discreción, sin atreverse a poner en entredicho las órdenes de un superior. Pero su paciencia estaba a punto de agotarse hasta el punto de empujarle a convertirse en portavoz de las opiniones de los «africanistas» más descontentos con la política que se estaba aplicando en el Protectorado.

Primo de Rivera se había propuesto acabar de una vez por todas con el problema de la guerra de Marruecos, pero el tiempo pasaba y el dictador contemporizaba con unos y con otros sin llegar a tomar una decisión. Sus verdaderas intenciones pasaban por una solución negociada con los líderes rifeños, y temiendo que se produjera un nuevo desastre dio órdenes para que se llevase a cabo un repliegue escalonado antes de la evacuación definitiva de las tropas. Las operaciones militares se habían reducido a maniobras defensivas que permitieron a las fuerzas de Abd el-Krim hacerse más fuertes y llevar la iniciativa. Aquella humillante claudicación superaba con creces lo que Franco y los demás oficiales «africanistas» estaban dispuestos a soportar y su airada reacción no tardaría en producirse.

A principios de julio de 1924, Abd el-Krim consiguió concentrar bajo su mando las cabilas de Yebala, aumentando su influencia y poder sobre los rifeños levantados en armas contra el Protectorado. El caudillo marroquí pretendía instalar la capital de su ansiada República del Rif en Xauen y para conseguirlo ordenó el incremento de las operaciones militares para estrechar el cerco en torno a la ciudad. En aquellos días, Franco desarrolló una frenética actividad visitando las unidades

de primera línea y entrevistándose con los oficiales. En el verano anterior había sido uno de los fundadores de la Revista de Tropas Coloniales, una publicación que se convirtió en el órgano de expresión de los militares «africanistas». Antes de asumir su dirección, Franco fue miembro de su consejo de redacción, publicando en sus páginas una treintena de artículos y numerosos editoriales. En el número de abril de 1924 escribió su colaboración más polémica, una columna de opinión en la que exponía sin rodeos la oposición de los «africanistas» a la política de pacificación y posterior retirada que pretendía aplicar la dictadura en el Protectorado, paso previo al abandono definitivo de la colonia.

El general Primo de Rivera había manifestado en varias ocasiones su intención de visitar el norte de África para informarse de primera mano de la situación real que se estaba viviendo y de paso calmar con su presencia las voces de los militares más exaltados. Tras numerosos aplazamientos, en el verano de 1924 el dictador llegó a Marruecos. El 18 de julio visitó las posiciones españolas en el sector de Uad Lau, donde se encontraba la Quinta Bandera de la Legión bajo el mando directo de Franco. En medio de un ambiente cargado de crispación, acudieron a recibirle los jefes y oficiales más destacados del contingente español. En un gesto con el que Primo de Rivera tal vez quería rebajar el clima de crispación que rodeaba su visita, se hizo acompañar personalmente por los tenientes coroneles Francisco Franco y Luis Pareja, este último jefe del Grupo de Regulares de Larache y oficial que como el jefe de la Legión había protagonizado una meteórica carrera militar sirviendo en Marruecos. Los dos jóvenes oficiales habían llegado a un acuerdo secreto por el que se comprometían a solicitar conjuntamente el traslado a la Península en el caso de que se confirmasen los peores temores sobre el abandono del Protectorado por parte española.

El 19 de julio, Primo de Rivera llegó a Melilla acompañado por dos de los más brillantes y mediáticos militares del Ejército en África. Al día siguiente acompañaron al dictador en una visita de inspección al campamento legionario de Ben Tieb, donde pasó revista a las tres banderas del Tercio allí destacadas junto a varios tabores de «Regulares». Ese mismo día, Primo de Rivera asistió a un banquete que Franco había organizado en su honor en las instalaciones del acuartelamiento. A pesar de los formalismos y los saludos marciales, nadie podía disimular su incomodidad ante la forzada situación. José Sanjurjo, en aquel entonces comandante general de Melilla, le había ordenado a Franco que se encargase de organizar el convite y de pronunciar unas palabras de salutación y bienvenida, confiando en su hasta entonces conocida discreción. Nadie esperaba que el jefe de la Legión pudiera echar en cara y en público al dictador lo que la mayoría de los «africanistas» pensaban y no se atrevían a decir.



Franco acompañó al general Primo de Rivera durante su polémica visita al Protectorado de Marruecos.

Finalizada la comida, Franco se puso en pie y tomó la palabra ante las miradas expectantes de los asistentes. Tras las habituales frases protocolarias, no esperó más tiempo para entrar en el fondo de la cuestión. Con su característica voz aflautada pero empleando un tono firme que no dejaba lugar a dudas, el jefe de la Legión se despachó diciendo que «…lo que pisamos es suelo español, porque lo hemos comprado al más alto precio y con la moneda más preciada; la sangre española aquí derramada. Rechazamos la idea de retirarnos porque estamos convencidos de que España está en posición de dominar su territorio». Franco finalizó su encendido discurso con un entusiasta «¡Viva España!» que fue coreado varias veces por los asistentes.

En la mesa presidencial, los militares que formaban parte del séquito del dictador se revolvieron incómodos en sus sillas en medio de un estupor generalizado. Primo de Rivera esperó a que se calmasen los ánimos para pronunciar su improvisada réplica al discurso de Franco. Tras agradecer la invitación, respondió utilizando un tono comedido para explicar con claridad cuáles eran los motivos que aconsejaban el abandono del Protectorado y sus planes de repliegue, advirtiendo a los jefes y oficiales que debían someterse a las órdenes con disciplina. Entre los militares que acompañaban al dictador se elevó un audible «¡Bien, muy bien!» que pudo ser escuchado por todos los presentes. En medio del silencio también pudo oírse al entonces comandante Varela que desde el extremo de una mesa de oficiales gritó «¡Mal, muy mal!». En medio de un clima de creciente tensión, Primo de Rivera trató de imponer su autoridad ordenando «¡Ese señor, que se calle!». Ante la abrupta interrupción de su discurso, el dictador volvió a sentarse rodeado por un ambiente hostil reflejado en las miradas de los comensales. Antes de que la situación pudiera degenerar en un altercado de consecuencias imprevisibles, Primo de Rivera decidió marcharse no sin antes reprochar a Franco su

invitación, insistiendo en la escasa disciplina mostrada por los oficiales. El teniente coronel le replicó entonces que la actitud de sus compañeros de armas había sido buena hasta que él había llegado de visita al Protectorado, al mismo tiempo que el propio Franco asumía la responsabilidad por todo lo ocurrido y renunciaba a su cargo como jefe de la Legión.

Aquella misma noche, el dictador llamó a Franco para tener con él una conversación en privado y zanjar el incidente. Durante la reunión, Primo de Rivera le llamó al orden obligándole a retirar su dimisión, pero también se mostró condescendiente, explicando que el repliegue que tenía previsto no sería inmediato y que seguía valorando la posibilidad de un desembarco en Alhucemas para acabar de una vez por todas con las cabilas rebeldes. Franco respondió con un inesperado cambio en su actitud, asegurando al dictador que todos los jefes y oficiales del Ejército en África mantendrían la disciplina y obedecerían sus órdenes. El contenido de aquella conversación entre ambos influyó en la opinión que cada uno de ellos tenía sobre la mejor forma de buscar una salida a la guerra en el Protectorado. Días después del encuentro, Primo de Rivera visitó el campamento legionario de Tafersit, donde fue recibido respetuosamente por todos los oficiales de la guarnición. Aquella muestra de disciplina era la prueba que demostraba el compromiso prometido por Franco, gesto que cerraba el incidente de la comida en Ben Tieb.

A partir de entonces Franco acatará sin discutir las órdenes superiores, aunque estas no coincidan con sus opiniones. Su insubordinación podía haberle costado muy cara pero no hay duda de que su prestigio militar y las simpatías que despertaba en Alfonso XIII jugaron en su favor. El propio monarca llegaría a escribir una carta al jefe de la Legión en la que le recomendaba aceptar la disciplina para no echar a perder su carrera. Franco entendió el mensaje y no tardó en desligarse de aquellos oficiales con los que había compartido sus opiniones, abandonando en la estacada al teniente coronel Pareja, que sí había cumplido con su promesa de pedir destino en la Península si se imponía el criterio de Primo de Rivera sobre el Protectorado. Como había hecho siempre, Franco antepuso sus propios intereses a los de los demás, aunque con esa actitud pudiera traicionar las promesas hechas a sus compañeros de armas.

El 8 de septiembre de 1924 comenzó el repliegue anunciado y las tropas españolas se retiraron desde Xauen en dirección a la costa. Durante la retirada, las columnas de soldados sufrieron el constante hostigamiento de partidas de rifeños mientras entre los mandos se extendían los temores a que se pudiera repetir un desastre como el de Annual. Ante las preocupantes informaciones que llegaban desde Marruecos, Primo de Rivera viajó de nuevo al Protectorado acompañado por varios generales del Directorio Militar. Tras una penosa marcha, las castigadas columnas españolas consiguieron llegar el 2 de diciembre a Tetuán, donde fueron recibidas por el dictador en persona. Durante el camino habían perdido la vida dos mil soldados españoles, sin contar con otros varios miles de heridos que consiguieron llegar a duras penas a la capital del Protectorado. Concluido el repliegue, las unidades adoptaron posiciones defensivas en los alrededores de Tetuán mientras esperaban su evacuación hacia la Península. Durante aquellas jornadas se repitieron los ataques del enemigo, que contribuyeron a debilitar la moral de oficiales y soldados. Los legionarios, siempre en primera línea dirigidos por Franco, mantuvieron a raya a los rifeños que sitiaban la ciudad. Abd el-



Krim había conseguido hacerse prácticamente con el control de todo el Protectorado y estaba muy cerca de cumplir su deseo de expulsar definitivamente a los españoles del territorio.

El desembarco de Alhucemas

A comienzos de 1925, Primo de Rivera llevó a cabo una reorganización de los efectivos desplegados en Marruecos. El dictador se mostraba complacido ante el avance de los acontecimientos, favorables hasta entonces a su política de abandono de la colonia, aunque en ocasiones seguía mostrándose dubitativo. Parecía como si no acabara de decidirse entre una intensificación de las operaciones militares para derrotar a los rifeños, lo que le permitiría adoptar una posición de fuerza a la hora de negociar, o continuar adelante con la retirada sin condiciones, solución que parecía la más adecuada para poner fin a la guerra.

En el mes de febrero, Franco fue ascendido a coronel por su actuación como jefe de la Legión durante la campaña de Melilla de 1923, mientras esperaba que fuera reconocido con más medallas o un nuevo ascenso su brillante papel en la retirada de Xauen. Los hechos venían a confirmar que el incidente con Primo de Rivera parecía completamente olvidado sin que hubiera llegado a perjudicar a su carrera militar. Como coronel, en la madrugada del 30 de marzo de 1925, Franco dirigió la vanguardia de tropas españolas que desembarcaron en Alcazarseguer, operación militar que supuso el ensayo general de una ofensiva mayor largamente esperada. En un giro total a su política en el Protectorado, Primo de Rivera se había decidido por la opción bélica, dispuesto a derrotar a Abd el-Krim antes de dar el siguiente paso. El dictador se había decantado por un golpe contra el corazón mismo de la rebelión, haciendo suya la idea de un desembarco en Alhucemas.

Las autoridades españolas habían comprado la voluntad de El Raisuni devolviéndole sus privilegios. En un gesto que fue interpretado como una traición por la inmensa mayoría de los rifeños, este manifestó expresamente su adhesión a España. Ante aquella declaración que podía minar su creciente autoridad, Abd el-Krim ordenó la captura del viejo guerrero en su feudo de Tazarut. Tras ser apresado fue conducido hacia el interior del territorio controlado por los rebeldes, donde el 19 de abril de 1925 fallecería en circunstancias un tanto oscuras. Con su expeditiva actuación, Abd el-Krim obtuvo el apoyo de todas las cabilas desperdigadas por el territorio que controlaba. Al mando de un ejército compuesto por más de ochenta mil hombres, se sentía lo suficientemente poderoso para acabar con los españoles y franceses que ocupaban Marruecos. Sin embargo, su fortaleza era la de un gigante con pies de barro. Sus hombres carecían de víveres, armas y municiones, y necesitaban de nuevas victorias para apoderarse de territorios que garantizasen el suministro que necesitaba su enorme ejército. Confiado en su capacidad de combate, Abd el-Krim cometió un error del que poco después se arrepentiría.

En una sucesión de golpes de mano coordinados, a mediados de abril los rifeños atacaron las posiciones fronterizas del Protectorado francés, aniquilaron a sus guarniciones y penetraron en el interior del valle de Uarga. La ofensiva pilló completamente por sorpresa a las autoridades galas, que en un principio fueron incapaces de reaccionar. En el mes de junio, las bajas francesas se contaban en varios miles de muertos y prisioneros. Abd el-Krim había conseguido hacerse con un importante botín en armas y con las cosechas del fértil valle de Sebú, provocando al mismo tiempo la rebelión de

las cabilas de la región, que manifestaban así la adhesión a su causa. Ante la gravedad de la situación, el Gobierno francés destituyó de manera fulminante a Lyautey de su cargo al frente del Protectorado y nombró en su lugar al mariscal Philippe Pétain, el héroe de Verdún en la Primera Guerra Mundial.

Abd el-Krim había calculado mal sus opciones al no pensar en la posibilidad de una posible colaboración hispano-francesa para acabar con él. Hasta entones los precedentes le habían dado la razón. Las relaciones entre las autoridades coloniales de los dos Protectorados habían sido prácticamente nulas, lo que no hacía presagiar una reacción coordinada contra la rebelión rifeña. Pero Abd el-Krim se equivocaba. Durante el verano se desarrollaron varias reuniones al más alto nivel entre los Gobiernos de España y Francia para debatir conjuntamente la solución más adecuada a la crisis en Marruecos. Las conversaciones culminaron con la decisión de realizar el desembarco en Alhucemas. Tras una meticulosa planificación en la que se tuvieron en cuenta todos los detalles, el 8 de septiembre de 1925, trece mil soldados españoles, apoyados por una flota combinada hispano-francesa y aviones de combate, desembarcaron en las playas de Ixdain y La Cebadilla. Al mismo tiempo, las tropas francesas bajo el mando del mariscal Pétain lanzaron una gran ofensiva desde el sur para distraer la atención de las fuerzas de Abd el-Krim

Exactamente a las doce horas del mediodía de aquella jornada, el primer soldado español puso pie en tierra firme. Minutos después desembarcó el coronel Franco para mandar a sus legionarios en vanguardia. Los cañones de los barcos de guerra habían machacado las posiciones costeras del enemigo, pero aun así la primera oleada de desembarco se encontró con una enconada resistencia de los rifeños, que disparaban desde los riscos contra los soldados que se amontonaban en las playas. A pesar del intenso tiroteo, al final del día los soldados españoles habían conseguido consolidar la cabeza de playa en Alhucemas. El desembarco continuo de tropas y material duró varios días mientras se ultimaban los detalles para emprender la ofensiva hacia el interior. El 22 de septiembre, las vanguardias dirigidas por los coroneles Franco y Goded rompieron la línea de frente enemiga iniciando su avance hacia Axdir, la capital del efímero estado fundado por Abd el-Krim, que asistía con impotencia al final de su sueño. El 2 de octubre el coronel Goded tomó la ciudad permitiendo que sus hombres se entregasen al saqueo.

El líder rifeño había conseguido ponerse a salvo refugiándose en Targuist, donde intentó hacer frente al avance imparable de los ejércitos español y francés. Mientras tanto, las noticias sobre el éxito del desembarco en Alhucemas fueron celebradas en España como la victoria definitiva que iba a cerrar el último capítulo de la interminable y sangrienta aventura colonial en Marruecos. Pero en contra de la opinión generalizada, algunos militares no se mostraban tan optimistas, entre ellos el coronel Franco, que deseaba continuar adelante con las operaciones hasta acabar definitivamente con Abd el-Krim. Sin embargo, para Primo de Rivera había llegado el momento de detener la ofensiva y saborear las mieles del triunfo antes de proceder a la pacificación definitiva del Protectorado.



El desembarco de Alhucemas en 1925 supuso el final de la revuelta liderada por Abd el-Krim.

Cosecha de ascensos y medallas

El dictador se atribuyó el éxito del desembarco y premió su papel en la planificación y desarrollo de las operaciones otorgándose a sí mismo su segunda Laureada de San Fernando, decisión que disfrazó bajo la propuesta de su concesión manifestada por el Directorio que él mismo controlaba. De acuerdo con Sanjurjo, su mano derecha en la operación, se nombró al general Castro Girona para la comandancia general de Melilla y al general Federico Berenguer para la de Ceuta. También se concedieron ascensos y nuevos destinos dentro del Ejército del Protectorado a oficiales de reconocida valía que se pensaba que podían desempeñar un brillante papel en las campañas militares de pacificación que se estaban preparando. Sanjurjo fue nombrado nuevo alto comisario con la misión de dirigir esas operaciones.

Mientras el siguiente paso de la guerra se discutía en los despachos, Franco continuaba luchando en primera línea en las proximidades de Axdir. Tras varios meses sin ver a su esposa, el 17 de noviembre abandonó su puesto para disfrutar de un breve permiso de diez días junto a Carmen Polo. Finalizado este, regresó a su puesto decidido a unirse a las fuerzas que iban a intervenir en la anunciada campaña de pacificación. Sin embargo, el 5 de diciembre fue relevado del mando y en Ceuta quedó a la espera de recibir un nuevo destino. El 3 de febrero fue ascendido a general de brigada por los méritos de guerra obtenidos durante la retirada de Xauen y en el desembarco de Alhucemas. Franco se había convertido en el general más joven de Europa y en un personaje famoso que concedía entrevistas y aparecía en las portadas de los periódicos. Sin embargo su notoriedad iba a quedar desplazada a un segundo plano por la hazaña protagonizada por su hermano Ramón. El 10 de febrero de 1926, el hidroavión Plus Ultra del Ejército del Aire pilotado por él completaba en Buenos Aires la última etapa de la primera travesía aérea del Atlántico Sur de la historia.

La repercusión mundial del acontecimiento ensombreció la figura del general Franco, que no pudo ocultar los celos por el éxito de su hermano. A su regreso a España, Ramón fue aclamado por las multitudes y recibido por el rey, convirtiéndose en un personaje de fama mundial con una intensa vida social. Por aquel entonces el héroe de África y el del Atlántico Sur apenas se hablaban. Los dos habían hecho carrera en Marruecos, pero mientras el carácter frío y reservado del hermano mayor lo mostraba como amante del orden, su hermano Ramón era todo lo contrario. Indisciplinado, amante de la diversión y la buena vida, sus juergas y escándalos lo convirtieron en la oveja negra de la familia. Cuando sus ideas políticas iniciaron una deriva hacia posiciones de izquierda, incluyendo su admisión en la Masonería, las relaciones entre los dos hermanos se limitaron a lo estrictamente necesario.

En esos primeros meses de 1926, el general Franco fue relevado de su puesto como jefe de la Legión, siendo sustituido por Millán-Astray, que previamente había sido rehabilitado por Primo de Rivera. En esas mismas fechas se le comunicó que el Gobierno galo le había concedido la Legión de Honor, la más importante de las condecoraciones francesas, por su actuación en el desembarco de Alhucemas. Pero a pesar de todos los reconocimientos, Franco no se sentía satisfecho porque

Sanjurjo había nombrado al también recién ascendido general Goded segundo al mando del Ejército de África, eligiéndole antes que a él. En contra de lo que esperaba, el héroe de África fue destinado a la Primera Brigada en Madrid, una unidad de guarnición en la capital que podía considerarse como el retiro merecido para un joven general curtido en mil batallas. Pero Franco hubiera preferido quedarse en Marruecos, luchando al lado de sus legionarios en las últimas fases de una guerra cuyo final empezaba a presagiarse.

A principios del mes de mayo de 1926, las tropas españolas continuaron avanzando en todos los frentes, reduciendo el territorio controlado por los rebeldes. En combinación con los franceses, la tenaza se fue cerrando sobre Abd el-Krim, que desde hacía varios meses encadenaba una derrota tras otra cediendo terreno a sus enemigos. La posición de Annual, escenario en el que había comenzado el mayor desastre de las fuerzas coloniales, fue ocupada de nuevo por los soldados españoles el 18 de mayo. Al mismo tiempo el ejército francés aplastó las posiciones rebeldes a lo largo de la frontera que separaba los dos Protectorados, enlazando con las columnas de su aliado colonial. La derrota obtenida sobre Abd el-Krim fue completa y definitiva, aunque se desconocía su paradero. Finalmente, el 27 de mayo de 1926, el líder rifeño que durante años había sido una auténtica pesadilla para los españoles, se entregó en Targuist a los franceses, confiando en que serían más benévolos con él. A partir de entonces inició un largo periplo que lo condujo al exilio.

La rendición de Abd el-Krim no supuso la pacificación definitiva del Protectorado. Aún quedaban focos de resistencia en los montes de Yebala y en las montañas del Rif que debían ser sofocados. Al principio del verano de 1926, las tropas españolas emprendieron varias operaciones militares que finalizaron con éxito. Sin un líder capaz de unir sus fuerzas, uno a uno los jefes de las cabilas entregaron las armas y sellaron acuerdos de paz con las autoridades del Protectorado. El 3 de junio de 1927 se inició la que es considerada la última campaña de importancia de la guerra de Marruecos. Tras varios días de avance cauteloso, las columnas españolas convergieron sobre el campamento rebelde de Yebel Taria, el último que había conseguido resistir hasta entonces. Rodeados y sin esperanza de poder escapar, los rifeños entregaron sus armas a los oficiales coloniales. Al día siguiente el general Sanjurjo dictó una orden general en la que proclamaba que había terminado la guerra.

Una nueva vida

Pasados los numerosos homenajes que recibió a su regreso de África, en su nuevo destino en Madrid Franco se instaló con su mujer en un piso de alquiler en el número 28 del paseo de la Castellana. Sus funciones al frente de la Primera Brigada eran meramente organizativas y el joven general se aburría. Por su parte, Carmen Polo entendió el cambio de residencia como una auténtica liberación. A pesar de los apuros económicos derivados del traslado, en Madrid podían llevar una vida social que poco o nada tenía que ver con los sufrimientos padecidos en Marruecos. El matrimonio solía ir al cine y al teatro y acudía a las reuniones a las que eran invitados. Como gentilhombre de cámara, Franco asistió junto a su esposa a varias recepciones oficiales celebradas por el monarca. Era evidente que el joven general gozaba de las simpatías de Alfonso XIII y fue por aquella época cuando se extendió la creencia aceptada por casi todos de que era un militar de ideas monárquicas, aunque él nunca se pronunciase en ese sentido.

Desde su tranquilo retiro madrileño, Franco seguía con interés las informaciones que llegaban de las últimas fases de la guerra en Marruecos, añorando su reciente pasado al frente de la Legión. Sin demasiadas cosas en las que ocuparse, el general se inscribió como socio en la Gran Peña, un selecto club social del que formaban parte destacados militares, políticos, profesionales liberales y aristócratas, pero en todo momento puso especial cuidado en mantenerse alejado de las intrigas de las que seguramente oyó hablar en las discretas tertulias que tenían lugar en los salones del círculo. A lo largo del año 1926, el matrimonio viajó en dos ocasiones a Oviedo. La primera se produjo en abril para asistir a un homenaje popular ofrecido a Franco por la ciudad. La segunda coincidió con las vacaciones veraniegas, extendidas hasta el 14 de septiembre, fecha en la que se produjo un acontecimiento trascendental en la vida del general. Ese día nacía su hija María del Carmen Ramona Felipa María de la Cruz Franco Polo en la casa de la familia de su esposa situada en el número de la calle Uría de Oviedo. Como el mismo Franco reconocería años después no sin cierta emoción, «al nacer la niña creí volverme loco». El nacimiento de su hija supuso para el general un gran acontecimiento que solicitaba toda su atención, aunque no pasó mucho tiempo hasta que de nuevo le reclamaron sus obligaciones militares.

La Sección de Instrucción del Ministerio de la Guerra llevaba estudiando desde hacía varios años la creación de una Academia Militar General dentro del amplio plan de reformas del Ejército que quería llevar a cabo Primo de Rivera. El 23 de febrero de 1927 se aprobó el decreto que anunciaba su puesta en marcha en la ciudad de Zaragoza. Con ella se pretendía dejar de lado las rivalidades entre las distintas armas para crear un espíritu común para todo el Ejército. El siguiente paso fue la elección de su director. Para ocupar el cargo se buscó a un militar que fuese aceptado por todas las corrientes que existían dentro de la cúpula castrense, un hombre de consenso que no pudiera despertar los recelos de nadie. En un principio se pensó en Millán-Astray, pero su carácter vehemente y sus numerosas excentricidades lo terminaron descartando para el puesto. Primo de Rivera no dudó entonces en elegir a Franco, general de reconocido prestigio y de ideología

aparentemente apolítica, rasgos que lo hacían ser respetado por todos. A la hora de tomar la decisión no se tuvieron en cuenta las carencias intelectuales del general forjado en los campos de batalla. Para dirigir la nueva institución se buscaba un hombre de acción que fuera capaz de inculcar en los cadetes las virtudes que él representaba. La labor educativa se dejó en manos del coronel Campins, subdirector de la Academia y militar diplomado por la Escuela de Estado Mayor, compañero de Franco en Asturias y soldado veterano que se había curtido luchando en Marruecos como oficial de «Regulares».

Cuando se había acostumbrado a su nueva vida en Madrid, Carmen Polo recibió la noticia del nombramiento de su marido. Madre de una hija recién nacida, soportó con estoicismo y resignación el cambio de residencia. En febrero de 1928, Franco se instaló con su familia en un viejo cuartel de la capital zaragozana a la espera de que finalizase la construcción de las nuevas instalaciones de la Academia. Durante todo el mes siguiente visitó las escuelas militares de Francia y Alemania para conocer sus métodos de enseñanza y valorar la posibilidad de aplicarlos en la formación de los cadetes. Mientras tanto, Campins coordinaba al claustro de profesores y elaboró un plan de estudios para el curso que comenzó después del verano. Todos los alumnos recibían nada más llegar el Decálogo del Cadete, un manual inspirado en el Credo Legionario y redactado por Franco que contenía los principios por los que se suponía que se debía regir la vida de todo buen soldado. El 5 de octubre de 1928 se inauguró el curso escolar con la presencia de Primo de Rivera, principal impulsor del proyecto. En el patio de una Academia que aún estaba en obras, Franco dirigió un discurso de bienvenida a los cadetes en el que les exponía los deberes y sacrificios a los que a partir de entonces se iban a enfrentar.

Franco dirigió la institución entre los años 1928 y 1931, período que se caracterizó por la aplicación de una enseñanza basada en los conocimientos prácticos derivados de la experiencia «africanista» de sus profesores, que compensaban sus carencias como docentes con lecciones extraídas directamente del campo de batalla. En medio de aquel ambiente poco propenso a las clases teóricas, el coronel Campins se esforzaba por invertir esa tendencia, dedicando todos sus esfuerzos a mejorar los conocimientos técnicos de los alumnos. Aun así, los profesores insistían una y otra vez en los principios y valores que según ellos distinguían a los militares como una casta destinada a defender la patria de sus enemigos internos o procedentes del exterior, criterios educativos que en el futuro influirían en ellos cuando llegó el momento de tomar partido en un bando o en otro en defensa de la Segunda República.

Al final de la década de los años veinte del siglo pasado, Franco llevaba una vida acomodada en Zaragoza, donde fue recibido con los brazos abiertos por la sociedad local hasta el punto de ser la primera ciudad de España en dedicarle una calle. El general y su esposa eran invitados a las fiestas de la aristocracia local y su presencia se hizo habitual en todos los acontecimientos importantes que se celebraban. En una de esas reuniones Franco conoció a un personaje que jugaría un papel destacado en acontecimientos posteriores. Ramón Serrano Suñer era un joven culto y distinguido, abogado del Estado, que no dudaba en exponer con elocuencia sus ideas políticas próximas a los movimientos fascistas que empezaban a surgir en Europa. Las coincidencias en su modo de pensar hicieron que el director de la Academia Militar entablase amistad con el brillante joven, hasta el punto de que este

último llegó a entrar en el círculo familiar de Franco. Fue entonces cuando Serrano Suñer conoció a Zita, la hermana menor de Carmen Polo, que pasaba largas temporadas viviendo con ellos en Zaragoza. Ambos se enamoraron, e iniciaron un noviazgo que terminaría en matrimonio. A la boda asistió como testigo José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador y futuro fundador de la Falange.

Serrano Suñer visitaba con frecuencia el domicilio de Franco, donde sostenía con él largas conversaciones sobre política. Hasta entonces el general no había manifestado un especial interés por esos temas, preocupado tan sólo por los asuntos de carácter militar, pero su cuñado, con su desenvuelta oratoria, le ofreció una nueva visión que encajaba con la ideología fascista que empezaba a extenderse por el continente. No obstante, mientras los dos hombres hablaban sobre qué era lo más conveniente para España, la turbulenta vida política del país iba a precipitar los acontecimientos.

Al servicio de la República

Una caída anunciada

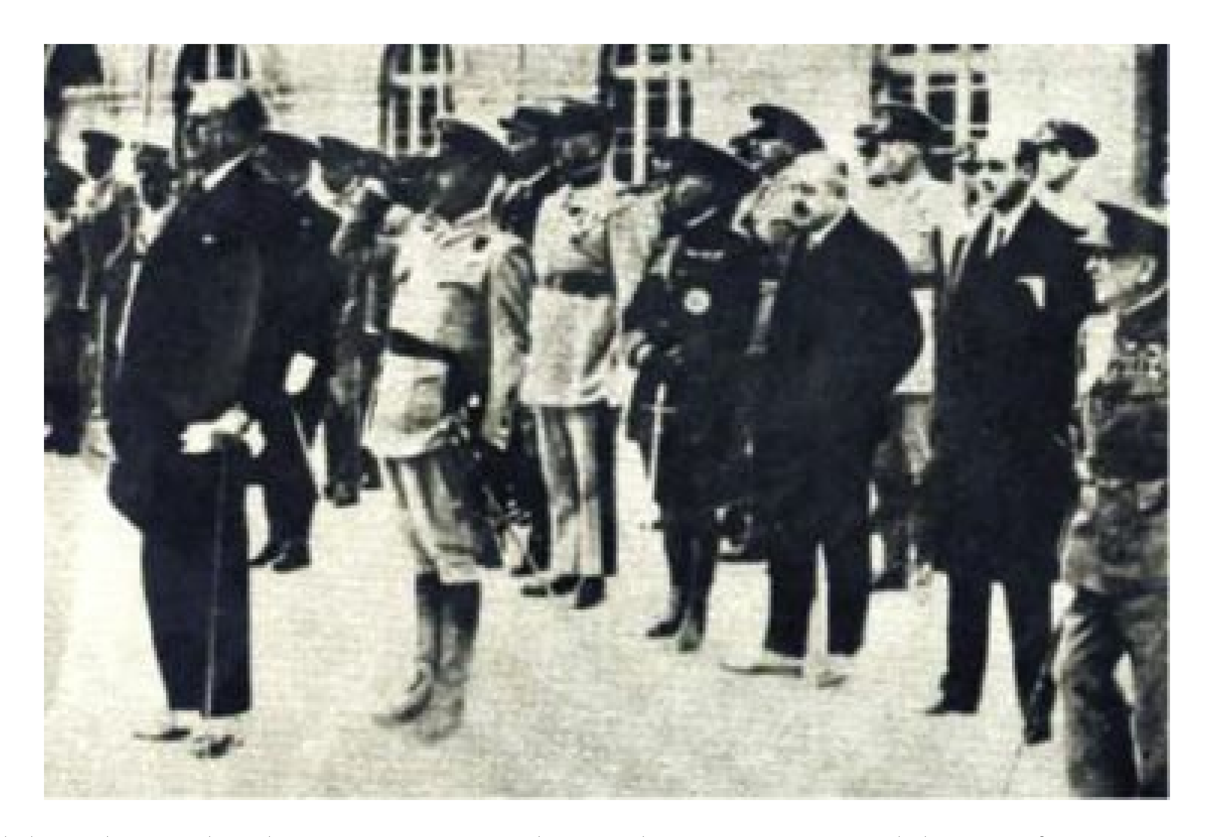
A finales de 1929, la dictadura de Primo de Rivera entró en una fase de decadencia que parecía anunciar su próxima caída. A pesar de los éxitos económicos y militares de su Gobierno, su labor era contestada desde distintos sectores. La crisis económica mundial del 29 empezaba a pasar factura a España. Las protestas en la calle exigían el restablecimiento de las garantías constitucionales y los generales que habían apoyado el golpe de estado que le había llevado al poder le habían retirado su confianza. Durante un tiempo, Primo de Rivera consiguió mantener el control de la situación, pero llegó un momento en que esta se volvió insostenible. En un último intento por seguir en el poder, el dictador solicitó el respaldo explícito de los capitanes generales. El silencio de la mayoría de ellos terminó dictando la sentencia que supuso el final del régimen. Abandonado por todos, el 28 de enero de 1930 se presentó ante el rey para ofrecerle su dimisión que fue inmediatamente aceptada. Primo de Rivera se sintió aún más dolido por la actitud del monarca, hasta entonces su más ferviente defensor, que ante la evolución de los acontecimientos también le había dejado en la estacada. Con su gesto, Alfonso XIII daba un paso más que le acercaba a su próximo derrocamiento. Solo y enfermo, Primo de Rivera se exilió voluntariamente en París, donde moriría el 17 de marzo por culpa del agravamiento de su diabetes.

Los restos del dictador fallecido regresaron a España, donde fueron enterrados con honores en una solemne ceremonia. Tras la desaparición de Primo de Rivera todas las miradas se dirigieron contra el rey, al que desde muchos sectores se le acusaba de ser cómplice de la dictadura, sin que nadie se mostrase dispuesto a defender la institución monárquica de los duros ataques que recibía. A pesar de las críticas, Alfonso XIII se aferró al trono, iniciando una huida hacia delante que marcaría la senda de su destino. Después de aceptar la dimisión de Primo de Rivera, el rey encargó al general Dámaso Berenguer la formación de un nuevo Gobierno con la misión de restablecer progresivamente las garantías constitucionales. El militar, un tanto desbordado por los acontecimientos, se limitó a mantener una línea continuista con respecto a su predecesor. Con el apoyo de Alfonso XIII, Berenguer mantuvo la suspensión del sistema de partidos políticos, y

sustituyó la dictadura de Primo de Rivera por la «Dictablanda», el nombre popular por el que empezó a ser conocida.

El nuevo Gobierno aprobó una serie de decretos que derogaron una parte de las medidas impuestas por el dictador anterior, pero el daño ya estaba hecho y era imposible volver a la situación anterior al golpe de estado de septiembre de 1923 si no se emprendía la reforma institucional que exigían una gran parte de los sectores sociales y la opinión pública. Incluso algunos monárquicos reprocharon al rey su actitud, acusándole de no haber estado a la altura de las circunstancias. Mientras tanto, Berenguer intentaba capear el temporal con un Gobierno del que formaban parte miembros de la derecha que aún mantenían su adhesión al monarca. Una de sus principales tareas fue la de intentar desligar a las Fuerzas Armadas, y sobre todo al Ejército, de los lazos que las habían identificado con la dictadura de Primo de Rivera. Pero los militares volvían a encontrarse divididos entre los que conspiraban por acabar con la monarquía y los que habían hecho de su neutralidad política su principal seña de identidad.

Desde Zaragoza los problemas que afectaban a España se veían de forma diferente. Franco había sido confirmado por Berenguer al frente de la Academia General Militar, pero su director se mostraba poco satisfecho con su propia situación. El nuevo jefe de Gobierno no despertaba muchas simpatías en Franco, que veía en él a un peligroso masón al que consideraba último responsable del Desastre de Annual. Con su característico egocentrismo, Franco interpretaba todos los acontecimientos desde su propia perspectiva en cuanto afectaban a sus intereses. Su antipatía hacia Berenguer se trasladó al plano personal cuando nombró a Goded, su máximo rival, subsecretario de Guerra, y no le ascendió a él a general de brigada, empleo que supuestamente le había prometido y que no había recibido por la presunta vinculación de Franco con Primo de Rivera. Pero en aquellos días el director de la Academia de Zaragoza tenía otras preocupaciones de índole familiar que exigían toda su atención.



Como director de la Academia Militar de Zaragoza, Franco recibió a André Maginot, ministro de la Guerra francés, que impuso al general la medalla de la Legión de Honor por los servicios prestados durante la campaña del Desembarco de Alhucemas.

Un díscolo en la familia

Ramón, el famoso hermano aviador del general Franco, tampoco se mostraba muy satisfecho con la situación política por la que atravesaba España. Mola, que había sido nombrado por Berenguer director general de Seguridad, informó al director de la Academia de los turbios asuntos en los que andaba envuelto su hermano. Ramón se había convertido en un conspirador contra la monarquía, radicalizando sus opiniones políticas hasta el punto de entrar en contacto con los anarquistas. Los agentes de Mola habían seguido sigilosamente sus pasos y al descubrir las amistades del que todavía era considerado como un héroe nacional, no dudaron en informar a su superior. Ante el comportamiento de su hermano Ramón, el general Franco, profundamente disgustado, decidió tomar cartas en el asunto ejerciendo su autoridad como hermano mayor.

El 8 de abril de 1930 Paco, como le conocían familiarmente, le dirigió una larga carta en la que utilizando un tono fraternal aconsejaba a Ramón que abandonase el camino descarriado que según él le llevaba irremisiblemente a la perdición. También le advertía de que sus andanzas estaban llamando demasiado la atención y que se exponía a ser duramente castigado, intentando hacerle ver sus errores en un esfuerzo poco entusiasta por que entrase en razón. En las últimas líneas de la carta apelaba a su responsabilidad para que dejase de dar disgustos a su madre y al resto de hermanos, petición que ocultaba un velado reproche que lo acusaba de ser la oveja negra de la familia.

Ramón le respondió con una implacable carta en la que reafirmaba sus convicciones políticas, al mismo tiempo que ponía al descubierto el chantaje afectivo y moral al que le sometía su hermano. En el texto de la misiva defendía con su acostumbrada vehemencia su ideología republicana, próxima incluso a postulados revolucionarios. De la misma forma que Paco había llenado su carta con recomendaciones y consejos, Ramón le advirtió del grave error que cometía permaneciendo fiel a una monarquía que se derrumbaba por el peso de sus culpas. Antes de despedirse irónicamente de su hermano con un abrazo, incluyó una frase que no dejaba dudas sobre sus intenciones y que en su día debió de causar cierta conmoción en su familia. En un tono ácrata y desafiante que traspasaba los límites de la carta, Ramón afirmaba que «hago y seguiré haciendo lo que quiero».

Aquella brusca despedida no supuso la ruptura definitiva de los vínculos familiares del general con su hermano. Ante el revuelo ocasionado por su carta, el 10 de octubre Francisco Franco viajó a Madrid para reunirse personalmente con Ramón en un último intento por disuadirle de sus propósitos. La entrevista duró hasta bien entrada la madrugada sin que los dos hermanos lograsen convencerse mutuamente. Tras despedirse fríamente, a primera hora del día siguiente los agentes de Mola detuvieron a Ramón. Trasladado bajo arresto a dependencias militares, Paco le visitó esa misma tarde para comunicarle los cargos que se le imputaban. A pesar de la gravedad de las acusaciones, entre las que se incluían la difusión de propaganda revolucionaria y el tráfico de armas, Franco le prometió a su hermano que haría todo lo que estuviera en su mano para que la condena fuese lo más leve posible. Tras ser procesado, el héroe del Plus Ultra fue condenado a ocho meses de arresto. Pero después de dirigir una insultante carta al general Berenguer, el 24 de noviembre de

1930 Ramón protagonizó una fuga que causó una profunda conmoción en la opinión pública. La noticia sorprendió a su hermano Paco de visita oficial en Saint-Cyr, la Academia Militar francesa.



Tras el vuelo del Plus Ultra, Ramón Franco se convirtió en un héroe. Sin embargo, sus opiniones políticas lo convirtieron en la «oveja negra» de la familia.

El 17 de agosto anterior, la oposición antimonárquica había unido sus fuerzas en el que fue conocido como «Pacto de San Sebastián», eligiendo un comité con la misión de allanar el terreno para un pronunciamiento republicano que debía producirse el 15 de diciembre con el apoyo de algunos elementos militares, entre ellos el del general Queipo de Llano. La situación parecía haber llegado a un punto de no retorno y el 14 de noviembre de 1930 José Ortega y Gasset publicó un artículo titulado «El error Berenguer» que para algunos historiadores señaló el principio del fin del reinado de Alfonso XIII. En sus párrafos, el prestigioso pensador y filósofo español ponía de manifiesto con su peculiar estilo la inutilidad del lavado de cara del régimen, haciendo un llamamiento a la población a construir un nuevo Estado. La conmoción causada por sus palabras hizo abrir los ojos a muchos de los que todavía apoyaban la monarquía, al mismo tiempo que daba el pistoletazo de salida para todos aquellos que pretendían derrocarla.

En mayo de 1930, el capitán Fermín Galán se incorporó a su puesto en la guarnición de Jaca. Militar de fuertes convicciones republicanas, no estaba dispuesto a esperar al levantamiento previsto para el 15 de diciembre y tres días antes de la fecha señalada encabezó una sublevación en su acuartelamiento junto al capitán García Hernández. Tras encerrar a los oficiales que se oponían al pronunciamiento, los militares rebeldes se hicieron con el control de la ciudad y se dirigieron con

quinientos hombres hacia Huesca para ocuparla y extender el levantamiento republicano. Las noticias sobre la intentona protagonizada por los dos capitanes causaron un gran revuelo y desde el Gobierno se dictaron medidas inmediatas para sofocarla. La misma tarde del 12 de diciembre Franco recibió informaciones confusas sobre los sucesos de Jaca. Sin consultar con nadie, el general ordenó a los oficiales de la Academia que preparasen a los cadetes para marchar sobre la ciudad sublevada. Después de tomar posiciones en la carretera de Huesca y pasar una fría noche a la intemperie, el Ministerio ordenó a Franco que hiciera regresar a sus alumnos. Los ateridos aspirantes a oficial volvieron al cuartel sin llegar a disparar un solo tiro.

Cuando la columna de sublevados se encontraba a un par de kilómetros de Huesca se encontró con las fuerzas gubernamentales que, bajo el mando del general Ángel Dolla, les estaban esperando. En un principio se los conminó a entregarse, oferta que los capitanes Galán y García Hernández desoyeron, arengando a sus soldados diciéndoles que sus compañeros de armas no se atreverían a dispararles. Cuando empezaron a caer las primeras granadas lanzadas por las tropas leales a la monarquía se produjo una desbandada generalizada entre los sublevados. Los dos oficiales rebeldes fueron capturados y el Gobierno decidió aplicarles un castigo ejemplar que hiciera desistir a otros de futuras intentonas republicanas. La mañana del día 14, el consejo de guerra reunido en Huesca condenó a muerte a Galán y García Hernández, sentencia que fue ejecutada aquella misma tarde.

El fracaso de la sublevación de Jaca y la dura represión aplicada a los responsables provocaron que el levantamiento previsto para el 15 de diciembre fuera suspendido. Aun así, algunos de los conspiradores decidieron seguir adelante. Ese día, el general Gonzalo Queipo de Llano tomó la madrileña base aérea de Cuatro Vientos. Ramón Franco no dudó en unirse al nuevo pronunciamiento y despegó en su avión con la intención de bombardear el Palacio Real, aunque otras fuentes señalan que su única pretensión era lanzar octavillas incitando a la rebelión del pueblo de Madrid. Tras regresar sin conseguir su objetivo, los militares sublevados se dieron cuenta de su fracaso y montaron en un avión pilotado por Ramón a bordo del cual huyeron a Portugal.

La implicación del héroe de la travesía aérea del Atlántico en el pronunciamiento no sorprendió a nadie, pero el escándalo salpicó a la familia Franco. A pesar de su enfado, el general se resistió a romper relaciones con su hermano. Desde su exilio portugués, Ramón le pidió ayuda económica y el general no dudó en enviársela junto con una carta admonitoria en la que insistía para que abandonase su vida de revolucionario, evitando así la vergüenza pública que sufría su familia. Como era de esperar, Ramón aceptó el dinero pero no dudó en contestar a su hermano con dureza. En su carta afirmaba que no le daba miedo morir fusilado y que si había optado por la huida, era para poder continuar su lucha contra el Gobierno de Berenguer y la monarquía. Cuando recibió la respuesta, el general Franco debió pensar que su hermano era un caso perdido. Sin embargo, su capacidad de sorpresa ante el comportamiento de Ramón aún no había alcanzado su límite.

La oveja negra de la familia se instaló finalmente en París, ciudad en donde entró en contacto con otros exiliados españoles. Estando allí Ramón se hizo masón. La noticia cayó como un jarro de agua fría en la familia Franco y el disgusto fue de tal envergadura que el general llamó a su hermano mayor Nicolás, que vivía en Valencia, para tratar del asunto, aunque la reunión sirvió de poco. Con una sólida posición económica y amante de la buena vida, Nicolás se parecía más a Ramón que a su

hermano Paco, por lo que el general no tenía un concepto demasiado elevado de él. Como era de esperar, el encuentro familiar terminó sin que llegasen a ponerse de acuerdo sobre qué medidas podían tomar para hacer volver al redil a su hermano, por lo que las cosas siguieron más o menos igual que antes.

La agonía de la Monarquía

En un intento por mejorar la imagen del régimen y acallar las protestas, Berenguer anunció la celebración de un proceso electoral por etapas que se iniciaría con unas elecciones municipales y que iba a terminar con unas generales previstas para el 1 de marzo de 1931. Sin embargo, el general se encontró con el rechazo unánime de todos los partidos, que se apresuraron a comunicarle su decisión de no presentarse a la convocatoria. Ante aquella reacción inesperada Berenguer se encontró entre la espada y la pared. De la misma forma que le había ocurrido a su antecesor, el jefe de Gobierno no contaba con el apoyo de nadie, por lo que el 13 de febrero de 1931 presentó su dimisión a Alfonso XIII.

Después de una ronda improductiva de consultas en la que ningún representante político quiso asumir la responsabilidad de formar un nuevo Gobierno, al rey no le quedó más remedio que recurrir al almirante Juan Bautista Aznar-Cabañas, un personaje irrelevante y sin experiencia política que se limitó a obedecer las órdenes de Alfonso XIII. A pesar de las destacadas voces que le recomendaban abandonar cuanto antes el trono, el monarca se resistía a la idea negándose a escuchar sus consejos, confiando en un vuelco de la situación que nunca se iba a producir. El almirante Aznar se limitó a formar un Gobierno de leales monárquicos que adelantó las elecciones municipales al 12 de abril, al mismo tiempo que prometía unas generales con carácter constituyente de las que pudiera derivarse un replanteamiento de los poderes del rey, gesto desesperado con el que se intentaba aplacar a todos aquellos que pedían poner fin a la monarquía.

Entre el 13 y el 16 de marzo de 1931, en plena campaña electoral para las municipales, se celebró en Jaca el consejo de guerra contra el resto de oficiales, suboficiales y soldados que habían participado en la sublevación del mes de diciembre anterior. Franco intervino en el proceso como vocal del tribunal que dictó una condena a muerte y cinco de prisión perpetua. Sin embargo las sentencias nunca llegaron a cumplirse. Presionado por la situación política que vivía el país y en previsión de una nueva sublevación republicana, el Gobierno del almirante Aznar indultó a los condenados. En contra de lo que se había esperado, aquel gesto de reconciliación no sirvió para calmar el clima de inestabilidad política que empezaba a vivirse en las calles. La situación estaba fuera de control y amenazaba con estallar en disturbios revolucionarios de imprevisibles consecuencias. En medio de la situación convulsa por la que atravesaba el país, el proceso electoral continuó adelante con la presentación de las candidaturas de los distintos partidos.

Como estaba previsto, las elecciones municipales se celebraron el domingo 12 de abril de 1931. Cerrados los colegios electorales y antes de que se conocieran los resultados oficiales, se extendió el rumor del triunfo de las candidaturas republicanas, datos que parecían confirmar los titulares de las últimas ediciones de los periódicos. La gente se echó entonces a las calles de las principales ciudades del país para celebrar el triunfo en medio de un ambiente festivo. Aunque habían sido unas elecciones municipales, todo el mundo las había interpretado como un plebiscito sobre la monarquía. Al día siguiente de la convocatoria electoral, el general Berenguer, ministro y jefe del

Ejército, y el general Sanjurjo, director general de la Guardia Civil, comunicaron a todas las fuerzas bajo su mando la orden de acatar la nueva situación. Esa misma mañana, Franco recibió en su despacho de la Academia Militar de Zaragoza el telegrama de Berenguer. Hasta entonces su director había conseguido mantener a la institución al margen de los vaivenes políticos, convirtiéndola en un reducto de las virtudes castrenses que el propio Franco creía representar. El director de la Academia no comulgaba con el ideario republicano y tampoco aceptaba su advenimiento, pero nunca mostró su desacuerdo y cumplió con las órdenes recibidas sin un mal gesto.

A las cinco de la tarde del 14 de abril de 1931, Alfonso XIII presidió el último Consejo de Ministros celebrado en el Palacio Real. A esa misma hora hacía su entrada en el edificio del Ministerio de la Gobernación en la madrileña Puerta del Sol, la antigua Real Casa de Correos y hoy en día sede de la Comunidad de Madrid, los miembros del llamado Comité Revolucionario que se habían constituido en Gobierno provisional de la balbuciente República. Durante el Consejo celebrado en palacio, el rey comunicó a sus ministros que la entrega del poder ya había sido pactada. Se trataba de una renuncia a la Jefatura del Estado que sin embargo no suponía una abdicación formal. La mayoría de los miembros del ejecutivo guardó silencio ante la decisión regia. Aquella misma noche, Alfonso XIII salió discretamente de palacio por la puerta que daba a los jardines del Campo del Moro conduciendo su propio automóvil. Después de un viaje al volante que duró toda la noche, embarcó en Cartagena junto con su reducido séquito a bordo del crucero Príncipe Alfonso de la Armada Española, que zarpó con rumbo al puerto francés de Marsella. A la mañana siguiente, el resto de la familia real partió desde Aranjuez en un tren que la llevó directamente a Francia. Exiliado para siempre, Alfonso XIII nunca más volvería a pisar con vida suelo español. En Madrid, el 14 de abril de 1931 el Gobierno provisional presidido por Niceto Alcalá-Zamora proclamó la Segunda República en medio de manifestaciones espontáneas de entusiasmo popular.



La proclamación de la II República desató el entusiasmo popular en las principales ciudades españolas.

El cierre de la Academia

Mientras se producía esa cascada de acontecimientos en Madrid, Franco mantuvo a los cadetes de la Academia al margen de los mismos. Al mismo tiempo que se imponía el silencio, las instalaciones del acuartelamiento se convirtieron en un hervidero de rumores que se transmitían de boca en boca. Millán-Astray habló con su viejo amigo para ponerle al corriente de la situación, informándole de que el rey no contaba con ningún apoyo militar, noticia que hizo desistir a Franco de su idea de marchar hacia Madrid al frente de sus cadetes. Al director de la Academia no le quedó más remedio que aceptar la nueva situación aunque no tuviese ninguna simpatía por la República recién proclamada. El 22 de abril Manuel Azaña, ministro de la Guerra, ordenó que todos los jefes y oficiales del Ejército prometiesen o jurasen, expresamente o por escrito, su obediencia al nuevo régimen. En caso de no hacerlo en un plazo de cuatro días, pasarían a la reserva o al retiro. El general Franco fue de los primeros en hacerlo.

La guerra de Marruecos había producido un número excesivo de mandos que lastraba al Ejército. Desde su puesto como ministro, Azaña emprendió la tarea de reformar la institución y el 25 de abril de 1931 publicó un decreto por el que se concedía el paso a la reserva con el mismo sueldo a todos los jefes y oficiales que lo solicitasen en el plazo de dos meses. Antes de la República, Franco había manifestado en varias ocasiones la necesidad de abordar una reforma, pero los términos y las formas empleados por Azaña, interpretados por un sector del Ejército como un ataque contra la institución, no convencieron al general, que no se acogió a la medida. Mientras Franco calibraba el siguiente paso que debía dar en sus relaciones con la República, su hermano Ramón seguía avergonzando a la familia. Hacía poco que había regresado de su exilio en París para ser rehabilitado por el nuevo Gobierno, y llegó a ser nombrado jefe de la Aeronáutica Militar. Pero en vez de dedicarse a desempeñar el cargo con responsabilidad, consagró todos sus esfuerzos a la causa revolucionaria, radicalizando sus opiniones y acciones hasta el punto de enfrentarse a destacados republicanos. Al mismo tiempo su vida conyugal se convertía en un auténtico infierno en el que las discusiones a gritos y las peleas con su esposa eran cada vez más frecuentes. Tras solicitar el divorcio, Ramón se concentró por entero en impulsar su carrera política.

Con vistas a las elecciones generales previstas para junio de ese año, el hermano pequeño del general Franco fue incluido en las listas de Esquerra Republicana como diputado por Barcelona. Al mismo tiempo también presentó su candidatura en las filas del partido de Andalucía Libre fundado por Blas Infante por la circunscripción de Sevilla. Ramón hizo campaña en Andalucía, donde pronunció una serie de discursos encendidos de tono revolucionario en los que se presentaba como defensor de los oprimidos. En las elecciones del 28 de junio de 1931, Ramón fue elegido diputado por las dos candidaturas a las que se había presentado, optando finalmente por el acta de Barcelona. El papel que desempeñó en el Congreso fue más bien gris, eclipsado por la experiencia política y la capacidad oratoria de la mayoría de los diputados de la Cámara. Sin contar apenas con recursos

económicos, su aspecto sucio y descuidado ofrecía de él la imagen de un hombre acabado, muy alejada de sus tiempos de aviador heroico.

Franco acusó a la Masonería de ser la responsable del deterioro moral y físico de su hermano, un motivo más por el que aborrecer a la República. El general empezó a convencerse a sí mismo de que el país estaba en manos de masones ateos y traidores que se habían encargado de rehabilitar a todos los militares que durante la dictadura habían sido apartados del Ejército por su deslealtad. Franco se tomó la cuestión como un ataque personal cuando en mayo de 1931 Azaña aprobó un decreto por el que se dejaban sin efecto los ascensos militares realizados por nombramiento anterior a la proclamación de la República. De la medida quedaban exceptuados los generales y aunque Franco se libró de ser degradado, descendió en el escalafón a la espera de que le correspondiese un nuevo ascenso por antigüedad.

La gota que colmó el vaso de su paciencia se vertió cuando Azaña ordenó el cierre de la Academia General Militar de Zaragoza. El ministro de la Guerra argumentó su decisión refiriéndose a su sobredimensionada estructura, que superaba con creces las necesidades del Ejército. Con el nuevo decreto, la enseñanza militar quedaba repartida entre la Academia de Toledo para las armas de Infantería, Caballería e Intendencia, y la de Segovia, que se encargaría de formar a los oficiales de Artillería e Ingenieros. Los razonamientos que justificaban la reestructuración emprendida por el ministro no sirvieron para apaciguar la rabia que sentía Franco por la decisión del cierre, medida que interpretó como un atentado contra lo que consideraba su obra personal. Franco empezó entonces a ver enemigos por todas partes entre los asesores y colaboradores de Azaña, a los que consideraba como masones encubiertos que conspiraban para acabar con España. Pero a pesar del rencor que sentía, Franco apretó los dientes y mantuvo la disciplina en un ejercicio de autocontrol del que siempre había hecho gala.

En el discurso de despedida pronunciado ante sus alumnos en el patio de la Academia, el ya exdirector dirigió un ataque velado contra la República. Sus palabras no pasaron desapercibidas y Azaña reflejó en su diario la preocupación que le provocaba la actitud mostrada por el general. A partir de ese momento Franco se convirtió en un personaje incómodo para el régimen, que según sus autoridades debía ser controlado. Azaña habló con Sanjurjo para conocer un poco más sobre aquel militar desafecto antes de tomar una decisión contra él. Las palabras tranquilizadoras del director de la Guardia Civil no evitaron que el Consejo de Ministros aprobase una reconvención que por orden expresa se incluyó en su hasta entonces inmaculada hoja de servicios. Ante esta nueva medida, Franco se sintió injustamente perseguido e impotente ante las fuerzas que parecían conjugarse contra él. Buscando la tranquilidad que necesitaba para serenar su ánimo, pasó unos días en Asturias junto a su familia. En situación de disponible forzoso esperó impaciente a ser enviado a un nuevo destino, sabiendo que si transcurrían más de seis meses sin ocupar un nuevo puesto el Gobierno podía decretar su paso a la reserva.

Considerado como un militar sospechoso, cada uno de sus pasos eran seguidos por la policía ante los rumores que hablaban de un inminente golpe militar contra la República. Franco se dio cuenta de la presencia de los agentes, circunstancia que contribuyó a aumentar su enfado. Apremiado por las circunstancias, el 14 de agosto viajó hasta Madrid para entrevistarse con el subsecretario del

Ministerio y consultarle sobre la situación de su destino. Tras recibirle, le aconsejó que solicitase una audiencia ante el ministro para presentarse como era preceptivo. El 21 de agosto de 1931 Franco fue recibido por Azaña. Ambos personajes mantuvieron una larga conversación que sirvió al político para tantearlo. De aquella reunión dejó constancia en su diario, testimonio que nos permite conocer la impresión que el general causó en él. En sus comentarios, el entonces ministro señaló los intentos hipócritas de Franco de congraciarse con él, al mismo tiempo que expresaba su lealtad a la República. Cuando Azaña le dijo que contaba con sus servicios para un nuevo puesto, el general no pudo disimular cierto alivio agradecido. Durante el encuentro, Franco también se quejó de la vigilancia de la que era objeto y el ministro se comprometió a que le sería retirada, promesa que cumplió. La entrevista dejó un gusto amargo en el general, que sentía como si hubiera hecho demasiadas confidencias al ministro poniendo sus sentimientos al descubierto, algo que no era nada habitual en él. Franco regresó a Oviedo cabizbajo y un tanto derrotado, presagiando un futuro incierto para su carrera militar.

A finales de año, se aceleraron los trámites parlamentarios para sentar las bases del nuevo régimen. El 9 de diciembre de 1931 se aprobó la nueva Constitución y Niceto Alcalá-Zamora fue elegido como presidente de la República. Azaña ocupó el puesto de presidente del Gobierno sin abandonar su cargo al frente del Ministerio de la Guerra. Ante el giro a la izquierda del nuevo ejecutivo, varios militares destacados, entre ellos algunos de los que no habían dudado en manifestar su leal adhesión a la República, se dedicaron a conspirar contra ella. El 17 de diciembre Franco acudió a Madrid para declarar ante una comisión parlamentaria que investigaba lo ocurrido durante la sublevación de Jaca. El general, que gozaba de libertad de movimientos, se entrevistó con Sanjurjo, Varela y Goded en diferentes encuentros. Sus compañeros de armas le preguntaron sin rodeos si podían contar con él para la conjura militar que se estaba fraguando. Franco contestó a todos con evasivas, sin comprometerse a nada, revelando una taimada personalidad que se ponía de manifiesto cada vez que las circunstancias le obligaban a tomar partido.

Mientras Franco se movía entre conspiradores sin que nadie supiera de qué lado estaba, la situación social del país se deterioraba progresivamente por culpa de la crisis económica y la intervención de elementos desestabilizadores que desde posiciones extremas del espectro político se sentían decepcionados con la República. La fulminante destitución de Sanjurjo al frente de la Guardia Civil por culpa de la represión ejercida por el Cuerpo contra las protestas campesinas de finales de 1931 sumó un nombre más a la larga lista de militares agraviados y descontentos. Al mismo tiempo que un excesivamente politizado sector del Ejército se dedicaba a conspirar contra la República, la figura de Ramón Franco iniciaba su declive eclipsada por la propia evolución de los acontecimientos. El hermano del general cesante había abandonado paulatinamente su carrera política al comprobar por sí mismo que carecía del talento y los recursos ideológicos y dialécticos suficientes para enfrentarse a sus oponentes en la arena pública, circunstancia que coincidió con un período de estabilidad personal en el ámbito de su vida privada. Mientras Ramón dejaba de ser un problema para la familia Franco, el general olvidado recobró la esperanza cuando el 5 de febrero de 1932 fue nombrado comandante militar de La Coruña, apenas un mes antes de su paso definitivo a la reserva. Sin embargo, los turbulentos acontecimientos que se vivieron en España iban a impedirle disfrutar con tranquilidad de aquel cómodo destino.

En enero de 1932, Franco realizó un inesperado viaje a Madrid con la excusa de elegir «un caballo reglamentario» en las cuadras militares, visita a la capital que despertó las sospechas de las autoridades republicanas. Los rumores sobre la inminencia de una sublevación militar dejaron de serlo para convertirse en una amenaza real contra la estabilidad de la República. La presencia de Franco en Madrid presentaba todos los indicios de querer ocultar su participación en una conspiración, por lo que Azaña ordenó a la policía que siguiese cada uno de sus pasos. Tras realizar un largo rodeo para despistarlos, el general se reunió con Sanjurjo en el reservado de un restaurante situado a las afueras de Madrid. Nunca se ha podido conocer el contenido exacto de aquella conversación, pero todo hace pensar que Sanjurjo le habló de la sublevación contra la República que estaba preparando para preguntarle después si podía contar con él. Franco le contestó con evasivas sin llegar a comprometerse. Lo que si le prometió fue que no le denunciaría ante el Gobierno.

El comandante militar de La Coruña regresó a su guarnición como si nada hubiera pasado, llevando una vida tranquila al margen de los acontecimientos que se estaban gestando. El 13 de julio de 1932 Sanjurjo se presentó en la capital coruñesa, donde volvió a entrevistarse con Franco para ponerle al corriente de sus planes en un último intento por convencerle para que se uniese a él. En este caso también carecemos de los datos que nos permitan saber de qué hablaron en su encuentro, pero lo que está claro es que Sanjurjo abandonó La Coruña sin obtener de él su apoyo expreso a la conjura que estaba a punto de desencadenarse. Finalmente, el 10 de agosto Sanjurjo sublevó a la guarnición de Sevilla y se hizo con el control de la ciudad. Pero cuando a las pocas horas se hizo evidente que el golpe había fracasado en las demás capitales del resto de España, el general golpista huyó hacia Portugal, aunque fue detenido en Huelva. En los momentos más críticos de la sublevación, Azaña habló por teléfono con Franco, que le informó personalmente de que no había ninguna novedad en las unidades militares bajo su mando. Tras el fracaso de la «Sanjurjada», nombre popular con el que sería conocida la intentona golpista, los militares implicados en la trama fueron detenidos y su principal responsable fue condenado a muerte en un consejo de guerra. Como Franco manifestaría muchos años más tarde, Sanjurjo le pidió expresamente que le defendiera en el juicio, pero él no quiso hacerlo expresando su negativa en duros términos: «Usted, al haber fracasado, se ha ganado el derecho a morir». Aquella implacable frase marcó la línea que a partir de entonces iba a separar a ambos militares.

Finalmente, a petición del propio Azaña, el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, indultó a Sanjurjo, que pasó a cumplir una pena de cárcel. Tras la detención de todos los militares implicados, el fracaso de los golpistas fue aprovechado por Azaña para acelerar las reformas en el seno del Ejército. La adhesión a la República mostrada por Franco fue recompensada con su nombramiento como comandante general de Baleares, cargo superior al que le correspondía por su graduación. En su nuevo puesto, el general se dedicó a inspeccionar las unidades bajo su mando mientras en el plano personal se relacionaba con lo más selecto de la sociedad mallorquina, conociendo entre otros al banquero Juan March, personaje que en el futuro jugaría un importante papel en la carrera hacia el poder de Franco.

Los sucesos de Casas Viejas

La República había salido fortalecida después de la «Sanjurjada» y Azaña estaba en la cima de su prestigio político. Sin embargo su reputación sufrió un duro castigo con los sucesos acaecidos en Casas Viejas, una pedanía del municipio gaditano de Medina Sidonia que se iba a convertir en escenario de un ensayo revolucionario de inspiración anarquista que las fuerzas de seguridad de la República reprimieron a sangre y fuego. A principios de enero de 1933, el Gobierno presidido por Manuel Azaña veía con creciente preocupación la radicalización de las posiciones mantenidas por el movimiento anarquista, que parecía decidido a emprender acciones violentas ante lo que consideraba una excesiva lentitud de la Administración a la hora de adoptar las medidas sociales por ellos exigidas, entre ellas la reforma agraria tantas veces prometida.

En este contexto, la CNT y la FAI continuaron con su campaña de denuncia de las duras condiciones de vida de los obreros y jornaleros, haciendo un llamamiento a la agitación social como preparación de una revolución libertaria en España y convocando para el 1 de enero de 1933 una huelga general en todo el país. Por aquel entonces la población de Casas Viejas era un núcleo rural empobrecido, con una extensión agrícola poco explotada y en manos latifundistas. Sus casi tres mil habitantes, en su mayoría peones agrícolas que dependían para subsistir de las campañas de recogida de los productos del campo, estaban condenados al hambre y a la pobreza extrema. Los anuncios de reforma agraria que las Cortes de la República habían debatido pocos meses antes, y el hecho de que uno de los más grandes latifundios, situado en los alrededores de la población, hubiera sido señalado como objetivo de dicha reforma, hicieron concebir a los campesinos la esperanza de que estaba próximo el prometido reparto de tierras. Sin embargo, el retraso en la adopción de la medida, unido al hambre y a la desesperación, completaron el conjunto de circunstancias que empujaron a la violencia a unas gentes influenciadas por los principios de la ideología anarquista.

La CNT era el sindicato mayoritario en Casas Viejas. Siguiendo sus consignas, los trescientos afiliados del pueblo se habían estado preparando para llevar a cabo un levantamiento revolucionario coordinado con el del resto del país. Sin embargo, cuando al anochecer del 10 de enero de 1933 el Gobierno de la República anunció el fracaso de la intentona anarquista, los militantes de Casas Viejas, ignorantes de la situación, continuaron adelante con sus planes. Al amanecer del día 11, se cortaron las comunicaciones telefónicas y telegráficas y se cavaron zanjas en las carreteras de acceso a la población para dejarla completamente aislada. Los anarquistas se concentraron en la plaza y asaltaron el ayuntamiento, destituyendo a Juan Bascuñana, alcalde pedáneo del Partido Radical, y proclamando el comunismo libertario y la abolición de la propiedad privada, al mismo tiempo que tomaban las primeras medidas para proceder a un inmediato reparto de tierras y alimentos entre los más pobres. Armados con escopetas y fusiles requisados, algunos de los dirigentes del sindicato se encaminaron entonces hacia el cuartel de la Guardia Civil, acompañados por el edil depuesto, al que pidieron que convenciera a los agentes para que se rindieran. Los intentos de negociación fracasaron cuando el sargento al mando de los tres agentes que junto con él se habían atrincherado en el puesto

les respondió que «antes moriría defendiendo la República que entregarse». Ante su negativa, los revolucionarios les atacaron y en el transcurso del tiroteo fueron heridos de muerte el sargento y uno de los guardias. Sin embargo, los asaltantes no consiguieron tomar el cuartel.

Alertadas por los graves sucesos, las autoridades de la provincia adoptaron medidas para restablecer el orden y desde la población de Alcalá de los Gazules fueron enviados los primeros refuerzos. El sargento Anarte, al mando de doce guardias de asalto, llegó a Casas Viejas sobre las dos de la tarde. Sus hombres se desplegaron rápidamente por todo el pueblo, tomando posiciones y disparando indiscriminadamente contra vecinos desarmados, matando a un hombre que se había asomado a la ventana para ver qué pasaba e hiriendo gravemente a otros dos. Ante el cambio radical de las circunstancias, los revolucionarios menos convencidos decidieron deponer las armas mientras que los cabecillas de la revuelta huyeron del pueblo. A las cinco de la tarde llegó un segundo contingente de fuerzas del orden formado por otros doce guardias de asalto y cuatro guardias civiles al mando del teniente Fernández Artal. A su llegada, el oficial asumió el mando y ordenó registros en las casas de los que habían participado en la revuelta, decidido a acabar con los últimos focos de resistencia que pudieran quedar en el pueblo. Los guardias detuvieron a Manuel Quijada, identificado como uno de los anarquistas que habían participado en el asalto frustrado al cuartelillo de la Guardia Civil, junto a Encarnación Barberán, su mujer, a los que golpearon salvajemente y dejaron malheridos.

En aquellos momentos, las calles de la localidad estaban completamente desiertas, con la inmensa mayoría de los hombres escondidos en el campo. Sin embargo, en la parte alta de la población, una familia se había encerrado en su modesta vivienda dispuesta a resistir. Liderados por Curro Cruz, conocido como «el Seisdedos», en ella se habían refugiado dos de sus hijos, Perico y Paco, destacados miembros de la CNT en Casas Viejas, su nuera Josefa Franco con sus dos hijos, los niños Francisco y Manuel, su yerno Jerónimo Silva, su nieta María Silva, y Manuela Lago, una amiga de esta última. El teniente Artal se dirigió hacia la casa para obligarlos a rendirse. Tras conminarles varias veces a que depusieran las armas sin obtener respuesta, el oficial ordenó el asalto. Martín Díaz, el primer guardia que intentó reventar la puerta, murió de dos disparos a quemarropa y quedó tendido en el interior de la casa. Durante el intenso tiroteo, otro de los guardias resultó gravemente herido en el corral del exterior de la vivienda. Ante la decidida defensa que los hizo frente, el resto de los guardias se protegió detrás de una tapia, respondiendo al fuego de los atrincherados. En un intento por evitar más muertes, Artal decidió que el detenido Quijada entrase en el interior de la casa para convencerlos de que se rindieran. Sin embargo, su proposición no obtuvo respuesta y los atrincherados retuvieron al forzado negociador.



Los dramáticos sucesos de Casas Viejas marcaron el inicio de un turbulento período de violencia política en la historia de España.

La situación pareció estabilizarse al caer la tarde y sobre las diez de la noche llegaron al pueblo otros veinte guardias civiles al mando del teniente García Castrillón, armados con granadas de mano y una ametralladora. Los nuevos refuerzos tampoco consiguieron reducir a los atrincherados y Artal decidió esperar al amanecer para lanzar un nuevo ataque. Mientras tanto en Madrid el director general de Seguridad, Arturo Menéndez, ordenó al capitán de la Guardia de Asalto Manuel Rojas Feigenspan que se desplazase a Casas Viejas para acabar cuanto antes con el foco de resistencia anarquista, empleando la fuerza que fuera necesaria. Así lo confirma el texto de un despacho dirigido por el gobernador civil de Cádiz a Rojas, en el que se le indicaba que «dice el ministro que arrase usted la choza de “Seisdedos”».

A las dos de la madrugada del 12 de enero, el capitán llegó a Casas Viejas al frente de un contingente de cuarenta guardias de asalto fuertemente armados. Cansado y nervioso, Rojas asumió el mando de todas las fuerzas de seguridad desplegadas en el pueblo, instalando su puesto de mando frente a la vivienda de Curro Cruz. Sin perder un minuto, ordenó que se preparasen varias piedras envueltas en paños impregnados en alcohol para lanzarlas ardiendo contra la casa, pensando que el fuego y el humo doblegarían su resistencia. Pero la familia de «Seisdedos» no estaba dispuesta a entregarse y se produjo un intercambio de disparos. En medio de la refriega, el resplandor de las llamas iluminó a dos figuras que intentaban huir. Se trataba de María Silva, nieta de Curro Cruz, y Manuel García, uno de los nietos pequeños de «Seisdedos». A pesar del fuego cruzado, los dos consiguieron ponerse a cubierto tras el cuerpo de una burra muerta en el corral. Pocos minutos después, Manuela Lago y Francisco García, el otro niño que quedaba en el interior de la vivienda, también escaparon pero fueron alcanzados mortalmente por los disparos indiscriminados de los guardias.

A las cuatro de la madrugada, la casa de «Seisdedos» se había convertido en un infierno de llamas que iluminaban la noche. En su interior yacían los cuerpos calcinados de las víctimas. En la masacre perecieron todos los que estaban en la humilde vivienda. Después, el capitán Rojas ordenó una redada en el pueblo para detener a todos aquellos que habían participado en los incidentes del día anterior. La mayoría de los hombres permanecían escondidos en las afueras de la localidad por miedo a las represalias y en las viviendas apenas quedaban mujeres, niños, ancianos y enfermos. El primer detenido durante la redada fue Fernando Lago, padre de Manuela Lago, la muchacha amiga de María Silva que había muerto durante el asalto a la casa de «Seisdedos». El anciano de setenta años fue detenido en su vivienda sin oponer resistencia. Otro de los arrestados fue un muchacho enfermo que apenas podía andar y que permaneció al lado de su madre viuda. Una segunda patrulla de guardias de asalto, al mando del teniente Álvarez Rubio, entró por la fuerza en casa de Antonio Barberán Castellet, otro de los pocos ancianos que quedaban en el pueblo. Asustado por la violenta irrupción de los agentes, el hombre intentó protegerse detrás de una puerta, momento en que los guardias dispararon contra él, matándolo en presencia de su nieto de catorce años. La redada no se detuvo y el siguiente en ser detenido fue Juan Silva, padre de María, la nieta superviviente de «Seisdedos».

Los guardias condujeron a una columna de catorce detenidos esposados hasta los restos humeantes de la que había sido la casa de Curro Cruz. El capitán les obligó a mirar los cuerpos carbonizados de las víctimas mientras les gritaba, «¡Venid. Pasad y mirad lo que habéis hecho!». Entre ellos, Fernando Lago identificó los restos de su hija. Es en ese momento de máxima tensión cuando se desencadenó una segunda tragedia. Rojas, cegado por la ira, desenfundó su pistola y disparó contra uno de los detenidos que había hecho un comentario en voz alta. Al mismo tiempo, y como si obedecieran una orden no pronunciada, los guardias de asalto que los custodian dispararon contra los demás detenidos a quemarropa, vaciando sus cargadores. Dos de los que se encontraban más separados del resto fueron literalmente asesinados por la espalda cuando intentaban huir.

Consumada la matanza y excitados por aquella borrachera de sangre, los guardias dieron vivas a su capitán, seguidos de varios vivas a la República. En ese momento, y según testimonios posteriores, Rojas se dirigió a sus hombres para decirles que «yo lo lamento mucho, pero era necesario. Así salvo a la República y así cumplo las órdenes recibidas». Tras aquellas frases, con las que posiblemente pretendía justificar su crimen, el capitán descendió de nuevo al centro del pueblo y ordenó prender fuego a las casas de los que habían estado implicados en la revuelta, sin importarle si había o no alguien dentro. Finalmente, la intervención del teniente Artal le hizo desistir de su pretensión.

Las noticias sobre el drama vivido en Casas Viejas no tardaron en extenderse por todo el país. El 1 de febrero se abrió el período de sesiones de las Cortes e inmediatamente se inició una campaña de ataques furibundos dirigida contra la actuación del Gobierno durante la crisis. Azaña intentó entonces restar importancia a los hechos, pronunciando una desafortunada frase de la que luego se arrepentiría, «en Casas Viejas no ha ocurrido, que sepamos, sino lo que tenía que ocurrir», palabras con las que ponía en evidencia su absoluta falta de información. Las informaciones aparecidas en la prensa, relatando los detalles de la sangrienta ocupación de Casas Viejas, contribuyeron a elevar en varios grados la tensión política, que terminó explotando de nuevo en las Cortes el 23 de febrero.

Tanto los grupos de centro-izquierda como los partidos de derechas reanudaron los ataques contra el Gobierno, acusándolo de ser el inductor de la cruel represión.

El testimonio presentado por cinco capitanes de la Guardia de Asalto, que se atrevieron a hacer constar en un acta que el grado de represión ejercido sobre los habitantes de Casas Viejas se debía al cumplimiento estricto de las órdenes recibidas desde la Dirección General de Seguridad, brindó en bandeja un nuevo argumento a la oposición con el que desprestigiar al Gobierno. Ante el cariz que empezaban a tomar los acontecimientos, se hizo necesaria la creación de una comisión de investigación parlamentaria para conocer realmente los hechos. Sus conclusiones apenas se cobraron una única víctima política, la del director general de Seguridad, Arturo Menéndez, que se vio obligado a presentar su dimisión. La comisión exculpó de cualquier responsabilidad al Gobierno, y especialmente a su ministro de Gobernación, Casares Quiroga. Aunque finalmente el Gobierno consiguió capear el temporal, su actitud ante los sucesos de Casas Viejas contribuyó a desprestigiarlo ante la opinión pública, sembrando la desconfianza entre las clases trabajadoras y agrarias. Al mismo tiempo, sirvió de aliciente para que los partidos de la hasta entonces muy fragmentada derecha española buscasen un acuerdo para aunar esfuerzos, intención que se concretó el 5 de marzo de 1933 con la celebración en Madrid del congreso constituyente de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA).

La Revolución de Asturias

El desgaste sufrido por el Gobierno provocó la dimisión de Azaña el 8 de septiembre. El nuevo Gobierno, presidido por Alejandro Lerroux, se mantuvo en el poder durante unas pocas semanas, y fue sucedido por el de Diego Martínez Barrio, masón reconocido y político de carácter conciliador respetado por todas las fuerzas políticas. Su gabinete fue el encargado de convocar y preparar las elecciones generales del 19 de noviembre de 1933 en las que la CEDA obtuvo la victoria aunque no consiguió la mayoría absoluta. Alejandro Lerroux fue el encargado de formar un nuevo ejecutivo que tuviese la estabilidad necesaria para poder gobernar. En su día, Serrano Suñer le había ofrecido a Franco la posibilidad de presentarse como candidato de la formación, proposición que el general había rechazado alegando que prefería continuar siendo militar antes que político.

A principios de febrero de 1934, Franco y su esposa Carmen Polo viajaron a Madrid desde las Baleares para que el general se sometiera a una revisión de su vieja herida de guerra. En la capital coincidieron con su madre, Pilar Bahamonde, que estando enferma ultimaba los preparativos para emprender un viaje de peregrinación a Roma. Diego Hidalgo, nuevo ministro de la Guerra, se mostraba dispuesto a dejar sin efecto las reformas militares emprendidas por Azaña y aprovechó la estancia de Franco en Madrid para entrevistarse con él. Durante la conversación hablaron de asuntos militares y de las andanzas de su hermano Ramón, que en aquel momento se encontraba en Washington en un viaje para evaluar los últimos avances aeronáuticos de los norteamericanos. Parece ser que Hidalgo quedó bastante impresionado por el general, al que conocía por primera vez.

El 28 de febrero de 1934, doña Pilar Bahamonde fallecía inesperadamente en Madrid por culpa de las complicaciones de lo que un principio parecía una leve afección. Ramón Franco no pudo viajar a España para asistir al sepelio, aunque la muerte de la madre le sirvió para reconciliarse definitivamente con sus hermanos, especialmente con Paco, con el que a partir de entonces mantendría contactos periódicos. En una esquela publicada en los periódicos con motivo del primer aniversario de su fallecimiento figuraban los nombres de sus cuatro hijos pero no el de su esposo. Para el general, la pérdida de su madre, a la que se encontraba tan estrechamente ligado, supuso uno de los golpes más duros de su vida.

En el mes de marzo se produjo una vacante en el escalafón de generales de división y Diego Hidalgo no dudó en ascender a Franco. En las mismas fechas el ministro llevó a las Cortes su proyecto de ley de amnistía para todos los militares condenados por las intentonas golpistas anteriores, consiguiendo su aprobación gracias a la mayoría de centro derecha. Sanjurjo y Mola recobraron una libertad que aprovecharon para seguir conspirando contra un régimen político que por diversos motivos se negaban a aceptar. Estas medidas, unidas al avance de los partidos de centro derecha, fueron interpretadas por las formaciones de izquierda como un retroceso en los avances conseguidos por la República, mostrándose dispuestas a impedirlo aunque para ello tuvieran que recurrir a acciones radicales de signo revolucionario.

En octubre de 1934, Gil Robles presionó hasta hacer caer al Gobierno presidido por Ricardo Samper, político que había sustituido a Alejandro Lerroux tras su dimisión forzada por Alcalá-Zamora. En el nuevo ejecutivo predominan los políticos de centro derecha bajo la presidencia de un renacido Lerroux. Ante esta maniobra política que consideraron inaceptable, los partidos de izquierda manifestaron que no reconocían al nuevo Gobierno y el 5 de octubre un comité revolucionario convocó una huelga general en todo el país. En Madrid el paro fue total, pero tras la detención de los cabecillas de la protesta el Gobierno, con ayuda del Ejército, se hizo con el control de la situación, de la misma forma que ocurrió en la mayoría de las capitales de provincia. En Barcelona la huelga fracasó, debido sobre todo a que la CNT se había desentendido de la misma, pero el líder de Esquerra Republicana de Catalunya y presidente de la Generalitat, Lluís Companys, aprovechó la situación para proclamar el Estado Catalán dentro de la República Federal Española.

Fue en Asturias donde la huelga alcanzó tintes auténticamente revolucionarios. Tras paralizar toda la cuenca minera, obreros armados asaltaron varios cuarteles de la Guardia Civil y se hicieron con el control de la fábrica de armas de Trubia, apoderándose de varios cañones y gran cantidad de fusiles junto con abundante munición. Los milicianos armados ocuparon Gijón, Avilés y varios barrios de Oviedo sin que las fuerzas del orden pudieran evitarlo. En Madrid, el Gobierno se mostraba impotente para sofocar la tentativa revolucionaria de Asturias y la proclama secesionista en Cataluña. Las autoridades, desbordadas por los acontecimientos, decidieron entonces adoptar medidas desesperadas para recobrar el control de la situación. El ministro Hidalgo, con el consentimiento de Lerroux, decidió entonces llamar a Franco para ordenarle que se encargase del restablecimiento del orden, otorgándole carta blanca para emplear los medios que creyera necesarios.

Convertido en el hombre de confianza del ministro de la Guerra e investido de plenos poderes, el general de división se rodeó de un reducido grupo de oficiales de confianza para emprender la tarea de reprimir la rebelión contra el Gobierno de la República. Declarado el estado de guerra, Franco destituyó de sus puestos a los militares de dudosa lealtad y dictó órdenes para el envío inmediato de tropas procedentes del Protectorado de Marruecos. En Barcelona, el general Batet consiguió que Companys depusiera su actitud tras toda una noche de intensas negociaciones y sin que se produjeran apenas víctimas. Los miembros del Gobierno de la Generalitat fueron detenidos y se dictó una orden de búsqueda y captura contra Manuel Azaña, al que amplios sectores de la derecha acusaban de ser el principal instigador de lo sucedido. Mientras Cataluña recuperaba la calma, en Asturias miles de mineros y obreros armados hasta los dientes esperaban la llegada de las columnas del ejército.



Franco fue reclamado por el Gobierno de la República para sofocar la Revolución de Asturias.

El 7 de octubre el general López Ochoa asumió el mando de las tropas enviadas por Franco, que en pocos días se hicieron con el control de Gijón y Avilés. El día 10 desembarcaron en el Musel dos banderas de la Legión y un tabor de «Regulares», que se pusieron bajo las órdenes del teniente coronel Juan Yagüe, oficial «africanista» y compañero de promoción de Franco. Aunque el escenario bélico fuera muy diferente, legionarios y «Regulares» se comportaron en combate como si estuvieran luchando en África. Sabiendo que contaban con el respaldo de Franco, protagonizaron una salvaje represión contra los sublevados que incluía fusilamientos indiscriminados y saqueos. Tras la ocupación militar de Oviedo, los soldados del Gobierno avanzaron por la cuenca minera aplastando los últimos focos de resistencia. Las tropas africanas de Yagüe tomaron Mieres el día 18, lo que supuso el fin de la sublevación asturiana. Tras duras y largas negociaciones, el general López Ochoa consiguió convencer al líder minero Belarmino Tomás para que las milicias entregasen las armas y se volviese al trabajo bajo la promesa de que no habría represalias. Yagüe protagonizó un desagradable incidente con su superior cuando conoció los términos de la rendición, acusando directamente a López Ochoa de estar compinchado con los revolucionarios.

Franco se sentía satisfecho por lo que habían conseguido los hombres bajo su mando. Había logrado sofocar un conato de revolución, éxito que interpretaba como una nueva victoria militar dentro de su brillante hoja de servicios, mientras la prensa afín a sectores conservadores lo calificaba de «salvador de la República». Sin proponérselo, el papel que había desempeñado en la resolución de

la crisis lo había situado como un militar cercano a los postulados de la derecha. Hasta entonces Franco se había esforzado por mantener separadas su carrera militar y sus opiniones políticas. En aquellos momentos, España atravesaba un período de violencia política en el que las circunstancias obligaban a tomar partido en un peligroso antagonismo ejercido desde posiciones radicales donde las opiniones luchaban unas contra otras para imponerse por la fuerza. El general Franco sabía que se encontraba en medio de una encrucijada en la que debía decidirse ante los acontecimientos que se intuían en el horizonte.

Sembrando vientos de guerra

Tras el fracaso de la revolución en Asturias, las fuerzas políticas de izquierda habían sufrido una dura derrota, pasando a desarrollar su actividad desde la clandestinidad. La mayoría de sus líderes, entre ellos Manuel Azaña y Lluís Companys, estaban encarcelados junto a miles de militantes de sus partidos. El Gobierno de Lerroux se apresuró a premiar con ascensos y cargos de responsabilidad a los militares que habían permanecido fieles a la República mientras que aquellos oficiales de ideología dudosa eran apartados de puestos clave. En este sentido, Franco fue nombrado jefe de las fuerzas militares desplegadas en Marruecos y el Parlamento aprobó una ley que prohibía a los militares pertenecer a la Masonería.

Los indultos de algunos de los condenados a muerte en tribunales militares por los sucesos de Asturias y Barcelona provocaron una escisión en el seno del ejecutivo que supuso la dimisión de varios ministros de la CEDA. El 29 de marzo de 1935, Alcalá-Zamora encargó otra vez a Lerroux la formación de un nuevo Gobierno, entre cuyos miembros estaría Gil Robles como titular de la cartera de Guerra. El nuevo ministro buscó en el Ejército un aliado para hacer frente a una oposición que se decantaba por defender un cambio político desde posiciones revolucionarias. Buscando a los militares más capacitados para desempeñar esa misión, en el mes de mayo Gil Robles nombró a Franco jefe del Estado Mayor Central. Desde un primer momento el general de división se dedicó por entero a la tarea de reformar el Ejército cumpliendo con las instrucciones del ministro, depurando sus filas de mandos de ideología sospechosa y emprendiendo un plan de modernización de las Fuerzas Armadas. Franco también organizó un servicio de inteligencia militar para detectar las posibles infiltraciones de elementos izquierdistas en el Ejército, al mismo tiempo que con la colaboración del general Mola, jefe de las fuerzas militares de Marruecos, y el almirante Salas, elaboró un plan para en caso de necesidad proceder a la movilización y el envío inmediato de tropas a la Península desde el norte de África. Desde su puesto como jefe de Estado Mayor, Franco desarrolló una intensa actividad estrictamente ligada a sus obligaciones militares, dejando de lado cualquier injerencia de tipo político. Si apoyaba al Gobierno de centro derecha, era porque creía que era el único que podía salvaguardar los ideales de ley y orden que él siempre había defendido.

En el plano personal, Franco llevaba una vida digna de una alta personalidad del régimen. En su elegante casa del paseo de la Castellana madrileño se organizaban fiestas a las que acudían jefes y mandos militares, aristócratas, diplomáticos y políticos de la derecha. A pesar del alto nivel social de los invitados, su anfitrión ponía especial cuidado en que aquellas reuniones no pasasen de ser inofensivas recepciones en las que simplemente se hablaba sobre temas mundanos, evitando que su casa pudiera convertirse en un nido de conspiradores. En su vida privada el matrimonio mantenía sus aficiones comunes, acudiendo al cine o al teatro o visitando a Nicolás Franco, que por aquel entonces se había instalado en Madrid y ejercía como profesor de la Escuela de Ingenieros Navales. En 1935 Ramón había regresado de Estados Unidos, mostrando un evidente cambio en sus opiniones políticas que a partir de entonces se distanciaron de la izquierda radical para decantarse

hacia una derecha defensora de la República. Sin embargo, no tardaría en dar un nuevo disgusto a sus hermanos cuando después de haber obtenido el divorcio de Carmen Díaz Guisasola, su primera esposa, regularizó su relación con Engracia Moreno, una mujer elegante y sofisticada que según se rumoreaba había llegado a trabajar en un circo en Barcelona. Fruto de esa relación había nacido una hija, Ángeles Moreno Casado, a la que Ramón no tardó en reconocer. El resto de sus hermanos nunca aceptarían a su nueva familia.

Mientras el general Franco se dedicaba a supervisar su ambicioso plan de reformas, la convulsa vida política española iniciaba un acercamiento peligroso hacia el precipicio. Los escándalos financieros que salpicaron a los partidos del centro derecha minaron su credibilidad, mientras la crisis económica y las medidas de ajuste tomadas para superarla provocaron un descontento popular generalizado. Mientras se producía el desmoronamiento de sus oponentes políticos, las formaciones de izquierda se aprovecharon de la situación y recuperaron el tiempo perdido. Recuperada la libertad, la popularidad de Manuel Azaña iba en aumento y cada vez que pronunciaba un discurso acudía una multitud a escucharle. El 26 de mayo de 1935 anunció en un mitin la formación del Frente Popular, una coalición de izquierdas con la que se pretendía hacer frente a la hegemonía del Partido Radical y la CEDA. A finales de año salió de la cárcel Francisco Largo Caballero, histórico dirigente del PSOE que había sido juzgado y encarcelado como uno de los cabecillas de la Revolución de 1934. Su apoyo al proyecto del Frente Popular fue decisivo, consiguiendo que los comunistas se integrasen dentro de la formación.

La sucesión de escándalos económicos y de corrupción supuso una nueva crisis de Gobierno y el presidente Alcalá-Zamora decidió convocar elecciones generales en un intento por alcanzar la estabilidad política e institucional que necesitaba la República. Todos los indicios hacían presagiar un triunfo del Frente Popular y ante aquella posibilidad más que probable algunos sectores reaccionarios empezaron a tomar una serie de medidas para evitarlo. Ante el temor de que las elecciones trajeran un nuevo gobierno controlado desde Moscú, el subsecretario de Guerra, general Fanjul, propuso un golpe de estado a Gil Robles. Para discutir aquella propuesta se reunieron en la sede del Ministerio el titular de la cartera junto con los generales Goded, Fanjul, Varela y Franco. Tras una larga reunión este último consiguió convencerles de que no todo estaba perdido y que la opción de la sublevación militar era inconveniente. Convencidos por sus palabras, los planes para un golpe de estado quedaron temporalmente aparcados.

El 14 de diciembre Manuel Portela Valladares, un antiguo ministro del período de la monarquía de Alfonso XIII, fue nombrado para formar un Gobierno de transición encargado de disolver las Cortes y convocar elecciones generales; se fijaron para la consulta los días 17 y 23 de febrero de 1936. Los comicios se plantearon desde un principio como un enfrentamiento abierto entre dos opciones políticas radicalizadas en extremos opuestos. Por un lado la CEDA, representante de la derecha más reaccionaria. Por otro el Frente Popular, presentando un programa electoral que contenía una serie de puntos de claro contenido revolucionario. La intransigencia de ambas opciones políticas las alejaba de posturas conciliadoras mientras se soliviantaban los ánimos de sus afiliados y simpatizantes hasta alcanzar niveles peligrosamente violentos. Para empeorar aún más si cabe la situación, la CNT anunció que dejaba a un lado su tradicional rechazo a las elecciones para

proclamar que brindaba su apoyo a las candidaturas del Frente Popular aunque no se integrase en la coalición. Como respuesta, la CEDA advirtió que no aceptaría los resultados de las elecciones si no le eran favorables. Por si todo esto fuera poco, durante la campaña electoral Largo Caballero hizo constantes referencias a la instauración de un régimen socialista para consolidar la República. La tensión política iba en aumento hasta llegar a un punto de ruptura que iba a traer consecuencias dramáticas para la historia de España.

La Guerra Civil. La oportunidad que Franco esperaba

Los peores temores

El domingo 16 de febrero de 1936 el Frente Popular ganó claramente las elecciones generales a falta de los resultados de una segunda vuelta en algunas provincias. Franco recibió la noticia con evidente preocupación y como jefe del Estado Mayor Central decidió tomar por su cuenta una serie de medidas que garantizasen el orden público en las calles. Esa misma noche llamó al general Pozas, jefe de la Guardia Civil, para advertirle de los posibles disturbios que podían producirse. Durante la conversación telefónica Pozas quitó hierro al asunto afirmando que era lógico que los partidarios y simpatizantes del Frente Popular se echasen a la calle para celebrar el triunfo. Ante la evidente negativa del general a movilizar a sus guardias civiles, Franco recurrió al ministro solicitando que declarase el estado de guerra, competencia que correspondía al presidente de la República. Adelantándose a los acontecimientos, Franco ordenó a Mola que preparase a las tropas acantonadas en el norte de África para en caso necesario enviarlas a la Península.

En esa larga madrugada del 16 al 17 de febrero Gil Robles se ofreció a Portela Valladares para dar un golpe de estado y encabezar una dictadura que anulase el triunfo de la izquierda en las elecciones. Portela se negó tajantemente a aceptar su propuesta afirmando que el Frente Popular era el legítimo vencedor de los comicios. Ante el rumbo que empezaban a tomar los acontecimientos y para contener las presiones recibidas desde los sectores más reaccionarios de la derecha, al amanecer del día siguiente el Consejo de Ministros en funciones presidido por Alcalá-Zamora tomó la decisión de declarar el estado de alarma por un período de ocho días. El presidente de la República también firmó una declaración de estado de guerra que nunca llegó a ser empleada. A las siete de la tarde de aquel mismo día, Portela recibió la visita de Franco, que se mostró inusualmente nervioso. El general le manifestó expresamente su adhesión personal y la del Ejército en su conjunto para conjurar cualquier peligro contra la nación, declaración que incluía una velada insinuación de golpe de estado. Portela se limitó a rechazar amablemente su oferta.

Aquel movimiento inesperado de Franco, que podía interpretarse como un gesto de debilidad en el que había dejado de lado su habitual sangre fría, realmente no tenía conexión con la grave situación política que atravesaba el país, sino más bien estaba relacionado con sus propias preocupaciones. Sabía que si finalmente el Frente Popular accedía al poder, él se iba a convertir en uno de los militares purgados por el nuevo Gobierno salido de las urnas. En medio de un clima de creciente tensión política que se reflejaba en las calles de las principales ciudades, y los constantes rumores que hablaban de un inminente golpe de estado, el Gobierno en funciones dimitió en pleno. Franco acudió entonces a entrevistarse de nuevo con Portela momentos antes de que este presentase su renuncia irrevocable ante el presidente de la República, en un último y desesperado intento para que reconsiderase su ofrecimiento anterior y cambiase de opinión. Sin embargo, el general salió cabizbajo de la sede del Ministerio sin haber conseguido su objetivo.

Ese miércoles 19 de febrero de 1936, Alcalá-Zamora aceptó la dimisión de Portela Valladares y encargó a Manuel Azaña, como líder del Frente Popular vencedor de las elecciones, la formación de un nuevo gobierno republicano. El día 22 Santiago Casares Quiroga, ministro de la Guerra, cesó a Franco de su puesto como jefe del Estado Mayor Central, destinándolo como comandante militar de Canarias para mantenerlo alejado de los círculos sediciosos de la Península. Los peores presagios del general se habían cumplido. A partir de ese momento Franco interpretó un doble papel jugando a dos bandas, confundiendo tanto a los políticos de izquierda como a sus propios compañeros de armas, hasta el punto de que unos y otros nunca tuvieron claro de qué lado se encontraba el general.

Un conspirador taimado

Antes de partir hacia Canarias, Franco acudió a despedirse protocolariamente de Niceto Alcalá-Zamora. Durante la reunión le advirtió sobre los peligros de una revolución comunista en España, opinión que no fue compartida por el presidente de la República. Luego visitó a Manuel Azaña, exponiéndole los riesgos que desde su punto de vista corría el país mientras se presentaba a sí mismo como el salvador que España necesitaba en aquellos momentos. El nuevo jefe de Gobierno, conocedor de la personalidad ideológica de Franco, le dejó claro que estaba dispuesto a hacer frente a cualquier intento de golpe de estado. El general salió del despacho de Azaña profundamente contrariado y tal vez convencido de cuáles iban a ser sus siguientes pasos. Antes de zarpar hacia su nuevo destino, Franco se reunió secretamente en su casa con Mola y otros generales para perfilar los preparativos de una futura sublevación militar. Los principales generales disidentes habían elegido a Sanjurjo, en aquel momento exiliado en Portugal, como el militar idóneo para liderar el golpe de estado, previsto en un principio para el 17 de abril. En aquella reunión Franco no dudó en manifestar sus reticencias ante los principios que debían inspirarlo, sin llegar a comprometerse en su planificación, aunque pidió que se le mantuviera permanentemente informado.

El 13 de marzo, el nuevo comandante militar de Canarias desembarcó junto a su familia en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, donde se encontró con un hostil recibimiento. En los días anteriores a su llegada la prensa de izquierdas se había encargado de caldear el ambiente acusándolo de ser el responsable de la dura represión ejercida contra los trabajadores durante la Revolución de Asturias. Mientras Franco soportaba imperturbable los insultos y las amenazas, en la Península el Gobierno de Azaña intentaba cumplir con su programa electoral. Sin embargo, sindicatos y elementos radicales exigían cambios más profundos y rápidos, al mismo tiempo que hacían constantes llamamientos a la revolución para conseguirlos. Al clima de inestabilidad social contribuía la derecha, controlada por algunos de sus líderes más exaltados, que proponían la adopción de medidas de fuerza para contrarrestar el avance de los revolucionarios. En las calles de las principales ciudades se sucedían los disturbios armados y la violencia política empezó a cobrarse sus primeras víctimas mortales.

El 3 de abril de 1936 se constituyó el nuevo Congreso de los Diputados. Los republicanos de izquierdas querían destituir a Alcalá-Zamora de su puesto como presidente de la República y no pararon hasta encontrar la forma de conseguirlo sirviéndose de una argucia legal. Según la Constitución de 1931, el presidente estaba facultado para disolver las Cortes en dos ocasiones, pero la segunda podía ser sometida a decisión de la Cámara. Si una mayoría de la misma consideraba que se había cometido alguna irregularidad al hacerlo, el presidente podía ser destituido. Tras una discusión en el hemiciclo, doscientos treinta y ocho diputados votaron a favor de su cese, amparándose en que la primera disolución de las Cortes promovida por Alcalá-Zamora se había producido con demasiado retraso. Tan sólo cinco parlamentarios votaron en contra mientras que otros ciento setenta y cuatro se encontraban ausentes. Obtenida su destitución, Diego Martínez

Barrio, presidente de las Cortes, ocupó interinamente la Jefatura del Estado hasta que el 11 de mayo de 1936 Manuel Azaña fue elegido como nuevo presidente de la República, con Casares Quiroga como jefe del ejecutivo, que conservó también la cartera de ministro de la Guerra.

El 17 de abril, fecha prevista por la junta de generales díscolos para el golpe de estado, transcurrió con las guarniciones en los cuarteles y sin que se produjese la temida sublevación. Aunque su preparación se había intentado mantener en el más absoluto secreto, las autoridades de la República intuían sus intenciones, por lo que se tomaron medidas contra algunos de los implicados para desactivar la trama. A finales de mes, el general Emilio Mola fue elegido por el resto de militares golpistas para la planificación y dirección de la conspiración contra el Gobierno. Con la degradación de la vida política de un país con graves problemas de orden público, el movimiento ganó nuevos adeptos. Generales como Queipo de Llano y Cabanellas, que hasta entonces habían sido considerados como leales a la República, se decantaron por los conspiradores.

En Canarias Franco vivía una etapa de ostracismo, relegado a un destino de segunda fila mientras era vigilado por las autoridades. Atado de pies y manos, el general decidió enviar una carta a Gil Robles en la que le solicitaba ser incluido como candidato independiente por la circunscripción de Cuenca, la misma en la que ya figuraba el joven abogado José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador fallecido y fundador de Falange Española, en aquel entonces un partido minoritario de ideología fascista. Franco y José Antonio habían sido presentados por amistades comunes pero apenas mantenían relación entre ellos mientras se observaban con cierto recelo. Cuando el político se enteró de que el general competía por la misma candidatura a la que él aspiraba se opuso frontalmente a sus pretensiones. Serrano Suñer tuvo que viajar hasta Canarias para convencer a su cuñado de que diera marcha atrás a sus intenciones y dejase el camino libre a José Antonio, objetivo que finalmente consiguió.

Tras su tibio intento de entrar en política, Franco se concentró en conocer el avance de los preparativos de la sublevación que se estaba planeando, aunque nadie podía asegurar a ciencia cierta a qué carta jugaba. Cuando los planes comenzaron a tomar forma, los militares implicados empezaron a tantear a otros jefes y mandos que hasta entonces se habían mantenido al margen para saber en qué medida estaban decididos a apoyar el golpe, información que les permitiría calibrar qué posibilidades tenían de lograr el éxito. Franco no fue una excepción y volvió a ser consultado, expresando en un principio una indecisión y ambigüedad que provocaron las sospechas de los conjurados. Enfrentado a Sanjurjo desde hacía tiempo, Mola tampoco soportaba sus vacilaciones a la hora de manifestar su grado de implicación. En 1933, Sanjurjo había dicho despectivamente de él que «Franquito es un cuquito que va a lo suyito», frase que expresaba la opinión que tenían de él muchos de los militares golpistas, junto con el sobrenombre por el que era conocido, «Miss Islas Canarias 1936».

Mientras Franco eludía con evasivas y silencios las presiones que solicitan su participación en la conjura, Mola ultimaba los preparativos para el golpe de estado. En sus planes contaba con la intervención de las tropas profesionales acantonadas en África y desde un principio había pensado en Franco para dirigirlas. Situado en una encrucijada, el comandante militar de Canarias envió una larga carta a Casares Quiroga en la que le hablaba del estado de inquietud que existía en el seno del Ejército y del peligro que este descontento podía suponer para la República, documento que ha sido

interpretado por algunos autores como una velada advertencia de Franco al Gobierno de la República ante los preparativos del inminente golpe de estado. Casares Quiroga nunca le contestó ni tomó medidas al respecto. El general sabía que los militares conspiradores contaban con él, pero Franco no parecía muy dispuesto a participar en una aventura con escasas posibilidades de éxito y que en caso de triunfar iba a permitir a Sanjurjo hacerse con el poder.

Los días transcurrieron mientras Mola, el auténtico cerebro de la operación, conseguía nuevas adhesiones a su plan. La inmensa mayoría de los militares «africanistas» le habían manifestado su apoyo y las tropas de Marruecos se encontraban preparadas para dar el salto a la Península. Tan sólo faltaba conocer la decisión de Franco. A primeros de julio el general recibió en Canarias la visita de un representante de Juan March que le transmitió la petición del financiero para que se uniese a la sublevación. En un último intento por convencerlo, March se comprometió a pagar una cuantiosa pensión a su familia en el caso de que fracasase el golpe. El banquero mallorquín, convencido del éxito de su iniciativa aunque no hubiese obtenido de él su consentimiento expreso, se encargó de organizar el traslado de Franco hasta Marruecos para que asumiera el mando del Ejército de África en el momento de la sublevación. Con esa intención, el 4 de julio entregó un cheque en blanco a Juan Ignacio Luca de Tena, propietario y director del diario ABC, para financiar el alquiler de un avión en el que realizar el viaje. Luis Bolín, corresponsal del periódico en Londres, realizó las gestiones contratando los servicios de un bimotor De Havilland 89 Dragon Rapide, pilotado por el capitán Bebb.

El vuelo del Dragon Rapide

El 11 de julio el avión alquilado despegó de Londres con destino a Las Palmas. Pero cuando parecía que no había marcha atrás, ese mismo día Franco envió un mensaje a Mola en el que expresaba sus objeciones a una sublevación que ya no podía detenerse. Profundamente contrariado, el líder de los golpistas cambió los planes iniciales para que el general Sanjurjo pudiera viajar hasta Marruecos y desde allí dirigir el golpe. Cuando parecía que Franco había quedado excluido definitivamente de la operación, un violento suceso iba a provocar un cambio radical de la situación. El 13 de julio de 1936, el diputado José Calvo Sotelo, líder del partido derechista Renovación Española, fue detenido en su domicilio por un grupo de guardias de asalto y milicianos armados. El día anterior el teniente José del Castillo, un oficial del mismo cuerpo de profundas convicciones izquierdistas, había sido asesinado por un grupo no identificado de pistoleros de extrema derecha. Algunos de sus compañeros, liderados por el capitán Fernando Condés, decidieron entonces tomarse la justicia por su mano y tras detener arbitrariamente a Calvo Sotelo lo asesinaron a sangre fría en el vehículo policial en el que le llevaban esposado. El crimen causó una gran conmoción en todo el país y los sectores moderados de las distintas fuerzas políticas empezaron a temerse lo peor.

La noticia del asesinato provocó en Franco una gran indignación y le hizo perder las últimas esperanzas que le quedaban en que el Gobierno de la República fuese capaz de reconducir la situación. Mola había fijado la fecha del golpe para el 18 de julio y Franco le comunicó entonces que contase con él. Convencido de su decisión, compró unos pasajes para embarcar a su esposa e hija en un barco alemán que partía hacia el puerto francés de El Havre y ponerlas a salvo allí. El día 15 aterrizó en Las Palmas el Dragon Rapide a la espera de llevar a su pasajero hasta el norte de África, donde le esperaba un ejército dispuesto a ponerse bajo sus órdenes. Entre los oficiales «africanistas» que aguardaban ansiosos su llegada empezaban a alzarse voces favorables a entregar a Franco el mando de la sublevación.

Cumpliendo con el plan previsto, el 18 de julio el comandante militar de Canarias declaró el estado de guerra en las islas y difundió un manifiesto en el que denunciaba la situación crítica por la que atravesaba España, proclama con la que intentaba justificar la rebelión militar que se había puesto en marcha. Tras despedirse de su familia, esa misma tarde embarcó en el avión inglés que los golpistas habían puesto a su disposición. Vestido con un traje de paisano y con el bigote afeitado para pasar desapercibido, Franco descendió del Dragon Rapide en la pista del aeropuerto de Casablanca, primera escala de su viaje. Tras pasar una noche prácticamente en vela, al amanecer del día siguiente el avión con el general a bordo reemprendió el vuelo hacia Tetuán. Tras haberse mostrado indeciso hasta el último momento, Franco seguía sin confiar en el éxito del golpe de estado hasta el punto de obligar al piloto inglés del avión a que hiciera una escala no prevista en Agadir, perdiendo diez horas hasta que se aseguró por la prensa francesa de que la sublevación había triunfado en el Protectorado español de Marruecos. Aun así, cuando llegaron sobre la vertical del aeródromo de Tetuán, Franco ordenó que el avión diera varias vueltas sobre la pista hasta que pudo reconocer la figura del coronel

sublevado Eduardo Sáenz de Buruaga, autoridad militar que le estaba esperando para recibirle. Sólo entonces permitió que el Dragon Rapide aterrizase. Tantas precauciones se debían a que el jefe de la base era Ricardo de la Puente Bahamonde, aviador leal a la República y primo de Franco. El general temía que aquel pudiera oponer algún tipo de resistencia, desconociendo que Ricardo ya había sido detenido por los rebeldes. Al aterrizar, el general no quiso tomar oficialmente el mando, evitando de esa forma tener que asumir la responsabilidad sobre el fusilamiento de su primo, decisión que dejó en manos de otros.

Una estrecha franja de agua

Cuando llegaron a Madrid las primeras noticias de la sublevación militar, Casares Quiroga presentó su dimisión. Su puesto fue ocupado por Martínez Barrio, mandato efímero de tan sólo un día de duración porque tras intentar negociar infructuosamente con los rebeldes también abandonó el puesto. La responsabilidad de formar un nuevo Gobierno recayó entonces en la figura de José Giral, miembro del partido Izquierda Republicana y figura política muy ligada a Manuel Azaña. El nuevo presidente se apresuró a formar un gabinete de guerra para hacer frente a la sublevación. El 20 de julio, fecha en la que los golpistas habían planeado hacerse con el control absoluto del país, la situación distaba mucho de ser la que hubieran deseado. Las autoridades de la República habían superado los primeros momentos de indecisión y mantenían el poder en las dos terceras partes del territorio, conservando las principales capitales, a excepción de Zaragoza y Sevilla, y las zonas más habitadas e industrializadas del país. Destacados generales y mandos de la cúpula castrense no habían apoyado la sublevación y una gran parte de la Armada y el Ejército del Aire se mantenía fiel a la República. Como Franco había temido, el golpe de estado estaba a punto de fracasar.

A los numerosos problemas de los militares rebeldes se les unió otro que nunca habían previsto mientras conspiraban. Mola, ejerciendo a la perfección su papel de cerebro gris de la sublevación, nunca quiso asumir el mando de la operación que él había diseñado con tanto detalle, papel que estaba reservado para Sanjurjo. Sin embargo, la muerte en accidente de aviación de este último, acaecida apenas dos días después del golpe cuando su avión se disponía a despegar de Estoril y viajar a Burgos para ponerse al mando de las fuerzas sublevadas, trastocó todos los planes iniciales. Por si fuera poco, la situación se complicó cuando el general Miguel Cabanellas, un militar masón y republicano, proclamó su adhesión a la intentona golpista. La muerte de Sanjurjo convertía a Cabanellas en el general rebelde de mayor graduación, posición que conllevaba asumir la jefatura suprema del alzamiento. Sin embargo, Mola reaccionó hábilmente nombrándolo presidente de la Junta de Defensa Nacional, cargo de menor entidad que a su vez lo apartaba del mando que le correspondía. Cabanellas, anciano y sumiso, no se atrevió a protestar y aceptó presidir la Junta, órgano formado por otros cuatro generales y dos coroneles, todos ellos controlados directamente por Mola.

La única esperanza que les quedaba a los sublevados de lograr sus propósitos era contar cuanto antes con el Ejército de África para avanzar sobre las zonas del territorio de la Península bajo control del Gobierno de la República. Pero sus cerca de treinta mil hombres, en su mayoría legionarios y «Regulares», debían cruzar antes el estrecho de Gibraltar, una franja de agua de apenas catorce kilómetros de ancho que se presentaba como un obstáculo insalvable. La mayoría de las grandes unidades navales se habían mantenido fieles a la República y patrullaban las costas españolas y africanas dispuestas a impedirlo. La única alternativa posible para los rebeldes era organizar un puente aéreo entre el Norte de Marruecos y la Península, pero carecían de aviones suficientes para hacerlo con la rapidez que exigía su delicada situación militar. Las horas pasaban y Franco continuaba

inmovilizado en África mientras veía cómo el tiempo jugaba en su contra y se extendía la desmoralización entre los mandos y oficiales golpistas. Decidido a actuar, el 20 de julio ordenó que los únicos tres aviones de transporte de los que disponía comenzasen a llevar soldados hasta Sevilla para reforzar las precarias posiciones de Queipo de Llano alrededor de la ciudad andaluza. Pero a pesar del esfuerzo de pilotos y aparatos la medida se mostraba insuficiente. Fue entonces cuando Franco tomó una decisión en la que nada tenía que perder.

El 21 de julio de 1936, el general envió a Roma a Juan Ignacio Luca de Tena y Luis Bolín, con la misión de solicitar en su nombre a Mussolini, el dictador fascista italiano, los aviones que necesitaba para que sus tropas cruzasen el Estrecho. La embajada resultó todo un éxito diplomático que consiguió además el compromiso de colaboración de los alemanes. Con ese gesto, Hitler y Mussolini se posicionaban claramente del lado de los sublevados, mientras las democracias europeas seguían mostrándose dubitativas a la hora de apoyar a la República. Con su iniciativa Franco se había anotado un importante tanto que sirvió para aumentar su prestigio entre los mandos y oficiales que habían participado en la sublevación. En el plano militar, la flota aérea enviada por los dos dictadores llegó a finales del mes de julio. Los aviones italianos y alemanes desplegaron un puente aéreo que consiguió transportar diariamente al sur de la Península varios centenares de soldados junto con pertrechos y municiones. Sin embargo, el grueso de sus fuerzas y armamento permanecían en suelo africano, a la espera de una mejor oportunidad para atravesar el Estrecho por vía marítima.

Franco necesitaba a las tropas profesionales de la Legión y los «Regulares» que aún quedaban en Marruecos para iniciar la ofensiva que tenía prevista sobre Madrid. El 1 de agosto salieron varias columnas desde Sevilla con el objetivo de avanzar sobre Mérida para luego continuar siguiendo la ribera del Tajo hasta llegar a la capital. Con aquel ambicioso plan pretendía asestar un golpe de gracia en el corazón de la resistencia de la República forzando su rendición. Franco adoptó entonces una arriesgada decisión y el 5 de agosto zarpó de Ceuta un convoy naval compuesto por varios barcos con ocho mil hombres a bordo del Ejército de África. En sus bodegas transportaban además suministros y municiones necesarios para apoyar el avance sobre Madrid. Escoltada por los aviones del bando sublevado y dispuesta a romper el bloqueo de la Armada republicana, la fuerza naval inició la corta travesía con la incertidumbre de poder ser atacados en cualquier momento. Pero Franco contaba con una ventaja adicional que le permitía tener plena confianza en el éxito de la misión. Los barcos republicanos se encontraban prácticamente sin oficiales, víctimas en muchos casos de purgas revolucionarias cometidas por las tripulaciones, lo que reducía ostensiblemente su capacidad ofensiva. Además, la aviación del Gobierno de la República se encontraba ocupada combatiendo en otros frentes alejados del Estrecho.

Tras una corta navegación en la que apenas encontraron resistencia, los barcos con los refuerzos que Franco tanto precisaba atracaron en el puerto de Algeciras. La propaganda de los rebeldes se apresuró a ensalzar la noticia, aludiendo a una intervención divina que supuestamente habría ayudado al éxito de la misión. Contra todos los pronósticos, Franco había conseguido llevar al Ejército de África a la Península sin apenas sufrir bajas, lo que contribuyó a aumentar aún más su prestigio militar, al mismo tiempo que se creaba en torno a él un aura mística de estar bendecido por una suerte providencial que lo protegía, predestinado a protagonizar una misión de una gran

trascendencia histórica. Su fama creció día a día hasta convertirlo en el general más valorado entre los sublevados, percepción que se extendía a todos cuantos estaban implicados en el conflicto y a la prensa internacional. Aferrado a una inquebrantable confianza en sí mismo, Franco estaba convencido de una victoria segura sobre la República en la que él, como elegido por la providencia, iba a desempeñar un papel decisivo.

Objetivo: Madrid

Los barcos de guerra republicanos se mostraron incapaces de realizar un bloqueo efectivo de las aguas del Estrecho y el transporte de tropas y equipamiento desde África continuó sin interrupciones contribuyendo al esfuerzo de guerra del bando sublevado. El 7 de agosto Franco trasladó su cuartel general a Sevilla, ciudad a la que llegó Millán-Astray para ponerse inmediatamente bajo sus órdenes. A partir de ese momento, el fundador de la Legión se convirtió en el principal panegirista de la figura de su viejo amigo, elaborando junto con él una estrategia para hacerse con el mando supremo de la sublevación. En la capital andaluza el general Queipo de Llano estaba al mando de las fuerzas rebeldes que componían el Ejército de Operaciones del Sur. Durante la preparación del golpe, Mola no había contado con su participación, concentrándose en el diseño de una ofensiva que debía converger sobre Madrid desde distintos frentes. Según su plan, él mismo avanzaría con sus tropas desde Pamplona, Franco lo haría desde el sur con el Ejército de África y Goded desde el noreste.

Queipo de Llano era un veterano militar «africanista», de temperamento irascible y vanidoso, que había insistido en colaborar en la sublevación para no quedar excluido del reparto de poder que intuía que se produciría si triunfaba el golpe. Cuando finalmente consiguió convencer a Mola, se planteó el problema de adjudicarle un mando. Queipo de Llano pretendía sublevarse en Valladolid, su provincia natal, pero en el mes de junio de 1936 se decidió que encabezase la sublevación en Sevilla, sede de la 2.ª División Orgánica a la que estaba adscrito. Molesto al quedar apartado de las operaciones principales, el general contaba a todo aquel que quisiera oírle que sus compañeros de intriga le habían «largado el mochuelo» de Sevilla. Cuando fue confirmado como general en jefe del Ejército de Operaciones del Sur, reorganizó sus fuerzas al mismo tiempo que asumía responsabilidades civiles, convirtiéndose en un auténtico «señor de la guerra» que ejercía su tiránica autoridad sobre la zona bajo su mando, comportándose como un «virrey», sobrenombre con el que le empezaron a conocer sus compañeros de armas.

Desde su llegada a Sevilla, Franco se había encargado de organizar las columnas que bajo su mando debían avanzar hacia Madrid. Estaba decidido a superar todos los obstáculos con tal de conseguir la victoria que le podía dar las llaves del poder. Pero en la capital andaluza comprendió que se encontraba en el feudo de Queipo de Llano, lo que le obligaba andar con pies de plomo para no herir susceptibilidades. Un roce entre ambos generales podía haber puesto en entredicho la imagen de unidad que los sublevados contra la República querían mantener. En medio de un tenso ambiente de fuertes personalidades que se traían entre manos una Guerra Civil, generales como Franco o Queipo de Llano calculaban sus opciones de cara a convertirse en el hombre fuerte del régimen que podía surgir terminada la contienda. Pero mientras se vigilaban mutuamente cada uno de sus pasos, había que derrotar antes a la República.

El 11 de agosto las columnas de Franco conquistaron Mérida, enlazando en Cáceres con las unidades de Mola que avanzaban desde el norte. En una maniobra envolvente el ejército se dirigió entonces hacia la ciudad de Badajoz, que quedó atrapada en una bolsa aislada de las líneas

republicanas. El general Yagüe asumió el mando de las tropas africanas y tras varios días de encarnizados combates, la ciudad extremeña fue conquistada y sus calles se convirtieron en escenario de una sangrienta represión. Con la excusa de que no podían arriesgarse a dejar prisioneros en la retaguardia, cerca de dos mil combatientes republicanos que se habían rendido fueron fusilados. Las milicias formadas por falangistas que avanzaban en la retaguardia de las columnas de Yagüe extendieron durante varios días el terror continuando con las detenciones arbitrarias y las ejecuciones sumarias.



Durante el transcurso de la Guerra Civil, Franco nunca destacó como un brillante estratega.

La victoria obtenida en Badajoz fue aprovechada por Franco para seguir subiendo peldaños en su escalada hacia el poder. El 16 de agosto viajó a Burgos, donde fue recibido por una población entusiasta que lo aclamó como líder indiscutible de la sublevación. Mientras Franco empezaba a vislumbrar cada vez más cerca la posibilidad de ver cumplidas sus ambiciones más desmedidas, Yagüe proseguía con su avance imparable aplastando a su paso la débil resistencia que le presentaban las fuerzas republicanas. El 3 de septiembre sus tropas conquistaron Talavera de la Reina, población toledana situada en el camino hacia Madrid desde Extremadura. Esta nueva derrota provocó la caída del Gobierno de Giral, sustituido por un ejecutivo presidido por Largo Caballero y formado por dirigentes del Frente Popular. En medio de la crisis política y militar que sacudía a la República, el nuevo presidente ordenó la creación de un Ejército Popular, una poderosa fuerza de combate bien entrenada y equipada que pudiera hacer frente a las tropas de los sublevados y acabar definitivamente con la desorganización y la indisciplina que hasta entonces había caracterizado a las variopintas unidades que el Gobierno tenía bajo su mando. El proyecto del presidente no fue muy bien recibido desde sus propias filas. Los partidos de izquierda se oponían alegando que con la creación del nuevo

ejército iban a perder el control sobre las milicias armadas de carácter revolucionario en las que se sustentaba su fuerza. Los republicanos moderados pensaban que la medida había llegado demasiado tarde.

Mientras sus enemigos discutían interminablemente sobre la mejor forma de hacerle frente, el 21 de septiembre la columna de Yagüe ocupó la población toledana de Maqueda, situada a tan sólo unos setenta kilómetros de Madrid. La capital aparecía a tiro de piedra y sin una defensa organizada que pudiera protegerla su suerte parecía decidida. Todo el mundo coincidía en afirmar que la anunciada caída de la ciudad en manos de los sublevados supondría la derrota de la República y el final de la guerra. Pero cuando el avance definitivo parecía inminente, Franco sorprendió a todo el mundo con una decisión que en un principio nadie alcanzó a comprender y que desde entonces ha provocado entre los historiadores una intensa controversia. El general ordenó detener el avance de sus tropas sobre Madrid para dirigirlas hacia Toledo, donde la guarnición sublevada del Alcázar soportaba un largo asedio que duraba desde los primeros días de la Guerra Civil.

Desde el 21 de julio de 1936, el coronel Moscardó, al mando de un contingente formado por guardias civiles, cadetes de la Academia de Infantería y un puñado de civiles, resistía entre las ruinas del edificio histórico los sucesivos asaltos lanzados por las fuerzas republicanas, que los rodeaban y superaban en número. La propaganda de los sublevados se encargó de presentar la resistencia de los atrincherados como un símbolo del heroísmo con el que querían adornar la causa por la que luchaban. Las informaciones sobre el asedio se convirtieron en noticia destacada en los diarios de todo el mundo y ambos bandos convirtieron la batalla en una cuestión de prestigio cuyo desenlace podía granjearles importantes apoyos en el exterior.

La decisión de Franco de dirigir sus tropas hacia el Alcázar desató las protestas de algunos de sus más cercanos colaboradores, entre ellas las de Yagüe, que pagó su insolencia con una destitución fulminante. Las fuerzas republicanas que participaban en el asedio procedían de Madrid y dentro de lo que se suponía una lógica militar, la caída de la capital traería como consecuencia derivada el levantamiento del cerco. Pero en aquel momento muy pocos se dieron cuenta de la hábil maniobra que Franco había realizado al dar su controvertida orden, decisión que la inmensa mayoría consideraba como un error achacado a su escaso talento como estratega militar. Los objetivos inmediatos de una campaña militar, que empezaba a temerse que iba a ser excesivamente larga, impidieron descubrir en un primer momento las intenciones de Franco. Por un momento el general había dejado de pensar como un militar para empezar a hacerlo como un verdadero político dispuesto a correr los riesgos que fueran necesarios para hacerse con el poder y las riendas de una nación. Si sus tropas conquistaban Toledo y liberaban el Alcázar, Franco podía presentarse como un héroe ante los seguidores de la causa de los sublevados y una buena parte de la opinión pública internacional que seguía el desarrollo de la Guerra Civil. Aunque Madrid fuera un objetivo militar más importante, la entrada victoriosa en la capital podía esperar si con ello conseguía reforzar su posición frente a sus rivales.

Caudillo y cruzada

Franco había instalado su cuartel general en Cáceres a finales de agosto. Allí se había rodeado de un eficaz equipo de colaboradores y asesores que trabajaban para ensalzar su figura militar y política. Además de su estado mayor, del que formaban parte los generales Kindelán y Orgaz, también contaba con una oficina de representación diplomática dirigida por el embajador José Antonio de Sangróniz, que ejercía de enlace directo con Juan March. Asimismo existía una secretaría política al frente de la cual se encontraba Nicolás Franco. Su amigo Millán-Astray se encargaba de la oficina de propaganda con brillantes resultados, mientras que el periodista Luis Bolín era el jefe de su oficina de prensa y de las relaciones con los medios extranjeros. El grupo lo completaba el coronel Francisco Franco Salgado-Araujo, su primo hermano, que actuaba como secretario personal y responsable de seguridad. En esos momentos ninguno de sus rivales en la cúpula militar sublevada contaba con un plantel parecido.

Tras la muerte de Sanjurjo, Mola parecía el hombre destinado a sucederle. Sus fuerzas controlaban casi todo el norte del país y las columnas bajo su mando se aproximaban a Madrid. Sin embargo, el empuje de su ofensiva perdió impulso y el avance se detuvo, por lo que se temió un fracaso de imprevisibles consecuencias para los sublevados que afectó al prestigio del general. En Sevilla, Queipo de Llano era relegado a combatir contra los últimos focos de resistencia republicanos en Andalucía, marginado de la marcha principal de la guerra y de las luchas intestinas por el poder, conformándose con ejercer de «virrey» en la capital andaluza mientras pronunciaba cáusticas soflamas a través de las ondas de Radio Sevilla. Cuando el 3 de agosto de 1936 Franco se incorporó a la Junta de Defensa Nacional, Mola y él eran los dos únicos generales que estaban al mando de un cuerpo de ejército en campaña. El camino que conducía a la cumbre de la jefatura suprema de la sublevación parecía despejarse y por él ascendían tan sólo dos rivales, Franco y Mola. Aunque este último seguía siendo el jefe del Ejército del Norte y controlaba la Junta, su posición había perdido puntos ante el empuje imparable de un sigiloso Franco que poco a poco subía peldaños hacía la cima del poder.

Al contrario de lo que ha sido una opinión comúnmente aceptada, el bando sublevado no formaba un frente unido y sin fisuras, sino que era más bien un grupo heterogéneo en el que en ocasiones era difícil mantener el equilibrio entre las diferentes opiniones y cuyo único punto en común entre ellas era su frontal oposición a la República. Cada una de las facciones que lo componían perseguían objetivos políticos y una visión de estado que en muchos casos no coincidían. Todas ellas buscaban tener de su parte al general mejor situado en la carrera hacia el poder. Mientras se dejaba querer por todos, Franco contemporizaba con unos y otros, sin negarse a dar su apoyo expreso a nadie pero sin comprometerse a nada. Los partidarios de la restauración borbónica habían perdido al monárquico Sanjurjo, su mayor esperanza, y estaban convencidos de que Franco, un militar que siempre se había mostrado fiel a la corona, satisfaría sus deseos. De la misma forma los carlistas, defensores de una línea dinástica diferente a la que representaba Alfonso XIII, también confiaban en que Franco atendería sus expectativas una vez acabada la guerra. Por otro lado, una

buena parte de los militares sublevados eran partidarios de una dictadura dirigida por un directorio como antesala a una república de claro signo derechista, mientras que los falangistas se decantaban por un régimen totalitario inspirado en los modelos de la Italia fascista o la Alemania nazi. Concentrados en el esfuerzo de guerra, en esos momentos nadie en el bando sublevado hablaba de la instauración de una dictadura de corte personalista en la que un único líder concentrase todo el poder en sus manos.

Alfredo Kindelán había sido hasta entonces uno de los militares monárquicos más activos. Al proclamarse la República pasó a la reserva y se autoexilió en Suiza hasta que decidió regresar a España para unirse a la conspiración que se estaba preparando con la esperanza de que supondría el regreso del rey, aunque pronto se dio cuenta de que la restauración monárquica no iba a ser una tarea fácil. Mola, Queipo de Llano y Cabanellas se mostraban contrarios a esa opción, por lo que buscó el apoyo de Franco, que en aquel entonces todavía mantenía cierta fama de monárquico, aunque él nunca se hubiera pronunciado en ese sentido. Con esa premisa, Kindelán defendió entre la cúpula militar la opinión de la necesidad de unificar el mando militar bajo la jefatura suprema de Franco, idea que también era compartida por italianos y alemanes. A pesar de la trascendencia que para sus ambiciones podía tener ese reconocimiento, Franco reaccionó en un principio con cautela, temiendo que las reacciones provocadas por su nombramiento pudieran romper la cohesión que hasta entonces habían mantenido los principales jefes de la sublevación al sentirse dolidos por haber quedado relegados a un segundo plano. El general también temía que un posible rechazo de la propuesta pudiera significar el fin de sus aspiraciones.

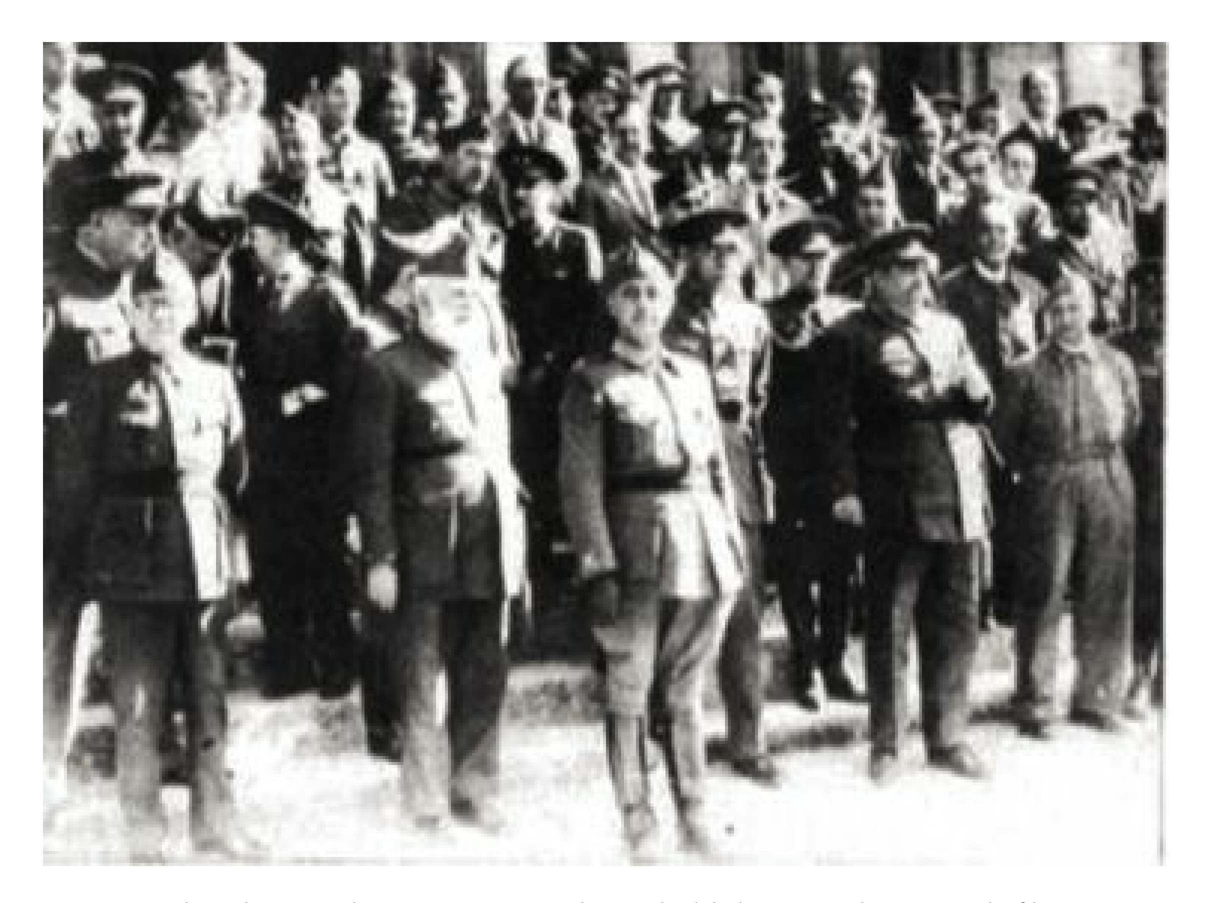
Las presiones de Kindelán, unidas a las de Millán-Astray y su hermano Nicolás, surtieron finalmente efecto y Franco solicitó una reunión de la Junta que se celebró el 21 de septiembre de 1936 en las instalaciones del aeródromo de Salamanca. A ella acudieron, además de los miembros permanentes, Kindelán y el general monárquico Gil Yuste. Con su presencia se pretendía equilibrar la balanza entre los vocales contrarios a la restauración y los que deseaban que la victoria sobre la República supusiese el regreso inmediato del rey. Durante el encuentro, Kindelán insistió en la necesidad de contar con un mando unificado que coordinase las operaciones y el esfuerzo de guerra. Sin citar ningún nombre todos entendieron que se refería a Franco como la persona idónea para ocupar ese puesto, con la esperanza de que así podría contar con el apoyo del general para conseguir su objetivo. Sin darse cuenta, el ingenuo militar monárquico le estaba sirviendo a Franco en bandeja la oportunidad que había estado esperando para hacerse con el poder.

En un principio, la unificación del mando militar no tenía por qué suponer un cambio en los planes iniciales previstos por los sublevados. Según lo acordado antes del 18 de julio, una vez obtenida la victoria sobre la República se nombraría un directorio militar que debía asumir los poderes del Estado. Como era de esperar, la propuesta de Kindelán despertó algunos recelos entre los miembros de la Junta, especialmente en el general Cabanellas, que la consideraba demasiado prematura. Pero la evidencia de unos hechos y opiniones que presentaban a Franco como hombre de consenso terminó dejando solo a Cabanellas frente a la mayoría de los demás. Finalmente, los miembros de la Junta no se opusieron a la proposición de Kindelán, aunque tampoco manifestaron

abiertamente su apoyo explícito, expresando así cierto recelo no declarado. Al término de la reunión, los generales decidieron posponer su decisión para otro momento y el asunto quedó pendiente.

Franco se sintió defraudado por el resultado del encuentro y empezó a mostrarse impaciente. El poder se había mostrado esquivo cuando lo tenía al alcance de la mano, aunque no todo estaba perdido. El 27 de septiembre las columnas del general Varela entraron en Toledo y liberaron a los asediados en el Alcázar. La noticia brindó una nueva oportunidad para recuperar el tiempo perdido que Millán-Astray, su jefe de propaganda, supo utilizar en su provecho. Aquella misma tarde organizó un acto en Cáceres para anunciar oficialmente la liberación de los sitiados. Con ese propósito reunió a una multitud expectante frente al palacio de los Golfines, sede del cuartel general de Franco. El general apareció entonces en un balcón del emblemático edificio para dirigirse a los congregados, arengándoles como si ya hubiera recibido el mando supremo. La muchedumbre, enfervorizada con sus palabras, comenzó entonces a corear el grito de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», que a partir de entonces se convertiría en una señal de adhesión incondicional de las masas al nuevo régimen.

Tras aquella manifestación de apoyo popular no había tiempo que perder. Franco se apresuró a telefonear a Cabanellas para que convocase una reunión urgente de la Junta para el día siguiente, 28 de septiembre, con la intención de acabar con la situación que mantenía paralizado su nombramiento. Al mismo tiempo su hermano Nicolás viajó a Salamanca portando un borrador de decreto en el que se establecía que todas las fuerzas sublevadas quedarían bajo las órdenes de un general de división o un almirante, llamado Generalísimo, que también ejercería funciones de jefe de Estado, actuando como máxima autoridad civil en todo el territorio controlado por las fuerzas sublevadas mientras durase la guerra. Del contenido del texto se deducía claramente que se pretendía eliminar a Mola de la lucha por el poder, teniendo en cuenta que el cerebro del golpe de estado era tan sólo general de brigada y que por tanto no cumplía con el requisito imprescindible para ser elegido como Generalísimo. También daba a entender que se trataba de una medida coyuntural que obedecía a la excepcionalidad de la guerra, insinuando que el cargo desaparecería en cuanto se hubiese obtenido la victoria sobre la República. De esa forma se daban falsas esperanzas a los monárquicos sobre la posibilidad de una restauración que en realidad nunca se había previsto.



Franco, proclamado Generalísimo, posa junto a la cúpula del alzamiento durante un desfile en Burgos.

Sin embargo, las intenciones de Franco no pasaron desapercibidas y durante el encuentro del 28 de septiembre Cabanellas y Mola se opusieron frontalmente a apoyar su nombramiento. Las discusiones se prolongaron todo el día hasta que finalmente se llegó a un acuerdo, suscrito por Mola pero rechazado por Cabanellas, por el que la mayoría de los miembros de la Junta decidieron nombrar a Francisco Franco jefe de Gobierno del Estado español y Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. La resolución debía hacerse pública al día siguiente mediante decreto, tiempo suficiente para que Nicolás Franco pudiera manipular el borrador antes de que llegase a la imprenta, sustituyendo la expresión «jefe de Gobierno del Estado», que era la que inicialmente se había pactado en la reunión, por la de «jefe de Estado». El 30 de septiembre el decreto modificado subrepticiamente apareció en el Boletín de la Junta de Defensa y nadie se atrevió a denunciar el cambio. Ese mismo día Franco también recibió el respaldo de la jerarquía eclesiástica, expresado en una carta pastoral de Enrique Plá y Deniel, obispo de Salamanca, en la que mostraba su adhesión a la sublevación al mismo tiempo que utilizaba el término «cruzada» a la hora de referirse a la lucha mantenida por los militares rebeldes contra la República. El acto oficial que escenificaba el ascenso al poder de Franco se celebró al mediodía del 1 de octubre de 1936 en el salón principal de la Capitanía General de Burgos, edificio que hasta entonces había sido el cuartel general de Mola.

Camino despejado

Una vez nombrado Generalísimo, Franco se apresuró a limitar el poder político de sus rivales, eliminando la Junta de Defensa Nacional y sustituyéndola por la Junta Técnica del Estado, órgano con la apariencia de Gobierno al frente del cual nombró al general Dávila, un militar poco problemático y sin aspiraciones. Con sede en Burgos, en ella estaban representadas las distintas facciones políticas del nuevo régimen liderado por Franco para no provocar disensiones internas que pudieran afectar a la imagen de unidad que se quería transmitir. Como si el destino quisiera demostrar realmente que estaba de su parte, alimentando su propia convicción de elegido, se produjeron una serie de sucesos luctuosos, además de la muerte prematura de Sanjurjo en los primeros compases de la sublevación, que contribuyeron a allanar su camino hacia el poder absoluto.

El general Cabanellas, el único que se había opuesto hasta el último momento al nombramiento de Franco como Generalísimo, había sido relegado al cargo de inspector general de hospitales, puesto de segunda categoría y sin responsabilidades políticas en el que permanecería hasta su fallecimiento el 14 de mayo de 1938. José Antonio Primo de Rivera, el único líder de la derecha que podía haber hecho sombra a Franco, fue fusilado por milicianos republicanos el 20 de noviembre de 1936 en Alicante. Conocidas las circunstancias de su muerte, el Generalísimo llegó a un acuerdo con la cúpula de Falange para ocultar la noticia, con la intención de no desmoralizar a los miembros de las milicias falangistas. A partir de ese momento la maquinaria propagandística se refirió siempre a él como «El Ausente», generando un mito que se extendería durante dos años y que perduraría una vez finalizada la Guerra Civil. Parecía como si todos los rivales que Franco tenía dentro de su propio bando se hubieran convertido en víctimas de una funesta maldición. La existencia de la misma pareció confirmarse cuando el 3 de junio de 1937 el general Mola falleció en un accidente aéreo en la provincia de Burgos al estrellarse por culpa de una fuerte tormenta el avión en el que viajaba de regreso a Vitoria. Según el relato de algunos de los testigos presentes en el momento en que Franco fue informado de su muerte, el rostro del Generalísimo se mostró imperturbable mientras continuaba trabajando en su despacho.

Aunque en apariencia pudiera mostrarse frío e insensible, el luctuoso suceso debió de causarle una profunda impresión, más que por la inesperada muerte de Mola en sí, por la verdadera trascendencia que para sus ambiciones significaba su desaparición física. Eliminado Mola, el último rival capaz de disputarle el poder, sólo tendría que enfrentarse a obstáculos y contrincantes de menor entidad. Entre todos los generales sublevados, el único que aún no se había apartado de su camino era Queipo de Llano. Ejerciendo de «virrey» en su reducto sevillano y protegido por importantes miembros de la oligarquía andaluza, no se consideraba obligado a rendir cuentas ante nadie, ni siquiera a la Junta Técnica del Estado dominada por Franco. Pero mientras sus ambiciones no superasen los límites de su feudo no había de qué preocuparse, aunque el siempre desconfiado Generalísimo lo mantuvo estrechamente vigilado, esperando el momento adecuado para ponerlo en su sitio.

Ante aquel cúmulo de muertes que favorecían sus intereses, algunas de ellas sucedidas en extrañas y violentas circunstancias, resulta lógico que algunos de los más próximos colaboradores de Franco, sugestionados por el espíritu místico de «Cruzada» con el que los propagandistas del régimen pretendían ensalzar la guerra contra la República, empezasen a creer sinceramente en la existencia de una voluntad divina que guiaba cada uno de los pasos del Generalísimo y lo protegía frente a sus adversarios. Franco era un ferviente católico practicante que también se convenció a sí mismo de que estaba desempeñando su papel como elegido por la providencia para salvar a España de sus enemigos internos, personificados en los masones y republicanos de izquierdas contra los que luchaba. Para lograr sus fines también supo valerse de la religión como un arma eficaz con la que combatir a sus enemigos, persuadido de que le daba una ventaja moral sobre ellos. Aun así, sometido a su desconfianza innata, decidió tomar algunas medidas para garantizarse la protección del Cielo. Tras la conquista de Málaga por las tropas de Queipo de Llano, se consiguió recuperar la mano incorrupta de santa Teresa de Jesús, conservada en un valioso relicario de plata con forma de guante que había sido saqueado por milicianos anarquistas del convento de Ronda en donde se encontraba. La reliquia fue entregada entonces a Franco, que a partir de ese día la convirtió en una especie de amuleto del que no se separó nunca, pues la tuvo siempre a la vista en su propio dormitorio y la llevó en cada uno de sus viajes, superstición supuestamente milagrosa a la que estaría vinculado hasta el final de su vida.

Problemas de familia

La sublevación de julio de 1936 sorprendió a Ramón Franco en su puesto como agregado aéreo del Gobierno español republicano en Washington, donde llevaba una vida tranquila junto a su segunda esposa y su hija. Debido a su puesto se le ordenó desde Madrid que se encargase de gestionar la compra de aviones de guerra para la República, misión que no pudo cumplir porque el ejecutivo norteamericano decretó un embargo en la venta de armas a ambos contendientes. Aunque seguía declarándose un ferviente republicano, su escasa adhesión al Gobierno legítimo precipitó que el 13 de agosto fuera destituido. A mediados del mes de septiembre hizo unas declaraciones a la prensa en las que manifestaba su deseo de unirse a la causa representada por los sublevados, aunque no emprendió el viaje de regreso a España hasta que su hermano se hizo con las riendas del poder.

En el mes de octubre llegó con su familia a Lisboa y en la frontera fue recibido por Nicolás. Para salvar las apariencias, se le sometió a un proceso de depuración en el que fue declarado inocente tras renunciar a su pasado como masón y militante de izquierdas. Después Ramón viajó hasta Salamanca donde Francisco Franco le dispensó un cálido recibimiento. El 23 de noviembre, su hermano lo ascendió a teniente coronel y le nombró comandante de la base aérea de Mallorca, sin consultar su decisión con el general Kindelán, jefe de la aviación militar sublevada y enemigo declarado de Ramón Franco. El día 26 de ese mismo mes el irritado militar, cansado de soportar el doble juego y las arbitrariedades de aquel en quien había depositado sus esperanzas frustradas de restauración monárquica, remitió una airada carta al Generalísimo en la que expresaba su malestar y el de los hombres bajo su mando ante la indulgente actitud adoptada con el controvertido aviador. Francisco Franco se limitó a ignorar la misiva y ratificó en su puesto a su hermano. A su llegada a la base, Ramón se encontró con un frío recibimiento por parte del resto de los oficiales, que de esa forma manifestaban el rechazo a su elección.

Aislado y marginado por sus propios compañeros, el hermano protegido del Generalísimo se concentró en sus obligaciones militares, participando en varias misiones sobre las líneas republicanas. En marzo de 1938, el bombardeo aéreo de Barcelona por aviones procedentes de Mallorca dejó un saldo de más de tres mil muertos civiles. La propaganda de la República intentó implicar a Ramón Franco en el ataque, aunque todo apunta a que en este trágico episodio de la Guerra Civil fueron aviadores italianos los únicos que participaron en la incursión. En el mes de septiembre, Ramón acudió a un curso en Salamanca impartido por instructores alemanes de la Legión Cóndor. Las personas que convivieron con él durante aquellas dos semanas lo encontraron serio y abatido, imagen muy distinta de la que tenían los que le habían conocido anteriormente. De regreso a su base en Mallorca, el 28 de septiembre de 1938 despegó con su hidroavión para lanzar un ataque sobre Valencia. El aparato nunca regresó. Al día siguiente de la desaparición el cuerpo sin vida del famoso aviador fue encontrado flotando en el mar junto con el resto de los tripulantes del avión. Cuando Francisco Franco fue informado de la muerte de su hermano ni siquiera se inmutó. A su entierro tan sólo acudió Nicolás en representación de la familia.

La sublevación del 18 de julio había sorprendido a Nicolás Franco en Madrid. Su hermano Francisco no se molestó en avisarle, aunque fuera confidencialmente, para que se pusiera a salvo, aunque finalmente consiguió salir de la capital encontrando refugio en Lisboa. Desde un primer momento mostró su apoyo incondicional a la causa de los sublevados, desempeñando importantes misiones por encargo personal de su hermano. En su cuartel general ocupó la Secretaría General para asuntos no militares, relacionándose con personajes variopintos que buscaban prosperar en tiempos difíciles al amparo del poder. Situado siempre en un discreto segundo plano a la sombra de su hermano, se encargaba de las relaciones públicas desarrollando junto a su esposa, Isabel, una activa vida social. Mientras estuvieron en Salamanca, el cuartel general de Franco se convirtió en una especie de corte en la que se movían generales, diplomáticos, periodistas, asesores militares, traficantes de armas y espías.

Después de protagonizar una peligrosa fuga de la zona controlada por la República, Serrano Suñer junto con su mujer e hijos consiguió llegar a Salamanca el 20 de febrero de 1937, instalándose en el cuartel general de Franco. En muy poco tiempo el «cuñadísimo», como empezó a ser conocido, se convirtió en su hombre de confianza, llegando a desplazar a Nicolás Franco del puesto que hasta entonces había ocupado. De forma sigilosa Serrano Suñer empezó a controlar los resortes del poder y a influir en las decisiones políticas que tomaba Franco. Odiado por todos aquellos que le consideraban un advenedizo con demasiadas pretensiones, contribuyó a sentar las bases institucionales y jurídicas de un nuevo estado, embrión del régimen consolidado que debía salir del final de la Guerra Civil. Aunque fuera materia inconfesable, Serrano Suñer aspiraba a dirigir en la sombra un nuevo país surgido de las cenizas.

Para sacar adelante su proyecto, el «cuñadísimo» se dio cuenta de que era necesario crear un movimiento con estructura de partido político que integrase bajo un solo mando unificado y sin fisuras las diferentes facciones que convivían en el bando de los sublevados. Las divisiones y enfrentamientos internos entre los falangistas fueron la excusa perfecta para acelerar el proceso. El 19 de abril de 1937 se publicó el llamado Decreto de Unificación por el que se creaba una organización llamada Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, FET y de las JONS en su acrónimo, que siguiendo el ejemplo de las dictaduras de Italia y Alemania integraba en una sola entidad política nacional todas las fuerzas de derecha. Con el decreto Serrano Suñer empezaba a dar forma al estado que quería construir, dotando al régimen de una homogeneidad en la que no se admitían disensiones, al mismo tiempo que se desactivaba cualquier intento de abrir una nueva vía política al margen del partido único recién creado.

Mientras la mayoría de los grupos políticos, incluidos los carlistas, se sometieron sin demasiados problemas a la disciplina instaurada por el Decreto de Unificación, los líderes falangistas se opusieron a la integración en un partido único que no era el suyo y que en cierta medida defraudaba sus principios. Para superar esas reticencias, Serrano Suñer se enfrentó a la difícil tarea de convertir a Franco en un falangista para que pudiera ser aceptado por ellos como su nuevo jefe. La desaparición de la figura de José Antonio facilitó las cosas, aunque no se consiguió doblegar a los más irreductibles. Liderados por Manuel Hedilla, sucesor del fundador de la Falange al frente del partido, rechazaron las imposiciones del Decreto de Unificación, lo que terminó provocando conatos de

insumisión. Franco, asesorado por Serrano Suñer, decidió tomar cartas en el asunto antes de que fuera demasiado tarde y ordenó que los falangistas disidentes fueran detenidos. El 5 de junio de 1937 Manuel Hedilla y tres de sus compañeros fueron acusados de alta traición y condenados a muerte por un tribunal militar. Temiendo las consecuencias que podía acarrear su fusilamiento, Franco conmutó la sentencia por una de confinamiento en Canarias. El Generalísimo, jefe nacional del nuevo partido, consiguió de esa forma someter a los antiguos militantes de Falange que hasta entonces se habían resistido a reconocer su autoridad. Los estatutos de la formación política se publicaron en agosto de 1937 y en uno de sus artículos se establecía la afiliación obligatoria de todos los mandos, oficiales y suboficiales del Ejército. De esta forma Franco se aseguraba el control dentro de la organización, reservándose el derecho de nombrar a sumisos militares para que desempeñasen cargos dentro del partido.

Un objetivo demasiado lejano

Tras dedicar más tiempo del que hubiera deseado a los asuntos políticos para consolidar su posición como nuevo jefe del Estado, Franco concentró todos sus esfuerzos en las campañas militares en marcha con el propósito de poner fin a la guerra cuanto antes. El objetivo prioritario era Madrid, pero la situación de la ciudad había cambiado en los últimos meses. Durante ese tiempo el Gobierno de la República había empezado a recibir ayuda internacional, refuerzos que se concretaron en el envío de abundante material bélico de procedencia soviética y con la llegada de miles de voluntarios extranjeros alistados en las Brigadas Internacionales. Bajo el famoso lema «¡No Pasarán!» las defensas de Madrid se reforzaron para resistir el ataque del ejército sublevado que avanzaba para conquistar la capital.

El 6 de noviembre de 1936 el general Varela, de acuerdo con Franco, dio la orden de atacar la ciudad por la zona de la Casa de Campo, con el objetivo de rebasar al día siguiente el río Manzanares y alcanzar la Ciudad Universitaria y el parque del Oeste, penetrando en la ciudad por la plaza de España. Sin embargo sus tropas se encontraron con mayor resistencia de la prevista y el ataque fue rechazado. Durante los días siguientes lanzaron sucesivos asaltos que se estrellaron una y otra vez contra las defensas fortificadas levantadas por las fuerzas republicanas. Ante la inutilidad del esfuerzo, el 23 de noviembre Franco desistió de continuar con la ofensiva y ordenó consolidar sus posiciones frente a Madrid, aunque no renunció a su conquista, concentrando en sus alrededores miles de sus mejores soldados que podían haber sido muy útiles en otros frentes. Sin embargo su decisión no supuso el final de la campaña. Las fuerzas bajo su mando volverían a intentarlo en diciembre atacando por el noroeste, por el sector del río Jarama en febrero de 1937 y por Guadalajara al mes siguiente, sin obtener ningún resultado.

Mientras las tropas del general Varela lanzaban su primer ataque sobre Madrid en noviembre de 1936, el régimen de Franco fue reconocido por Italia y Alemania al mismo tiempo que ambos países rompían relaciones diplomáticas con el Gobierno de la República. Aquel éxito sirvió para ocultar el verdadero aislamiento internacional al que se enfrentaba el franquismo. Durante nuestra Guerra Civil, las simpatías de la mayoría de los países europeos que contemplaban impasibles nuestra autodestrucción se decantaron por el bando republicano, aunque tampoco hicieran demasiado por ayudarlo a no ser que hubiera importantes sumas de dinero de por medio. Tampoco los supuestos aliados de Franco se mostraron en un principio decididos a implicarse más de lo que habían previsto. Los alemanes mostraron sus dudas sobre el talento militar exhibido por Franco durante la contienda, críticas que en muchas ocasiones eran confirmadas con los hechos, como lo había demostrado la fracasada ofensiva sobre Madrid. Su ayuda se limitó al envío de algunas remesas de material bélico junto con sus instructores, y a la participación de los aviadores de la siniestramente famosa Legión Cóndor. Para los alemanes la Guerra Civil española se convirtió en un banco de pruebas en el que ensayar tácticas y equipos de cara al conflicto mundial para el que se estaba preparando Hitler.

Al contrario que los nazis, los fascistas italianos se sintieron más involucrados en la lucha que mantenía Franco contra la República. El 22 de diciembre de 1936 desembarcó en el puerto de Cádiz un primer contingente formado por tres mil voluntarios entusiastas recién llegados desde Italia. Su número fue aumentando progresivamente hasta llegar a los cuarenta mil soldados en febrero de 1937. Los soldados y pilotos italianos, integrados en el Corpo Truppe Volontarie, 'Cuerpo de Tropas Voluntarias' en castellano, desempeñaron un importante papel en algunas de las campañas más importantes de la Guerra Civil. Calificados como auténticos invasores por la propaganda de la República, bajo las órdenes de Queipo de Llano participaron en las operaciones militares desarrolladas en la provincia de Málaga que culminaron el 8 de febrero de 1937 con la conquista de la ciudad. Tras este éxito inicial, las columnas italianas fueron derrotadas en Guadalajara cuando pretendían avanzar sobre Madrid.

Tras los reveses sufridos a las puertas de la capital, Franco decidió concentrar el grueso de sus fuerzas en las campañas que se desarrollaban en el norte de la Península. El 31 de marzo el general Mola lanzó una gran ofensiva contra el sector de Bilbao. En el marco de las operaciones, el 26 de abril de 1937 los aviones de la Legión Cóndor alemana y los de la Aviación Legionaria italiana protagonizaron uno de los episodios más dramáticos de la Guerra Civil al descargar sus bombas incendiarias sobre la localidad indefensa de Guernica. Según los últimos estudios el saldo final del bombardeo se cobró varios cientos de víctimas, en su mayoría civiles. El ataque indiscriminado provocó una ola de repulsa en la opinión pública internacional, aunque finalmente no sirvió para que las naciones democráticas decidieran implicarse en el conflicto para ponerle fin.

El progresivo avance de las tropas sublevadas en el norte provocó la caída del Gobierno republicano presidido por Largo Caballero, que fue sustituido por el del socialista Juan Negrín, político que fue acusado desde sectores de ambos bandos de estar sometido a las órdenes dictadas desde Moscú. La muerte del general Mola no detuvo la gran ofensiva que él había iniciado y el 19 de junio Bilbao fue tomada por las tropas franquistas. Cada vez que una población caía en manos del ejército sublevado entraban en acción las denominadas «columnas jurídicas», eufemismo en apariencia inocuo que en realidad ocultaba su siniestro cometido como auténticos escuadrones de la muerte que se encargaban de fusilar a todos aquellos que habían ocupado puestos destacados al servicio de la República. Los prisioneros más afortunados eran trasladados a atestadas cárceles y campos de concentración donde esperaban angustiados ser salvados por la benevolencia del régimen. A Franco nunca le tembló el pulso a la hora de firmar condenas de muerte, ejercicio de su poder que llegaría a convertirse en un trámite burocrático que nunca desatendía. Sus métodos expeditivos también fueron empleados por sus enemigos, convirtiendo la retaguardia en un truculento segundo frente en donde se saldaban cuentas pendientes con descargas de fusilería frente a las tapias de los cementerios, en las cunetas de las carreteras o al pie de fosas comunes.

Del 6 al 25 de julio de 1937, las fuerzas republicanas lanzaron una gran ofensiva en Brunete, población próxima a Madrid. La operación se había planteado como una demostración de fuerza del Gobierno de la República con la que contrarrestar el avance del enemigo, buscando conseguir una aplastante victoria que cambiase el curso de la guerra, que en aquellos momentos empezaba a decantarse a favor del bando de los sublevados. Durante la primera fase de la ofensiva las tropas

franquistas fueron sorprendidas y cedieron terreno ante el empuje del ejército de la República, pero tras varios días de intensos y duros combates la situación volvió a estabilizarse. Mientras tanto, en la cornisa cantábrica el bando sublevado llevaba claramente la iniciativa, ocupando Santander y Asturias y haciéndose con el control de importantes zonas industriales y mineras vitales para la continuación de la guerra.

En el plano político, Franco siguió dando pasos para consolidar el poder recientemente adquirido. En una entrevista concedida al diario ABC en la víspera del primer aniversario del levantamiento contra la República, el Generalísimo adelantaba algunas de las líneas maestras que iban a estructurar un modelo de estado hecho a su medida. De sus palabras se podía deducir que dejaba la puerta abierta a una posible restauración monárquica, insinuación que parecía confirmar la denegación del permiso a don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII y heredero de la corona, para alistarse en la Marina de los sublevados. El argumento esgrimido por Franco era el de que habría sido contraproducente para la paz de nuestro país que el destinado a ser monarca de todos los españoles hubiera combatido en uno de los bandos de la Guerra Civil. En la misma entrevista Franco aclaraba que en todo caso la posibilidad de la restauración era una cuestión que posponía hasta el final de la contienda. Aquella reflexión devolvió las esperanzas a algunos monárquicos, que se lamentaron de haber desconfiado de las verdaderas intenciones del Generalísimo, sin darse cuenta de que volvían a caer en la misma trampa. Estaba claro que una vez que Franco controlase todos los resortes del poder no estaría dispuesto a soltarlos. Con sus fuegos de artificio tan sólo pretendía asegurarse la lealtad de los monárquicos hasta el final de la guerra.

En agosto de 1937, Franco se trasladó a Burgos, convertida en la capital de los sublevados. La influencia de Serrano Suñer se hacía notar en la parafernalia y los signos de inspiración fascista con los que el régimen hacía exhibición de su poder. El 12 de octubre de aquel año, con ocasión de una concentración ante miles de jóvenes organizada por su eficaz aparato de propaganda, el Generalísimo apareció luciendo por primera vez el uniforme oficial del partido único, camisa azul falangista y boina roja carlista, una mezcla de prendas con la que se pretendía simbolizar la unión de las distintas facciones en torno a la figura de Franco.

Batallas sobre el terreno y en los despachos

En medio de unas durísimas condiciones climáticas, con temperaturas de varios grados bajo cero y ventiscas de nieve, el 15 de diciembre de 1937 las tropas republicanas lanzaron una gran ofensiva sobre la ciudad de Teruel, situada sobre un saliente de la línea de los sublevados, con la que pretendían invertir la situación en el llamado Frente Norte. Como sucedió en muchas ocasiones a lo largo de la Guerra Civil, el valor estratégico del objetivo era escaso, prevaleciendo los intereses propagandísticos sobre los militares. La República necesitaba una victoria con la que contrarrestar sus continuas derrotas, una inyección de moral que les permitiese recuperar cierta iniciativa en una guerra que en su propio bando muchos empezaban a dar por perdida.

Teruel apenas estaba defendida por un pequeño contingente de cuatro mil soldados y milicianos del bando franquista bajo las órdenes del coronel Rey d'Harcourt que a pesar de su inferioridad numérica resistió la embestida de las tropas republicanas, que habían acumulado un gran número de efectivos y equipo militar en torno a la capital turolense. Durante los últimos días de 1937 y los primeros de 1938, las calles de la ciudad se convirtieron en escenario de duros combates casa por casa y cuerpo a cuerpo. El ataque sorprendió al cuartel general de Franco, que en un principio no creyó que pudiera tratarse de una gran ofensiva. Ante la posibilidad de perder la primera capital de provincia en el transcurso de la guerra, el Generalísimo decidió suspender las operaciones militares en torno a Guadalajara para acudir en auxilio de la ciudad asediada. El 19 de diciembre las tropas del general Aranda llegaron al frente con la misión de aliviar la presión sobre Teruel, pero los escasos efectivos de los que disponía eran insuficientes para cumplir con su misión.

A pesar de los llamamientos dirigidos por Franco a Rey d'Harcourt para que resistiese hasta el último hombre, prometiéndole la inmediata llegada de refuerzos, el 8 de enero de 1937 el coronel decidió rendirse al considerar que su posición era indefendible. Aunque el heroísmo mostrado por Rey d'Harcourt y sus hombres alcanzó límites sobrehumanos, Franco encajó muy mal la derrota, culpando al oficial por lo ocurrido. En el bando republicano la noticia de la victoria fue acogida con muestras de entusiasmo. La conquista de Teruel había cumplido con los objetivos esperados, deteniendo la ofensiva de las tropas franquistas y sirviendo para elevar la moral del Ejército Popular hasta el punto de que el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central republicano, valoró la posibilidad de retomar el conocido como «Plan P», una descartada ofensiva contra Extremadura con la que se pretendía cortar en dos la zona controlada por los sublevados dejando aislada Andalucía.

Franco no estaba dispuesto a consentir una humillación que afectaba gravemente a su prestigio militar y político, por lo que dictó las órdenes oportunas para que un ejército compuesto por más de cien mil soldados iniciase una contraofensiva para recuperar cuanto antes la ciudad. En el mes de febrero, las tropas franquistas desbordaron los flancos republicanos derrotándolos en la población de Alfambra, victoria que les abrió el camino hacia Teruel, que fue conquistada el 22 de febrero cuando las fuerzas del Ejército Popular que la defendían se rindieron a las tropas de Franco. Los combates por Teruel fueron una dura batalla de desgaste en la que ambos bandos sufrieron numerosas bajas y

perdieron gran cantidad de material bélico. Pero fueron sin duda los republicanos los más perjudicados. Tras la euforia desatada por el éxito inicial, la derrota final supuso un mazazo para la moral de sus tropas y la de los líderes que las dirigían. Las imágenes de las columnas interminables de prisioneros, de los cuerpos sin vida en el campo de batalla, además de la captura de armamento y vehículos por parte del enemigo, escenificaban el duro golpe recibido del que la República ya no conseguiría recuperarse.

Mientras la guerra continuaba hacia un desenlace del que pocos ya dudaban, Franco consolidaba su poder. A principios de 1938 consideró que había llegado el momento de formar su primer Gobierno, tarea que había pospuesto durante más de un año y medio. Bajo la supervisión del omnipresente Serrano Suñer se empezaron a dar los primeros pasos para preparar la transición de un régimen militarista a otro de carácter autoritario con presencia civil. En este sentido, el «cuñadísimo» fue el artífice de una ley de Administración del Estado que pretendía la formación de un Gobierno que restase poder a los militares. Según el contenido de su texto, la Presidencia del mismo quedaba vinculada al jefe del Estado, el cual tenía potestad para dictar leyes y decretos, sin estar sometido a la fiscalización de un órgano superior ante el que rendir cuentas. Franco acariciaba el poder absoluto que le entregaba en bandeja Serrano Suñer.

El 31 de enero de 1938 se disolvió la Junta Técnica y se presentó en Burgos el primer Gobierno presidido por el Generalísimo. De acuerdo con los planes trazados por Serrano Suñer, en el gabinete estaban representadas las diferentes corrientes del régimen y sólo había tres militares. El general Dávila ocupó el Ministerio de Defensa Nacional, Martínez Anido fue nombrado al frente de la cartera de Orden Público, y Francisco Gómez Jordana, «africanista» curtido en las negociaciones con los rebeldes de las cabilas del Rif, fue el elegido para Asuntos Exteriores. La escasa representación de la cúpula militar en este primer Gobierno obedeció también al interés que tenía Franco por mantener a los generales ocupados en la guerra, alejados de tentaciones políticas. Serrano Suñer se convirtió en ministro de Gobernación, aunque las competencias de orden público se dejaron en manos de Martínez Anido. Al margen del cargo oficial, el «cuñadísimo» era realmente el hombre fuerte dentro del Gobierno. Además de ser presidente de la Junta Política de FET y de las JONS, controlaba los servicios de propaganda, dedicados a fomentar el culto a la figura de Franco, y los medios de comunicación, sometidos a una estricta censura. En aquellos momentos se comentaba discretamente que Franco se encargaba de la guerra mientras quien realmente gobernaba era Serrano Suñer.

Tanto Franco como su cuñado tenían claro que había que neutralizar a Queipo de Llano, el último general díscolo que podía suponer un obstáculo en su camino hacia la construcción del régimen que habían proyectado. El 2 de diciembre de 1937, el «virrey» de Sevilla había sido integrado en la estructura política del Movimiento Nacional surgido del Decreto de Unificación, jurando como consejero nacional dentro de su organigrama y pasando a ocupar el puesto décimo primero dentro de su jerarquía. Aun así, Franco era consciente de que no podía correr riesgos y envió a su hermano Nicolás a Sevilla con la intención de contrarrestar el poder del general. Queipo de Llano, astuto y precavido, eludió los intentos de control, imponiendo su autoridad sobre la actitud conciliadora y pusilánime de Nicolás Franco. Tras el fracaso de su misión el Generalísimo optó por

atraer al general a su círculo más próximo de colaboradores, proponiéndole ocupar la cartera del Ministerio de Agricultura en su primer Gobierno, cargo que Queipo de Llano se apresuró a rechazar sin caer en la trampa. Su negativa sirvió para aclarar posiciones y aumentar la brecha que los distanciaba.

Franco no podía consentir una actitud que ponía en entredicho su autoridad; sin embargo la popularidad que tenía su rival, considerado por muchos de sus seguidores como un auténtico héroe, le impidió tomar contra él medidas expeditivas. Había que encontrar vías alternativas que Serrano Suñer estaba dispuesto a aplicar. Una de las primeras disposiciones del Gobierno nombrado por Franco fue la de cancelar los discursos violentos y cargados de odio que Queipo de Llano pronunciaba desde Radio Sevilla, soflamas que al principio de la guerra cumplieron su misión pero que en aquel momento daban una imagen pésima del nuevo régimen. La propuesta presentada por el «cuñadísimo» era la primera de toda una serie que se irían aplicando sucesivamente para minar el poder que había acaparado Queipo de Llano. El general comprendió entonces que además de Franco tenía un peligroso enemigo en la figura de Serrano Suñer. Para que no quedase ninguna duda a sus compañeros de armas sobre sus verdaderas intenciones, el 18 de julio de 1937 Franco se concedió a sí mismo la graduación de capitán general, la más alta del Ejército. La cúpula militar comprendió que a partir de ese momento debía aceptar, aunque fuera a regañadientes, su autoridad como incuestionable jefe del Estado.

El último parte de guerra

Tras la ofensiva fracasada del Ejército Popular sobre Teruel, las fuerzas sublevadas tomaron de nuevo la iniciativa bajo el mando unipersonal de Franco. El 9 de marzo de 1938 sus tropas penetraron en Cataluña avanzando desde Zaragoza y Huesca. A principios de abril las columnas del general Yagüe ocuparon Lérida, al mismo tiempo que un cuerpo de ejército a las órdenes de Varela avanzaba por la margen derecha del río Ebro, cruzando el Maestrazgo hasta llegar a las costas del Mediterráneo a mediados de mes y partiendo en dos el territorio controlado por la República. Pero al igual que había ocurrido cuando tuvo la oportunidad de marchar sobre Madrid y decidió acudir a liberar a los sitiados en el Alcázar de Toledo, en contra de lo que le recomendaban sus colaboradores Franco interrumpió su ofensiva sobre Cataluña para marchar hacia Levante. Tras conquistar Castellón, sus tropas fueron obligadas a detener su avance ante los preparativos del enemigo para la que sería la última gran batalla de la guerra.

La situación política y militar de la República había llegado a un punto crítico que reclamaba medidas desesperadas. El presidente Negrín, atrapado en una crisis que amenazaba con un inminente desastre, elaboró el 30 de abril de 1938 un plan conocido como los «Trece Puntos» en el que se establecían una serie de objetivos para mejorar y continuar con el esfuerzo de guerra y, lo que resulta más sorprendente, abrían la puerta a la posibilidad de iniciar conversaciones con el bando enemigo para alcanzar una paz negociada. En realidad se trataba de una maniobra de propaganda con la que se intentaba ofrecer una imagen moderada de la República que le permitiera ganar apoyos en el exterior, al mismo tiempo que se pretendía ganar tiempo esperando que el estallido de la contienda mundial que se presagiaba en el horizonte europeo sirviese para implicar a las principales potencias mundiales en la Guerra Civil española. Pero la última esperanza de Negrín no fue acogida como él esperaba.

Las agresivas políticas exteriores desplegadas por Italia y sobre todo Alemania estaban poniendo en serio peligro la paz en Europa. Francia y Gran Bretaña, en un intento por ahuyentar el fantasma de una nueva guerra en el continente europeo, aplicaban una política conjunta de apaciguamiento con Hitler y Mussolini que no beneficiaba precisamente los planes de Negrín. La Unión Soviética, uno de los escasos aliados internacionales que le quedaba a la República, interpretó los «Trece Puntos» como un síntoma de su debilidad. Las derrotas encadenadas por el Ejército Popular, especialmente la sufrida en Teruel, se tradujeron en una pérdida de confianza en su capacidad para invertir el curso de la guerra. En Moscú se empezó a valorar entonces la posibilidad de una más que posible derrota y Stalin actuó en consecuencia, ordenando reducir progresivamente los envíos de ayuda militar soviética.

Como era de esperar, la oferta de paz fue rechazada por Franco. Tras sus últimas victorias veía cada día más próximo el triunfo final y exigió una rendición incondicional como respuesta al programa conciliador ofrecido por Negrín. El estrepitoso fracaso de la iniciativa presentada por el presidente del Gobierno sirvió para empeorar la situación de la República en el interior y en el

exterior. Si cuando accedió al poder en mayo de 1937 aún se creía que se podía derrotar militarmente a los sublevados, un año después las esperanzas depositadas en su gestión se habían esfumado. Negrín inició entonces una huida hacia adelante, buscando reforzar su poder con una serie de medidas que pretendían rectificar los errores del pasado cuando ya era demasiado tarde. En este sentido reorganizó su Gobierno, asumiendo la cartera de Defensa, que hasta entonces había estado en manos de Indalecio Prieto, al mismo tiempo que intentaba frenar el movimiento revolucionario que no reconocía la autoridad representada por las autoridades de la República. En un intento por fortalecer la capacidad del Ejército Popular puso la industria de guerra bajo control del Estado y militarizó la retaguardia, medidas que algunos historiadores han comparado con las llevadas a cabo por Franco en las zonas controladas por los sublevados. Fortalecido ante la oposición interna, Negrín se jugó la supervivencia de la República en una última y arriesgada jugada.

El 25 de julio de 1938, tropas republicanas bajo el mando del general Vicente Rojo, el más brillante militar con el que contó el Ejército Popular, lanzaron una gran ofensiva por sorpresa contra las fuerzas sublevadas que protegían la margen derecha del río Ebro, a lo largo de un frente de más de sesenta kilómetros comprendido entre las localidades de Mequinenza en la provincia de Zaragoza y Amposta en Tarragona. El ataque principal fue dirigido por dos cuerpos de ejército sobre un gran recodo del Ebro, maniobra con la que se intentaba atrapar en un movimiento de tenaza a las fuerzas enemigas situadas en su ribera. Con aquella arriesgada maniobra se pretendía establecer una cabeza de puente consolidada para lanzar un ataque contra la población de Gandesa, un importante nudo de comunicaciones. Los planes de Rojo incluían además otros dos ataques secundarios para apoyar la acción principal. El primero avanzó desde el norte, entre las poblaciones de Mequinenza y Fayón, mientras que el segundo se lanzó por el sur, cerca de Amposta. El peso de la gran ofensiva recayó en el Ejército del Ebro, una unidad formada para la ocasión integrada por tropas veteranas junto con bisoños reclutas, que contaba con abundante apoyo artillero además de numerosos tanques y aviones. Para la batalla la República había reunido cien mil soldados equipados con las mejores armas de las que disponían en un último intento por detener el avance de Franco.

En la medianoche de ese 25 de julio, las unidades republicanas empezaron a cruzar el Ebro empleando barcas y puentes improvisados, ocultos por las sombras de una noche sin luna. La orilla enemiga estaba defendida por el Cuerpo de Ejército Marroquí al mando del general Yagüe, soldados experimentados que habían luchado en África y participado en varias campañas de la Guerra Civil. Días antes, los espías y exploradores del ejército franquista habían informado a sus superiores sobre la concentración de tropas republicanas que se estaba produciendo en la orilla opuesta, advertencia que no fue tenida en cuenta. Confiados y desprevenidos, los soldados marroquíes y sus mandos fueron cogidos completamente por sorpresa. Desbordados por el empuje de la ofensiva republicana, se produjeron momentos de pánico en medio de una retirada desorganizada que presagiaba una gran derrota.

Río arriba el ataque había sido un éxito. En pocas horas todos los pueblos de la ribera del Ebro situados en el sector central del frente fueron ocupados, lo que permitió consolidar dos cabezas de puente de varios kilómetros de profundidad. Las tropas republicanas que habían cruzado el río giraron hacia los flancos en una maniobra envolvente con la que se intentaba atrapar en grandes

bolsas a las fuerzas franquistas situadas en ese sector, desastre del que consiguieron escapar por muy poco. La ofensiva del Ejército Popular continuó hasta llegar a Gandesa, localidad en donde los sublevados lograron establecer una precaria línea de defensa en la que se atrincheraron para resistir. Ante la desesperada situación en la que se encontraban sus fuerzas, Franco tuvo que recurrir a unidades situadas en otros frentes, retirando tropas de Levante e incluso de Andalucía, lo que le obligó a paralizar las operaciones militares en esos sectores.

Recuperados de la sorpresa inicial, los soldados del Cuerpo de Ejército Marroquí ofrecieron una enconada resistencia al avance enemigo. Al mismo tiempo, los aviones de la Legión Cóndor acudieron en su ayuda bombardeando las posiciones del Ejército Popular, sin encontrar respuesta por parte de la aviación republicana, que de forma inexplicable tardó más de dos días en entrar en acción. Los ataques aéreos también causaron graves destrozos en los puentes tendidos sobre el Ebro por los ingenieros militares republicanos, lo que provocó el retraso en el envío de refuerzos y suministros. En un intento por destruirlos definitivamente, las tropas franquistas también abrieron las compuertas de los embalses situados en la cabecera del río, lo que provocó grandes riadas que se llevaron por delante gran parte de los puentes y pasarelas construidos apresuradamente para atravesarlo. Pero a pesar de los continuos ataques enemigos, los ingenieros republicanos consiguieron reconstruirlos en un esfuerzo que podría calificarse de heroico.

La lucha por la conquista de Gandesa se convirtió entonces en el objetivo prioritario de ambos bandos. Las tropas de Franco se atrincheraron en las afueras de la localidad mientras que los hombres del Ejército de la República llegaban exhaustos a primera línea del frente después de largas marchas a pie bajo el sol abrasador del verano. Los sedientos soldados tampoco contaban con apoyo artillero ni con carros de combate, mientras la aviación republicana seguía sin hacer acto de presencia. Pero a pesar de todos estos inconvenientes consiguieron tomar algunas posiciones en las cercanías de Gandesa desde las que lanzaron continuos ataques contra las trincheras enemigas. De la misma forma que había ocurrido en Teruel, el talento militar y la iniciativa de Rojo se había impuesto sobre las virtudes como estratega de Franco. Sin embargo, tras unas primeras jornadas de avance arrollador, el empuje inicial de sus tropas no tenía continuidad y perdía fuerza paulatinamente. Por el contrario, las maniobras de Franco en el campo de batalla se caracterizaban siempre por una perseverancia que buscaba asegurar los objetivos antes de dar el siguiente paso.

Durante las primeras jornadas de la ofensiva del Ebro el Gobierno de la República se mostró optimista. Negrín se lo había jugado todo a una única carta y parecía estar a punto de ganar la apuesta. Incluso el presidente Manuel Azaña pensó por unos días que la victoria sobre los sublevados aún era posible. De la misma forma, en el plano internacional se empezó a creer en un cambio de rumbo en la Guerra Civil española. En el bando sublevado las cosas se veían de forma muy diferente. El ataque republicano sobre el frente del Ebro había extendido una ola de peligroso pesimismo entre sus filas. De las brillantes victorias obtenidas en Aragón durante la primavera anterior se había pasado al fracaso de la ofensiva contra Valencia provocado por el ataque inesperado de las tropas republicanas que defendían Cataluña, fuerzas a las que se había dado por derrotadas tras los triunfos obtenidos sobre ellas en los meses de marzo y abril. En medio del estupor surgieron voces derrotistas que empezaron a cuestionar el papel desempeñado por Franco, poniendo en duda

su autoridad como Generalísimo. Hasta él mismo empezó a temer que si la República obtenía la victoria en la batalla del Ebro sus aliados alemanes podrían replantearse el apoyo a su régimen. Pero cuando todo parecía volverse en su contra, el tiempo empezó a jugar a su favor.



Soldados de la República cruzan un improvisado puente durante la Batalla del Ebro.

A principios de agosto, las tropas franquistas seguían manteniendo sus posiciones en los alrededores de Gandesa. Yagüe había conseguido reorganizar sus fuerzas y estabilizar el frente, dispuesto a resistir hasta el último hombre cumpliendo con las órdenes transmitidas por Franco. Comenzó entonces una larga batalla de desgaste en la que se emplearon todos los medios humanos y materiales disponibles. La artillería y la aviación sublevadas continuaron bombardeando implacablemente los puentes y pasarelas sobre el Ebro, en un intento por interrumpir el flujo de hombres y suministros a los republicanos. Posicionados firmemente en las cabezas de puente que habían tomado, las tropas del Ejército Popular debían mantenerlas a toda costa sin ceder un metro de terreno. Decidido a desalojarlas y hacerlas retroceder, Franco concentró el fuego de su artillería y de sus aviones contra la línea de frente de los republicanos antes de lanzar a su infantería en una contraofensiva que el 6 de agosto consiguió rebasar sus defensas. Atrapados entre sus enemigos y el río, miles de soldados del Ejército Popular fueron hechos prisioneros.

El 11 de agosto Franco lanzó una segunda ofensiva en el sur. Tras varios días de constantes bombardeos y combates cuerpo a cuerpo, las tropas republicanas consiguieron rehacer sus líneas, a costa de numerosas bajas. El 3 de septiembre se produjo un nuevo ataque de las fuerzas franquistas, que apenas consiguieron avanzar unos pocos kilómetros, aunque lograron aliviar la presión sobre el sector de Gandesa. Pero el enorme número de bajas obligó a detener la ofensiva. En cuatro semanas habían conseguido recuperar gran parte del terreno perdido al principio de la batalla pero con un

coste en vidas humanas difícilmente soportable. A pesar de los bombardeos diarios, muchos de los puentes sobre el Ebro permanecían intactos y las tropas republicanas continuaban aferradas a sus posiciones sin mostrar signos de debilidad. Entre las filas de los sublevados empezó a cundir el nerviosismo y los italianos y alemanes volvieron a manifestar su disconformidad con la forma en la que Franco estaba dirigiendo la guerra, expresando sus dudas sobre las posibilidades que tenía de alcanzar el triunfo final.

A mediados de septiembre la línea del frente en el Ebro se había estabilizado. Los aviones de la República, ausentes en los primeros días de la campaña, contribuyeron a aliviar la presión sobre sus posiciones disputando el dominio del aire a los cazas italianos y alemanes. De la misma forma la artillería antiaérea republicana, concentrada protegiendo las cabezas de puente, consiguió mantener a raya a los bombarderos enemigos. Decidido a acabar con esa situación de estancamiento, Franco lanzó una nueva ofensiva que volvió a estrellarse contra el muro infranqueable de las defensas enemigas. Mientras tanto, el número de bajas no dejaba de aumentar en ambos bandos, convirtiendo la batalla en la más sangrienta de toda la guerra. El 15 de septiembre se produjo un hecho que pareció confirmar la pérdida de confianza de los alemanes en la capacidad de Franco cuando anunciaron suspender temporalmente los envíos de material y ayuda militar al bando franquista, decisión que en realidad respondía a la situación provocada por la crisis de los Sudetes, región checoeslovaca de mayoría alemana que Hitler quería anexionarse y que supuso la antesala de la Segunda Guerra Mundial. Preocupado por la repercusión de la medida, el Generalísimo ordenó un nuevo ataque con el que pretendía recuperar su apoyo, ofensiva en la que apenas se consiguió avanzar unos kilómetros.

El cuartel general de los sublevados no descansaba planificando sucesivos asaltos contra la línea de frente republicana que testarudamente se negaba a ceder un solo palmo de terreno. El presidente Negrín y los principales líderes militares del Ejército Popular insistían en mantener las posiciones en el Ebro como gesto de firmeza para demostrar a las democracias occidentales que la República aún podía resistir. Su última esperanza estaba en que la crisis de los Sudetes desembocase en el estallido de la guerra en Europa, implicando a naciones como Francia y Gran Bretaña en el conflicto español. Buscando un acercamiento a las democracias occidentales, el Gobierno de la República anunció la retirada de las Brigadas Internacionales formadas por voluntarios extranjeros que habían luchado en el Ejército Popular. Utilizadas en muchos casos como un elemento propagandístico, su retirada apenas influyó en la capacidad combativa de las fuerzas republicanas. La resolución pacífica en el último momento de la crisis de los Sudetes, alcanzada el 30 de septiembre de 1938 con la firma de los acuerdos de Múnich, que dejaba a Hitler vía libre para intervenir en Checoslovaquia, trajo peores consecuencias para la República que la marcha de los brigadistas. Las escasas esperanzas que Negrín y otros dirigentes republicanos aún conservaban se esfumaron al comprender que con la claudicación de las democracias ante las exigencias de los nazis todo estaba perdido. Franco respiró aliviado al saber que a partir de ese momento podía volver a contar con la ayuda alemana.

El 30 de octubre las tropas franquistas lanzaron su ofensiva final sobre el frente del Ebro. Tras un duro castigo artillero ocuparon las posiciones abandonadas por las fuerzas republicanas y al final de la jornada habían tomado varias cotas elevadas desde las que se dominaba el campo de batalla. El

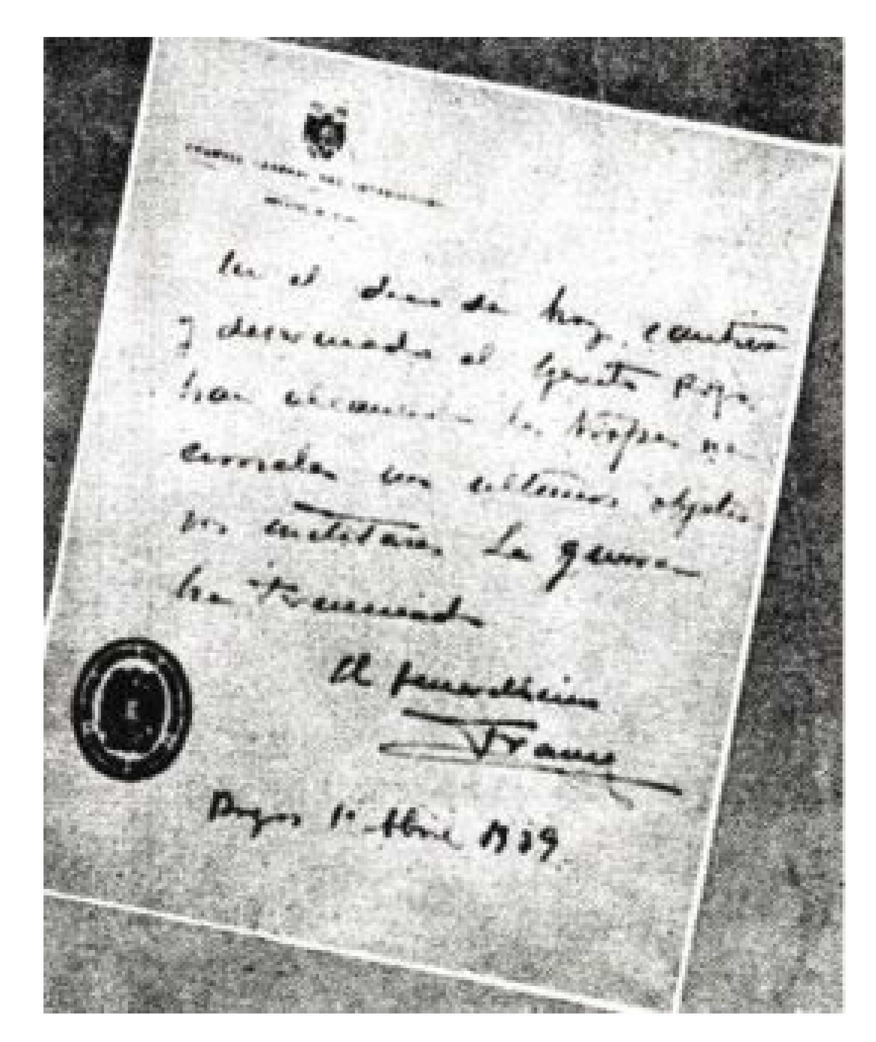
ímpetu de su empuje se mantuvo durante los primeros días de noviembre hasta llegar a las orillas del Ebro. Ante el avance imparable de las fuerzas enemigas la línea de frente republicana comenzó a resquebrajarse amenazando con derrumbarse. El día 10 se ordenó que las últimas posiciones que el Ejército Popular mantenía al otro lado del río fueran abandonadas, iniciándose un ordenado repliegue hacia la orilla opuesta cruzando los puentes que quedaban en pie. En la madrugada del 16 de noviembre los últimos soldados republicanos cruzaron a la margen izquierda, volando los puentes que dejaban atrás para cubrir su retirada. Los copos de nieve de un prematuro invierno habían empezado a cubrir el escenario de una batalla que había comenzado bajo el calor del verano. En los combates habían muerto más de veinte mil soldados de los dos bandos y otros sesenta mil habían resultado heridos.

Tras la victoria Franco se mostró exultante. Había resultado vencedor del pulso mantenido con el general Rojo, su más duro y competente contrincante, dictando la sentencia de muerte de una agónica República. Las tropas franquistas, intuyendo el próximo final de la guerra, tenían una elevada moral que contrastaba con la de sus enemigos. La población civil de las zonas del país que aún controlaba la República, cansada de la guerra, hambrienta y desmoralizada, hacía tiempo que le había retirado su apoyo. El 23 de diciembre seis cuerpos de ejército enviados por Franco penetraron en Cataluña sin apenas encontrar resistencia. El 15 de enero de 1939 ocuparon Tarragona y el 26 entraron en una Barcelona de calles desiertas mientras se producía el éxodo de miles de soldados republicanos y civiles a través de la frontera francesa. El 9 de febrero Franco aprobó la Ley de Responsabilidades Políticas, norma penal con efectos retroactivos dirigida contra todos aquellos que habían colaborado directa o indirectamente con el Gobierno y las autoridades de la República. De la interpretación de su texto se deducía la implacable represión que se estaba preparando contra los derrotados una vez terminada la guerra.

Cuando Azaña recibió la noticia de la ocupación de Barcelona aceptó el consejo de aquellos que le recomendaban huir a Francia. El 28 de enero recibió la visita de Negrín y el general Rojo, quien le presentó un plan de rendición y un trasvase de poderes entre militares. Azaña le pidió al presidente que lo consultase con los demás miembros del Gobierno, recomendación con la que Negrín en un principio se mostró de acuerdo. Sin embargo, dos días después el presidente del Gobierno regresó manifestando su intención contraria, decidiendo seguir resistiendo hasta el final. El 4 de febrero había manifestado su frontal oposición a la decisión tomada por Negrín, considerando que lo mejor era presentar un plan de paz a Franco avalado por Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, que contemplase un compromiso de trato humanitario a los vencidos, incluidos los mandos militares y dirigentes políticos de la República. Negrín renunció a tomar esa vía, intuyendo acertadamente que Franco no aceptaría otra cosa que no fuera una rendición incondicional. Ese mismo día el presidente del Gobierno le comunicó personalmente a Azaña que se refugiase en la embajada española en París hasta que pudiera regresar a España, contingencia que el político español consideró utópica. El día 12 de ese mes, Azaña presentó su dimisión al general Rojo, que se encontraba también exiliado en Francia, aunque el 18 de febrero Negrín le envió un telegrama en el que le instaba a regresar a España como presidente de la República, orden que nunca cumpliría.

Fiel a sus convicciones, Negrín había vuelto a Madrid dispuesto a continuar resistiendo. El coronel republicano Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro, estaba convencido de que la derrota era irremediable y que era inútil proseguir la lucha sacrificando más vidas de soldados y civiles. Con el pretexto de que el presidente Negrín estaba planeando junto con el Partido Comunista de España hacerse con el poder, el 5 de marzo de 1939 Casado encabezó un golpe de estado contra el Gobierno de la República que contó con los apoyos de un sector crítico del Partido Socialista Obrero Español liderado por Julián Besteiro, de los dirigentes anarquistas y de una facción de oficiales del Ejército Popular. Tras el triunfo de la intentona golpista, al día siguiente se nombró el Consejo Nacional de Defensa, presidido por el general José Miaja que asumió las tareas de Gobierno. La resistencia armada que algunos comunistas presentaron a los golpistas fue rápidamente sofocada con la ayuda de los milicianos anarquistas. Ante la realidad de los hechos, los miembros del derrocado ejecutivo de Negrín, a los que el golpe les había sorprendido reunidos en Elda, decidieron escapar a Francia ante el temor de ser apresados por las tropas leales a Casado.

El Consejo Nacional de Defensa quiso negociar con Franco una rendición con condiciones para evitar las represalias contra los que habían luchado en el bando republicano, incluyendo garantías que pudieran permitir tomar el camino del exilio para aquellos que lo desearan. Pero Franco, acariciando con la punta de los dedos la victoria, se negó a aceptar imposiciones de un enemigo al que deseaba infligir una derrota completa. El 27 de marzo el Generalísimo ordenó a sus tropas una ofensiva general en todos los frentes que en su avance apenas encontró resistencia ante el abandono de las armas y la huida precipitada de los soldados al servicio de la República, la mayoría de los cuales se dirigen hacia las costas de Levante esperando una evacuación por barco. El 28 de marzo de 1939, las columnas franquistas entraron en Madrid sin disparar un solo tiro. Ese mismo día otras capitales de provincia también se rendían. Mientras los medios de comunicación internacionales eran testigos del derrumbe de la República, en el puerto de Alicante varios miles de soldados y refugiados desesperados se amontonaban a la espera de un barco que los pudiera sacar de España. El 1 de abril los navíos de guerra de la Armada sublevada bloquearon su entrada, atrapando a la muchedumbre apiñada en los muelles.



En el día de hoy, cautivo
y desarmado el Ejército Rojo
han alcanzado las tropas na-
cionales sus últimos objetivos
militares. La guerra
ha terminado.

El Generalísimo
Franco

Burgos 1º Abril 1939.

El último parte de guerra de nuestra contienda civil firmado por Franco.

Ese mismo día, Franco trabajó en la redacción del último parte de guerra, que consiguió terminar después de escribir varios borradores. El texto definitivo fue llevado desde el palacio de la Isla, sede del Gobierno franquista instalado en Burgos, a los estudios de Radio Nacional en el paseo del Espolón. A las 22:30, el locutor Fernando Fernández de Córdoba procedía a su lectura ante los micrófonos de la emisora: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».

Después de un cruento conflicto entre compatriotas que se había cobrado cientos de miles de vidas y había dejado el país destrozado, Franco había vencido.

Aislamiento internacional

La paz de los vencedores

El fin de la Guerra Civil no trajo una paz derivada de una reconciliación inmediata de los dos bandos enfrentados en la contienda. Además de suprimir las instituciones republicanas, derogar sus leyes, prohibir los partidos políticos y las organizaciones sindicales y proceder a la depuración de los funcionarios del Gobierno derrotado, las autoridades del régimen franquista iniciaron una represión implacable contra todos aquellos que habían servido a la República o eran sospechosos de pertenecer a organizaciones de izquierda. Hasta final de año, la policía y la guardia civil, ayudadas por soldados y milicianos falangistas, registraron ciudades y pueblos, campos y montes, a la búsqueda de aquellos republicanos que se habían escondido intentando ponerse a salvo. Los detenidos, encerrados en improvisados campos de concentración, esperaban angustiados a ser investigados por los servicios de seguridad franquistas, que determinaban su grado de culpabilidad según el nuevo ideario político impuesto por la fuerza de las armas.

Se calcula en un cuarto de millón de personas el número de presos políticos que había en España a finales de 1939. Muchos de ellos, atrapados por las circunstancias de la guerra en el bando perdedor, redimieron sus supuestos delitos con trabajos forzados hasta que las autoridades consideraron que habían pagado por sus culpas. Aquellos republicanos que habían desempeñado puestos de responsabilidad o que fueron acusados de aplicar una brutal represión contra los seguidores de los sublevados, la misma que los vencedores ejercían entonces contra ellos, corrieron peor suerte. No se sabe a ciencia cierta cuántos de ellos fueron fusilados durante la siniestra posguerra tras ser juzgados y condenados por tribunales militares. Algunas cifras han hablado de una cifra próxima a los doscientos mil ejecutados, aunque estudios más recientes rebajan este número hasta los treinta mil presos políticos condenados a morir frente a los pelotones de fusilamiento. En todo caso, Francisco Franco siguió estampando su firma en muchas de aquellas sentencias, en un macabro trámite burocrático en el que debía de sentirse dueño de la vida y la muerte de los que habían sido sus enemigos.

En aplicación de la Ley de Responsabilidades Políticas, las autoridades del régimen franquista dedicaron una especial atención a la Masonería. Franco estaba obsesionado especialmente con esta organización, a la que acusaba de ser una de las responsables de todos los males que había sufrido España desde principios del siglo XIX. Según algunos autores, la raíz de este resentimiento habría que buscarla muchos años antes, cuando durante su juventud pretendió ingresar en una logia masónica y su petición fue rechazada. Otros apuntan a la posibilidad de que su padre, destinatario de su rencor al representar todo lo que despreciaba, hubiera sido masón. Fuera de una u otra forma, terminada la Guerra Civil todos los miembros de la masonería española estuvieron obligados a presentar una declaración jurada en la que se retractaban de pertenecer o haber pertenecido a la misma. Aquellos que no lo hicieron y los que ocultaron su filiación incurrieron en un delito castigado con penas de cárcel. Los que confesaron fueron inhabilitados para ocupar cargos de responsabilidad o directamente fueron cesados en sus puestos. Al igual que ocurrió con los bienes de otras organizaciones políticas y sindicales, los de la masonería también fueron confiscados.

Pocos días después de hacerse oficial el final de la guerra, Franco inició una maratoniana gira por diferentes capitales en la que investido de su poder asistió a grandes concentraciones de seguidores organizadas por su aparato de propaganda, en las que los asistentes manifestaban su adhesión al régimen representado por el Generalísimo. Como final apoteósico de su recorrido por toda España, el 19 de mayo de 1939 presidió en el paseo de la Castellana madrileño el primer «Desfile de la Victoria», acto que a partir de entonces conmemoraría anualmente la fecha del triunfo sobre la República. Situado en una tribuna engalanada con los símbolos de una ideología de clara inspiración fascista, luciendo en su uniforme la Laureada que él mismo se había concedido y tocado con la boina roja del Movimiento, Franco asistió a una impresionante parada militar en la que estuvieron representadas las principales fuerzas del bando sublevado que habían participado en la Guerra Civil. Tras dirigir un discurso por radio a los españoles en un lenguaje que todavía no se había desprendido del contenido belicista con el que se pronunciaban las arengas, aquella intensa jornada terminó con una función de gala en el teatro Calderón donde se representó la zarzuela Doña Francisquita.

Los pilares de un nuevo estado

En los meses siguientes, la propaganda del régimen desarrolló una intensa campaña de culto a la personalidad del líder. Pintadas, carteles, pancartas escritas con el omnipresente apellido Franco presidían todos los desfiles, concentraciones y actos públicos que se celebraban. Los medios de comunicación publicaban y emitían declaraciones de importantes personalidades del mundo académico y de la cultura que mostraban su adhesión al nuevo régimen ensalzando la figura de Franco hasta extremos que hoy en día nos pueden resultar exagerados y ridículos pero que en aquel entonces pretendían poner de manifiesto los altos valores que supuestamente representaba. Nadie podía escapar a esa marea de patriotismo identificado con Franco y en las páginas de los periódicos y en las imágenes de los noticiarios cinematográficos aparecían multitudes de hombres y mujeres de todas las edades imitando el saludo fascista con el brazo derecho en alto mientras gritaban «¡Franco, Franco, Franco!» hasta quedarse afónicos.

Al término de la Guerra Civil, el Generalísimo carecía de los argumentos suficientes para mantener la dictadura que él mismo había instaurado aprovechándose del voto de confianza que le había otorgado el resto de sublevados. Sin oposición a derecha o izquierda del espectro político que pudiera hacer peligrar su liderazgo, impulsó un culto a su personalidad en el que se resaltaba su genio político y militar, al mismo tiempo que se le representaba con una iconografía místico-religiosa en la que aparecía como un elegido por la providencia para salvar España. Para sus antiguos compañeros de armas en Marruecos seguía siendo «Franquito», apelativo que sólo algunos se atrevían a usar entre susurros por lo que pudiera ocurrir. La inmensa mayoría de los generales en activo adoptaron entonces una postura acomodaticia que aceptaba los hechos consumados, guardando un silencio que favorecía sus intereses y reservándose las críticas y sus opiniones personales para manifestarlas en círculos de plena confianza.

Para acceder al poder, Franco no había utilizado los mecanismos de una débil democracia como habían hecho Hitler y Mussolini. Él se había convertido en Generalísimo gracias a una Guerra Civil y su fuerza residía en el ejército que se había proclamado vencedor. Sus generales se habían mantenido en cierta medida alejados de la política mientras habían durado las campañas militares, pero una vez finalizada la contienda Franco sabía que debía comprar sus voluntades o tenerlos ocupados si quería evitar peligrosas veleidades contrarias a sus intereses. El Generalísimo premió entonces a los más cercanos y fieles con ascensos y prebendas, medidas con las que pretendía que estuvieran dedicados en exclusiva a cuestiones castrenses. Para ocupar los cargos políticos escogió a civiles y militares con graduaciones inferiores, hombres competentes y sin demasiadas aspiraciones a los que podía nombrar y cesar a su antojo sin crearse entre ellos enemigos lo suficientemente poderosos para discutir su poder.

Queipo de Llano fue el único general que se atrevió públicamente a no aceptar la autoridad de Franco y su incontinencia verbal provocó que finalmente cayera en desgracia. Cesado fulminantemente como capitán general de Andalucía, Franco lo envió como agregado sin

competencias concretas a la embajada española en Roma, vigilado constantemente por espías que mantenían informado al Generalísimo de cada uno de sus pasos. Con aquel destierro encubierto lejos de España, Franco se había deshecho del último rival que quedaba de la cúpula militar que había protagonizado la sublevación de julio de 1936. Aislado y sin amigos, Queipo de Llano protagonizó un sumiso intento de acercamiento, proclamando su arrepentimiento y solicitando su perdón, clemencia que Franco no concedió. Tras su regreso a España, el general disidente pasó a la reserva, pasando los últimos años de su vida en el ostracismo al que le había condenado el régimen.

Durante el verano de 1939 se profundizó en la reorganización de las instituciones del régimen. El 21 de julio se reformaron los estatutos de FET y de las JONS, eliminando los últimos vestigios que conservaba como organización combativa para adaptarla a la nueva imagen de partido único que se quería dar a la organización, reduciéndola a un simple instrumento con el que canalizar la adhesión al régimen. Los cambios también se extendieron al ejecutivo con la intención de mejorar la gestión y el reparto de competencias. El cargo de vicepresidente del Gobierno, ocupado hasta entonces por el general Francisco Gómez Jordana, fue suprimido y sus funciones fueron asumidas por una Subsecretaría de la Presidencia. Otros militares de indudable lealtad empezaron a destacar en el círculo de colaboradores más próximos a Franco. Entre ellos sobresalía Luis Carrero Blanco, que con el paso del tiempo llegaría a convertirse en la mano derecha del dictador. Todos estos oficiales, muchos de ellos con carreras universitarias y amplia formación académica al margen de la milicia, resultaron muy útiles a Franco porque combinaban sus conocimientos sobre diferentes materias como derecho o economía con su graduación militar, y carecían de un mando efectivo de tropas pero servían a la imagen de disciplina y autoridad que quería transmitir el nuevo régimen. Al mismo tiempo, para evitar que un solo general asumiese el mando conjunto de todas las Fuerzas Armadas, el Ministerio de Defensa Nacional fue dividido en tres carteras separadas, Ejército, Marina y Aire, coordinados por un Alto Estado Mayor presidido por Franco, que sería asesorado por una Junta de Defensa Nacional desprovista de funciones reales y que tan sólo servía para mantener las apariencias de órgano colegiado.

Mientras se establecían los cimientos de la dictadura, Serrano Suñer seguía ejerciendo como hombre fuerte del régimen al amparo de su cuñado. Tras la crisis del 9 de agosto de 1939 que trajo consigo el cambio de Gobierno, Pedro Gamero del Castillo, falangista y hombre de confianza de Serrano, fue nombrado ministro sin cartera. En marzo de 1940, tras el cese del general Muñoz Grandes como secretario general del Movimiento, Gamero ocupó su puesto, por lo que de esta forma Serrano Suñer, presidente de la Junta Política de FET y de las JONS, se hizo indirectamente con el control absoluto del partido. Sin embargo, la actitud prepotente del «cuñadísimo» empezó a granjearle peligrosos enemigos, entre ellos algunos militares con los que se había enfrentado en su deseo por acaparar todos los resortes del poder. Confiado en la inmunidad que le concedía su cercanía al Generalísimo, se atrevía a poner de manifiesto los defectos y carencias de Franco, presumiendo de que tuviera que recurrir siempre a él para resolver los problemas que se planteaban. Sin embargo, su arrogante ambición no pasó desapercibida para Franco, que empezó a tomar buena nota de la actitud de su cuñado. Serrano Suñer le seguía siendo útil, por lo que de momento prefirió guardar silencio hasta que se presentase la ocasión oportuna para deshacerse de él.

Hambruna y reconstrucción

Al margen de la represión ejercida contra los derrotados y las luchas internas por hacerse un lugar en el régimen, la España de posguerra se enfrentaba a unos gravísimos problemas económicos que la pusieron al borde del desastre. La destrucción de ciudades y pueblos, la desaparición de infraestructuras y la pérdida de las cosechas sumió al país en uno de los peores momentos de su historia. Las reservas de víveres se habían agotado y la gente empezó a pasar hambre, al mismo tiempo que las enfermedades contagiosas se cebaban en una población que ya había sido duramente castigada durante la guerra. La propaganda del régimen se había encargado de anunciar a bombo y platillo la autosuficiencia de nuestra economía, pero un año después del fin de la contienda estaba claro que aquella proclama se trataba de una utopía sin fundamento. Gran parte de la población vivía en la miseria y el hambre derivada de la escasez de alimentos básicos se convirtió en la principal preocupación de los españoles. El Gobierno necesitaba con urgencia empréstitos extranjeros con los que pagar alimentos y combustible, créditos que pocos estaban dispuestos a conceder a no ser que fuera en condiciones abusivas. En un intento por repartir equitativamente los productos disponibles se estableció el racionamiento de víveres de primera necesidad, misión encomendada a la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes, organismo público que debía velar por la obtención de los recursos de primera necesidad de la población.



Tras el final de la Guerra Civil, la mayoría de los españoles tuvieron que soportar el hambre y las penalidades que trajo una durísima posguerra.

Como era de esperar el racionamiento dio lugar a la picaresca y pronto surgió el conocido como «estraperlo» o mercado negro, con el que se beneficiaron algunos especuladores y protegidos de la

dictadura. Los elevados niveles de corrupción en las altas esferas del régimen se convirtieron en un nuevo problema ante el que el Gobierno se mostraba sospechosamente impotente. Las autoridades reaccionaron anunciando la imposición de graves condenas, incluso la pena de muerte, para todos aquellos especuladores, intermediarios o comisionistas que se lucraban con el sufrimiento de los demás. Pero a pesar de las amenazas el mercado negro siguió funcionando, amparado en muchos casos por destacadas personalidades del régimen que amasaron grandes fortunas en aquellos años de hambruna. Cuando llegaba el momento de hacer una redada para calmar los rumores de la población, casi siempre eran detenidos estraperlistas de poca monta, pobres diablos que se prestaban a hacer de intermediarios para poder sobrevivir. Cuando excepcionalmente eran acusados hombres de negocios o militares de alta graduación, en realidad se estaba encubriendo la represión contra los disidentes dentro del propio régimen.

Franco contemplaba impertérrito aquel ejercicio de corrupción. En numerosas ocasiones llegaban hasta su mesa detallados informes que inculpaban a destacadas personalidades en escándalos relacionados con el mercado negro. Sin embargo, prefería hacer la vista gorda sobre ellos en un ejercicio de hipócrita magnanimidad en recompensa por la ayuda que le habían prestado en su ascenso al poder. Mientras la mayoría de los españoles se morían literalmente de hambre, a Franco sólo parecía importarle beneficiar a sus amigos y buscar una residencia oficial en Madrid lo suficientemente solemne para albergarle junto a su familia, una especie de corte de acuerdo con sus ambiciones políticas y hasta imperiales. En un principio Franco pensó instalarse en el Palacio Real, la que había sido la residencia de la familia real y posteriormente del presidente de la República, pero esta opción fue rápidamente descartada por Serrano Suñer, que consiguió convencerle de que desistiera de su propósito alegando que los españoles podían identificarlo con la decadencia que representaban los regímenes anteriores. Sin abandonar la búsqueda de una residencia definitiva, Franco y su familia se alojaron provisionalmente en el castillo de Viñuelas, mansión próxima a Madrid y propiedad del duque del Infantado. Serrano Suñer pretendía construir un edificio nuevo que sirviera de morada para el jefe del Estado siguiendo el modelo de las megalómanas construcciones levantadas en los estados fascistas, pero finalmente Franco se decantó por el palacio de El Pardo, residencia íntimamente ligada a las dinastías reinantes españolas desde la época de los Austrias.

Tomada la decisión se iniciaron rápidamente las obras de remodelación para adaptarlo a las necesidades y gustos del Generalísimo y su esposa. Finalizadas las obras, en marzo de 1940 Franco y su familia se instalaron en la llamada ala de los Borbones. A partir de entonces El Pardo se convirtió en la sede de la Jefatura del Estado y en el hogar del dictador hasta su muerte. Rodeado de una pequeña corte compuesta por funcionarios de confianza y protegido por su escolta palaciega, Franco trabajaba en su despacho, celebraba los consejos de ministros y las audiencias, y recibía a los jefes de Estado y autoridades que acudían a visitarlo, convirtiendo el palacio en centro de la vida política del país. Encerrado entre los muros de El Pardo, sin hacer ningún tipo de vida social y convertida en una residencia de ambiente gélido y opresivo regida por un rígido protocolo, Franco llevaba una vida de asceta en una especie de retiro apartado de un pueblo al que tenía sometido. Incluso cuando el 22 de febrero de 1942 murió su padre, el dictador hizo traer su cuerpo para velarlo allí, aunque no asistió al entierro.

A principios de 1940, los aduladores del dictador ensalzaban su figura hasta extremos que sólo pueden ser entendibles dentro de su contexto. Franco se encontraba firmemente asentado en el poder y empezó a hacer planes para convertirlo en vitalicio. De la misma forma, también aspiraba a perpetuar su legado con un símbolo para las generaciones futuras. Fue entonces cuando decidió construir un mausoleo para recordar la memoria de los caídos de su propio bando en la Guerra Civil. Lo que en un principio iba a ser un faraónico monumento exclusivamente reservado para los que la retórica de la época calificaba de héroes pasó a convertirse en un gigantesco panteón donde Franco esperaba ser venerado después de su muerte. El 30 de marzo de 1940, tras la finalización del Desfile de la Victoria de aquel año, una larga comitiva oficial se desplazó hasta el agreste paraje del valle de Cuelgamuros, un lugar situado en la sierra del Guadarrama y a pocos kilómetros del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Fue allí donde Franco escenificó oficialmente el proyecto de construcción del Valle de los Caídos ante una audiencia compuesta por las más altas autoridades del régimen.

La obra fue encargada a los arquitectos Pedro Muguruza y Diego Méndez, aunque el propio Franco supervisó personalmente los planos, dando el visto bueno o rechazando cada una de las propuestas que le presentaban. A pesar de la crítica situación económica por la que atravesaba el país se pusieron todos los medios humanos y materiales disponibles al servicio de la construcción del monumento, sin reparar en gastos de vidas humanas y dinero. En su construcción participaron miles de presos políticos, obligados a redimir sus culpas con trabajos forzados. En un principio no se tenía muy claro lo que realmente se quería construir y se presentaron varios proyectos, algunos tan sorprendentes como una pirámide que fue rápidamente descartada por su simbología masónica. Finalmente se decidió la excavación de una basílica en las entrañas de la montaña presidida en superficie por una cruz gigantesca visible desde varios kilómetros de distancia y con su base decorada con monumentales efigies de los cuatro evangelistas realizadas por el escultor Juan de Ávalos. Franco tenía prisa por ver terminado el Valle de los Caídos y visitaba las obras frecuentemente, pero los retrasos provocados por la complejidad del proyecto y las dificultades técnicas demoraron los plazos de ejecución. Finalmente, el 1 de abril de 1959, fecha en la que se conmemoraba el vigésimo aniversario de la victoria franquista en la Guerra Civil, el monumento fue inaugurado en una solemne ceremonia a la que asistió Franco acompañado por Carmen Polo. El dictador tenía el faraónico mausoleo por el que esperaba ser recordado.

Amistades peligrosas

En el contexto internacional de la época, España se encontraba aislada y olvidada. Las potencias europeas estaban lo suficientemente preocupadas por la amenaza que para la precaria paz del continente suponía la Alemania nazi secundada por la Italia de Mussolini como para prestar atención a la situación de un país devastado situado en su periferia. Ofuscadas por el miedo a un peligro cercano no fueron capaces de darse cuenta de lo que podía suponer para su seguridad tener a un más que posible aliado de sus enemigos controlando la fachada atlántica y la entrada al Mediterráneo. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial llegó el momento a cada nación de posicionarse en un bando. Cuando las tropas alemanas invadieron Francia llegando hasta la frontera con España, Franco decidió subirse al carro de los vencedores. Se trataba de una decisión lógica. Durante la Guerra Civil había contado con el respaldo reticente de los nazis que le habían enviado a la valiosa Legión Cóndor para luchar de su lado y el Generalísimo se sentía obligado a devolverles el favor. Pero al margen de las cuestiones puramente formales, deseando reverdecer las glorias y gestas del Imperio español fundado por su admirado Felipe II, Franco quiso condicionar su entrada en la guerra con una serie de exigencias que no tardó en exponer. Con esa intención el general Vigón, ministro del Aire, viajó hasta Berlín con una carta personal del dictador dirigida a Hitler. Según su texto, Franco se comprometía a involucrar a España en la contienda del lado de Alemania a cambio de obtener una serie de compensaciones territoriales que permitiesen a nuestro país reconstruir en cierta medida su pasado imperio.

En un principio Hitler, con su habitual desprecio, no se mostró excesivamente interesado por la oferta española. Después de la derrota de Francia esperaba doblegar a Gran Bretaña sin la ayuda de nadie. Franco se había atrevido a pedir demasiado, reivindicando la ocupación del Protectorado francés de Marruecos junto con la anexión de parte de Argelia, la recuperación del Peñón de Gibraltar y la expansión del Sahara español y Guinea Ecuatorial a costa de las posesiones coloniales francesas. Hitler no se mostró dispuesto a ceder, teniendo en cuenta además que las exigencias españolas entraban en disputa con los intereses expansionistas de los italianos y la integridad nacional de Francia, cuyo Gobierno colaboracionista se había convertido en aliado de Alemania. Sin embargo, a partir de la enconada resistencia presentada por los británicos en la Batalla de Inglaterra se produjo un cambio en la estrategia de Hitler. El dominio del Mediterráneo se convirtió en un asunto prioritario y para conseguirlo era preciso hacerse con el control del estrecho de Gibraltar. Hitler recuperó entonces el interés por España y reclamó a Franco la intervención prometida.

Pero la situación había cambiado con respecto a unos meses antes. En contra de lo que proclamaban los alemanes, Inglaterra no estaba ni muchos menos vencida y el Generalísimo empezó a dudar sobre la conveniencia de entrar en el conflicto. Tras calmarse el entusiasmo inicial, la cruda realidad del país desaconsejaba dar ese paso. España atravesaba una durísima posguerra y carecía de los recursos necesarios para embarcarse en una aventura bélica que no contaba con excesivas garantías de éxito, por más que los alemanes insistieran en la próxima victoria y se comprometieran a

suministrar toda la ayuda que Franco pudiera necesitar. Para tantear el estado de las relaciones mutuas, Serrano Suñer viajó hasta Alemania para entrevistarse personalmente con Hitler. Durante la reunión se pusieron de manifiesto las diferencias que separaban ambas posturas y un posible acercamiento de las mismas se pospuso para un encuentro posterior. Encumbrado al puesto de ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer preparó una reunión entre el Generalísimo y el Führer que finalmente se celebró el 23 de octubre de 1940 en la estación fronteriza de Hendaya. Mucho se ha hablado y escrito sobre la trascendencia de aquella conversación entre los dos dictadores. Franco, en inferioridad de condiciones, soportó a duras penas las presiones para que se comprometiera a entrar en la guerra del lado de las fuerzas del Eje. La posición española insistió en sus reclamaciones territoriales y en la ayuda económica y militar prometida por Alemania como condiciones vinculadas a su participación. Pero Hitler no se comprometió a nada y tras los halagos mutuos y las buenas palabras la reunión terminó sin alcanzar ningún acuerdo.



Franco se despide de Hitler tras su entrevista en Hendaya. El líder nazi tan sólo obtuvo del dictador español vagas promesas de colaboración.

Ante el peligro de una más que posible intervención española en la guerra, las autoridades británicas aprovecharon ese período de relativa calma para desplegar toda una serie de medidas con el fin de evitarla. Alan Hillgarth, un oficial de los servicios británicos de inteligencia, elaboró un plan secreto para sobornar a generales próximos a Franco y ganarlos así para la causa aliada. Juan March, empresario y banquero benefactor de la causa franquista durante la Guerra Civil, personaje intrigante y misterioso dispuesto siempre a hacer negocios, fue la persona elegida por Hillgarth para organizar la red. March aceptó sin dudar el ofrecimiento de los británicos a cambio de una cuantiosa comisión y en junio de 1940 se abrió una cuenta en las oficinas de la Swiss Bank Corporation de Nueva York en la que se ingresaron diez millones de dólares a nombre del banquero mallorquín para efectuar los pagos. Su misión era la de convencer a los generales para que defendieran ante Franco la neutralidad de España. En el caso de que el dictador se decidiese finalmente por la entrada en la Guerra del lado

del Eje, los altos mandos sobornados debían protagonizar un golpe de estado para derrocarlo. El general Aranda, jefe de la Tercera Región Militar, con sede en Valencia, fue elegido por la inteligencia británica como el hombre idóneo para encabezar la sublevación. Orgaz, alto comisario del Protectorado español de Marruecos, y Varela, ministro del Ejército, fueron también algunos de los más de veinte generales implicados en la trama que retiraron fondos de la cuenta controlada por March.

Ajeno a los esfuerzos británicos, Hitler jugó sus cartas para intentar convencer a Franco. En el mes de noviembre de 1940 el almirante Canaris, director del Abwehr, el servicio de inteligencia alemán, viajó a Madrid para fijar los detalles de la entrada de España en la guerra al lado de las fuerzas del Eje. El almirante había desempeñado una brillante labor como enlace entre Franco y las autoridades alemanas durante la Guerra Civil, sabía hablar castellano y mantenía una estrecha amistad con el dictador español. Pero lo que en aquellos momentos desconocía el Führer era que Canaris era un convencido opositor al régimen nazi, decidido a luchar desde dentro para contribuir a su derrota, circunstancia que influiría posteriormente en el desarrollo de los acontecimientos. Cumpliendo órdenes, el almirante le expuso a Franco el plan según el cual el 10 de enero de 1941 las tropas alemanas cruzarían la frontera franco-española para lanzar, en el marco de la que sería conocida como «Operación Félix», una ofensiva conjunta contra Gibraltar el día 30 de ese mismo mes. El Generalísimo, abrumado por las exigencias alemanas, le contestó que era una fecha demasiado precipitada y que España no estaba lo suficientemente preparada para entrar en la guerra. Aquella respuesta defraudó a Hitler, decidido a invadir nuestro país a toda costa para cerrar el estrecho de Gibraltar. Sin embargo, las circunstancias de la guerra iban a provocar un cambio de planes. Los fracasos militares italianos en los Balcanes, Grecia y Libia, unidos a los preparativos de la «Operación Barbarroja», la apertura del frente del este con la invasión de la Unión Soviética, obligaron a los alemanes a un esfuerzo bélico sin precedentes que precisaba de todos los recursos humanos y materiales disponibles. Hitler se olvidó por el momento de España y concentró su atención en las nuevas campañas militares emprendidas por sus ejércitos, concediendo a Franco un poco más de tiempo para meditar su decisión.

Un cese anunciado

A pesar de que los recelos mutuos empezaban a hacer mella en la relación entre Franco y Serrano Suñer, el dictador siguió confiando en su cuñado, declarado germanófilo y partidario de entrar en la guerra cuanto antes, a la hora de llevar el peso de la política exterior española. Con sus decisiones, el ministro de Asuntos Exteriores se había ganado a pulso el odio y el rencor de los diferentes sectores que apoyaban al régimen. Generales, falangistas y monárquicos se sentían traicionados y humillados por la actitud arrogante del «cuñadísimo». Situado en la cima de su poder, Serrano Suñer se creía intocable, haciendo y deshaciendo sin tener en cuenta la opinión de los demás mientras cavaba su propia tumba política. A lo largo del mes de mayo se produjo una nueva reestructuración de la cúpula del régimen en la que Franco impuso su criterio, nombrando para puestos clave del Gobierno a una serie de colaboradores leales entre los que se encontraban declarados enemigos de Serrano Suñer. El capitán de fragata Luis Carrero Blanco, en aquel entonces jefe de operaciones de la Armada, fue elegido para el puesto de subsecretario de la Presidencia, cargo que le daba acceso directo al reducido círculo de colaboradores de Franco. Su capacidad de trabajo y su fidelidad incuestionable convirtieron al que llegaría a ser almirante y presidente del Gobierno a principios de la década de los setenta en el consejero más valorado por Franco y posiblemente en su único verdadero amigo a lo largo de toda su vida.

Serrano Suñer interpretó con preocupación los cambios introducidos que apartaban a sus hombres de los puestos de mayor influencia dentro del régimen. El nombramiento de Carrero Blanco supuso para él la pérdida del control del Ministerio de la Gobernación y, dejándose llevar por una cólera mal contenida, presentó entonces su dimisión, renuncia que no fue aceptada por Franco. Aquel primer enfrentamiento supuso el primer paso de un progresivo distanciamiento entre ellos que acabaría en una abrupta ruptura. En un intento por recuperar el terreno perdido, Serrano Suñer fue el promotor de un proyecto que terminaría poniendo en serio peligro la neutralidad de España en la Segunda Guerra Mundial. El inicio del ataque alemán a la Unión Soviética brindó al régimen la oportunidad de nadar entre dos aguas. A las pocas horas del comienzo de la «Operación Barbarroja», el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, recibió una oferta española de ayuda enmarcada dentro de la que era anunciada como «cruzada contra el bolchevismo». Franco terminó accediendo al envío de un contingente de soldados españoles a combatir en el frente del este y el 24 de junio de 1941 se obtuvo la aprobación personal de Hitler para la participación de una «legión» de voluntarios españoles en la campaña. Con ese arriesgado paso España cambiaba su neutralidad por una ambigua «no beligerancia» con la que se intentaba contentar a los alemanes al mismo tiempo que evitaba una implicación más directa en el conflicto mundial.

Al llamamiento para luchar contra la Unión Soviética se presentaron cerca de cuarenta mil voluntarios, cifra que superaba con creces todas las expectativas. Finalmente se reclutaron los efectivos suficientes para formar una división e inmediatamente se iniciaron los preparativos para enviarla al campo de batalla. Bajo el mando del general Agustín Muñoz Grandes, un militar de ideología

germanófila que había forjado su prestigio durante la Guerra Civil, los primeros soldados de la División Azul, nombre con el que sería conocido el contingente de voluntarios españoles, partieron en tren desde Madrid para hacer una primera escala en Alemania, en donde recibieron entrenamiento y equipamiento militar alemán antes de ser enviados a primera línea en el frente de Leningrado. Aquel gesto del régimen de Franco unido al tono belicista de sus declaraciones y discursos despertaron todas las alarmas en el bando aliado, que los interpretó como la adopción de una postura previa que anunciaba una definitiva toma de partido a favor de la Alemania nazi. En aquellos momentos España parecía estar más cerca de verse involucrada en una nueva guerra.

Mientras la política exterior de nuestro país caminaba peligrosamente por la cuerda floja, en el interior se agravaba el enfrentamiento entre Franco y Serrano Suñer. El ministro de Exteriores veía peligrar su posición mientras perdía a pasos agigantados la confianza que hasta entonces había depositado en él su cuñado. El desencadenante de la crisis definitiva entre ambos lo encontramos en el que entonces fue conocido como «incidente de Begoña». A partir de 1942 se recrudeció el enfrentamiento entre los falangistas y la cúpula del Ejército. Desde la dirección de FET y de las JONS, José Luis Arrese había sido el encargado de apartar del partido a todos los dirigentes próximos a Serrano Suñer, elementos caracterizados por una ideología fascista y germanófila que no convenía fomentar ante el cambio de signo que empezaba a atisbarse en la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo, muchos generales habían manifestado abiertamente su oposición a los falangistas en general y hacia Serrano Suñer en particular, exigiendo a Franco que apartase a su cuñado del Gobierno. La reunión del Consejo de Ministros del 4 de mayo de 1942 acabó en un duro enfrentamiento dialéctico entre miembros militares y falangistas del ejecutivo que a punto estuvo de llegar a las manos. Por si fuera poco, los monárquicos, y entre ellos los carlistas, vieron la posibilidad de una restauración propiciada por el cambio de signo de la Segunda Guerra Mundial y su apoyo a la causa aliada les supuso enfrentarse directamente con los falangistas.



Serrano Suñer, el «cuñadísimo» de Franco, nunca ocultó sus simpatías por el régimen nazi.

En medio de este ambiente crispado, el 16 de agosto de 1942 se celebró en el santuario de Nuestra Señora de Begoña en Bilbao un acto religioso en memoria de las almas de los requetés carlistas caídos durante la Guerra Civil. Al acto acudió, entre otras personalidades, el general José Enrique Varela, ministro del Ejército. Tras finalizar la misa, muchos de los requetés concentrados en el exterior del recinto religioso corearon consignas contra los falangistas presentes, que respondieron a sus provocaciones con insultos. La tensión fue en aumento hasta desembocar en violentos enfrentamientos entre ambos grupos. Juan José Domínguez, líder falangista y en aquel entonces inspector nacional del SEU, el sindicato universitario del partido, lanzó dos granadas de mano contra los carlistas. Una de las bombas no llegó a estallar pero la otra explotó causando un importante número de heridos, algunos de ellos muy graves. El general Varela pretendió mostrar los sucesos ante Franco como un atentado perpetrado por falangistas y dirigido contra él, interpretándolo como un ataque directo contra el Ejército. Sintiéndose ultrajado, aprovechó la situación para exigir la cabeza de Serrano Suñer en una airada conversación con Franco. El dictador tomó entonces una serie de decisiones con las que intentó contentar a las diferentes partes. El peor parado fue Juan José Domínguez, condenado a muerte y fusilado a pesar de que importantes personalidades del régimen pidieron su indulto. Los testimonios sin apenas fundamento que lo acusaban de actuar como espía de los aliados contribuyeron a dictar su sentencia.

Los sucesos de Begoña se cobrarían más víctimas, en este caso incruentas. El 3 de septiembre de 1942, Franco llamó a Serrano Suñer al palacio de El Pardo y sin más preámbulos le comunicó su cese como ministro de Asuntos Exteriores, decisión que había tomado para contentar a los militares que pedían su salida inmediata del Gobierno. Tras comunicarle fríamente la noticia, Franco echó a Serrano Suñer de su despacho con la excusa de que estaba muy ocupado. Valentín Galarza, ministro

de Gobernación y otro de los hombres del «cuñadísimo» dentro del ejecutivo, también fue cesado. Para que nadie pudiera decir de él que perjudicaba a unos para beneficiar a otros, el dictador había aceptado un día antes la dimisión del general Varela al frente del Ejército. La caída en desgracia de Serrano Suñer, aun a pesar de ser esperada, no dejó de sorprender a los dirigentes del régimen. Aunque no hay duda de que su prepotencia y carácter intrigante influyeron en su destitución, los rumores de la época apuntaron a una presunta infidelidad conyugal del ministro como la causa final que provocó su separación del Gobierno. Con su decisión Franco había enviado una inequívoca señal a todos los que se habían atrevido a dudar de su autoridad, advirtiéndoles de que en caso de que se opusieran a sus designios podían correr la misma suerte que el «cuñadísimo».

Cambio de rumbo

Con la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial a finales de 1941, los aliados aumentaron su capacidad ofensiva y por primera vez se sintieron lo suficientemente fuertes para plantar cara a los nazis en el escenario bélico europeo. Se planteó entonces la posibilidad de planear operaciones militares a gran escala y desde el verano de 1942 se impulsaron los preparativos en este sentido. Atendiendo a las reiteradas peticiones de Stalin de abrir un segundo frente que aliviase la presión que ejercían los alemanes sobre los soviéticos, los aliados comenzaron a barajar distintas opciones y tras valorarlas se decidió organizar un desembarco en las costas de las colonias francesas en el norte de África que recibió el nombre en clave de «Operación Torch». Además de contar con la más que posible resistencia de las fuerzas armadas francesas bajo las órdenes del Gobierno colaboracionista de Vichy, los aliados prestaron una especial atención a la ambigua «no beligerancia» proclamada por Franco, un eufemismo que hasta entonces le había servido al dictador para nadar entre dos aguas.

En aquel momento la posición de España en la Segunda Guerra Mundial continuaba siendo dubitativa y a mediados de 1942, la situación parecía haber entrado en un compás de espera. La División Azul enviada por Franco para combatir contra el comunismo en la Unión Soviética había presagiado lo peor pero con el paso del tiempo los aliados comprendieron que se había tratado de una maniobra de Franco para ganar tiempo ante los alemanes. La destitución de Serrano Suñer había descabezado al sector germanófilo del régimen, aclarando en cierta medida cuál podía ser la postura que el dictador español iba a adoptar ante la guerra a partir de entonces. Los más desconfiados entre los aliados no creían en un verdadero cambio de actitud y en medio de esta confusa situación nadie tenía muy clara cuál podía ser la reacción española ante un desembarco en las costas del norte de África bajo control de Vichy.

En el caso de que Franco finalmente decidiera entrar en la guerra del lado de las potencias del Eje, o en el caso de que se produjera la temida invasión alemana de la Península, los aliados contaban con la ventaja de tener un cierto margen de tiempo para prepararse. La Wehrmacht se encontraba al límite de sus capacidades empleando casi todos sus recursos disponibles en el frente ruso, por lo que el traslado de las unidades y el equipo necesario hasta la frontera española tardaría al menos varias semanas, circunstancia que no pasaría desapercibida a los servicios de inteligencia aliados. En caso de que la entrada en nuestro territorio fuese finalmente por la fuerza, la previsible resistencia de las tropas españolas a la invasión supondría un retraso considerable al avance de los alemanes hacia Gibraltar. En el supuesto de que su entrada fuera permitida por Franco, el estado lamentable de las infraestructuras, en gran parte destruidas tras el final de la Guerra Civil, también supondría una importante demora.

A pesar de contar de antemano con estas ventajas, los aliados no dejaron nada en manos de la improvisación, desplegando una intensa ofensiva diplomática para evitar que España se uniese a los alemanes y dando instrucciones concretas con ese fin a sus embajadores acreditados en Madrid. El 9

de junio de 1942, Carlton J. Hayes fue nombrado al frente de la legación diplomática de Estados Unidos en nuestro país. Actuando en colaboración con sir Samuel Hoare, su colega británico, la misión de ambos diplomáticos era hacer todo lo posible por tranquilizar a las autoridades españolas y obtener de ellas un compromiso expreso de neutralidad. Para evitar suspicacias iniciales, se descartó definitivamente el plan de un posible desembarco en las islas Canarias, posibilidad que en un principio se había barajado y de la que habían tenido conocimiento los servicios secretos españoles. Con esta medida se pretendía suavizar el clima de tensión para favorecer el entendimiento entre el régimen de Franco y los aliados. Pero a pesar de los esfuerzos diplomáticos emprendidos en este sentido no se obtuvieron las garantías esperadas por parte de las autoridades españolas.

En este contexto, norteamericanos y británicos diseñaron una serie de planes en el marco de la «Operación Torch» para extender su ofensiva en caso de que España finalmente cediera a las presiones alemanas y entrase de su mano en la guerra. Se daría entonces el peor de los escenarios posibles y los setenta mil soldados aliados implicados en el desembarco en el norte de África podrían quedar atrapados entre las tropas francesas leales al régimen colaboracionista de Vichy y los alemanes que pudiesen llegar desde España. Al mismo tiempo Gibraltar quedaría al alcance de la artillería española desplegada frente al Peñón y su hipotética ocupación por fuerzas del Eje pondría bajo su control las dos orillas del Estrecho con nefastas consecuencias para los intereses estratégicos aliados en el Mediterráneo. Bajo el nombre de «Operación Backbone», 'Espina Dorsal' en castellano, se plasmaron sobre el papel una serie de operaciones militares para en ese supuesto neutralizar a las fuerzas españolas acantonadas en el Protectorado de Marruecos y en el sur de la Península.

Al amanecer del 8 de noviembre de 1942 se produjo el desembarco aliado en el norte de África. La noticia desató la ira de Hitler, que ordenó la ocupación de la Francia de Vichy como represalia por la tibia respuesta de sus fuerzas ante el ataque. Mientras los soldados desembarcaban en las playas y consolidaban la cabeza de puente, las miradas de alemanes y aliados se dirigieron hacia Franco pendientes de su reacción. La pasividad y el silencio del dictador irritaron aún más a Hitler y preocuparon seriamente a norteamericanos y británicos. Estos últimos adoptaron una serie de medidas diplomáticas y militares para conjurar el peligro. El presidente Roosevelt envió a Franco una carta firmada de su puño y letra con la que pretendía tranquilizar al régimen franquista afirmando que la «Operación Torch» «no atentaría contra el pueblo o el territorio español, en la Península o en Ultramar». A cambio de esa garantía, el presidente norteamericano pedía al dictador que mantuviera la neutralidad de España. De la misma forma, Samuel Hoare acudió a visitar a Franco para garantizarle en nombre de su Gobierno la no intervención de los aliados sobre territorio español, comprometiéndose además a potenciar las relaciones comerciales entre ambos países como gesto de buena voluntad.

A pesar de todos estos esfuerzos, y como era habitual siempre que se trataba con el Generalísimo, los aliados no obtuvieron de él una promesa expresa de mantenerse al margen, por lo que decidieron activar la segunda fase del plan de contingencias previsto en la «Operación Backbone». En caso de que llegara a producirse la temida intervención española, las tropas aliadas ocuparían el Protectorado español de Marruecos para después invadir Andalucía estableciendo una línea de frente en Sierra Morena, barrera que debía evitar una supuesta ofensiva alemana lanzada desde territorio francés.

También se había previsto una sublevación de la población marroquí del Protectorado y de las guarniciones de tropas indígenas contra las autoridades españolas. Para conseguirlo se esperaba contactar con elementos republicanos españoles exiliados en el Marruecos francés que serían los que liderarían la revuelta y establecerían en el Protectorado un gobierno civil bajo supervisión de las autoridades militares aliadas.

En este clima de máxima tensión bélica, Franco contó siempre con la ayuda inestimable del almirante Canaris. A partir de la derrota alemana en la Batalla de Inglaterra el jefe de la Abwehr había llegado al convencimiento de que Alemania no ganaría la guerra, sospecha que los últimos acontecimientos parecían confirmar. De la misma forma, sus principios morales le hicieron ver la grave irresponsabilidad que supondría por su parte intentar convencer a Franco para que participase en una guerra que el almirante ya daba por perdida. Sin tener en cuenta la opinión de sus compatriotas, que lo habrían acusado de traidor, Canaris se mantuvo firme en sus convicciones prestándose a un peligroso doble juego. Mientras por un lado cumplía con las órdenes de Hitler, por otro iba a intentar convencerlo de que la entrada de España en la guerra iba a traer más inconvenientes que ventajas. Para conseguirlo, preparó un exhaustivo informe para el Führer en el que le exponía, de forma un tanto exagerada, el lamentable estado en el que se encontraban las fuerzas armadas españolas, desaconsejando su intervención en el conflicto. Según avanzaba la guerra, Canaris intervino en los sucesivos intentos emprendidos desde Berlín para convencer a las autoridades españolas. En todos estos casos, el almirante se mantuvo fiel a su compromiso, colaborando estrechamente con el general Vigón, jefe por aquel entonces de los servicios de inteligencia franquistas, y el general Martínez Campos, jefe del Estado Mayor Central. Gracias a su colaboración, Franco disponía de información privilegiada y jugaba siempre con ventaja, conociendo de primera mano las intenciones alemanas, actitud que le granjeó el respeto y la confianza plena del Generalísimo.

Mientras en Berlín el almirante Canaris recibía las críticas de los jerarcas nazis ante la aparente ineptitud mostrada por el jefe de Abwehr a la hora de predecir los desembarcos en el norte de África, los aliados continuaban preocupados con la posible reacción de Franco si se sentía amenazado. Cuando el dictador recibió la carta de Roosevelt ordenó al general Orgaz, alto comisario del Protectorado y uno de los generales sobornados por la inteligencia británica, que pusiera a las fuerzas del territorio en estado de alerta, si bien desconfiando de su lealtad concedió al general Yagüe, falangista convencido y con fama de germanófilo, su mando efectivo para asegurarse el control sobre las mismas. Cuando finalmente la «Operación Torch» se culminó con éxito y se disiparon los temores a una posible intervención alemana, los generales norteamericanos Clark y Patton se entrevistaron en varias ocasiones con el alto comisario del Protectorado y el general Yagüe en un ambiente cordial y distendido. Nunca se ha llegado a conocer del todo el carácter y el contenido real de esas reuniones y si los mandos españoles actuaron por iniciativa propia o en cumplimiento de las órdenes dictadas desde la cúpula del régimen. Lo que sí está claro es que sirvieron para disipar la tensión en la zona mientras a los alemanes cada vez les quedaban menos dudas sobre el cambio de actitud de Franco.

La batalla de Stalingrado y los desembarcos aliados en el norte de África, unidos a las victorias del general Montgomery sobre el Afrika Korps de Rommel en el desierto libio, supusieron un cambio de signo en la marcha de la Segunda Guerra Mundial. Todas estas derrotas alemanas influyeron decisivamente en Franco a la hora de fijar su nueva posición en el conflicto. El ostracismo de Serrano Suñer y la posición de neutralidad mantenida durante el desarrollo de las operaciones aliadas en el norte de África fueron ejemplos que ilustraron las nuevas intenciones de Franco, confirmadas en octubre de 1943 con la orden de retirada de la División Azul del frente ruso. Los acontecimientos descartaban la victoria final alemana y el dictador buscó un acercamiento a los aliados en un intento por cambiar la apariencia del régimen y evitar así una intervención extranjera que pudiera derrocarlo.

Atrapado por su pasado

A finales del verano de 1944 ya nadie dudaba de la victoria aliada. El desembarco de Normandía había abierto un segundo frente en Europa y las tropas alemanas sufrían una derrota tras otra. Todo parecía apuntar a que el nazismo iba a arrastrar en su caída a todos los regímenes fascistas europeos que lo habían apoyado y en esas mismas fechas la oposición española en el exilio empezó a prepararse para derrocar a Franco. En Toulouse se constituyó un comité nacional de liberación controlado por los comunistas y tras la retirada alemana de Francia cerca de diez mil combatientes españoles, veteranos de la Guerra Civil y de la resistencia francesa, tomaron posiciones a lo largo de la frontera con la intención de cruzarla y provocar un levantamiento de la población. El 16 de octubre de 1944 cinco mil de ellos penetraron en el valle de Arán entablando duros combates con unidades del Ejército. Tras varias semanas de lucha la inmensa mayoría fueron muertos o apresados, aunque una minoría consiguió contactar con las partidas de irreductibles maquis que operaban en las zonas agrestes del interior de la Península desde finales de la Guerra Civil. Acusados de terroristas y forajidos por la propaganda del régimen, fueron perseguidos hasta que en la década de los cincuenta las fuerzas del orden consiguieron acabar con los últimos grupos aislados que hasta entonces habían resistido.

Desde posiciones más moderadas la oposición monárquica también se dispuso a tomar partido ante una posible intervención aliada en España para apartar a Franco del poder. El 19 de marzo de 1945 don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII y heredero al trono de España, hizo público en Lausanne, ciudad suiza en donde permanecía exiliado, un manifiesto dirigido a los españoles en el que declaraba su oposición a Franco y se presentaba como alternativa al régimen. En su texto el pretendiente se comprometía a instaurar una monarquía constitucional en España que tendría como principios rectores el reconocimiento de los derechos humanos, la defensa de las libertades políticas, el establecimiento de una asamblea legislativa democrática, el reconocimiento de la diversidad regional y una amnistía general para todos los presos políticos. Al mismo tiempo hacía un llamamiento a todos los monárquicos que ocupaban cargos de importancia en el régimen para que mostrasen su adhesión al manifiesto presentando su renuncia a Franco.

Aunque la proclama monárquica de don Juan de Borbón apenas encontró respaldo entre sus seguidores, fue interpretada por Franco como un ataque directo y personal contra él. La propaganda del régimen no tardó en montar una dura campaña de prensa contra el pretendiente que no evitó que destacados monárquicos como Jacobo Fitz-James Stuart, decimoséptimo duque de Alba y embajador en Londres, obedecieran la orden contenida en el manifiesto de Lausanne y presentaran su renuncia. Pero a pesar del enfrentamiento entre ambos, Franco no se mostró dispuesto a romper definitivamente con don Juan y envió varios emisarios con la misión de intentar convencerle para que recapacitara y diera marcha atrás a su postura.

En aquellos momentos el Generalísimo necesitaba contar con todos los apoyos posibles y la actitud manifestada por don Juan sólo podía contribuir a empeorar la situación. Mussolini había

muerto a manos de los partisanos italianos y tras el suicidio de Hitler en el búnker de Berlín la Alemania nazi se había rendido el 8 de mayo de 1945. Tres meses más tarde Japón capituló tras el lanzamiento de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. La Segunda Guerra Mundial había terminado y las cosas no pintaban demasiado bien para el régimen de Franco, que se había quedado solo en la escena internacional. En un esfuerzo por mejorar su imagen, en la etapa final de la contienda se había buscado un acercamiento hacia los aliados y especialmente hacia Estados Unidos, llegándose a barajar la posibilidad de que España declarase la guerra a Japón y se enviase al teatro de operaciones del Pacífico una nueva División Azul para luchar contra los japoneses en las Filipinas. Sin embargo los aliados rechazaron su ofrecimiento y la maniobra de Franco no salió como él esperaba. El lavado de cara a última hora del régimen no sirvió para borrar las huellas de su reciente pasado como aliado de la Alemania nazi.

El 25 de abril de 1945 se inauguraron las sesiones plenarias de la Conferencia de San Francisco. Entre las cerca de cincuenta naciones presentes en el encuentro era patente la ausencia de los países que habían formado parte de las fuerzas del Eje. España tampoco se encontraba entre las invitadas. En junio de 1945 los asistentes a la Conferencia vetaron por mayoría el ingreso de España en la futura Organización de las Naciones Unidas. Aunque en un principio Estados Unidos había dejado la puerta abierta a una posible inclusión, las presiones de la Unión Soviética y los recelos de Gran Bretaña se impusieron finalmente, marginando a España del nuevo orden mundial que empezaba a gestarse. De esta forma la dictadura de Franco quedaba aislada internacionalmente y sin posibilidad de acceder al amplio programa de ayudas a la reconstrucción europea que supuso la puesta en marcha del conocido como Plan Marshall. La amenaza de una posible intervención externa para derrocar al régimen de Franco volvió a planear sobre el horizonte.

En el interior del país el Generalísimo contaba con el apoyo incondicional del Ejército y de un amplio sector de la Iglesia católica, pilares a los que se aferraba firmemente para mantenerse en el poder. Pero Franco sabía que debía introducir una serie de cambios si quería sobrevivir en medio del nuevo escenario internacional que se estaba construyendo. Para ello debía desprenderse del lastre fascista que arrastraba el régimen y esforzarse por ofrecer una falsa imagen de apertura democrática con la que ganar tiempo. El 14 de julio de 1945 las Cortes aprobaron el Fuero de los Españoles, un remedo de constitución en el que se reconocían una serie de derechos fundamentales limitados por el carácter autoritario de la dictadura. Al mismo tiempo, los elementos falangistas fueron desplazados del Gobierno por figuras más moderadas, entre ellas la de Alberto Martín-Artajo, nuevo ministro de Asuntos Exteriores y destacado activista católico, que fue el encargado de ofrecer un aspecto más humano del régimen de cara al exterior, intentando romper el aislamiento internacional al buscar un acercamiento al Vaticano. Pero todas estas medidas apenas sirvieron para aliviar la presión procedente del exterior.

El 25 de agosto se constituyó en México un Gobierno Provisional de la República que fue reconocido como legítimo por algunos países y durante los meses siguientes el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas elaboró un informe en el que acusaba de fascista al régimen de Franco, señalando además que suponía un riesgo potencial para la paz mundial. Intentando contrarrestar su influencia, el 9 de diciembre de 1945 se organizó un acto multitudinario en la plaza de Oriente de

Madrid con el que se pretendió mostrar al mundo la adhesión incondicional a Franco del pueblo español. Apenas tres días más tarde la Asamblea General de las Naciones Unidas aconsejó a todos sus miembros la retirada de sus embajadores de España hasta que se dieran los pasos necesarios hacia una transición democrática. La recomendación fue seguida mayoritariamente y en Madrid tan sólo permanecieron el nuncio del Vaticano y los representantes diplomáticos de Portugal y Argentina. Franco estaba más aislado que nunca y su régimen parecía tener los días contados.

Poder absoluto

Ganando tiempo

Al final de la década de los años cuarenta la dictadura franquista se tambaleaba. Pero el Generalísimo, lejos de rendirse, se preparó para resistir utilizando la misma estrategia que había empleado durante los años de la Segunda Guerra Mundial, dejando pasar el tiempo a la espera de acontecimientos mientras confiaba en que la coyuntura internacional se aclarase y le terminase siendo favorable. Pero esa táctica no era aplicable a la situación interna de España, donde se hacía evidente que tenía que tomar medidas urgentes si quería desactivar la oposición creciente de los monárquicos infiltrados dentro del régimen. Asesorado por Carrero Blanco, el dictador impulsó la redacción de la que fue llamada Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado. Según su texto, España era un Reino gobernado por Franco que se reservaba el derecho a proponer un candidato monárquico para sucederle. El texto normativo fue presentado ante las Cortes, que lo aprobaron por unanimidad, y el 7 de julio de 1947 fue sometido a referéndum. El resultado de la consulta, como suele ser común en todas las dictaduras, fue abrumadoramente favorable.

Con la Ley de Sucesión refrendada por el plebiscito popular, Franco se anotó un doble tanto a su favor. Por un lado había arrebatado la iniciativa a los monárquicos, dando una pátina democrática a sus poderes absolutos al mismo tiempo que abría la posibilidad a una futura restauración. Por otro, la Ley le consolidaba de por vida en el poder, convirtiéndolo en un jefe de Estado vitalicio que había asumido prerrogativas propias de los reyes como era la concesión de títulos nobiliarios. Con su hábil jugada, Franco había conseguido desmoralizar y dividir al sector monárquico hasta el punto de que la mayoría de sus miembros consideraban que había llegado el momento de abogar por un acercamiento entre don Juan de Borbón y el dictador como única forma de evitar el progresivo debilitamiento de su causa. Desde el exterior la situación se veía de forma diferente. Los monárquicos en el exilio defendían colaborar con los republicanos en una unión contra natura que apenas obtuvo resultados. En 1948 don Juan de Borbón inició una gira de contactos por varios países buscando un apoyo internacional que muy pocos estuvieron dispuestos a brindarle. Ante la creciente debilidad de sus seguidores dentro y fuera de España, el pretendiente aceptó el consejo de las cancillerías inglesa y

norteamericana, que le recomendaban entrevistarse personalmente con Franco, quien también deseaba el encuentro para mejorar la imagen del régimen.

La reunión se celebró finalmente el 25 de agosto de 1948 a bordo del yate Azor en aguas del golfo de Vizcaya frente a la costa de San Sebastián. La entrevista duró cerca de tres horas y durante el transcurso de la misma se hicieron evidentes las diferencias de criterio que separaban a ambos personajes. Franco se consideraba dueño de la situación y como tal quiso imponer sus condiciones, eludiendo la cuestión de fondo y centrándose en el tema de la futura educación de don Juan Carlos, el heredero de don Juan de Borbón. El dictador quería que cursase sus estudios en España, posibilidad a la que en un principio se negó su padre. Finalmente se llegó a un acuerdo de compromiso con la condición de que cesase la propaganda antimonárquica del régimen. El 8 de noviembre de 1948, a los diez años de edad, don Juan Carlos llegó por primera vez a España para iniciar sus estudios. Franco había conseguido apuntarse una victoria, garantizando la continuidad del régimen con la presencia del heredero a la corona.

Suprimida la oposición monárquica, le llegó el turno al resto de la disidencia. A partir de 1947 los maquis que aún combatían en zonas remotas de la Península dejaron de constituir una amenaza y se convirtieron en partidas aisladas que fueron eliminadas por las fuerzas del orden. El movimiento sindical, concentrado en las comarcas industriales de Cataluña y el País Vasco, redujo sustancialmente su actividad al mismo tiempo que la policía desmantelaba los últimos grupos de las organizaciones de izquierda. El 7 de abril de 1948 se decretó el fin del estado de guerra, escenificando con esta medida la pacificación total del país. Aun así, se aprobó la Ley de Represión del Bandidaje y Terrorismo, una durísima norma que dejaba en manos de la jurisdicción militar los casos relacionados con los delitos de carácter político. Franco había conseguido aplastar la oposición interna y en el exterior la ofensiva política contra su régimen empezaba a mostrar los primeros síntomas de debilidad. El tiempo volvía a dar la razón al dictador.

Aliados en la Guerra Fría

El nuevo orden mundial surgido tras el final de la Segunda Guerra Mundial empezaba a mostrar su cara más sombría. Europa se encontraba dividida en dos bloques, con los países del este del continente bajo la órbita de la Unión Soviética y las arruinadas democracias occidentales apoyadas por Estados Unidos. La tensión aumentó varios grados con la guerra civil en Grecia y el bloqueo impuesto por los soviéticos en el Berlín ocupado. De la misma forma que había ocurrido en la contienda mundial, había llegado el momento de decantarse por un bando y tanto rusos como americanos buscaban aliados para reforzar su posición sobre el tablero. A la vez que aumentaba progresivamente el anticomunismo de los países occidentales descendía la hostilidad que habían mostrado hacia el régimen de Franco, olvidando sus antecedentes y sin prestar importancia al detalle de que se trataba de una dictadura.

Los primeros que dieron un paso adelante en este sentido fueron los norteamericanos. En febrero de 1948 el almirante Sherman, jefe de las fuerzas navales estadounidenses en el Mediterráneo, visitó Madrid para entrevistarse personalmente con Franco y conocer de primera mano cuál era su posición ante la nueva situación internacional planteada por la Guerra Fría. El Generalísimo manifestó desde un primer momento su adhesión incondicional al bloque occidental liderado por Estados Unidos, no sólo por razones ideológicas sino también buscando con ese posicionamiento un reconocimiento internacional del régimen. Los norteamericanos agradecieron la entusiasta disposición del dictador a ponerse de su lado con la concesión ese mismo mes de febrero de un crédito de sesenta millones de dólares a España. Estados Unidos había encontrado un valioso aliado en Franco y estaban dispuestos a ayudarlo, presionando a la ONU para que en noviembre de 1950 retirase las sanciones contra el régimen, decisión que provocó el paulatino regreso de los embajadores occidentales encuadrados en las filas del entonces llamado mundo libre.

A pesar de estos modestos éxitos internacionales, la situación interna de España no acababa de estabilizarse. A comienzos de 1951 Franco tuvo que enfrentarse a una serie de protestas sociales provocadas por la maltrecha situación económica que atravesaba el país. Las movilizaciones comenzaron en Barcelona durante el mes de marzo y se extendieron rápidamente por el País Vasco, Navarra y Madrid. Las fuerzas del orden reprimieron con dureza las manifestaciones y en pocos días la normalidad volvió a las calles. Franco volvió a acusar a la masonería de estar detrás de las movilizaciones en un intento por lanzar una cortina de humo que distrajera la atención sobre los verdaderos problemas que las habían causado. Inquieto por la situación, el 19 de abril de 1951 buscó soluciones con una renovación del Gobierno. Con la ayuda de Carrero Blanco buscó el equilibrio entre las distintas facciones del régimen, eligiendo a los nuevos ministros entre sus más destacados líderes. Quizá el cambio más significativo que revelaba el nuevo reparto de poder se produjo en la Subsecretaría de la Presidencia del Gobierno, órgano que fue elevado a la categoría de Ministerio, al mismo tiempo que su titular, el propio Carrero Blanco, era nombrado secretario del

Consejo de Ministros, nombramiento que reforzaba su posición como mano derecha de Franco y hombre fuerte del régimen.

Resueltos los problemas internos llegó el momento de avanzar en el plano de las relaciones internacionales. El 25 de agosto de 1953 se firmó en Roma el Concordato con la Santa Sede, lo que supuso el reconocimiento por parte de la Iglesia católica del régimen de Franco. Según señalaba su texto, se establecía la confesionalidad del Estado español y se reconocían todos los derechos y prerrogativas que en el pasado hubiera tenido la Iglesia en España. A cambio, la Santa Sede reconocía las competencias del jefe del Estado a la hora de designar a los obispos de las diócesis del país mediante una terna que era presentada ante el Papa. Quizá la condición más sorprendente recogida en el Concordato era la obligatoriedad de los nuevos prelados de prestar juramento de fidelidad al jefe del Estado y rezar por todas las autoridades españolas. Al margen de estas cuestiones, el acuerdo con la Santa Sede normalizó las relaciones entre la Iglesia y el Estado al mismo tiempo que se producía una identificación del régimen con los principios católicos, unión que sería ventajosa para Franco pero que a la larga se revelaría contraproducente para la imagen de la institución eclesiástica en España. Pero aunque el Generalísimo entrase bajo palio en los recintos sagrados, una de las imágenes más características del franquismo, no significaba que contase con la aprobación de toda la jerarquía católica, lo que supuso que con el paso de los años se acrecentasen las críticas contra Franco lanzadas desde los púlpitos. Uno de los primeros y más sonados casos fue el del cardenal Segura, que con sus homilías lanzadas contra el dictador desde su archidiócesis de Sevilla provocó más de un conflicto.

Las negociaciones bilaterales con Estados Unidos también iban por buen camino y se concretaron el 26 de septiembre de 1953 con la firma entre ambos países de los Acuerdos de Madrid, convenio que contenía un compromiso de defensa mutua en el que se incluía un programa de asistencia militar a España junto con un importante paquete de ayudas económicas. En los diez años siguientes el régimen se benefició de varios miles de millones de dólares entregados por la Administración norteamericana junto con varias partidas de material bélico que sirvieron para modernizar las fuerzas armadas españolas. Como contraprestación se cedieron a Estados Unidos las bases de utilización conjunta de Rota, Morón, Torrejón y Zaragoza, que contribuyeron a extender la red defensiva contra la amenaza comunista en Europa dentro del contexto de la Guerra Fría.

La corte de El Pardo

Mientras la dictadura franquista encontraba su sitio en la esfera internacional, la familia del Generalísimo iba a vivir un acontecimiento familiar que iba a eclipsar los momentos difíciles por los que atravesaba el país, acaparando las portadas de los periódicos y revistas. El 11 de abril de 1950 se casaba Carmencita Franco Polo, la única hija del dictador. El novio era Cristóbal Martínez-Bordiú, un joven y apuesto médico al que había conocido un año y medio antes. A la ceremonia, celebrada por el cardenal primado de España y digna de una princesa de las casas reinantes europeas, asistieron las más altas personalidades del Estado y varios cientos de invitados que después acudieron a una recepción en los jardines del palacio de El Pardo. La boda de su hija fue una de las pocas ocasiones en las que se pudo ver a Franco feliz, aunque no todo era como aparentaba ser.

Hasta entonces, la vida de Carmen Franco había estado condicionada por ser la hija del Generalísimo. Había pasado su niñez y adolescencia entre algodones, atrapada entre las paredes de El Pardo y sometida a una rígida educación dirigida por institutrices y profesoras particulares que la prepararon para convertirse en una esposa modelo y cumplir con los ideales femeninos que propugnaba la propaganda del régimen. Apenas tenía amigas y cada vez que salía lo hacía acompañada por un séquito que vigilaba cada uno de sus pasos. En algunas ocasiones se saltaba el rígido protocolo que la rodeaba en todo momento y acudía con alguna amiga a alguna cafetería de moda en donde podía escapar por unas horas del encierro en el que vivía. Fue en una de esas ocasiones cuando conoció al que acabaría convirtiéndose en su marido.

Con su simpatía y aspecto de galán de cine, Cristóbal Martínez-Bordiú no tardó en conquistar el corazón de la joven e ingenua hija de Franco, desplegando todo su encanto personal para ganarse también el afecto de Carmen Polo. Aunque la madre del novio era la condesa de Argillo, su familia atravesaba unos apuros económicos que les impedían seguir el ritmo de vida que se esperaba de su posición social, lo que despertaba ciertas sospechas en cuanto a las intenciones del pretendiente. Cuando las relaciones entre ambos jóvenes se formalizaron, Franco apenas pudo disimular su decepción por la elección que había hecho su hija. Sin embargo el dictador fue incapaz de contradecir sus deseos y dio su consentimiento a la celebración de la boda. No tardaría mucho tiempo en lamentarlo. Como había esperado, su yerno pronto empezó a dar muestras de un comportamiento altivo y frívolo que disgustaba a su suegro, aprovechándose de su posición para hacer grandes negocios. Como médico en ejercicio se especializó en cirugía cardiovascular, pero también tuvo tiempo para enriquecerse formando parte de los consejos de administración de varias grandes empresas que así se beneficiaban de un trato de favor por parte del régimen.



En esta foto de los servicios de propaganda del régimen, Franco posa junto a su hija Carmen.

El «yernísimo», como Cristóbal Martínez-Bordiú empezó a ser conocido, también utilizó su posición privilegiada para introducir a varios miembros de su familia en el exclusivo y restringido círculo de El Pardo, convirtiendo el palacio en una especie de «corte de los milagros» a la que acudían todos aquellos que querían medrar al amparo del régimen. Franco contemplaba a esos intrusos advenedizos con disgusto, pero no decía nada ni adoptaba medidas contra ellos, dejándolos actuar con total impunidad, incluso cuando su propio yerno se vio implicado en algunos escándalos de corrupción denunciados por la prensa internacional. La razón de su silencio estaba en que podían salpicarle directamente, más teniendo en cuenta que su hermano Nicolás también aparecía relacionado con alguno de ellos. La respuesta de Franco ante las acusaciones se limitó a echar la culpa a la consabida conspiración masónica orquestada contra él.

En aquel entonces la propaganda del régimen se esforzaba por ofrecer una imagen de austeridad, haciendo hincapié en la rectitud y honestidad de la clase dirigente. Sin embargo la realidad que se ocultaba bajo aquellas apariencias dejaba mucho que desear. De la modestia sin apenas lujos en la que la familia Franco había vivido hasta entonces, se había pasado a una ostentación palaciega que resultaba especialmente llamativa. Incluso el propio dictador, el único que hasta entonces parecía haber escapado a la tentación de exhibir la magnificencia de su poder, se dejó arrastrar por aquella corriente en la que todos, incluida su propia familia, buscaba enriquecerse con numerosas actividades comerciales y financieras que no siempre eran lícitas. Como era de esperar los rumores se extendieron rápidamente, propagados en muchos casos por los colaboradores más cercanos a Franco, que de esa forma criticaban el cambio de actitud que había experimentado al mismo tiempo que advertían sobre los efectos perniciosos que podían suponer para la imagen del régimen.

En todo este asunto jugó un destacado papel la figura de José María Sanchís, un oscuro personaje que ha pasado muchas veces desapercibido para la historia. Tío de Cristóbal Martínez-Bordiú, consiguió introducirse en la corte de El Pardo hasta llegar a convertirse en administrador de los bienes de la familia Franco. Conocido como el «tío Pepe», se sirvió de la adulación para desempeñar desde las sombras el papel de gestor de todas las finanzas del clan familiar al mismo tiempo que se encargaba de resolver los pequeños problemas de índole doméstica que surgían en el día a día de la vida en la residencia del Generalísimo. Sin ocupar nunca un cargo oficial, se ganó la plena confianza del matrimonio Franco, ejerciendo una influencia sobre ellos que muy pocas personalidades del régimen podían tener. Esta circunstancia le granjeó numerosos enemigos, que no veían con muy buenos ojos su permanente presencia en El Pardo, aunque nadie se atrevió a arremeter contra él para no contrariar al dictador. Sanchís supo aprovecharse de su privilegiada posición para enriquecerse con toda suerte de negocios, no siempre del todo claros, que incluían ventajosas especulaciones inmobiliarias. Convertido en un auténtico maestro en el tráfico de influencias, Franco conocía sus actividades pero las permitía haciendo la vista gorda. Hay que tener en cuenta que su gestión económica hizo ganar mucho dinero a la familia del Generalísimo, lo que lo convirtió en un personaje imprescindible.

Hasta entonces el estilo de vida de Carmen Polo se había caracterizado por su discreción y austeridad, pero a partir de la década de los cincuenta experimentó un profundo cambio que se puso de manifiesto en su intención de ejercer activamente como primera dama del régimen dirigido con mano de hierro por su marido. Las valiosas joyas y los ostentosos abrigos de pieles se convirtieron en el complemento habitual de su atuendo en sus cada vez más numerosas apariciones públicas. Muchos de los que ansiaban un puesto oficial, un ascenso o la concesión de un privilegio sabían que si hacían un buen regalo a «la Señora», como era conocida Carmen Polo, tendrían muchas posibilidades de conseguirlo. De esta forma la esposa de Franco acumuló una importante colección de joyas y antigüedades por las que nunca pagó nada. Del matrimonio entre Carmen Franco y Cristóbal Martínez-Bordiú nacerían siete hijos que hicieron que aumentase considerablemente la familia. La abuela, preocupada por el porvenir de sus nietos, se hizo aún más ambiciosa, acaparando bienes de lujo, entre ellos sus espectaculares collares de perlas, y realizando una serie de ventajosas inversiones asesorada por el «tío Pepe».

De la misma forma que Carmen Polo adquirió más protagonismo en la vida pública, en el plano personal acrecentó su influencia sobre Franco. La esposa del dictador empezó a controlar gran parte de la actividad de su marido, actuando como filtro de las visitas que acudían al Pardo y aconsejándole sobre cuestiones políticas de importancia. «La Señora», que hasta entonces había ocupado siempre un segundo plano, se hizo inseparable del Generalísimo, acompañándolo en todo momento en sus viajes oficiales, estando siempre presente en recepciones y controlando cada uno de sus movimientos. Carmen Polo intentaba mantenerlo apartado de las cuestiones domésticas, extendiendo esta actitud a aquellos problemas políticos que pudieran desagradar a su marido. La manipulación de Franco por parte de su esposa empezó a dejarse notar y el dictador empezó a mostrarse cada vez más inaccesible y retraído, incluso con algunos miembros de su propia familia. Preocupada por que los monárquicos pudieran arrebatarle el poder a su esposo, Carmen Polo hizo todo lo posible para que se mantuviera controlado a don Juan de Borbón, confiando en que con sus maniobras pudiera impedir en un


futuro que él o su heredero pudieran acceder al trono. Despejaba así el camino a la realización de su propio sueño, que no era otro que la fundación de una dinastía Franco encarnada en la figura de su hija y continuada con alguno de sus nietos.

Películas, cacerías y corrupción

Mientras el país asistía a un incremento de las campañas de exaltación y culto a la personalidad de Franco, el dictador se mostraba cada vez más inaccesible, manteniendo una barrera infranqueable que lo separaba del resto de los españoles. Encerrado por voluntad propia entre los muros de El Pardo, llevaba una vida aburrida sometida a las rutinas diarias de un metódico ejercicio del poder. La gélida frialdad de la que hacía gala su personalidad, exenta de cualquier rasgo de espontaneidad que pudiera expresar cierta cordialidad, le alejaba del ejército de aduladores que lo rodeaban intentando obtener algo de él. Sus colaboradores más cercanos también sufrían esta extrema severidad, convirtiendo las reuniones y entrevistas de Estado en un duro trago en el que la incomodidad y la tensión podían cortarse con un cuchillo. Este férreo autocontrol de las emociones de Franco se extendía a su propia familia, y se mostraba incluso poco afectuoso con sus nietos, a los que apenas dedicaba un gesto de cariño o una palabra amable. Cada vez más encerrado en sí mismo nadie, ni siquiera su propia esposa, podía conocer qué era lo que pasaba por su cabeza en relación a un tema en concreto, lo que contribuía a aumentar la incertidumbre y tensión de todos los que le rodeaban.

El día a día de Franco estaba sometido a un rígido horario en el que apenas se permitían concesiones. El dictador solía levantarse temprano y tras un frugal desayuno y un poco de ejercicio físico al aire libre comenzaba su jornada de trabajo. Durante la semana dedicaba casi todo el tiempo a las audiencias y a tratar asuntos de gobierno con Carrero Blanco. Los viernes se reservaban en exclusiva a los Consejos de Ministros, reuniones maratonianas de hasta doce horas de duración durante las cuales Franco permanecía impertérrito y sin apenas moverse del sillón que ocupaba, dejando hablar a los responsables de cada cartera ministerial sin interrumpirles, adoptando un papel receptivo para después preguntarles sobre algún aspecto de su exposición antes de tomar una decisión y dictar las órdenes oportunas. Durante las audiencias también dejaba que hablasen los demás exponiendo sus opiniones y deseos. Franco sabía que de esa forma podía conocer su forma de pensar para después controlarlos, sin necesidad de adoptar una postura clara que pudiera revelar sus intenciones sobre el asunto en particular.

La política en general, con sus audiencias, recepciones oficiales y Consejos de Ministros, le resultaba muy aburrida, aunque nunca desatendió sus obligaciones como jefe del Estado. Franco encontraba refugio en su círculo familiar más cercano a esa vida protocolaria que él mismo hacía aún más insoportable con su gélida actitud. Acompañado por su esposa comía en las dependencias privadas de El Pardo, casi siempre en silencio mientras degustaba un menú sencillo de comida tradicional española. Sus nietos pasaban mucho tiempo con ellos aunque el Generalísimo apenas les prestaba atención. La consigna dada a los niños por Carmen Polo era no molestar al abuelo con sus juegos y risas, limitando con estricta severidad su actividad dentro de palacio. Franco disfrutaba de sus horas de ocio escuchando la radio o viendo la televisión, especialmente partidos de fútbol, mientras comparaba los resultados de la jornada deportiva del domingo con los de la quiniela que él

mismo solía rellenar. Según algunas fuentes, en 1967 completó un boleto con doce aciertos, lo que le supuso un premio de casi tres mil pesetas que por supuesto cobró.

Sus escasas distracciones también incluían esporádicas partidas de mus con algunos de sus colaboradores más cercanos, aunque siempre se disputaban en un clima poco distendido que no permitía a sus compañeros de mesa tomarse ninguna confianza. Lo que no sabemos es si se dejaban ganar. Los domingos por la tarde también veía alguna película en la sala de cine acondicionada en el palacio de El Pardo, especialmente del oeste o comedias americanas y españolas, sus favoritas, una costumbre que se inició en 1946 y se mantuvo hasta un mes antes de su muerte. Hay que señalar que Franco fue el autor del argumento de Raza, película dirigida por José Luis Sáenz de Heredia y estrenada el 5 de enero de 1942. En los títulos de crédito el nombre de Franco aparecía oculto bajo el seudónimo de Jaime de Andrade, mientras que el propio director firmaba el guión técnico. La cinta, protagonizada por el actor Alfredo Mayo en el papel de José Churruca, álter ego del propio Franco, es una biografía idealizada del dictador ambientada en los años anteriores a la Guerra Civil y durante la contienda, en la que los personajes republicanos son presentados sin excepción como los malos de la historia y en la que se realiza un alegato en favor de los principios y valores del régimen franquista. En la década de los años cincuenta, en un contexto político mundial completamente diferente al que se vivía en la época en que fue rodada, se realizó un nuevo montaje de la película para adaptarla a los nuevos tiempos. Así, se cambiaron algunas líneas del guion y se suprimieron las escenas en las que se hacía el saludo fascista con el brazo en alto, o las que contenían alguna crítica hacia Estados Unidos.

En 1942, apareció bajo el sello de la editorial Numancia la novela homónima del filme bajo el subtítulo Anecdotario para el guión de una película, firmada también con el seudónimo de Jaime de Andrade. No fue la primera obra de ficción escrita por Franco. En 1922, mientras era comandante en África, consiguió publicar Marruecos, diario de una bandera, novela mediocre de aventuras llena de tópicos heroicos en donde relataba el día a día de los oficiales y soldados que luchaban en el Protectorado. La incursión de Franco en el mundo de la literatura no se limitó a la novela y al guión cinematográfico, extendiéndose al ensayo. Además de los artículos publicados en la década de los treinta en la Revista de Tropas Coloniales, de la que fue director, entre los años 1946 y 1951 escribió una serie de cuarenta y nueve ensayos en las páginas del diario Arriba, órgano de Falange, bajo el críptico seudónimo de Jakim Boor. Desde las páginas del periódico el dictador acusaba a los masones de ser los principales responsables de los problemas que afectaban a España, sin ahorrar calificativos a la hora de atacarlos. Todos ellos fueron recopilados posteriormente en un libro titulado Masonería, que mantuvo el seudónimo del autor. Es curioso el interés que Franco mostró por fomentar la creencia sobre la existencia real de Jakim Boor, hasta el punto de ordenar que se inscribiera al personaje en el registro oficial de una audiencia civil en el palacio de El Pardo. El Generalísimo tampoco quiso que su faceta como escritor pasase desapercibida y en 1964 solicitó su ingreso en la Sociedad General de Autores de España con su verdadero nombre.

Con el paso de los años, abrumado tal vez por las obligaciones como jefe del Estado y cansado por el peso de la edad, Franco abandonó su pasión juvenil por la literatura y sus deseos maduros de convertirse en escritor. Su biblioteca era muy reducida y apenas dedicaba tiempo a la lectura,

prefiriendo otros pasatiempos que exigiesen un menor esfuerzo de concentración. En muchas ocasiones pasaba horas encerrado en su despacho, leyendo áridos informes oficiales o redactando alguno de sus escasos discursos en los que se ponían en evidencia sus escasas dotes para la oratoria. Buscando escapar de las tareas de gobierno y recuperar el contacto con la naturaleza, Franco encontró en la caza y en la pesca una válvula de escape. Se trataba de una reminiscencia de sus tiempos como cadete en la Academia de Infantería, cuando prefería los ejercicios y maniobras al aire libre que soportar las aburridas clases teóricas impartidas en las aulas. En los alrededores de El Pardo disponía de un extenso coto de caza exclusivo en el que podía dar rienda suelta a su afición, pero cuando esta se convirtió en una auténtica pasión los montes cercanos a su residencia oficial se quedaron pequeños.



La caza se convirtió en el pasatiempo favorito del dictador.

A partir de entonces Franco empezó a participar en grandes cacerías organizadas para él en las mejores fincas cinegéticas tanto públicas como privadas. Durante varios días, a veces incluso semanas enteras, el dictador desaparecía de la escena pública dedicado a su distracción favorita. En aquellas batidas el dictador cazaba un número de piezas que en muchas ocasiones resultaba increíble, extendiendo el rumor popular de que los ojeadores empujaban a los animales hasta el puesto que ocupaba Franco para que pudiera disparar sobre ellos sin posibilidad de errar. Estas monterías se

convirtieron en actos sociales a los que acudían altos dignatarios del régimen, grandes empresarios bien relacionados que buscaban nuevos contactos para sus negocios y famosos del espectáculo que ponían una nota de frivolidad en aquellos encuentros. Todos ellos competían entre sí a la hora de adular las dotes como cazador de Franco, que no podía disimular su satisfacción al contemplar el enorme número de piezas que supuestamente había cobrado.

Sus más cercanos colaboradores veían con preocupación cómo dedicaba cada vez más tiempo a sus aficiones mientras desatendía los asuntos de Estado, posponiendo indefinidamente la resolución de los problemas del país o dejando en manos de otros la toma de decisiones. A los largos períodos que pasaba cazando o pescando había que unir las vacaciones estivales, cada vez más prolongadas, que solía pasar en San Sebastián o sobre todo en Galicia instalado en el pazo de Meirás, propiedad situada en el municipio coruñés de Sada que le había sido regalada en 1938 por las autoridades franquistas y acondicionada como residencia para el jefe del Estado con fondos obtenidos por suscripción popular. Embarcado en el yate Azor, dedicaba muchos días de sus vacaciones de verano a recorrer las costas gallegas para practicar la pesca deportiva en alta mar. También pasaba varias semanas durante la primavera practicando ese deporte en los ríos salmoneros asturianos. Cuando alguien de su círculo más cercano, cansado de esperar, acudía a él para hablarle de una cuestión que no admitía demora, Franco eludía su responsabilidad alegando que la solución debía ser meditada antes de tomar una decisión definitiva.



El palacio de El Pardo se convirtió en la residencia oficial del dictador.

Cuando las informaciones que llegaban hasta él hacían referencia a los preocupantes niveles de corrupción del régimen, Franco prefería mirar para otro lado, sobre todo cuando algunos de los casos más flagrantes apuntaban directamente contra la peculiar corte instalada en el palacio de El Pardo.

Tras la muerte de Ramón Franco, Nicolás ocupó la vacante de miembro problemático en la familia, aprovechando todas las oportunidades que se le presentaban para enriquecerse mediante el tráfico de influencias. Nicolás Franco tenía las puertas abiertas en todos los Ministerios y organismos públicos a los que acudía, donde tenía contactos que en muchas ocasiones le debían el puesto. La férrea autarquía económica impuesta por el régimen era la oportunidad ideal para hacer grandes negocios al margen de la ley. Tan sólo se necesitaba conocer a la persona idónea que pudiera mover los hilos del poder que garantizasen la impunidad. Nicolás Franco era ese hombre y todos los que querían obtener concesiones, subvenciones o eludir la acción de la justicia sabían que tenían que recurrir a él para conseguirlo. A cambio de un soborno cuya cuantía variaba según la dificultad del asunto a resolver, el hermano del Generalísimo podía acelerar los trámites o detener el proceso.

Franco recibía informes cada cierto tiempo que le ponían al corriente de las actividades de Nicolás. Pero al contrario de lo que había ocurrido con el fallecido Ramón, el dictador ni lo criticaba ni lo llamaba al orden, quizá porque en esta ocasión la ideología de su hermano comulgaba plenamente con la suya. Amante del dinero que podía pagar los lujos de su elevado tren de vida, llegó un momento en que Nicolás se volvió demasiado ambicioso, ofreciéndose él mismo como intermediario para conseguir favores y prebendas, lo que a la larga le supuso una pérdida de su capacidad de intermediación y una reducción de la cotización de sus servicios. Para no perder su posición privilegiada dentro de las numerosas tramas de tráfico de influencias que serpenteaban entre los resortes del poder, Nicolás prestó su imagen a algunas de las empresas protagonistas de los escándalos más sonados de corrupción del franquismo, entre ellos el «caso REACE», más conocido como el del «aceite de Redondela», una estafa en la que se produjo la desaparición de miles de litros de aceite y que se cerró en falso con la muerte en extrañas circunstancias de algunos de los implicados. En todos estos casos Franco no quiso intervenir en defensa de su hermano. Otros se encargarían de hacerlo por él para evitar que nadie pudiera acusar al dictador, dentro o fuera de España, de estar implicado en turbios asuntos.

10

Desarrollismo y baby boom

Las crisis coloniales de los cincuenta

A mediados de la década de los cincuenta Franco había conseguido asentarse firmemente en el poder. El peligro de una intervención extranjera en España para derrocarle había desaparecido y la oposición al régimen en el interior del país había sido reducida a la mínima expresión, acosada por la represión y dividida en numerosas facciones, cada una de ellas representante de una corriente política diferente e incapaces de aunar sus fuerzas en su lucha contra el franquismo. En el plano internacional, el apoyo brindado por Estados Unidos logró que el 8 de diciembre de 1955 España fuera admitida como miembro de pleno derecho en la ONU, un éxito diplomático que dio legitimidad al franquismo y cerró una larga etapa de aislamiento. Es en estos años cuando se produjeron dos acontecimientos que en cierta medida iban a poner fin al anhelado sueño de Franco de fundar un nuevo imperio español a imagen y semejanza del que gobernó su admirado Felipe II.

Desde los primeros momentos del Protectorado español en Marruecos surgieron diferentes movimientos marroquíes de oposición interna que se plantearon como objetivo alcanzar la independencia. Sin embargo, las rivalidades entre sus líderes les impidieron unirse para emprender acciones coordinadas. Sería a partir de la segunda mitad de los años cuarenta cuando el nacionalismo marroquí resurgió con fuerza. El descontento generalizado de la población marroquí por la presencia en su territorio de las administraciones española y francesa se manifestaba en actos cada vez más multitudinarios que servían de plataforma para exponer sus reivindicaciones, centradas en el establecimiento de una monarquía representada en la figura de Mohamed V, teniendo el islam y la lengua árabe como elementos integradores.

El Gobierno francés, presionado por los colonos y el ala dura del Ejército, se opuso a realizar cualquier tipo de concesión a los marroquíes, elevando el grado de tensión en la zona. Mientras tanto, las autoridades españolas desplegaron en el territorio bajo su jurisdicción una política errática que se adaptaba a las circunstancias coyunturales. Al contrario de lo que ocurría en la Península, el régimen de Franco permitió la creación de algunos partidos políticos moderados que en sus programas contemplaban alcanzar la independencia. Impulsado por destacados dirigentes del nacionalismo, en

1951 se creó en Tánger el Frente Nacional Marroquí. Durante los meses siguientes la organización desarrolló una intensa actividad política hasta conseguir la celebración de una votación en la ONU que reconociese en una resolución el derecho de Marruecos a obtener su independencia. Sin embargo la proposición no llegó a prosperar al no obtener mayoría.

Ante aquel desafío independentista, los franceses ejercieron una violenta represión contra los líderes nacionalistas que fue contestada con una cadena de atentados contra colonos y funcionarios de la metrópoli. En un intento por extirpar de raíz el conflicto, desde el Elíseo se tomó la decisión de desterrar a Mohamed V, medida que provocó la indignación de la población marroquí. En todas las ciudades y pueblos, en las mezquitas y en los cafés, se elevó un clamor popular que amenazaba con una insurrección armada en todo el territorio. Por el contrario, el Protectorado español se mantenía en relativa calma. Al frente de la Alta Comisaría, el general Rafael García Valiño mantuvo una política de tolerancia y acercamiento hacia las posiciones nacionalistas marroquíes que provocó la irritación de sus homólogos franceses. La actitud de las autoridades españolas se explica teniendo en cuenta el rencor que Franco y los militares «africanistas» aún guardaban contra Francia por la ayuda que había prestado a los rebeldes de Abd el-Krim durante la sublevación del Rif, colaboración que cesó cuando los propios franceses fueron atacados.

A lo largo de 1951 se produjeron varios encuentros entre las máximas autoridades coloniales de ambos países en un intento por aunar esfuerzos para detener el avance del nacionalismo marroquí, reuniones que finalmente no sirvieron para llegar a acuerdos conjuntos. En este ambiente de enfrentamiento larvado entre las dos administraciones, el 9 de febrero de 1954 visitó España una delegación presidida por el gran visir de Tetuán acompañada por García Valiño. Franco los recibió en audiencia oficial y leyó un discurso en el que criticaba indirectamente las medidas de fuerza adoptadas por los franceses, declaraciones que sirvieron para enturbiar aún más las relaciones con Francia. Las autoridades del Protectorado español tampoco intervinieron cuando el 30 de abril de 1955 comenzaron desde sus estudios en Tetuán las emisiones de Radio Dersa con una programación centrada en transmitir el mensaje nacionalista. Mientras tanto, el Protectorado francés atravesaba un período de extrema violencia que en aquel verano se saldó con varios cientos de atentados que dejaron un reguero de víctimas tanto francesas como marroquíes. Atrapado en un callejón sin salida, el Gobierno del Elíseo adoptó un cambio de actitud iniciando con los representantes marroquíes las negociaciones para establecer el proceso de independencia.

El Gobierno de Franco, cogido por sorpresa y alarmado por el inesperado cambio de rumbo que habían tomado los acontecimientos, intentó dar marcha atrás para evitar la independencia cuando era demasiado tarde. Hasta ese momento el régimen había confiado en sus propias capacidades para mantener el control sobre el Protectorado. Franco había alardeado sobre ello diciendo que Marruecos no obtendría la independencia antes de que transcurrieran veinticinco años. Cuando se hizo evidente que se había equivocado al hacer su pronóstico echó a otros la culpa de sus propios errores. El 2 de marzo de 1956 se firmó el acuerdo por el que Francia concedía la independencia de Marruecos. A partir de entonces se agravó la situación en el Protectorado español y se produjeron graves disturbios de signo independentista en las principales ciudades. A estos graves incidentes se añadieron varias huelgas que paralizaron las cuencas mineras del Rif.

Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos y para evitar una guerra colonial que pusiera en peligro la estabilidad del régimen franquista, el 3 de abril de 1956, el Consejo de Ministros anunció la independencia del Protectorado. Al día siguiente, Mohamed V viajó hasta Madrid para encabezar ante el Gobierno español las negociaciones del acuerdo de independencia. Durante la celebración de las sesiones, se hizo patente la antipatía mutua entre Franco y el sultán, que se plasmó en las agrias discusiones mantenidas entre ambos mandatarios. Finalmente, el 7 de abril de 1956 se concedió la independencia al Protectorado español sin que las autoridades españolas impusieran ningún tipo de condiciones. Al día siguiente Mohamed V hizo su entrada triunfal en Tetuán, la antigua capital de la colonia.

La pérdida del Protectorado no sentó nada bien a un sector de los militares, que se atrevieron a criticar abiertamente la forma en la que se había afrontado la crisis. Este descontento debió influir en la cúpula del régimen cuando llegó la hora de enfrentarse a un nuevo problema colonial. Ifni era un pequeño enclave de soberanía española situado en la costa atlántica marroquí. Tras alcanzar su reciente independencia, las autoridades del país norteafricano, con Mohamed V a la cabeza, exigieron la devolución de aquella pequeña región situada dentro de su territorio. A partir de entonces los nacionalistas locales y elementos del Ejército de Liberación Marroquí, la antigua fuerza guerrillera que había luchado por la independencia contra los franceses, emprendieron una campaña de protestas incitando a la población de Ifni contra las autoridades españolas. El 10 de abril de 1957 se produjeron violentas manifestaciones que desembocaron en el asesinato de soldados y funcionarios nativos leales a España. Franco no estaba dispuesto a cometer los mismos errores en los que habían caído los franceses en el Protectorado y desde un principio se mostró decidido a usar mano dura para acabar con los rebeldes, ordenando el envío de varias banderas de la Legión para sofocar los disturbios.

Estas medidas de fuerza no amedrentaron a los nacionalistas marroquíes, que a finales de noviembre atacaron Sidi Ifni, la capital del enclave. El asalto causó varios muertos pero fue rechazado con relativa facilidad, aunque debido al mal tiempo la ciudad quedó incomunicada, sin posibilidad de recibir suministros ni refuerzos desde las islas Canarias mientras sufría el asedio de los guerrilleros. El sitio de Sidi Ifni duró hasta junio de 1958, y esos meses transcurrieron sin que apenas se produjeran combates ni víctimas. Aquella calma aparente ocultaba los preparativos de una guerra colonial para la que España no estaba preparada. Los puestos que las tropas españolas ocupaban en el interior del territorio fueron en su mayoría abandonados, pero en los de Tiliuín y Telata se produjeron auténticas batallas que se saldaron con numerosas bajas por ambos bandos. Al régimen no le interesaba que se conocieran demasiados detalles sobre el desarrollo de una guerra que nunca había sido declarada y en la que las escasas y mal equipadas tropas españolas estaban sufriendo un duro castigo. Para evitar que se supiera lo que estaba pasando en aquel remoto enclave africano, las autoridades impusieron una férrea censura informativa, controlando todas las noticias que se producían sobre los combates para mantener en la ignorancia a la opinión pública española.



La Guerra de Ifni se acabó convirtiendo en un conflicto colonial que el régimen franquista intentó ocultar a la opinión pública española.

En enero de 1958 el Ejército de Liberación Sahariano lanzó una ofensiva en todo el territorio de Ifni que produjo un importante número de bajas entre los soldados españoles. En respuesta a sus ataques, en el mes de febrero las tropas españolas organizaron una ofensiva que consiguió estabilizar la situación, recuperando algunas de las posiciones que se habían perdido anteriormente. Se llegó entonces a un equilibrio de fuerzas entre ambos bandos, situación que forzó un acuerdo de paz encubierto. Aunque la Guerra de Ifni nunca fue formalmente declarada, ni por tanto tampoco dada por terminada, España y Marruecos firmaron el 1 de abril de 1958 los acuerdos de Angra de Cintra, por los cuales el Gobierno español cedía al marroquí la soberanía de los territorios que había dejado abandonados, manteniendo tan sólo bajo su autoridad efectiva la capital y la región circundante. De esa forma Franco cerraba en falso una grave crisis que a punto estuvo de desembocar en una guerra abierta con Marruecos. Ifni se convirtió en un destino exótico para los militares del régimen hasta que el 31 de julio de 1969 el territorio pasó a soberanía marroquí. Si Franco sacó algo en limpio con la retirada del Protectorado y la silenciada guerra en Ifni, fue el reconocimiento del régimen por parte de la Liga Árabe, un nuevo éxito diplomático con el que se encubrieron dos rotundos fracasos en política exterior.

Las riendas de la sucesión

Al igual que el resto de los opositores a Franco, los monárquicos atravesaban un mal momento. La consolidación definitiva del régimen, escenificada con el reconocimiento internacional de las grandes potencias occidentales lideradas por Estados Unidos, había acabado con las últimas esperanzas de una restauración en España de la monarquía. Muchos de sus partidarios defendían un acercamiento hacia Franco para alcanzar cierto entendimiento. Con esa intención presionaban a don Juan de Borbón para que así lo hiciera. En junio de 1954 el príncipe Juan Carlos había terminado sus estudios de bachillerato, regresando a Portugal para pasar las vacaciones con su familia. Durante ese verano su padre informó a Franco de su intención de enviarlo a la Universidad Católica de Lovaina para que continuase allí sus estudios. El dictador recibió la noticia con disgusto porque se resistía a perder el control sobre la educación del príncipe. Propuso entonces un plan alternativo según el cual el joven don Juan Carlos recibiría una intensiva educación castrense, pasando dos años en la Academia Militar de Zaragoza, uno en la Escuela Naval, y otro más en la Academia del Aire, antes de proseguir con sus estudios universitarios.



Desde un primer momento, Franco se propuso controlar las riendas de la educación del príncipe don Juan Carlos.

En un principio don Juan de Borbón aceptó la propuesta de Franco, convencido por la falsa esperanza de que el dictador hubiera elegido definitivamente a su hijo como sucesor. Pero tras una serena reflexión, el conocido carácter taimado del Generalísimo le hizo sospechar sobre sus verdaderas intenciones, mostrándose remiso a dejar en sus manos la educación de su hijo para que pudiera moldearlo a su antojo y adaptarlo al modelo de estado que quería construir y debía perdurar tras su muerte. Preocupado por esa posibilidad, don Juan dio marcha atrás a su consentimiento y en noviembre de 1954 envió al conde de los Andes, su representante en España, para que le comunicase

a Franco su cambio de opinión. El dictador lo recibió con su habitual frialdad y tras dejarle exponer sus argumentos sin interrumpirle expuso sin rodeos cuáles eran sus intenciones, advirtiéndole que en caso de que don Juan no estuviera de acuerdo con su proposición nunca permitiría que el príncipe regresase a España, y debería olvidarse de la posibilidad de reinar algún día. Ante aquel ultimátum don Juan solicitó una reunión personal con Franco para hablar frente a frente. El encuentro tuvo lugar el 29 de diciembre de 1954 en la finca extremeña de «Las Cabezas», propiedad de Juan Antonio Güell y López, marqués de Comillas y conde de Ruiseñada, a donde llegó el padre del príncipe conduciendo su propio coche desde Portugal.

Nada más comenzar la entrevista se hizo patente que Franco no estaba dispuesto a ceder ni en lo más mínimo. Ante su intransigencia a don Juan no le quedó más remedio que aceptar los planes del dictador si no quería perder la única esperanza que le quedaba de ver a su hijo reinar algún día. Pero no está del todo claro si Franco realmente había elegido a don Juan Carlos para sucederle. Poco antes del encuentro con su padre, el dictador había tenido su primer nieto, Francisco Franco y Martínez-Bordiú, al que de manera un tanto sospechosa se le había cambiado el orden de los apellidos al inscribirlo en el Registro Civil. Alentado por su esposa, Franco acariciaba como «Caudillo» el sueño de fundar una dinastía que terminase reinando en España y perpetuase su nombre en la historia.

Pero a pesar de las dudas sobre el grado real de compromiso que generaba el acuerdo entre don Juan y el Generalísimo, los falangistas no vieron con muy buenos ojos la posibilidad de que reinase un monarca tras la muerte del dictador. Temían que su acceso al trono pusiera fin a la continuidad del régimen, trayendo como consecuencia la desaparición del movimiento político que representaban y por el que habían luchado hasta convertirlo en la columna vertebral ideológica de todo un país. Como reacción ante esta eventualidad creció exponencialmente el radicalismo de los falangistas más intransigentes, que no dudaron en manifestar su oposición. En febrero de 1956, los campus universitarios de Madrid fueron escenario de violentos enfrentamientos entre estudiantes de distinto signo. Durante los disturbios resultó gravemente herido de bala en la cabeza un joven falangista. Como era de esperar, se acusó del atentado a la oposición al régimen, aunque desde un principio se supo que el autor de los disparos había sido otro falangista. Franco también estaba al corriente de lo que realmente había sucedido, pero zanjó la cuestión con su forma de proceder habitual. Tras llamar al orden a sus ministros más contestatarios, declaró el estado de excepción, cerró las aulas universitarias y después se marchó varios días de cacería.

A su vuelta el dictador comprendió que por una vez debía tomar cartas en el asunto si no quería que la situación le estallase en las manos. Falange estaba fuera de control y se hacía necesario tomar medidas urgentes para hacerla volver al redil del régimen. Con esa intención el 16 de febrero de 1956 se produjo un cambio de Gobierno. Joaquín Ruiz-Jiménez, un falangista moderado con fama de buen organizador, ocupó la cartera del Ministerio de Educación. José Luis Arrese fue nombrado ministro secretario general del Movimiento, sustituyendo a Raimundo Fernández Cuesta, que se había mostrado incapaz de resolver las tensiones dentro de la organización. Arrese asumió la responsabilidad decidido a introducir los cambios necesarios para reforzar la presencia política de Falange en las instituciones del régimen, vinculándola a la fidelidad a Franco. Pero antes de nada había que someter a sus elementos más radicales y ofrecer una imagen de unidad interna. En la

primavera de 1956, Arrese organizó una gira por toda Andalucía para que Franco se diera varios baños de multitud. En los discursos pronunciados en las distintas etapas del viaje el dictador insistió en la idea de que no se entendía la continuidad del régimen si no era ligada a la existencia misma de Falange, aunque finalmente se optase por la monarquía como sistema político. Con sus palabras Franco pretendía calmar a todos aquellos falangistas que veían en la restauración una amenaza contra su supervivencia. Aquella táctica dio resultado y la mayoría de ellos se dieron por satisfechos con las garantías ofrecidas por el Generalísimo. Contento por haber cumplido con el primero de sus objetivos, Arrese continuó trabajando para introducir las reformas que precisaba la organización, aunque pronto se encontraría con un inesperado obstáculo.

Las promesas dirigidas por Franco a los falangistas ocultaban en realidad otros planes. Extinguidos los últimos ecos de las protestas internas y recuperado el control del partido, ya no era necesario continuar adelante con los cambios. Arrese pasó de ser uno de los hombres fuertes del régimen a encontrarse con la oposición frontal de sus más altos dirigentes, con Carrero Blanco a la cabeza, que se mostraban contrarios a sus iniciativas. Los proyectos reformistas que pretendía introducir fueron sistemáticamente rechazados por Franco y cuando los volvía a presentar con los cambios sugeridos por el dictador, este hacía nuevas propuestas que demoraban indefinidamente su entrada en vigor. Arrese comprendió entonces que, como tantos otros, había sido manipulado. Cumplida su misión, Franco estaba pensando en cómo deshacerse de él junto con los incómodos falangistas. Desengañado, en enero de 1957, el ministro secretario general del Movimiento presentó su dimisión, renuncia que el Generalísimo no aceptó para evitar las reacciones de sus más fieles partidarios. Franco esperaría entonces el momento más adecuado para librarse de él mientras su atención se centraba en problemas más inmediatos.

Un gobierno de tecnócratas

La ayuda norteamericana había impulsado un modesto crecimiento económico que había terminado provocando un déficit en la balanza de pagos y una inflación galopante. En marzo de 1956 se había producido un espectacular incremento de los salarios para intentar compensar la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores, lo que ocasionó un alza aún mayor de los precios de los productos básicos. En abril el descontento popular se manifestó en una serie de huelgas que se extendieron por Asturias, las provincias vascas, Navarra y Barcelona. Las protestas fueron aplacadas con la política del palo y la zanahoria. Al mismo tiempo que las fuerzas del orden reprimían con dureza a los huelguistas, se volvieron a subir los sueldos, lo que derivó en una peligrosa escalada inflacionista que parecía no tener fin. Por si todo esto fuera poco, una nueva generación de universitarios formada por estudiantes que no habían luchado en la Guerra Civil, expresó sus críticas hacia el régimen.

A principios de 1957 la situación social, política y económica de España se hizo insostenible. El Gobierno, dividido entre sus diferentes corrientes, había sufrido un duro desgaste ante la opinión pública. Nuevas huelgas paralizaron las fábricas y vaciaron las aulas de las universidades, mientras los disturbios callejeros creaban un peligroso clima de inestabilidad que forzó a Franco a emprender una profunda reforma del Gobierno. Los hasta entonces hegemónicos ministros falangistas fueron desplazados por especialistas con sólida formación y experiencia en las competencias de cada departamento ministerial. Fueron los conocidos como tecnócratas, hombres en su mayoría ligados al Opus Dei, la controvertida institución religiosa católica fundada por José María Escrivá de Balaguer, que a partir de entonces tomaron las riendas económicas del país. Mariano Navarro Rubio ocupó la cartera de Hacienda y Alberto Ullastres la de Comercio. Laureano López Rodó fue nombrado al frente de la Secretaría Técnica de Presidencia, elección que puso de manifiesto el apoyo de Carrero Blanco a los nuevos miembros del Gobierno. Para que los cambios no fueran demasiado bruscos, el defenestrado Arrese se hizo cargo de la cartera de Vivienda.

Los ministros tecnócratas se pusieron inmediatamente manos a la obra y emprendieron una urgente labor de saneamiento y liberalización de la economía española para sacarla de la crisis en la que estaba sumida. Los salarios se congelaron y se recortó drásticamente el gasto público, equilibrando los presupuestos al mismo tiempo que se estabilizó la cotización de la peseta en los mercados internacionales y se acometió una profunda reforma fiscal para mejorar el sistema tributario y la recaudación de impuestos. Las medidas adoptadas por el nuevo Gobierno generaron la confianza suficiente para que en febrero de 1959 el Fondo Monetario Internacional se ofreciera a elaborar un plan de estabilización hecho a medida para España. Franco, temeroso ante lo que consideraba un injerencia en los asuntos internos del país, rechazó la propuesta alegando que no se necesitaba la ayuda extranjera. Navarro Rubio acudió entonces a verle intentando convencerle para que entrase en razón, pero el dictador en principio se mostró inflexible. Tras insistir reiteradamente en la conveniencia de aceptar la asistencia ofrecida para evitar el inminente colapso económico, el ministro de Hacienda salió del despacho de Franco con su autorización expresa de someterse a los

dictados del plan sugerido por el FMI. A mediados de 1959 una comisión de expertos internacionales publicó el informe con las recomendaciones para sacar a España de la crisis. Entre ellas se incluía una devaluación de la peseta para aumentar la competitividad de los productos españoles en el exterior, además de la supresión de los aranceles aduaneros y la adopción de una serie de medidas fiscales y económicas que atrajesen las inversiones extranjeras. En julio de 1959 se aprobó la aplicación de las líneas maestras del plan de estabilización que trajo como beneficio inmediato la concesión de un crédito del FMI por valor de más de cuatrocientos millones de dólares, importante inyección de capital que en esos momentos salvó a España de una bancarrota inminente.

Franco no mostró la menor confianza en el éxito del plan propuesto por el organismo internacional. El dictador temía quedar a merced de poderosos grupos económicos y financieros extranjeros que con sus directrices fueran capaces de decidir sobre qué era lo más conveniente para España, dispuestos a emprender medidas de fuerza para el caso de que las autoridades del país no se plegasen a sus recomendaciones. Sin embargo, pronto dejó de lado sus recelos cuando se hicieron evidentes los logros económicos alcanzados por las reformas. A finales de 1959 la reserva de divisas se cifraba en más de doscientos millones de dólares, reduciendo de forma drástica el hasta entonces enquistado déficit de la balanza de pagos. Los españoles recibieron con alivio la contención de la inflación dentro de niveles admisibles mientras la devaluación de la peseta hizo de España un atractivo destino de vacaciones hasta el punto de convertir el turismo en la primera industria del país. De la misma forma, la paz social, la seguridad jurídica y los bajos salarios sirvieron de reclamo para atraer la instalación de factorías de numerosas multinacionales. El plan de estabilización había conseguido sentar las bases para un crecimiento constante de la economía española, que iniciaba a partir de entonces un período de imparable expansión.

Un abrazo para la historia

Aunque estuviera dividida y sufriera el acoso de la represión del régimen, la oposición interna seguía siendo una amenaza que podía poner en peligro el progreso económico. Para eliminarla, o al menos neutralizarla, Franco tomó una serie de medidas que le aseguraban el control absoluto de la situación. El 17 de mayo de 1958 entró en vigor la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento, norma que sustituía los veintiséis puntos de Falange y que sirvió al dictador para librarse definitivamente de los postulados defendidos por el partido fundado por José Antonio Primo de Rivera. Siempre preocupado por el mantenimiento del orden público, Franco erradicó la conflictividad social y laboral con medidas expeditivas. En enero de 1958 se creó un tribunal militar especial con jurisdicción sobre todo el territorio nacional para reprimir las actividades de carácter subversivo. En julio del año siguiente también se aprobó la Ley de Orden Público por la que los ataques contra infraestructuras de transporte o abastecimiento, así como las huelgas y manifestaciones no autorizadas, fueran juzgados por el Tribunal de Orden Público, instancia judicial compuesta por magistrados civiles. Para completar las armas de protección del régimen contra la oposición, en octubre de 1960 entró en vigor una nueva ley para perseguir los delitos de rebelión militar, bandidaje y terrorismo.

Los monárquicos constituían un caso aparte. La tibieza con la que el franquismo los trataba dio alas a sus partidarios más exaltados a la hora de exigir un cambio inmediato de régimen. Don Juan de Borbón justificaba sus acciones mientras Franco asistía preocupado a sus cambios de actitud. Ambos personajes desconfiaban uno del otro y después del verano de 1958 se produjo un nuevo distanciamiento entre ellos. En medio de la tensión se buscó un acercamiento que se concretó en una tercera entrevista entre ellos celebrada en la finca extremeña de «Las Cabezas». Durante la misma, el padre de don Juan Carlos defendió ante el dictador su derecho a elegir la educación que más le convenía a su hijo, exigiendo al mismo tiempo que Franco le aclarase cuál era su posición al respecto. El Generalísimo le replicó criticando a los colaboradores de don Juan, acusándolos indirectamente de influir en sus constantes cambios de opinión. El padre del futuro rey zanjó la cuestión insistiendo en la plena confianza que tenía en sus asesores. Tras el inicial desencuentro, la reunión terminó con una solución de compromiso en la que ambas partes se mostraron de acuerdo en los puntos principales relativos a la educación de don Juan Carlos y al papel que a partir de entonces debía jugar en la cuestión sucesoria. Las aparentes muestras de cordialidad entre las que se desarrolló el encuentro no sirvieron para ocultar sus profundas desavenencias. No hay duda de que el sentimiento de derrota ante las posiciones mantenidas por don Juan durante la entrevista influyó en Franco de tal forma que repercutiría negativamente en adelante en sus tensas relaciones.

La cuestión sucesoria fue una de las mayores preocupaciones a las que el Generalísimo tuvo que enfrentarse durante las casi cuatro décadas que permaneció en el poder. En 1959, con sesenta y seis años de edad a sus espaldas, Franco era un hombre que empezaba a sentir próxima la presencia de la muerte. Esta sensación posiblemente se acentuó cuando el 1 de abril de aquel mismo año,

coincidiendo con el veinte aniversario del fin de la Guerra Civil, se inauguró el Valle de los Caídos, obra faraónica que bajo la apariencia de ser un monumento construido para honrar la memoria de los caídos durante la contienda en el bando sublevado se había erigido con el propósito de fomentar el culto a su personalidad y a su legado por parte de las generaciones futuras. Se simbolizaba así su gesta con una colosal obra funeraria que debía resistir el paso de los siglos.

Aquel año de 1959 fue posiblemente uno de los mejores para Franco. La economía española parecía salir definitivamente de las penurias de la posguerra, había asistido a la inauguración de su obra cumbre y la oposición había quedado reducida a la mínima expresión. El año no terminaría sin dar una última alegría al régimen dictatorial que él encarnaba. A mediados del mes de diciembre se ultimaron los detalles de la visita del presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, a España. Según apuntan algunos autores, parece ser que el mandatario norteamericano no estaba muy dispuesto a emprender el viaje, pero ante los rumores que apuntaban hacia la posibilidad de que nuestro país pudiera entablar relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, Eisenhower decidió finalmente coger el avión. El 21 de diciembre de 1959 el presidente de Estados Unidos fue recibido personalmente por Franco en las pistas de la base militar de Torrejón de Ardoz. Aquel día miles de madrileños salieron a la calle para asistir al paso de los dos líderes en coche descubierto por las principales arterias de la ciudad. Posiblemente fue uno de los recibimientos más calurosos que Eisenhower tuvo a lo largo de su vida. Mientras saludaban a las multitudes que los aclamaban, Franco se mostraba exultante y sonriente, como nunca antes se le había visto en público.



El abrazo entre Franco y el presidente norteamericano Eisenhower escenificó el final del aislamiento internacional del régimen del primero.

Aquella misma noche, el presidente de Estados Unidos fue homenajeado con una cena de gala celebrada en el Palacio Real y al día siguiente compartió con Franco un desayuno de trabajo que se extendió por espacio de dos horas. A su término, Eisenhower se dirigió de nuevo al aeropuerto para tomar su avión. El Generalísimo le despidió en la escalerilla con un abrazo que desde ese mismo momento se convirtió en una de las imágenes del franquismo. En los días siguientes la propaganda

del régimen se encargó de difundir la satisfacción que Franco sentía ante el resultado de la visita. No era para menos. La presencia de Eisenhower en España y su elocuente gesto de despedida no sólo habían supuesto un reconocimiento a la política exterior mantenida por el Gobierno español. Con aquel abrazo se había garantizado la continuidad del régimen de Franco bajo el paraguas protector de Estados Unidos.

Inconformismo en medio de la prosperidad

Con el inicio de la década de los sesenta numerosos indicios presagiaban un horizonte de prosperidad económica en el futuro de la sociedad española. La posguerra fue quedando atrás al mismo tiempo que la clase media veía mejorar progresivamente su nivel de vida. Un gran número de españoles empezaron a tener acceso a una serie de comodidades impensables para una generación anterior y la mejora de las condiciones de vida fomentó un espectacular incremento de los índices de natalidad, el famoso baby boom de aquellos años incentivado desde el propio régimen con medidas que premiaban a las familias numerosas. Para las nuevas generaciones la Guerra Civil era un hecho lejano del que hablaban sus padres y los jóvenes no se mostraban tan conformistas con el franquismo, exigiendo un aperturismo político que la dictadura no estaba dispuesta a conceder tan pronto. Después de varios años de inactividad obligada, el movimiento obrero recuperó parte de la fuerza perdida y volvió a organizarse para convocar huelgas por numerosos lugares de la Península. El estado de excepción decretado en las provincias vascas no tuvo el efecto represor de otras ocasiones y el Gobierno finalmente tuvo que ceder atendiendo las reivindicaciones salariales de los huelguistas.



El Seat Seiscientos se convirtió en símbolo del «desarrollismo» en la España de los años sesenta del siglo XX.

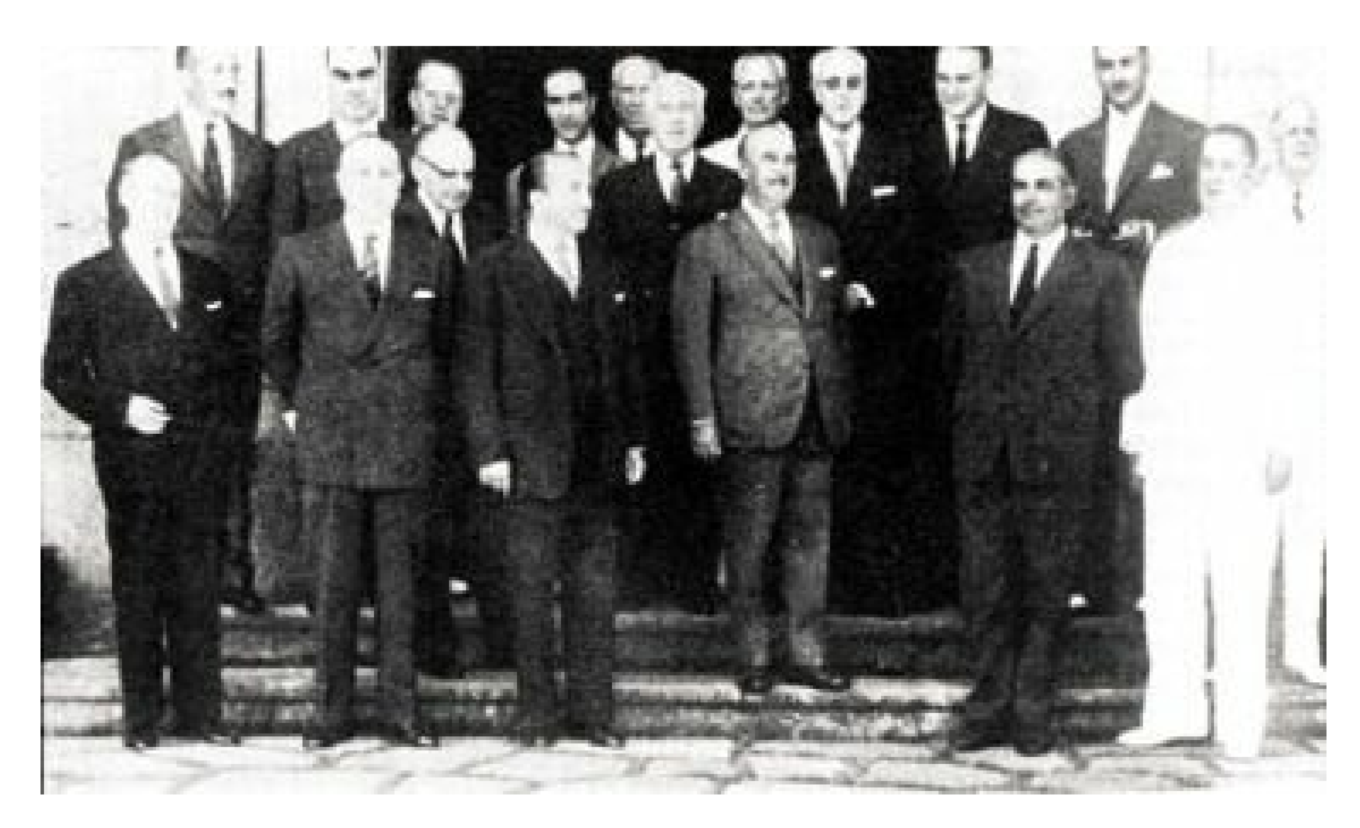
Además de enfrentarse a los agitadores sociales habituales, durante los años sesenta el franquismo se encontró con un rival inesperado. Amplios sectores de la Iglesia católica, inspirados por los aires reformadores que llegaban del Concilio Vaticano II, mostraron su disconformidad con el régimen, al que acusaban de ser el responsable de la injusticia social que todavía era palpable en muchas regiones

de España. Aunque la mayoría de la jerarquía eclesiástica seguía declarando su adhesión incondicional a Franco, grupos de curas jóvenes acogieron con entusiasmo las ideas reformistas propagadas desde Roma. Muchos sacerdotes de Cataluña y el País Vasco lideraron ese movimiento, firmando cartas pastorales en las que manifestaban sus críticas al sistema político junto a reivindicaciones de carácter nacionalista. Algunas parroquias y seminarios de esas regiones, hasta entonces lugares de oración, meditación y estudio, se convirtieron en centros subversivos desde los que se atacaba directamente a la dictadura. Franco no acababa de entender cómo era posible que elementos de la Iglesia, uno de sus más firmes aliados, pudieran actuar contra él. Repuesto de su sorpresa, las sotanas y los alzacuellos no fueron impedimento para descargar sobre los clérigos conflictivos el aparato represor del régimen, aunque en estos casos su acción fue limitada, no alcanzando el grado de violencia que solía mostrar en otras ocasiones. En los años siguientes, las profundas reformas introducidas por el Concilio Vaticano II supusieron un cambio de actitud y mentalidad de la jerarquía eclesiástica, tanto fuera como dentro de España. La intervención del papa Pablo VI en defensa de ese sector inconformista de la Iglesia española que se atrevía a desafiar a Franco causó un estupor aún mayor, enturbiando las relaciones entre la Santa Sede y la dictadura. El Generalísimo no se podía permitir un enfrentamiento con el Vaticano porque, aunque la propaganda del régimen se encargase de decir lo contrario, España seguía estando bastante aislada internacionalmente.

En febrero de 1962, el Gobierno solicitó el ingreso de nuestro país en el Mercado Común, precedente de la Unión Europea. La iniciativa había contado con el beneplácito de Franco, pero como era de esperar fue denegada de plano al no cumplir los requisitos democráticos que se exigían a sus miembros. Aquel sonado rechazo no fue el único de aquel año. En junio se celebró en Múnich la Asamblea del Movimiento Europeo, una influyente asociación independiente de carácter político, a la que fueron invitados más de cien destacados opositores españoles, muchos de los cuales residían en la Península. Estos presentaron una resolución conjunta en la que solicitaban el veto a la admisión de España al Mercado Común hasta que no se produjera en el país una transición democrática. Al conocerse el contenido de su propuesta la prensa del régimen, obedeciendo a las consignas dictadas desde los servicios de propaganda, reaccionó con una violencia inusitada que se reflejó en sus titulares. Las páginas de los diarios empezaron a referirse a la asamblea celebrada en la ciudad alemana como «el contubernio de Múnich» y cuando los participantes regresaron a España fueron detenidos. Su filiación demócrata-cristiana, vinculada con la Iglesia católica, les libró de convertirse en víctimas de la peor cara de la represión franquista. Las autoridades les obligaron entonces a elegir entre el exilio o el confinamiento interno.

En julio de 1962 Franco introdujo cambios en su ejecutivo. Muñoz Grandes fue nombrado vicepresidente del Gobierno y Gabriel Arias Salgado fue cesado como ministro de Información y Turismo. Le sustituyó Fraga Iribarne, hombre con fama de trabajador infatigable al que se le encargó rebajar la severidad de la censura y mejorar la imagen del régimen. En el nuevo Gobierno seguían ocupando un lugar predominante los tecnócratas ligados al Opus Dei. El cargo ocupado por Muñoz Grandes era puramente decorativo mientras que Carrero Blanco se mantuvo como el hombre de confianza de Franco. Los Consejos de Ministros se siguieron caracterizando por los enfrentamientos entre las distintas facciones del régimen en los que el dictador ejercía como árbitro sin tomar partido por ninguna de las partes. El nuevo ejecutivo se presentó como liberal en lo económico y reformista

en lo político, aunque una nueva crisis iba a poner de relieve que a pesar del lavado de cara la situación del país no había cambiado demasiado desde el final de la Guerra Civil.



El almirante Carrero Blanco, segundo por la izquierda en la fila superior, se acabó convirtiendo en mano derecha de Franco y hombre fuerte del régimen.

Julián Grimau, miembro del Comité Central del Partido Comunista de España, vivía clandestinamente en el país y en noviembre de 1962 fue detenido por agentes de la Brigada Político Social. Acusado de cometer varios crímenes durante la Guerra Civil mientras ejercía labores policiales en Barcelona al servicio de la República, Grimau fue juzgado por un consejo de guerra que lo condenó a muerte en abril de 1963. Al conocerse la sentencia la opinión pública internacional se movilizó y hubo manifestaciones multitudinarias en varias capitales europeas y latinoamericanas contra el régimen de Franco. Llegaron miles de telegramas pidiendo clemencia, entre ellos uno enviado desde el Vaticano, pero el dictador se negó a conceder el indulto. En la madrugada del 20 de abril de 1963 un pelotón de fusilamiento acababa con la vida de Grimau. A pesar de las reformas políticas y los cambios sociales experimentados por la sociedad española, aquella ejecución devolvió al régimen a la situación de casi veinticinco años antes. En agosto de ese mismo año también fueron ejecutados, en este caso a garrote vil, los anarquistas Joaquín Delgado y Francisco Granado, condenados como autores de los atentados con bomba cometidos el 29 de julio de 1963 en la sección de pasaportes de la Dirección General de Seguridad y en la Delegación Nacional de Sindicatos. Sus muertes pretendieron servir de escarmiento a todos aquellos que estuviesen dispuestos a atentar contra el régimen.

Una mano vendada

El 24 de diciembre de 1961 Franco sufrió un accidente de caza mientras disfrutaba de su deporte favorito en los montes de El Pardo. Según la versión oficial de los hechos, su escopeta reventó fracturándole varios huesos de la mano izquierda. El incidente desató todo tipo de rumores sobre su verdadera causa, hablándose incluso de la posibilidad de un fracasado atentado terrorista, aunque nunca hubo pruebas para demostrar esa hipótesis. En el tradicional mensaje de Navidad de aquel año, el Generalísimo apareció con un aparatoso vendaje sobre la mano herida que sirvió para que la opinión pública del país pudiera comprobar el verdadero alcance del accidente. Franco permaneció varios meses escayolado y durante su convalecencia se le notó especialmente deprimido y serio, lo que revelaba su preocupación por la cuestión sucesoria. El dictador seguía controlando la educación del joven don Juan Carlos aunque los contactos con su padre estaban completamente interrumpidos. Por eso cuando a primeros de septiembre de 1961 se hizo público el anuncio oficial del compromiso matrimonial entre el príncipe y la princesa Sofía de Grecia, la sorpresa en El Pardo fue mayúscula. El día 11 de ese mes, don Juan le comunicó a Franco la noticia. El dictador había permanecido completamente ajeno a todo el asunto, lo que le hizo sentirse profundamente disgustado ante lo que consideraba una falta de consideración hacia él por no haber sido consultado.



El dictador aparece en esta foto con su mano izquierda escayolada por culpa de un accidente de caza.

En febrero de 1962 se produjo un nuevo encuentro entre el Generalísimo y don Juan. Este último le insistió para que aclarase su posición con respecto al príncipe una vez celebrada la boda. Franco le expresó su confianza en que las cosas se irían solucionando por sí solas, aunque confesó que se sentía dolido por no haber sido informado antes sobre el noviazgo mantenido en secreto de don Juan Carlos. El dictador consiguió eludir de nuevo el tema de fondo y durante el resto de la reunión se trataron asuntos relacionados con la futura vida de la pareja de novios. A pesar de su enfado Franco no puso ningún impedimento para que se celebrase el enlace y el 14 de mayo de 1962 el príncipe don Juan Carlos y la princesa Sofía de Grecia contraían matrimonio en Atenas en una ceremonia a la que asistieron varios miles de monárquicos españoles. Aquella inesperada boda había sido un desafío de don Juan de Borbón a la autoridad de Franco, lo que hizo aumentar su desconfianza en él. En un intento por apartar las sospechas que lo acusaban directamente, el padre del príncipe tuvo que emitir una nota en la que negaba categóricamente cualquier relación con el «contubernio de Múnich».

Obsesionado con el problema sucesorio, el dictador llegó a pensar que don Juan Carlos, sometido a la autoridad de su padre, no era el candidato idóneo para ocupar el trono. Fue entonces cuando se empezó a barajar la posibilidad de que don Alfonso de Borbón Dampierre, nieto de Alfonso XIII, pudiera ocupar ese puesto. Después de instalarse junto a su esposa en el palacio de la Zarzuela, don Juan Carlos visitó a Franco en El Pardo. Impresionado por la inteligencia y carácter del joven príncipe, la opinión del dictador respecto a él cambió radicalmente, disipando las dudas que en un principio había tenido. El 20 de diciembre de 1963 nació la infanta Elena, y al bautizo celebrado el día 27 de ese mismo mes acudieron los condes de Barcelona y el matrimonio Franco. Durante aquel encuentro forzado no se habló de la cuestión sucesoria. Con el paso del tiempo se fue consolidando la confianza del dictador en las aptitudes del príncipe, hasta el punto de convencerse a sí mismo de que llegado el momento don Juan Carlos no pondría ningún impedimento a la hora de comprometerse con la continuidad del régimen. A Franco se le acababa el tiempo y tenía prisa por dejarlo todo «atado y bien atado», como él mismo se encargaría de dejar claro.



En contra de lo que esta distendida imagen pudiera dar a entender, era evidente la antipatía que Franco y don Juan de Borbón se tenían mutuamente.

El ocaso del dictador

Un anciano en el poder

En 1964 se celebraron los «Veinticinco Años de Paz», lema con el que la propaganda del régimen conmemoró el cuarto de siglo desde el final de la Guerra Civil. El día del aniversario de la victoria franquista se celebró un solemne Tedeum en el Valle de los Caídos presidido por el Generalísimo acompañado por don Juan Carlos. En el mes de noviembre se estrenó en los cines la película documental Franco, ese hombre, largometraje que concluía con una breve entrevista al dictador en la que en tono paternalista expresaba sus sentimientos hacia el pueblo que en esos veinticinco años había dirigido con mano de hierro. Aunque la prensa de la época no se cansaba de repetir comentarios elogiosos sobre la salud de Franco, en cada una de sus apariciones públicas los españoles se percataban de su evidente deterioro físico cada vez más difícil de ocultar. Su rostro enjuto y arrugado mostraba la imagen de un anciano decrépito y fatigado que en muchas ocasiones parecía encontrarse ausente. Su voz se volvió casi ininteligible y los temblores de sus manos provocados por el párkinson se hicieron cada vez más evidentes. Cada vez que aparecían sus imágenes difundidas por la prensa, el NO-DO o la televisión, las autoridades del régimen y los españoles se preguntaban preocupados por el futuro que le esperaba al país tras la muerte de Franco.

Ni siquiera su decadencia física fue capaz de forzar al dictador a introducir reformas. Cualquier cambio podía ser interpretado como un signo de debilidad por sus enemigos y el Generalísimo, a pesar de su avanzada edad, no estaba dispuesto a ceder ni siquiera una pequeña porción del poder que concentraba en sus manos. El inmovilismo mostrado por el régimen y su nula capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias sociales suponían un grave riesgo que podía poner en peligro su propia supervivencia. Algunos ministros y colaboradores cercanos a Franco presionaron para que el dictador delegase algunas de sus funciones, buscando así una solución al problema. Mientras tanto, la situación en las universidades amenazaba con estallar en cualquier momento y, tras la finalización en diciembre de 1965 del Concilio Vaticano II, la posición que hasta entonces había mantenido la Iglesia católica respecto al régimen empezó a mostrar sus primeras fisuras. A todos estos problemas se añadió un aumento imparable de la inflación que podía poner en peligro los éxitos económicos y la

paz social. Forzado por la situación, Franco acometió un nuevo cambio de Gobierno del que salieron reforzados los tecnócratas apoyados por Carrero Blanco. En agosto de 1965 el Consejo de Ministros aprobó una nueva Ley de Prensa que había sido presentada por iniciativa de Fraga. La nueva norma fue presentada ante la opinión pública española como un signo de aperturismo, y aunque sobre el papel supuso la desaparición de la censura previa, en realidad traspasaba esa responsabilidad a los propios medios de comunicación, que debían autorregularse si no querían incurrir en cierres y fuertes sanciones.

El cambio de Gobierno apenas sirvió para calmar los ánimos estudiantiles y en medio de un clima de creciente agitación política un sector del mundo intelectual y académico se unió a las protestas. En marzo de 1966 se produjo un hecho que iba a sacudir los cimientos sobre los que se asentaba el régimen. El día 9 de ese mes, medio millar de estudiantes y un grupo de profesores opuestos al régimen se reunieron clandestinamente en el convento de los capuchinos de Barcelona, que habían cedido su salón de actos para el encuentro. Delatados por una filtración, la policía hizo acto de presencia para desalojarlos. Las fuerzas del orden, dubitativas ante una desacostumbrada intervención en un recinto religioso, no se emplearon con la contundencia que se hubiera esperado de ellos, permitiendo que los concentrados reaccionasen encerrándose en el interior del convento. Dos días después Franco ordenó su desalojo por la fuerza, gesto con el que quería demostrar a todo el mundo que no había perdido facultades. Los sucesos de «la capuchinada», nombre por el que los incidentes fueron popularmente conocidos, causaron el lógico revuelo entre las autoridades del régimen, sorpresa que sería superada dos meses más tarde.

El 26 de abril la policía armada actuó sin contemplaciones para disolver una concentración de estudiantes que se estaba celebrando en el campus de la Universidad de Barcelona. Como protesta por la actuación policial, un grupo de alumnos se encerró en las aulas impidiendo que se impartieran las clases. Las autoridades reaccionaron cerrando la Universidad y deteniendo a los líderes estudiantiles, algunos de los cuales fueron brutalmente golpeados en dependencias policiales. La represión provocó la indignación de varios jóvenes sacerdotes que exigieron a las autoridades el respeto de los derechos de los detenidos. Un grupo de ellos se dirigió hacia la Jefatura de Policía de Barcelona pidiendo una reunión con el comisario jefe para entregarle en mano un escrito en el que estaban contenidas sus reivindicaciones. Sin embargo, la reacción de la policía fue muy distinta a la esperada. La imagen de los curas con las sotanas remangadas corriendo por delante de los «grises» causó tal impacto que periódicos como Le Monde o The New York Times se hicieron eco de la noticia.

Para mejorar la imagen del régimen, gravemente deteriorada tras los últimos sucesos, el Gobierno organizó un viaje de Franco por Cataluña con el que se pretendía reafirmar la adhesión mayoritaria del pueblo con el Generalísimo. Pero estaba claro que aquellos gestos de cara a la galería eran insuficientes para resolver una situación que empezaba a exigir en las calles un profundo cambio. Se buscaron soluciones con la presentación a las Cortes en noviembre de 1966 de la Ley Orgánica del Estado, norma que introducía algunas de las reformas exigidas desde dentro del régimen, entre ellas la separación de los cargos de jefe de Estado y presidente del Gobierno y el reconocimiento de la

monarquía como futuro sistema político. La Ley fue ratificada por el pueblo en un referéndum celebrado el 14 de diciembre de 1966 y el 10 de enero del año siguiente entró en vigor.

Con su aprobación parecía despejarse el panorama de la sucesión. Don Juan Carlos era recibido en audiencia semanal en El Pardo y Franco no podía ocultar sus simpatías hacia el príncipe, siempre que se mantuviera alejado de la influencia de su padre. Carrero Blanco y Fraga habían puesto en marcha desde el Gobierno una operación para reforzar la imagen de don Juan Carlos y presentarlo ante el país como el candidato idóneo para ocupar el trono. Pero cuando el problema de la sucesión parecía estar en vías de solución hizo su aparición en escena un personaje con el que pocos contaban. Alfonso de Borbón Dampierre, primo de don Juan Carlos, había manifestado su intención de no renunciar a sus derechos dinásticos al trono, complicando aún más las cosas. Poco tiempo después se produjo en Lausanne un encuentro en apariencia casual entre Alfonso y Carmen Martínez-Bordiú. La nieta mayor de Franco tenía por aquel entonces dieciséis años y no pareció muy interesada en aquel hombre de mirada melancólica. El círculo familiar del dictador, con su esposa Carmen Polo a la cabeza, no había perdido la esperanza de instaurar en España una dinastía reinante propia y el matrimonio de su nieta con un descendiente de Alfonso XIII podía legitimar sus pretensiones. Las especulaciones sobre un posible noviazgo que confirmase esas intenciones hicieron sonar todas las alarmas y Franco empezó a recibir presiones de sus colaboradores más directos para que resolviese el problema cuanto antes nombrando a don Juan Carlos como sucesor.

Pero el Generalísimo no se dejaba influir por nadie. Ni siquiera se sintió obligado por el texto de la Ley Orgánica del Estado que establecía la separación entre la figura del jefe del Estado y la del presidente del Gobierno. Tan sólo la grave enfermedad de Muñoz Grandes, que en aquel entonces ocupaba el cargo de vicepresidente, le forzó a tomar una decisión. El que había sido jefe de la División Azul se retiró de la vida política, dejando su puesto a Carrero Blanco, que de esa forma veía aumentar su poder preparándose para dar el salto hacia la presidencia. Solventada la cuestión, Franco seguía posponiendo indefinidamente la resolución de otros problemas principales del país, dominado por una indiferencia que desalentaba a su círculo más cercano de colaboradores, pero negándose en redondo a delegar en otros las competencias que él mismo se había atribuido desde que se hizo con el poder absoluto. Paralelamente la situación en las calles empeoraba por momentos. Las universidades seguían siendo focos de constantes protestas y la agitación social alcanzó niveles preocupantes, con la jerarquía de la Iglesia católica dividida entre los que seguían apoyando a Franco y los que se pusieron del lado de los postulados del Concilio Vaticano II. A finales de la década de los sesenta, la banda terrorista ETA hizo su sangrienta irrupción en el panorama político con sus primeros atentados mortales como tarjeta de presentación. En el plano internacional, el sueño imperial de Franco se derrumbó definitivamente con la independencia de Guinea Ecuatorial en 1968 y la cesión del enclave de Ifni a Marruecos al año siguiente.

Decisión largamente esperada

El 5 de enero de 1968 don Juan Carlos cumplió treinta años, aniversario de especial trascendencia teniendo en cuenta que era la edad mínima prevista en la Ley de Sucesión para que jurase como rey o como heredero de la Corona. Pero Franco seguía sin pronunciarse mientras las opciones del pretendiente Carlos Hugo, defendida por los carlistas, y la de Alfonso de Borbón Dampierre, apoyada por algunos sectores del régimen, intentaban jugar sus bazas. Para complicar aún más la situación, el 30 de enero de 1968 se produjo el nacimiento del primer hijo varón de don Juan Carlos y doña Sofía. Bautizado con el nombre de Felipe, a la ceremonia religiosa asistieron los condes de Barcelona y el matrimonio Franco. Durante su breve visita a España don Juan de Borbón se reunió con destacadas personalidades del régimen, restando protagonismo a su propio hijo y sembrando las dudas sobre sus verdaderas intenciones. Viendo amenazado su futuro como rey de España por su propio padre, don Juan Carlos acudió directamente a Franco para que lo nombrase su sucesor sin más dilaciones. Como respuesta recibió el acostumbrado silencio del Generalísimo. Ante la desesperación del príncipe, algunos ministros se comprometieron a interceder por él para que el dictador tomase definitivamente la decisión tantas veces pospuesta. Pero el tiempo pasaba sin que se produjeran noticias y don Juan Carlos, sometido a una fuerte presión, no podía esperar más.

En noviembre de 1968, el príncipe hizo unas declaraciones a una publicación francesa en las que afirmaba que se negaría a aceptar la corona mientras su padre viviese, reconociendo la legitimidad de don Juan de Borbón para ocupar el trono. No se sabe muy bien si aquellas palabras eran sinceras o estaban inspiradas por el deseo de que sirvieran como revulsivo para desbloquear la situación. Lo cierto es que sembraron la lógica incertidumbre entre las autoridades del régimen, que se apresuraron a manifestar que habían sido tergiversadas. El 7 de enero de 1969 se publicaron unas nuevas declaraciones en las que don Juan Carlos matizaba lo expresado anteriormente, afirmando que aceptaba las reglas del juego impuestas por Franco. Toda aquella maniobra pareció dar resultados y unos días después el Generalísimo se comprometió a proclamarle su sucesor antes de que terminase el año. Sin embargo transcurrieron los meses sin que se produjeran novedades.

Desengañado, don Juan Carlos acudió a visitar a Franco para recordarle su promesa incumplida, recibiendo nuevas evasivas como respuesta. Desde otro frente varios ministros, liderados por Carrero Blanco, insistieron ante el dictador para que nombrase a un sucesor. La avanzada edad del Generalísimo terminó jugando a su favor y doblegando la resistencia del dictador. Finalmente el vicepresidente consiguió arrancarle el compromiso de tomar una decisión definitiva al respecto antes del 18 de julio de ese mismo año. Sin embargo, cuando todo parecía estar encarrilado, Franco volvió a mostrarse dubitativo. Fue entonces cuando Carrero Blanco tomó la iniciativa para evitar un nuevo retraso, presentando al dictador un calendario de fechas con los pasos a seguir hasta la ceremonia del nombramiento. Todo fue llevado en el más absoluto secreto para evitar que don Juan de Borbón pudiera interferir en el plan previsto. El 12 de julio, Franco recibió a don Juan Carlos en audiencia para comunicarle que había decidido nombrarle su sucesor. El encuentro finalizó con un abrazo

entre ambos. El 22 de julio de 1969, ante una sesión extraordinaria del pleno de las Cortes y la atenta mirada del príncipe, Franco pronunció un discurso anunciando su decisión. La propuesta fue aprobada por mayoría y al día siguiente don Juan Carlos aceptó el nombramiento en una ceremonia que tuvo como escenario el palacio de la Zarzuela y en la que Alfonso de Borbón Dampierre ejerció de testigo. Esa misma tarde el príncipe juró lealtad a Franco y a los principios fundamentales del Movimiento ante el pleno de las Cortes.



El príncipe don Juan Carlos acepta su nombramiento como sucesor en la Jefatura del Estado ante la atenta mirada de Franco.

Liberado de la presión a la que había estado sometido por sus más directos colaboradores, Franco se marchó a disfrutar de sus vacaciones en el pazo de Meirás. Sin embargo la tranquilidad no iba a durar demasiado. A mediados de agosto estalló el que fue conocido como «caso Matesa», una trama de corrupción en la que la empresa del mismo nombre, fabricante de un supuesto telar revolucionario para la industria textil, se había beneficiado de cuantiosas ayudas públicas para exportar un producto que no se vendía. Por primera vez en la dictadura el escándalo provocado tuvo una amplia difusión mediática y el Gobierno, de nuevo dividido, no sabía si realizar una investigación para llegar al fondo del asunto o dejar pasar el tiempo hasta que las cosas se calmasen. Franco se mantuvo en todo momento al margen, dejando que Carrero Blanco se encargase del asunto. Siguiendo sus recomendaciones se cesó a Juan José Espinosa San Martín, ministro de Hacienda, y Faustino García Moncó, titular de la cartera de Comercio, por su responsabilidad al no haber descubierto el caso, mientras que Fraga Iribarne también fue destituido por haber permitido que la prensa informase sobre el escándalo. La crisis fue aprovechada para una remodelación más amplia del Gobierno de la que Carrero Blanco salió aún más reforzado. Franco tenía confianza plena en el almirante, que había conseguido abrirse paso hasta posicionarse como el verdadero garante de la continuidad del régimen, por encima incluso del príncipe don Juan Carlos. Pero a Carrero Blanco todavía le quedaba un último peldaño por subir.

Pérdida de facultades

Los ojos de los españoles contemplaban, no sin cierta preocupación, cómo Franco se había convertido en un anciano con sus facultades físicas y mentales cada vez más mermadas. Sus apariciones en público se hicieron esporádicas y durante los discursos su voz apenas era audible. En ocasiones rompía a llorar sin motivo aparente y durante los Consejos de Ministros solía quedarse dormido. El deterioro físico provocado por el paso del tiempo era imposible de ocultar, pero aun así se resistía a abandonar sus obligaciones como jefe del Estado y presidente del Gobierno, aunque apenas tomaba decisiones en el ejercicio de sus competencias. Los rumores comentados en voz baja sobre el estado de salud de Franco se convirtieron en un tema de conversación habitual entre la población, que generaba dudas y temor sobre lo que le iba a suceder al país cuando el Generalísimo muriera. Durante las recepciones oficiales en El Pardo los dirigentes y personalidades que visitaban a Franco tenían la oportunidad de comprobar por sí mismos qué había de cierto en las noticias que hablaban sobre su delicada salud. En muchos casos el servicio de protocolo se veía en graves apuros cuando el dictador se mostraba completamente ausente, incapaz de seguir el hilo de la conversación de su invitado mientras intentaba disimular el constante temblor de su mano izquierda provocado por el párkinson.

La década de los setenta había comenzado con relativa tranquilidad, si bien la oposición política al régimen se sentía más fuerte intuyendo que Franco ya no viviría mucho más tiempo. Los jerarcas de la dictadura, con Carrero Blanco al frente de ellos, también empezaron a tomar posiciones, velando para que cuando llegase el momento se produjese una transición controlada hacia un franquismo sin el Generalísimo. Para conseguirlo había que seguir manteniendo una imagen de fuerza y unidad para evitar que la oposición pudiera albergar algún tipo de esperanza sobre la posibilidad de un aperturismo democrático. El 3 de diciembre de 1970 se inició el que fue conocido como «Proceso de Burgos», juicio militar celebrado cerca de la capital castellana contra dieciséis miembros de ETA acusados de ser los autores de varios atentados con víctimas mortales. Para prevenir incidentes las autoridades gubernativas decretaron el estado de excepción en las provincias vascas, extendiéndolo al resto del país cuando el 9 de diciembre el juicio quedó visto para sentencia.

En aquellos momentos todo el mundo pronosticaba una condena ejemplarizante. Los antecedentes producidos en situaciones anteriores y la situación interna del país, con el régimen deseoso de mostrar su firmeza, presagiaban lo peor. Las autoridades franquistas se adelantaron a la previsible ola de protestas internacionales que la resolución del juicio iba a provocar convocando en la plaza de Oriente de Madrid una multitudinaria manifestación de apoyo a Franco. El 28 de diciembre se hizo pública la sentencia que se ajustó al siniestro guión marcado. Las condenas a muerte para seis de los procesados provocaron la indignación de la comunidad internacional y las peticiones de clemencia de medio mundo no tardaron en llegar. Pero todo parecía decidido. Franco se presentó en el Consejo de Ministros celebrado el 30 de diciembre vestido con su uniforme militar, gesto que todos interpretaron como una confirmación de la sentencia. Después de comentar con

ellos algunos aspectos sobre el proceso, Franco solicitó su opinión al respecto. Los miembros del ejecutivo se manifestaron de forma unánime contrarios a la ejecución de las sentencias de muerte. Tras escucharlos, el dictador dio unilateralmente por terminada la reunión sin pronunciarse. Cuando todos esperaban que estampara su firma en las condenas, el dictador concedió el indulto, razonando su decisión en el discurso radiotelevisado de fin de año. Para algunos, Franco se había vuelto benevolente con la edad. No tardarían demasiado en darse cuenta de su error.

La elección definitiva de don Juan Carlos como sucesor produjo el efecto contrario que muchos jerarcas del régimen hubieran esperado del príncipe. En vez de limitarse a cumplir con el juramento que había pronunciado en la ceremonia de su nombramiento, expresando con palabras y hechos su adhesión inquebrantable a los principios del Movimiento, en poco tiempo dio muestras de pensar por sí mismo y tener sus propias ideas sobre el futuro político de España. El príncipe dejó entrever sus opiniones con manifestaciones publicadas en algún medio de comunicación extranjero, declaraciones de las que se deducía que estaba más próximo a postulados democráticos y en las que rechazaba convertirse en una figura continuista del régimen franquista. Don Juan Carlos también inició una primera ronda de contactos con los representantes de las más altas instituciones del país y de los sectores sociales, algunos de ellos en la clandestinidad, tanteando cuál podía ser su grado de implicación y compromiso con respecto a las reformas que pensaba introducir cuando alcanzase la Jefatura del Estado.

Todos los pasos del príncipe eran controlados por Franco, que se sintió desilusionado por el rápido cambio de actitud mostrado por el que él mismo había elegido para sucederle. A pesar de la solemnidad con la que se quiso adornar la ceremonia de la designación, el dictador se consideraba legítimamente autorizado a echarse atrás si la otra parte incumplía sus promesas. Ese fue posiblemente el sentimiento que tuvo Franco cuando conoció los contactos emprendidos por don Juan Carlos, lo que le impulsó a tantear una segunda opción planteada desde hacía tiempo por su familia. Alfonso de Borbón Dampierre era el embajador de España en Suecia y en marzo de 1971 había recibido la visita del marqués de Villaverde acompañado por su hija Carmen. De aquel encuentro entre la nieta del dictador y el hasta entonces discreto pretendiente al trono surgió un noviazgo que el 8 de mayo de 1972 terminó en boda. Durante el banquete posterior los invitados se sintieron profundamente impresionados al contemplar el aspecto visiblemente avejentado de Franco. El Generalísimo andaba a pequeños pasos arrastrando los pies, completamente ausente, con un incontrolable temblor en su mano izquierda y sin reconocer a la mayoría de los presentes.

Aunque don Alfonso de Borbón se apresuró rápidamente a desmentir que tuviera intención de reclamar su derecho al trono, aceptando la designación de su primo don Juan Carlos como completamente legítima, los movimientos emprendidos desde El Pardo parecían indicar lo contrario. Los peores presagios parecieron estar a punto de cumplirse cuando en noviembre de 1972 Franco ordenó a Carrero Blanco que se concediese el título de príncipe de Borbón al marido de su nieta mayor, petición que debía ser firmada por el propio don Juan Carlos para acallar los rumores que pudieran apuntar a un cambio de opinión del Generalísimo sobre la cuestión sucesoria. Don Juan Carlos, que en los últimos meses había soportado el acoso de los sectores más reaccionarios del régimen, opuestos a su designación, no estaba dispuesto a consentir la que consideraba una

humillación, y se negó a firmar el documento de concesión. Fue entonces cuando Carrero Blanco decidió actuar forzado por la situación, proponiendo una solución intermedia por la que don Alfonso de Borbón recibió el título de duque de Cádiz con tratamiento de Alteza Real. La intervención decisiva del hombre de confianza de Franco sirvió para serenar los ánimos de todos. Garante de la continuidad del régimen, Carrero Blanco se había convertido en el objetivo a eliminar por parte de todos aquellos que lo consideraban un obstáculo dispuesto a impedir los cambios democráticos.

ATENTADO CONTRA EL PRESIDENTE

A lo largo de todo el año 1972 y durante la primera mitad de 1973, la sociedad española asistió a un agravamiento de la violencia de signo político. Organizaciones terroristas como ETA, y en menor medida el FRAP, pusieron en evidencia con sus atentados la incompetencia de las fuerzas del orden y la falta de capacidad de respuesta por parte del ejecutivo franquista. La situación de inestabilidad terminó convenciendo a Franco para que finalmente decidiese delegar una parte de su poder. El 9 de mayo de 1973, el dictador le comunicó a Carrero Blanco su intención de nombrarle presidente del Gobierno, cargo que ocuparía al mes siguiente. El almirante se convirtió así en el hombre fuerte del régimen, en el verdadero gobernante del país mientras que Franco, aunque continuaba siendo el jefe del Estado, pasaba a ser una imagen externa de la dictadura que la conectaba con el pasado.

Carrero Blanco realizó una profunda remodelación del Gobierno, eligiendo a Torcuato Fernández-Miranda como vicepresidente y eliminando a muchos de los «tecnócratas» que habían acaparado el poder hasta entonces, dando entrada a representantes de otras «familias» del régimen que habían demostrado su tendencia hacia el inmovilismo político. Al frente del Gobierno, el nuevo presidente dio los primeros pasos para preparar el camino hacia una transición sin abandonar las líneas centrales del franquismo, retirando paulatinamente a Franco de la escena pública para llegado el momento convertir a don Juan Carlos en un rey controlado por una dictadura de apariencia civil. Pero Carrero Blanco apenas tuvo tiempo de llevar a cabo sus proyectos. El 14 de diciembre de 1973 asistió al Consejo de Ministros, que como de costumbre estuvo presidido por Franco. Durante el mismo Carlos Arias Navarro, responsable de la cartera de Gobernación, habló sobre las sospechas que apuntaban a que ETA pudiera estar preparando un gran atentado contra alguna destacada personalidad del régimen. Los servicios secretos de la dictadura, numerosos e inconexos, habían sido incapaces de concretar la amenaza y el ministro se limitó a recomendar un aumento de las medidas de seguridad de los miembros del Gobierno, consejo que en su caso fue rechazado por Carrero Blanco.

Poco después de las ocho de la mañana del jueves 20 de diciembre de 1973, el presidente del Gobierno salió de su casa en el número 6 de la madrileña calle de Hermanos Bécquer para asistir a misa, como hacía todos los días, en la iglesia de los jesuitas cercana a su domicilio. A las nueve y veinticinco se subió de nuevo en su coche oficial, un Dogde negro sin blindaje, para regresar a desayunar con su familia. El vehículo circulaba lentamente por la estrecha calle de Claudio Coello cuando se oyó una tremenda explosión que sacudió los edificios de varias manzanas a la redonda. Cuando se disipó la nube de humo y polvo, los aturdidos agentes de la escolta del presidente que viajaban en otro coche detrás contemplaron estupefactos que en el lugar de la calzada donde el Dogde de Carrero Blanco debía estar había un enorme socavón de varios metros de diámetro. Tras varios minutos de angustiosa confusión, los escoltas comprobaron que por efecto del estallido el coche había sido lanzado a más de veinte metros de altura, chocando contra la cornisa del edificio de

los jesuitas y cayendo en su patio interior. Atrapado entre los hierros retorcidos del vehículo agonizaba Carrero Blanco.



El enorme socavón dejado por la explosión que acabó con la vida de Carrero Blanco.

La «Operación Ogro», nombre en clave bajo el que los terroristas de ETA habían planeado el atentado, había tenido éxito. Durante más de un mes habían excavado un túnel desde un sótano alquilado en la misma calle por donde pasaba el presidente todas las mañanas para después rellenarlo con goma-2. En un principio se pensó que la explosión podía haber sido provocada por un escape de gas, pero las primeras investigaciones en el lugar de los hechos descartaron esa hipótesis y confirmaron la intervención de una mano criminal. La noticia llegó a la sede de la Presidencia del Gobierno, donde a esas horas estaba prevista una reunión preparatoria del Consejo de Ministros. En un principió se informó a los miembros del ejecutivo que Carrero Blanco había sufrido un grave accidente, para más tarde comunicarles que había fallecido. Algunos ministros montaron en cólera y exigieron la adopción de contundentes medidas represivas contra la oposición. Fue entonces cuando el vicepresidente Torcuato Fernández-Miranda hizo un llamamiento a la calma que consiguió imponerse sobre los partidarios del uso inmediato de la fuerza.

Aquel día Franco se había levantado enfermo de gripe. Cuando la noticia se recibió en El Pardo, ninguno de sus ayudantes se atrevió a comunicársela. Finalmente fue Vicente Gil, su médico de cabecera, el que asumió la responsabilidad de transmitírsela. Según el testimonio personal del propio facultativo, Franco mantuvo la entereza de ánimo sin que en su rostro se apreciase ningún rastro de emoción. «Estas cosas ocurren» fue lo único que el dictador articuló a decir con un hilo de voz. A pesar de su aparentemente gélida reacción, el asesinato de Carrero Blanco supuso un duro golpe para el anciano Generalísimo, agravando su estado físico y anímico. Hacía tiempo que había dejado de ser el dictador todopoderoso al que todos temían para convertirse en un viejo desvalido que seguía resistiéndose a reconocer esa realidad. Mientras los restos mortales de Carrero Blanco yacían en la

capilla ardiente, a las once de la mañana del viernes 21 de diciembre de 1973 Franco acudió puntual a presidir el Consejo de Ministros. Se había permitido el acceso de los reporteros gráficos a la sala de reuniones, gesto con el que se quería transmitir a la opinión pública una imagen de normalidad. Acabada la sesión fotográfica, las deliberaciones del Consejo comenzaron a puerta cerrada. Al lado de Franco estaba la silla vacía de Carrero Blanco. Mientras el dictador pronunciaba unas palabras de condena del atentado, su voz se quebró y comenzó a llorar desconsoladamente. Los ministros, impresionados e inmóviles en sus asientos, comprendieron que estaban asistiendo al final del régimen.



Franco, visiblemente emocionado, da el pésame a la esposa del presidente del Gobierno fallecido en el atentado perpetrado por ETA. La muerte de su fiel colaborador causó una profunda impresión en el anciano dictador.

El principio del fin

El atentado contra Carrero Blanco provocó una gran conmoción y consternación en las autoridades franquistas y en la opinión pública española. Tras varias décadas de férrea dictadura el régimen se mostraba vulnerable, con las más altas instituciones del Estado al alcance de las bombas de los terroristas. Pero en contra de lo que entonces muchos esperaban y hasta deseaban, el magnicidio de Carrero Blanco no desencadenó un baño de sangre. Buscando una vuelta a la normalidad que disipase los temores, el engranaje de la maquinaria del poder se puso en marcha para el nombramiento de un nuevo presidente. El elegido fue Carlos Arias Navarro, personaje que gozaba de las simpatías de Carmen Polo. En aquellos momentos, tras la muerte del que había sido su más leal colaborador, Franco aún se fiaba menos de nadie y tuvo que recurrir a la opinión de su familia a la hora de escoger un candidato. Arias Navarro se apresuró a anunciar una serie de tibias reformas políticas con la intención de aplacar las numerosas críticas que desde diferentes frentes se dirigían contra el régimen. Sin embargo la ejecución del militante anarquista Salvador Puig Antich reavivó las protestas tanto dentro como fuera del país.

Tras pasar una mala noche, en la mañana del 6 de julio de 1974 se le diagnosticó a Franco una tromboflebitis y, en previsión de posibles complicaciones, se decidió su ingreso en el hospital madrileño que en aquel entonces llevaba su nombre. Como consecuencia del tratamiento anticoagulante recibido el día 19 el dictador sufrió una fuerte hemorragia digestiva que desató todas las alarmas. La preocupación por su grave estado de salud forzó a una cesión temporal de poderes a don Juan Carlos, decisión que contó con la oposición de la familia del dictador, encabezada por el marqués de Villaverde y apoyada por un sector de los más directos colaboradores del dictador, que alegaban que el príncipe no tenía las cualidades suficientes para afrontar esa responsabilidad. Cuando todo parecía indicar un empeoramiento de la enfermedad, Franco experimentó una sorprendente mejoría y el 30 de julio recibió el alta médica del hospital. Aparentemente curado, reanudó su actividad habitual y el 2 de septiembre recuperó los plenos poderes de la Jefatura del Estado. Algunos miembros del Gobierno dudaban abiertamente de sus facultades mentales, mostrándose partidarios de una renuncia definitiva del Generalísimo a favor del príncipe. Pero Franco parecía renacido y dispuesto a seguir ejerciendo su autoridad.

La situación política y económica por la que atravesaba España en aquellos momentos era un fiel reflejo de la inestabilidad institucional y la impresión de cierto vacío de poder que se respiraba. Las tímidas reformas prometidas por el Gobierno no terminaban de concretarse, mientras la crisis económica y la creciente violencia política de las bandas terroristas extendieron un clima de inquietud entre los ciudadanos. En el exterior, el rey Hassan II de Marruecos, aprovechándose del aparente momento de debilidad del régimen, inició una intensa campaña de actos y declaraciones reclamando la soberanía de la colonia española del Sahara Occidental. El 27 de diciembre se grabó el discurso radiotelevisado de fin de año de Franco. Todos sus colaboradores sabían que el país entero estaría pendiente aquel año de las imágenes televisadas para comprobar el estado físico del Generalísimo. En

un esfuerzo de lucidez, el dictador pronunció su tradicional mensaje con voz clara y audible, aunque su rostro no pudiera ocultar el paso implacable del tiempo. Sería el último que pronunciaría a todos los españoles.

El año 1975 comenzó como había terminado el anterior, con la situación interna de España deteriorándose por momentos. El Gobierno se mostraba impotente para resolver los problemas de la nación, iniciando una peligrosa deriva que nadie sabía cómo podía acabar. Franco, con sus fuerzas cada vez más debilitadas, se resistía a abandonar sus obligaciones y rutinas. Seguía practicando la caza, aunque con mucha menor efectividad, y durante el Desfile de la Victoria de aquel año asistió al paso de las tropas que le rendían honores apoyado disimuladamente en un bastón que le ayudaba a mantenerse en pie. En la soledad del palacio de El Pardo, Franco había comentado a algunos de sus íntimos su deseo de recluirse en un monasterio para pasar los últimos días de su vida dedicados a la lectura y a la oración, algo parecido a lo que había hecho Carlos I durante su retiro en Yuste antes de fallecer. A finales de julio inició sus vacaciones en Galicia, dedicando su tiempo a dar largos paseos por los jardines del pazo de Meirás, hasta que el 8 de septiembre regresó a Madrid.

El curso político empezó con un nuevo sobresalto. Once miembros de ETA y del FRAP, acusados de la muerte de tres policías, fueron juzgados en consejo de guerra y condenados a muerte. Las peticiones de indulto y las protestas internacionales se reprodujeron como en ocasiones anteriores, pero Franco tampoco se mostró dispuesto a ceder en este caso, desoyendo los consejos de todos aquellos que le recomendaban mostrar clemencia. Finalmente, el 26 de septiembre el Consejo de Ministros concedió seis indultos y confirmó las penas capitales de los otros cinco condenados. Al día siguiente se produjeron las ejecuciones. Las reacciones internacionales contra el régimen franquista alcanzaron una dimensión que no se había visto hasta entonces. Muchos países occidentales retiraron a sus embajadores y la Comunidad Económica Europea rompió relaciones con España. Ante aquella campaña mundial de repulsa la propaganda de la dictadura actuó como solía hacer y organizó una manifestación de apoyo a Franco en la plaza de Oriente. El Generalísimo, un anciano de voz débil que apenas podía mantenerse en pie y en el que los asistentes al acto apenas reconocían al implacable dictador de otro tiempo, acusó en su discurso a una conspiración masónico-izquierdista de ser la responsable de las condenas internacionales contra el régimen.

Tras asistir a los actos celebrados en conmemoración del 12 de octubre, Franco se sintió indispuesto por culpa de un resfriado. En la madrugada del día 15 se llamó a su médico ante el agravamiento de su estado. Después de pasar la noche sedado, a la mañana siguiente mantuvo su agenda habitual. Por la noche se le realizó un electrocardiograma que confirmó que había sufrido un infarto de miocardio. Los médicos que le atendieron le recomendaron reposo absoluto, pero Franco se encontraba muy alterado por las noticias que llegan desde el Sahara español. El rey Hassan II de Marruecos había anunciado la salida de la que fue conocida como «Marcha Verde», una marea humana compuesta por miles de civiles marroquíes dispuesta a ocupar el territorio. El estado de salud de Franco empeoraba por momentos, pero aun así insistió en presidir el Consejo de Ministros celebrado el viernes 17 de octubre. Con el pecho lleno de cables disimulados que lo conectaban hasta una dependencia contigua, los médicos que le atendían controlaban su estado durante la celebración

de la reunión. El fin de semana transcurrió tranquilo y durante la tarde del domingo el dictador vio por televisión un partido de fútbol.

En la madrugada del lunes 20 de octubre Franco sufrió un nuevo infarto del que logró sobrevivir. Ante el evidente agravamiento de su estado, al día siguiente se produjo la transmisión de poderes y el príncipe don Juan Carlos asumió la Jefatura del Estado interinamente. En el primer parte médico que se hizo público, los doctores que atendían a Franco explicaron que el Generalísimo había sufrido una insuficiencia cardiaca en el curso de su proceso gripal, señalando que el paciente evolucionaba favorablemente. Aquel optimismo forzado ocultaba que en realidad estaban asistiendo al principio de la larga agonía del dictador.



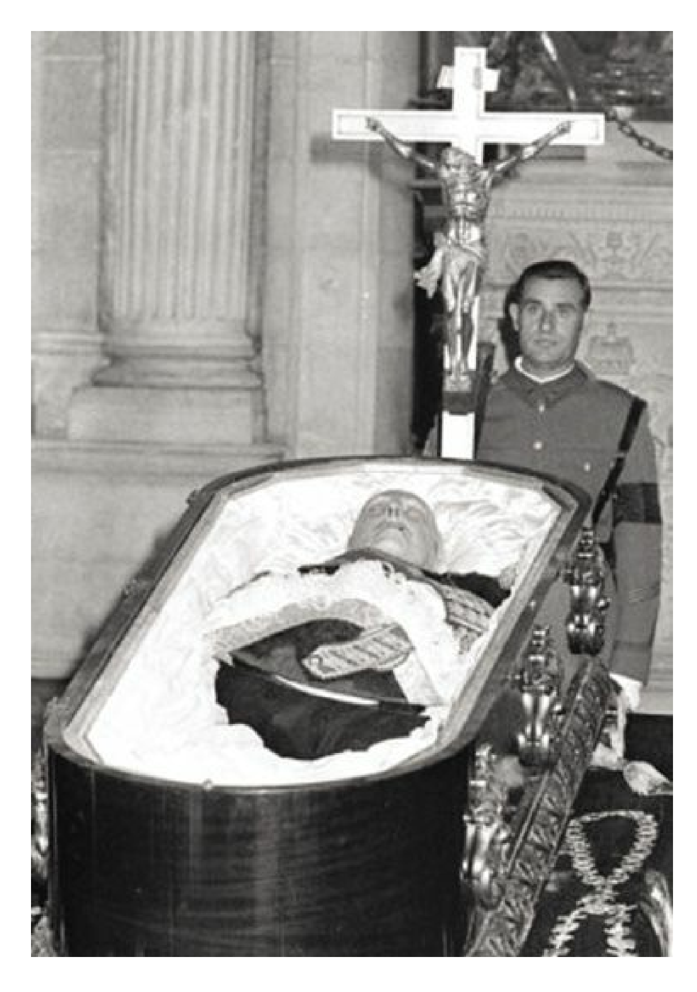
En sus últimas apariciones públicas los españoles fueron testigos del evidente deterioro físico de Franco.

Durante los días siguientes se produjo un grave empeoramiento del estado de salud de Franco, que empezó a manifestar los primeros síntomas de un fallo multiorgánico. Aun así su familia se negó reiteradamente a que fuera trasladado a un centro médico para ser mejor atendido. Las dependencias del palacio de El Pardo se convirtieron entonces en un hospital improvisado y su dormitorio se llenó de instrumental y equipo sanitario. El 1 de noviembre Franco sufrió una peritonitis acompañada de una tremenda hemorragia gástrica y los médicos que le trataban recomendaron operarle urgentemente como única posibilidad para salvarle la vida. Ante la imposibilidad de trasladarle a un hospital, se decidió montar un quirófano de campaña en lo que había sido el botiquín de sus escoltas, un pequeño y oscuro cuarto lleno de polvo que se limpió a toda prisa acondicionándolo para realizar la intervención. Los médicos lograron detener la hemorragia, y en contra de lo que muchos temían, Franco resistió la operación.

El viernes 7 de noviembre, los facultativos descubrieron durante el reconocimiento médico de la mañana que Franco volvía a sufrir una fuerte pérdida de sangre. Se decidió entonces volver a operar, pero en esa ocasión se decidió hacerlo en la residencia sanitaria de La Paz. Su traslado se hizo con total discreción en una ambulancia del Ejército y a su llegada fue ingresado en la planta primera del

hospital, que había sido completamente desalojada. La segunda intervención a vida o muerte duró casi cuatro horas y Franco se despertó de la anestesia durante la madrugada. La resistencia física de su cuerpo maltrecho sorprendió a todos los que le atendían. Sin embargo, los especialistas del equipo médico estaban divididos entre los partidarios de hacer todo lo posible por mantener al dictador con vida y los que no compartían esa opinión. Finalmente se impuso el criterio de su yerno, el marqués de Villaverde, decidido a prolongar su agonía indefinidamente.

Después de unos días de relativa tranquilidad, durante la madrugada del 12 de noviembre se reprodujo la hemorragia. Los médicos hicieron todo lo posible por contenerla, realizando continuas transfusiones y administrándole coagulantes sanguíneos sin conseguir resultados. El día 14 el marqués de Villaverde dio su consentimiento para una tercera operación que apenas duró dos horas y de la que Franco volvió a salir con vida. Pasadas las primeras veinticuatro horas las constantes vitales del enfermo se mantenían estables dentro de su estado crítico. Los médicos no salían de su asombro. Después de tantos días de agonía, Carmen Franco y su hija Mariola se enfrentaron abiertamente con Cristóbal Martínez-Bordiú para que no se prolongase artificialmente la vida del enfermo. Tras retirársele la sedación para que pudiera recuperar la consciencia, Franco no se despertó. El encefalograma confirmó que seguía existiendo actividad cerebral, pero los médicos comprobaron que se habían reproducido las hemorragias. Descartada una nueva operación, tan sólo quedaba esperar un próximo desenlace manteniendo sedado al paciente para evitarle sufrimientos. Franco podía morir de un momento a otro y se empezaron a organizar los preparativos funerarios para tenerlo todo listo cuando llegara el momento. A las cuatro y veinte minutos de la larga noche del 20 de noviembre de 1975, las alarmas de los monitores empezaron a sonar al detectar una parada cardiaca en el cuerpo del enfermo. Los médicos intentaron reanimarle pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. La pantalla de ritmo cardiaco ya no reflejaba los latidos de su corazón y el electroencefalograma daba una lectura plana.



Los restos mortales de Franco yacen en la capilla ardiente. Después de casi cuarenta años de dictadura, España recobraría lentamente la libertad.

Con las primeras luces del amanecer se extendieron los rumores sobre la muerte de Franco, confirmados cuando las banderas de los edificios oficiales empezaron a arriarse a media asta. Exactamente a las seis y doce minutos de la mañana del 20 de noviembre de 1975, el ministro de Información y Turismo, León Herrera Esteban, transmitió la noticia al país a través de los micrófonos de Radio Nacional de España. A las diez de la mañana, el presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, compareció ante las cámaras de Televisión Española para con voz entrecortada pronunciar una frase que ha quedado para la historia:

«Españoles… Franco ha muerto».

Madrid, 6 de diciembre de 2012

Bibliografía

ABELLA, Rafael. Crónica de la Posguerra. Barcelona: Ediciones B, 2008.

ABSHAGEN, Karl Heinz. El almirante Canaris. Madrid: Espasa Calpe, 1962.

ALONSO BAQUER, Miguel. El Ebro. La batalla decisiva de los cien días. Madrid: La Esfera de los Libros, 2004.

—, Franco y sus generales. Madrid: Taurus. 2005.

BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y CERVERA GIL, Javier. Así terminó la guerra de España. Barcelona: Marcial Pons Historia, 1999.

BAYOD, Ángel (coord.). Franco visto por sus ministros. Barcelona: Planeta, 1981.

BARRIOS, Manuel. El último virrey. Barcelona: Argos Vergara, 1978.

BEN AMI, Shlomo. El cirujano de hierro. La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930. Barcelona: Planeta, 1984.

CARDONA, Gabriel. Franco y sus generales. La manicura del tigre. Madrid: Temas de Hoy, 2001.

—, El desfile de la victoria. Madrid: Arlanza, 2005.

—, Contraataque republicano en Teruel. Madrid: Arlanza, 2005.

—, Alfonso XIII, rey de espadas. Barcelona: Planeta, 2010.

CASADO, Segismundo. Así cayó Madrid. El último episodio de la Guerra Civil española. Madrid: Guadiana, 1968.

CASALS, Xavier. Franco y los Borbones. La Corona de España y sus pretendientes. Barcelona: Planeta, 2005.

CASSASAS YMBERT, Jordi (ed.). La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Textos. Barcelona: Anthropos, 1983.

CARR, Raymond. España, de la dictadura a la democracia. Barcelona: Planeta, 1979.

CIERVA, Ricardo de la. Historia del franquismo. Orígenes y configuración (1939-1945). Barcelona: Planeta, 1975.

—, Francisco Franco. Biografía histórica. Barcelona: Planeta, 1982.

—, Agonía y muerte de Franco. Madrid: ARC Editores, 1996.

—, El Alcázar de Toledo. Franco hacia la Jefatura del Estado. Madrid: ARC Editores, 1997.

—, Ante el Alzamiento: trama civil y conspiración militar. Madrid: ARC Editores, 1997.

—, Fin de la Guerra Civil. Los hechos desconocidos. Madrid: ARC Editores, 1997.

—, Franco. La historia. Madrid: Fénix, 2001.

DÍAZ-PLAJA, Fernando. La España franquista en sus documentos. La posguerra española en sus documentos. Esplugues de Llobregat: Plaza y Janés, 1976.

FERNÁNDEZ-ACEYTUNO, Mariano. Ifni y Sáhara. Una encrucijada en la historia de España. Dueñas: Simancas Ediciones, 2001.

FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos. El general Franco. Un dictador en tiempo de infamia. Barcelona: Crítica, 2005.

FERRER GUASP, Pere. Juan March. El hombre más misterioso del mundo. Barcelona: Ediciones B, 2008.

FRANCO, Pilar. Nosotros los Franco. Barcelona: Planeta, 1980.

FRANCO MARTÍNEZ-BORDIÚ, Francisco. La naturaleza de Franco. Cuando mi abuelo era persona. Madrid: La Esfera de los Libros, 2011.

FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco. Mi vida junto a Franco. Barcelona: Planeta, 1977.

FUENTE, Ismael. Yo, Alfonso XIII. El ocaso de un rey. Madrid: Temas de Hoy, 1994.

FUSI, Juan Pablo. Franco. Madrid: Taurus, 1995.

GIBSON, Ian. La noche en la que mataron a Calvo Sotelo. Barcelona: Argos-Vergara, 1982.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930. Madrid: Alianza, 2005.

GONZÁLEZ DURO, Enrique. Franco. Una biografía psicológica. Madrid: Temas de Hoy, 1992.

JACKSON, Gabriel. Breve historia de la Guerra Civil. Barcelona: Grijalbo, 1986.

JULIÁ DÍAZ, Santos. Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940). Madrid: Taurus, 2008.

LEGUINECHE, Manuel. annual 1921. El desastre de España en el Rif. Madrid: Alfaguara, 1996.

LESTA, José, y PEDRERO, Miguel. Franco, Top Secret. Esoterismo, apariciones y sociedades ocultistas en la dictadura. Madrid: Temas de Hoy, 2005.

MORALES LEZCANO, Víctor. España y el Norte de África. El Protectorado en Marruecos (1912-1956). Madrid: UNED, 1986.

MOREIRO PRIETO, Julián. Españoles excesivos. Madrid: Edaf, 2008.

MORENO JULIÁ, Xavier. La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945. Barcelona: Crítica, 2006.

MORENO LUZÓN, Javier. Alfonso XIII. Un político en el trono. Madrid: Marcial Pons Historia. 2003.

ONETO, José. Los cien días que cambiaron España. De la agonía de Franco a la coronación del rey. Madrid: Ediciones Z, 2006.

PAPELEUX, Leon. El almirante Canaris. Entre Franco y Hitler. Barcelona: Juventud, 1980.

PAYNE, Stanley G. Franco. El perfil de la Historia. Madrid: Espasa Calpe, 1995.

—, ¿Por qué la República perdió la Guerra? Madrid: Espasa, 2010.

POZUELO ESCUDERO, Vicente. Los últimos 476 días de Franco. Barcelona: Planeta, 1980.

PRESTON, Paul. Franco, Caudillo de España. Barcelona: Grijalbo, 1994.

—, El gran manipulador. La mentira cotidiana de Franco. Barcelona: Ediciones B, 2008.

QUEVEDO Y QUEIPO DE LLANO, Ana. Queipo de Llano. Gloria e infortunio de un general. Barcelona: Planeta, 2001.

REIG TAPIA, Alberto. Franco «Caudillo». Mito y realidad. Madrid: Tecnos, 1996.

RUEDA, Andrés. Vengo a salvar España. Biografía de un Franco desconocido. Madrid: Nowtilus, 2005.

SACANELL RUIZ DE APODACA, Enrique. El general Sanjurjo. Héroe y víctima. El general que pudo evitar la dictadura franquista. Madrid: La Esfera de los Libros, 2004.

TOGORES SÁNCHEZ, Luis Eugenio. Millán-Astray legionario. Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.

—, Muñoz Grandes. Héroe de Marruecos, general de la División Azul. Madrid: La Esfera de los Libros, 2007.

—, Historia de la Guerra Civil española. Madrid: La Esfera de los Libros, 2011.

TOWNSON, Nigel. España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975. Madrid: Siglo XXI, 2009.

TUSELL, Javier. Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco. Madrid: Temas de Hoy, 1993.

—, LA DICTADURA DE FRANCO. Madrid: Alianza, 1996.

VILLENA, Miguel Ángel. Ciudadano Azaña. Biografía del símbolo de la Segunda República. Barcelona: Península, 2010.

WOOLMAN, David S. Abd el-Krim y la guerra del Rif. Barcelona: Oikos-Tau, 1988.

ZAVALA, José María. Franco el republicano. La vida secreta de Ramón Franco, el hermano maldito del Caudillo. Barcelona: Altera, 2009.

Colección breve historia…

- Breve historia de los samuráis, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- Breve historia de los vikingos, Manuel Velasco
- Breve historia de la Antigua Grecia, Dionisio Mínguez Fernández
- Breve historia del Antiguo Egipto, Juan Jesús Vallejo
- Breve historia de los celtas, Manuel Velasco
- Breve historia de la brujería, Jesús Callejo
- Breve historia de la Revolución rusa, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de la Segunda Guerra Mundial, Jesús Hernández
- Breve historia de la Guerra de Independencia española, Carlos Canales
- Breve historia de los íberos, Jesús Bermejo Tirado
- Breve historia de los incas, Patricia Temoche
- Breve historia de Francisco Pizarro, Roberto Barletta
- Breve historia del fascismo, Íñigo Bolinaga
- Breve historia del Che Guevara, Gabriel Glasman
- Breve historia de los aztecas, Marco Cervera
- Breve historia de Roma I. Monarquía y República, Bárbara Pastor
- Breve historia de Roma II. El Imperio, Bárbara Pastor
- Breve historia de la mitología griega, Fernando López Trujillo
- Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la conquista del Oeste, Gregorio Doval
- Breve historia del salvaje oeste. Pistoleros y forajidos. Gregorio Doval
- Breve historia de la Guerra Civil Española, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de los cowboys. Gregorio Doval
- Breve historia de los indios norteamericanos, Gregorio Doval
- Breve historia de Jesús de Nazaret, Francisco José Gómez
- Breve historia de los piratas, Silvia Miguens
- Breve historia del Imperio bizantino, David Barreras y Cristina Durán

- Breve historia de la guerra moderna, Françesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de los Austrias, David Alonso García
- Breve historia de Fidel Castro, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la carrera espacial, Alberto Martos
- Breve historia de Hispania, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de las ciudades del mundo antiguo, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del Homo Sapiens, Fernando Díez Martín
- Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol, Borja Pelegero Alcaide
- Breve historia del Kung-Fu, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung
- Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos, Ana Martos Rubio
- Breve historia del Socialismo y el Comunismo, Javier Paniagua
- Breve historia de las cruzadas, Juan Ignacio Cuesta
- Breve historia del Siglo de Oro, Miguel Zorita Bayón
- Breve historia del rey Arturo, Christopher Hibbert
- Breve historia de los gladiadores, Daniel P. Mannix
- Breve historia de Alejandro Magno, Charles Mercer
- Breve historia de las ciudades del mundo clásico, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia de España I, las raíces, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de España II, el camino hacia la modernidad, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la alquimia, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de las leyendas medievales, David González Ruiz
- Breve historia de los Borbones españoles, Juan Granados
- Breve historia de la Segunda República española, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la Guerra del 98, Carlos Canales y Miguel del Rey
- Breve historia de la guerra antigua y medieval, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de la Guerra de Ifni-Sáhara, Carlos Canales y Miguel del Rey
- Breve historia de la China milenaria, Gregorio Doval
- Breve historia de Atila y los hunos, Ana Martos
- Breve historia de los persas, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de los judíos, Juan Pedro Cavero Coll
- Breve historia de Julio César, Miguel Ángel Novillo López

- Breve historia de la medicina, Pedro Gargantilla
- Breve historia de los mayas, Carlos Pallán
- Breve historia de Tartessos, Raquel Carrillo
- Breve historia de las Guerras carlistas, Josep Carles Clemente
- Breve historia de las ciudades del mundo medieval, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del mundo, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la música, Javier María López Rodríguez
- Breve historia del Holocausto, Ramon Espanyol Vall
- Breve historia de los neandertales, Fernando Díez Martín
- Breve historia de Simón Bolívar, Roberto Barletta
- Breve historia de la Primera Guerra Mundial, Álvaro Lozano
- Breve historia de Roma, Miguel Ángel Novillo López
- Breve historia de los cátaros, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de Hitler, Jesús Hernández
- Breve historia de Babilonia, Juan Luis Montero Fenollós
- Breve historia de la Corona de Aragón, David González Ruiz
- Breve historia del espionaje, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- Breve historia de los vikingos (reedición), Manuel Velasco
- Breve historia de Cristóbal Colón, Juan Ramón Gómez Gómez
- Breve historia del anarquismo, Javier Paniagua
- Breve historia de Winston Churchill, José Vidal Pelaz López
- Breve historia de la Revolución Industrial, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de los sumerios, Ana Martos Rubio
- Breve historia de Cleopatra, Miguel Ángel Novillo
- Breve historia de Napoleón, Juan Granados
- Breve historia de al-Ándalus, Ana Martos Rubio
- Breve historia de la astronomía, Ángel Cardona
- Breve historia del islam, Ernest Y. Bendriss
- Breve historia de Fernando el Católico, José María Manuel García-Osuna Rodríguez
- Breve historia del feudalismo, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de la utopía, Rafael Herrera Guillén

Próximamente...

- Breve historia de la Navidad, Francisco José Gómez



José Luis Hernández Garvi

Descubra la figura del general Franco, una de las más polémicas de la historia reciente de nuestro país. El legado de su pasado sigue provocando el rechazo de una amplia mayoría de españoles que consideran los casi cuarenta años de dictadura franquista como un episodio que convendría olvidar. Sin embargo, la historia es obstinada y no permite que sus personajes, por siniestros que puedan parecernos, caigan definitivamente en el olvido, sirviendo de recordatorio a nuestra frágil memoria para que no se repitan los mismos errores.

En *Breve historia de Francisco Franco*, José Luis Hernández Garvi nos acerca con rigor y objetividad al personaje y al hombre, descubriendo facetas de su vida que han permanecido ocultas para el gran público durante todos estos años.

Con un estilo ágil y ameno que cautivará al lector, el autor nos introduce en los episodios más sorprendentes y relevantes de esta etapa a través de los testimonios de algunos de los protagonistas del último siglo de la historia de nuestro país, dando respuesta en estas páginas a muchos de los interrogantes que existen sobre el dictador.

